

Volumen 19

Viajes – Diarios – Crónicas- Juicios

	Pág.
VIAJES	
Apuntes	13
México	19
Jolbós	23
Isla de Mujeres	27
Livingstone	35
Guatemala	41
L'Amérique Centrale.-Guatemala	63
La América Central.-Guatemala (traducción)	75
Notas sobre Centroamérica	87
Notas sobre Centroamérica (traducción)	94
The Hour, Nueva York, 10 de Julio de 1880. Impressions of America 1	101
Impresiones de América 1 (traducción)	106
The Hour, Nueva York, 21 de agosto de 1880. Impressions of America II	111
Impresiones de América II (traducción)	115
The Hour, Nueva York, 23 de octubre de 1880. Impressions of America III	119
Impresiones de América III (traducción)	123
Curazao	127
Un voyage à Venezuela	137
Un viaje a Venezuela (traducción)	153
De la pesca de las perlas	169
La parranda	173
El domingo en San José	177
DIARIOS	
De Montecristi a Cabo Haitiano	183
De Cabo Haitiano a Dos Ríos	213
CRÓNICAS	
Le nu au salon .	247
El desnudo en el salón (traducción)	253
The Hour, Nueva York, 31 de julio de 1880. The nude in the salon	257
El desnudo en el salón (traducción)	261
The Hour, Nueva York, 17 de abril de 1880. The Stebbins Gallery	267

La Galería Stebbins (traducción)	273
The Hour, Nueva York, 5 de junio de 1880. The old masters at Leavitt's	277
Los viejos maestros en Leavilt (traducción)	283
La América, Nueva York, enero de 1884. Exhibición de arte en New York para el pedestal de la estatua de la Libertad	287
La América, Nueva York, enero de 1884. Los abanicos en la exhibición Bartholdi	295
La Nación, Buenos Aires, 17 de agosto de 1886. Nueva York y el arte. Nueva exhibición de los pintores impresionistas	301
La Nación, Buenos Aires, 22 de junio de 1887. El arte en Nueva York	309
Pintura japonesa	321
La América, Nueva York, junio de 1883. Idilios de Noruega. Poesía y ciencia	329
La Nación, Buenos Aires, 1 de junio de 1889. Un viaje a México	333

JUICIOS

Emerson	351
Filosofía	357
Educación Popular	373
Hombre del campo	379
Los ruidos humanos	385

Fragmentos:

1.-Hay en el hombre	391
2.-Que el Papa viene	392
3.-La Iglesia es astuta	393
La libertad religiosa en los Estados Unidos	395

NOTAS

Liceo de Guanabacoa:

Diario de Matanzas, 25 de enero de 1879. Fragmentos del discurso pronunciado en el sepelio del poeta Alfredo Torroella	403
Apuntes para los debates sobre "El idealismo y el realismo en el arte"	407
Apuntes de Martí para su discurso en el homenaje al violinista Rafael Díaz Albertini	433
Apuntes varios	437
Notas sobre la oratoria	447
Fragmentos de un discurso	453

JOSE MARTI

Obras Completas

19

Viajes / Diarios / Crónicas / Juicios



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 1991

Tomado de la segunda edición publicada por la Editorial de Ciencias Sociales, 1975.

Primera reimpresión

© Sobre la presente edición:
Editorial de Ciencias Sociales, 1992

1 Isla de Mujeres.

Crecen en esta playa arenosa el castor hiedro, el util shite, una uva gorda, fruta roscada, con parte a los callos estada, y redondeando algun y membrante por el sueto interamente las armonizate estancia de presa el que quetrado fruta - boch, que la gente pobre y envidiosa usa a manera de tabaco. Tuestan las verberilla, y la envuelven al modo de picadura en papel de estraza: hacen esto principalmente los pescadores, cuando los hija en la costa la vez. Alidad se formar.

ISBN 959-06-0028-X
959-06-0047-6
959-06-0074-3

Editorial de Ciencias Sociales, calle 14, No. 4104, Playa, Ciudad de La Habana, Cuba.

FACSIMILE DE LA PRIMERA PÁGINA DEL APUNTE DE MARTÍ SOBRE "ISLA DE MUJERES"

NOTA PRELIMINAR

Se inicia este volumen con apuntes de Martí escritos en algunos de sus viajes, y con los preciosos diarios: De Montecristi a Cabo Haitiano, y De Cabo Haitiano a Dos Ríos.

Una vez más ha sido ímproba la tarea de descifrar la letra de estos escritos, que debieron ser hechos con gran premura.

A continuación se reproducen varias crónicas de distinta índole, y por tanto de difícil clasificación, y juicios sobre diferentes cuestiones a las que Martí dedicó especial atención.

Por último se incluyen las notas casi ininteligibles que Martí escribió durante su actuación en el Liceo Artístico y Literario de Guanabacoa, en el que se destacó brillantemente como secretario de la Sección de Literatura.

VIAJES

APUNTES¹

¹ Estos apuntes de Martí, parecen referirse a sus viajes a México, en 1875 y 1877.

Después del mar, lo más admirable de la creación es un hombre. El nace como arroyo murmurante, crece airoso y gallardo como abierto río, y luego—a modo de gigante que dilata sus pulmones, se encrespa ciego, y se calma generoso— ¡genio espléndido de veras, que sacude sobre los hombros tan regio manto azul, que hunde los pies monstruosos en rocas transparentes y corales!; ¡genio híbrido y extraño que cuando se mueve se llama tormenta, y cuando reposa, noche de luna en el Océano, lluvia de plata, y plática de estrellas sobre el mar!—Aquí sobre esta arena menudísima, tormento de los pies y blanca muerte de las olas, tapizada de conchas quebradizas, salpicada de bohíos de lindo techo de trenzadas pencas, esmaltada de indígenas robustas, aquí entre estos hombres descuidados, entre estas calles informes, sobre esta arena agradecida que no sofoca con su ardor al extranjero que la pisa, aquí reposa mi alma, señora de su fatiga, contenta con la serenidad de esta grandeza, poblada y consolada en medio de esta muelle soledad.

La buena voluntad es un reflejo que pone en el rostro la suave luz de luna, que ha dado el cielo a cada espíritu de hombre: ¡qué noche tan amarga, cuando, allá en el fondo de nuestra conciencia, la luz serena y permanente descubre alguna sinuosidad! ¡Qué revolverse en el lecho! ¡Qué pedir consuelo en vano a los recuerdos, a las esperanzas, a los paseos, a los versos, a los libros! Parece que la mala acción cometida está escrita en la onda de cada nube, en la quebrada luz de cada estrella, en cada ardiente voz de nuestro espíritu. En cambio ¡qué plácido sueño cuando esta² lumbre no ilumina en el corazón más que llanuras! El alma satisfecha acrece las fuerzas, rejuvenece el rostro, desarruga la frente de los viejos, perpetúa la beldad de las mujeres, limpia de ortigas los años, aligera los miembros, aviva la voluntad, acrecienta los caudales. Más joven se levanta cada mañana el hombre bueno: así los viejos suizos, amigos y camaradas de los Alpes, mueren con los ojos azules y con el color sonrosado en las mejillas, ¡porque no han doblado en un siglo el ramo

² Palabra ininteligible.

de roble en que se apoyan, ni su conciencia pura,—blanca como sus neveros,—su báculo más fuerte!

Dejé en la Habana las iras de los hombres; y traspuse llegando a Progreso, si bien por tiempo breve, las majestuosas iras de la mar. Mido yo mi grandeza por la de los océanos irritados: cuando viajaba en el potente *Celtic*, buque de inmigrantes y de príncipes, donde vi—y no en los príncipes,—más héroes respetables, el negro Atlántico reunía todas las fuerzas de su seno, no cabía su cuerpo dilatado en la implacable orilla de sus mares, y se retorció con sacudimientos montañosos, pidiendo fuerza al cielo, negro también y oscuro, como la frente de sañudo padre, que quiere detener con su ira las impacencias de un hijo rebelado. Mar vea el cielo, allá en la inmensidad del horizonte. Nunca sentí terror ante tan grandes luchas; antes,³ las fauces, bien firmes en las órbitas mis ojos, rey también entre tanta majestad, sentía hercúleas mis espaldas. Un religioso espíritu me transportaba; afán de batalla me poseía, hogar mío creía yo a aquel espacio negro y barco hondo, y regocijado como un niño, adoraba aquel peligro, que al fin me conocía y miraba al cielo alto, que es mi manera de pintarme de rodillas. ¡Qué desdén luego en mis ojos para todo lo que no amaba conmigo la tormenta! Verdad que nunca oí manera de rugir más formidable. ¡Pueril lenguaje fuera comparado al de las ondas atlánticas airadas, el de una selva de leones desatada sobre árabes temerosos en impenetrable noche oscura! Duda la mano débil al transportar a los hombres tan hermoso honor. Jamás tuvo cantor la epopeya de la Naturaleza, ni lo ha tenido aún la epopeya del esfuerzo de los hombres. Eran el mar y el buque como masas de espíritus inmensos; placíanse en el combate, y reposaban de sus golpes como generosos enemigos. Allá viene la negra montaña, ladeado el cráter. crecientes las faldas, jadeante y horrible; y hace cresta, se extiende, se yergue, ya se lanza rugiente sobre el buque. Y el gran *Celtic* se dilata, se encorva, se inclina al lado mismo de la ola con su borde poderoso—el hondo aceroso borde, abre sus brazos férreos como para ahogar mejor a la montaña, y se endereza y se sacude, vencedor gigante; conmueve la onda horrible y la echa fuera. Tal vez adolorido, calla el mar esta labor de abismo, y fatigado de la lucha, se estremece sobre su base colosal, como si se desatara el ruido de bronce a sus miembros. Ruge sordamente, como monarca perturbado; mas otra vez, en cambio, corre de su férrea cabeza a su ligero extremo onda apacible, y parece, al resplandor de la tiniebla, un león satisfecho que lame con su lengua el pelo de oro.

³ Palabra ininteligible.

Y luego, tras dos años, ¡qué azulado ese Océano sombrío, qué desarrugado el ceño de ese cielo, qué mezquino guerrero en vez de aquel ferrado batallador! ¡Oh! la nación norteamericana morirá pronto, morirá como las avaricias, como las exuberancias, como las riquezas inmorales. Morirá espantosamente como ha vivido ciegamente. Sólo la moralidad de los individuos conserva el esplendor de las naciones.

Los pueblos inmorales tienen todavía una salvación: el arte. El arte es la forma de lo divino, la revelación de lo extraordinario. La venganza que el hombre tomó al cielo por haberlo hecho hombre, arrebatándole los sonidos de su arpa, desentrañando con luz de oro el seno de colores de sus nubes. El ritmo de la poesía, el eco de la música, el éxtasis beatífico que produce en el ánimo la contemplación de un cuadro bello, la suave melancolía que se adueña del espíritu después de estos contactos sobrehumanos, son vestimentos místicos, y apacibles augurios de un tiempo que será todo claridad. ¡Ay, que esta luz de siglos le ha sido negada al pueblo de la América del Norte! El tamaño es la única grandeza de esa tierra. ¡Qué mucho, si nunca mayor nube de ambiciones cayó sobre mayor extensión de tierra virgen! Se acabarán las fuentes, se secarán los ríos, se cerrarán los mercados ¿qué quedará después al mundo de esa colosal grandeza pasajera? El ejemplo de la actividad, que si ha asombrado tanto a la tierra, aplicado a la tierra, debe salvarla y equipararla al cielo, cuando anime con igual empuje las naves veleras de las aguas, y las salvadoras realidades del espíritu.

La América del Norte desconoce ese placer de artista que es una especie de aristocracia celestial. Sólo las almas elevadas gustan toda la íntima belleza de ese mundo extramundano. La admiración universal alimenta el ara no apagada de la Grecia; pasó el pueblo, y quedó su reflejo; se prostituyó su nacionalidad, y la Grecia es aún madre perenne y admirable, no ha perdido sus formas, a pesar de haber amamantado tantos hijos. Inagotable es la fuente de sus senos, inmarcitable la verde palma que sobre ellos abandona con molicie; empapados están sus labios todavía de la sabrosa y eterna miel de Himeto.

Hoy ha dejado el puerto esa redonda nave en que vinimos, vulgar, cómoda, apática, sin gallardía en sus velas, sin elegancia en su atrevimiento, sin atrevimiento siquiera! Al fin la nave sueca imita en forma y marcha el regio andar del cisne; la gran nave de Hamburgo, fresca y gruesa, retrata en sus anchuras la franca cordialidad de sus armadores; la audaz proa británica vuela airosa, velera enamorada de la mar, y murmura la góndola en Venecia las historias de amor de sus canales.

MÉXICO⁴

⁴ Parece que estas notas fueron tomadas por Martí en el viaje de Veracruz a Ciudad México. (1875)

De pronto, como artesa de siglos, de edades, la tierra se abre a los pies, honda, verdeada a cuartones, a fajas verdes, verdeoscuro, amarillo de oro, con su verdor cespó en la tierra negruzca, con su hilo de techos y árboles por lo largo del camino, y los montes alrededor, prendida la sombra de un pico a otro, o cogida de un hombro, como si de cada uno fuese a asomarse al valle la naturaleza. La india, de rebozo azul, ofrece por la ventanilla un cesto de granados.

Por los cortes rojos (la locomotora). El cerro de los pinos, como cabeza de chino, que se pelan a cuadros.

Por los cortes rojos va bajando, sujetando el aliento, la locomotora. Un ave parda cruza en lo alto el abismo. Por una caída,—como cosida a respuntes, está la tierra cultivada.

Por entre las laderas empieza a verse el valle plomizo. A una vuelta, la hermosura.

De Esperanza a lo primero, la cuchilla enorme.

Al salir de Esperanza; en lo alto de la sombra de un cerro, un golpe de oro que verdea, que negrea, que amarillea de nuevo, que se entra por el bosque oscuro, corona del cerro inmediato.

Se encoge el corazón de tanta hermosura. Los ojos queman. Se juntan las manos, en gracias y en plegaria.

¿Y quiénes son los dueños de esta tierra? ¿Una raza canija, de vasta distancia entre el poder de idear y el de la voluntad,—entre el bello discurso y la bella acción?

I.—Belleza.

II.—Pregunta: ¿acción?

III.—Los peligros que le cercan. ¡Oh México &

IV.—Sí: descripción de lo que veo. México crece. Ha de crecer pa. la defensa, cuando sus vecinos crecen pa. la codicia. Ha de ser digno del mundo, cuando a sus puertas se vea librar la batalla del mundo. ¿Qué va a ser América: Roma o América, César o Espartaco? ¿Qué importa que el César no sea uno, si la nación, como tal una, es cesárea? ¡Abajo

el cesarismo americano! ¡Las tierras de habla española son las que han de salvar en Am. la libertad! las que han de abrir el continente nuevo a su servicio de albergue honrado. La mesa del mundo está en los Andes.

De la cumbre comba, por cuya brusca ladera crecen a trechos pinos dorados, bajan, muy tendidos al valle, los jalones selvosos. Ya hay cerros de basalto, que baja el agua turbia.

La iglesia de Maltrata, que luce blanca, rodeada de tejados, entre arboledas negras.

Al salir de los túneles, el sol tiene color de llama. Pinos, hojas negras, piedra caliza.

Por entre las laderas, veteadas y musgosas, estribadas, grietas pardas, como arrugas de viaje, el tablero del valle, sus tajos de calles, sus cercados y tufos de verdeoscuro, su iglesia rodeada de techos rojos, — de tejados rojos.

Como ejército en marcha; por la cresta del monte, pegados unos tras otros, procesión de pinos.

1. — El tablero.
2. — Las fajas de verdes-claros.
3. — El verdor cespido.

¡Oh México querido! ¡Oh México adorado, ve los peligros que te cercan! ¡Oye el clamor de un hijo tuyo, que no nació de ti! Por el Norte un vecino avieso se cuaja: por el Sur & &. Tú te ordenarás: tú entenderás; tú te guiarás; yo habré muerto, oh México, por defenderte y amarte, pero si tus manos flaqueasen, y no fueras digno de tu deber continental, yo lloraría, debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego vetas de hierro para lanzas, — como un hijo clavado a su ataúd, que ve que un gusano le come a la madre las entrañas.

Maltrata: Ah ¡qué grandeza! Como que algo se cae dentro del pecho, y se arrodilla.

¿Y los dueños de esta tierra, la dejarán morir, decaer, (caer en maños extrañas)? La hermosura de un pueblo ¿no es el deber de utilizarla? La inteligencia de un hombre ¿qué es más que el deber de emplearla? ¿Creerán que basta morir a última hora, sin la fuerza de la vigilancia anterior, contra un enemigo más fuerte por más vigilante? ¿Qué es la capacidad de morir sin la superior de ordenar?

J O L B Ó S

Viniendo de Progreso a la Isla de Mujeres, se pasa muy cerca de Contoy. Jolbós es un pueblecillo de pescadores, mucho menos importante que la isla, frecuentado solamente por *cayucos* o canoas pequeñas, que allí hacen el comercio de tortugas y cazonas. No vive el pueblo solamente de la pesca, hay también *milpas*, pobres haciendas y estos frutos y la pesca son vendidos por los habitantes en los pueblos de la costa, y principalmente en Progreso para Mérida. Consiste la riqueza de Jolbós, la mayor riqueza allí posible, en una milpa, una casa en el puentecillo y una o dos canoas. Así se reúne en una misma mano al productor, al consignatario y al comerciante.

Contoy es todavía mucho menos que Jolbós. Es un islote de una o dos leguas de extensión, habitado exclusivamente por gran cantidad de pájaros diversos, que en enormes bandadas recorren por la costa; parecen en su carrera ondas negras desquiciadas. Ya son rabihorcados ligeros, ya buchones alcatraces, ya albas garzas, ya picudos zaramagullones.

La pesca en las orillas del Contoy es abundante; hay allí grandes tortugas, enormes chalupas, negras tintorerías.

A las veces, los marineros bajan a la costa, empuñan un palo, y tal es la abundancia de las compactas masas de aves, que a golpes matan y hieren centenares de ellas. Hienden también el aire del Contoy las blancas gaviotas, al par que alterna en los mares de alrededor con la picuda veloz la fresca cherna.

En tanto, deja su labrada huella en la playa arenosa la elegante zolla, caracol blanco y puntiagudo, de base espiral y dilatada trompa.

El islote está lleno de mangle.

ISLA DE MUJERES

Crece en su playa arenosa el rastrero *hicaco*, el útil *chite*, una *uva* gomosa, fruta veraniega, semejante a la *caleta* cubana; y verdeando alegre y menudamente por el suelo, el quebrado *kutz-bósh*; que la gente pobre y enviciada usa a manera de tabaco. Tuestan la yerbecilla; y la envuelven a modo de picadura en papel de estraza: hacen esto principalmente los pescadores; cuando les hostiga en la costa la necesidad de fumar.

Bordan la arena sutilísimos encajes, correcta y pulidamente trabajados en su marcha nocturna por los caracoles y cangrejos. Es admirable la perfección y simetría de esas largas y trenzadas huellas que las numerosas patas y el ancho carapacho de los cangrejos hacen en la arena finísima. La cruzan en todas direcciones, formando caprichosos dibujos: buscan de noche su alimento, y así labra esta nimia belleza el pueblo cangrejuno.

¡Qué baratas las casas! Seis pesos ha costado a Mr. Le Plongeon, crudito americano, un poco hierólogo, un poco arqueólogo, locuaz y avaricioso, industrial de la ciencia, que la ha estudiado para hacer comercio de ella, seis pesos le ha costado ese bohío de chite en forma de óvalo. Delgados mangles lo sustentan y arena blanda lo tapiza; pencas enlazadas lo protegen de la lluvia, sin estorbar la entrada a la sabrosa brisa que viene de la costa, donde negrean recalando en las claras ensenadas las veloces y largas *lisetas*. Allá apunta el gallardo cementerio, cercado de piedra, vestido de limpio, sembrado de cruces, colocado, como la tumba de Chateaubriand,—en un lugar solitario de la tierra, cercano de la mar. Aquí no es posible la muerte, entre tanta mujer amable; onda transparente, rumor de cocotero y cielo puro. Mientras la muerte es más natural, es más bella. La muerte solitaria es imponente; la muerte urbana, es ridícula. Sonriente y tranquilo, limpio y blanco, he ahí en esas tumbas incorrectas el cementerio verdadero. ¡Ay de las almas si no han podido presentarse a lo Eterno revestidas de igual blancura!

En aquellas clarísimas tierras deben oscurecerse más las manchas.

Por aquí llaman *villano* al que ha nacido en Valladolid, a bien que este Valladolid de México es villa.

Pascaba yo esta mañana con este raro hombre que sabe de memoria a Genti—Bernard, a Voltaire, a Boileau, a Ronsard, a Molière; que toca deliciosamente la ternísima música de Flotow; que viaja con un chaquetón y dos hamacas, con un diccionario de Bouchirt y dos títulos de médico; con una cara rugosa y una conversación amena, con los pies casi descalzos y el bolsillo totalmente aligerado de dineros. Cuando lo veo cubierto,—no debo decir coronado,—de canas; cuando me pregunto cómo esos pies desnudos han venido a ser cimientto errante y vagabundo de un alumno de la universidad de Montpellier; cuando leo en la miseria y descuido de esta vida, y en esta vejez sin gloria y sin apoyo, un secreto culpable y doloroso, pienso que, puesto que ese hombre no es un emigrado político, debe ser un emigrado de sí mismo. A esa edad no se pasea la miseria por ignotas tierras; cuando se está contento de su pasado, se habla de él; cuando no se habla de él, es porque su recuerdo pesa y avergüenza. ¡Ay! infeliz del viejo que no ha cumplido el precepto del árabe: este hombre no ha hecho un libro, no ha plantado un árbol, no ha creado un hijo. Ha visto, sin embargo, el cielo rojo del Egipto; ha recordado a Volney ante las ruinas elocuentes de otra edad; ha subido en Canarias a la meseta azufrada del Teide; reculó espantado en Orizaba ante el peligro grandioso del ferrocarril de Veracruz a México; ha pisado humildemente durante diez años la árida y destrozada tierra yucateca; hizo en Madrid la vida de estudiante de provincia, vio en Londres el cetro nuevo de 1832; y hoy ha llegado, con dos reales fuertes españoles, un violín roto y dos libros mugrientos a esta tierra de Chipre, bella y nueva, donde las chòzas limpias se levantan a la sombra de los poblados cocoteros.

¡Oh! ¡también la vida tiene sus miserables presidiarios! Tal vez porque lleva el alma medio muerta, huyó esta mañana esé pobre hombre de aquel alegre, invitador, sonriente, cementerio. Temí ahondar las heridas del emigrado de sí mismo, y no pude pasear a mi sabor por el pueblo de diminutas casas blancas. Albo color, amor de mi vida.

En este pueblo de pescadores, trazado a cordel, sin una creencia que no vea una superstición, sin una aspiración, sin un respeto, los hombres emigran o hacen contrabandos; los marineros canarios, que azotan estos mares en busca del carnudo mero, entretienen los amantes ocios de estas mujeres bondadosas, dotadas de afabilidad extrema, inteligencia natural y gran ternura. Apenas albean resplandecientes el holgado *huipil* y el *justán* blanco, y la saya y el rebozo han reemplazado en este pueblo mixto al traje primitivo. A bien que es de dudar si aquí lo hubo, porque, aunque esta tierra se llama de viejo Isla de Mujeres, es lo cierto que su población es

nueva; y que fue bautizado el caserío con el nombre de Puebla de Dolores, tal vez en memoria del valeroso sacerdote que alzó enseña terrible ante el pueblo asombrado mexicano, y que sujetó a humano los misterios irracionales de las vírgenes. ¿A qué llamar al cielo los místicos en demanda de oraciones?

No han conocido a las mujeres de la tierra esos fantásticos pobladores de los cielos.

Aquí se pescan caguamas y tortugas que no se venden mal en la costa de Belice. Consiste la riqueza en un cayuco danzarín, que coge y vierte sal, que lleva Carey y trae maíz, y que de vez en cuando burla la vigilancia, siempre burlable, de la canoa de guerra que cura de los derechos del Fisco en estas *cumbres*.

Los *criados*, que son a modo de esclavos, sujetos a sus *amos*, que así les llaman aún, por los caprichosos anticipos de que éstos les hacen larga cuenta, prestados sobre servicios personales, van por marzo y abril a las costas cercanas, llevan maíz para su alimento; algún bohío de mangle, tienen sus redes rematadas con grandes trozos de madera, y allí pescan pacientemente tres o cuatro meses; la época en que ya no prenda en sus lazos la perezosa tortuga.

Dicen que eso es vivir; y veo que viven.

En mí, el fuego de la impaciencia, lanzaría roto mi cráneo al mes de aquella vida sin cielo de alma; sin líos de mujer; sin trabajo, sin gloria y sin amor.

En tanto van trayendo cargamentos parciales a esta linda bahía, que si bien no da alcance a buques de mucho calado, ofrece a las embarcaciones menores muy seguro y muy cómodo abrigo.

Se compra aquí con *huevos*; se llama al aguardiente de caña, *habanero*, se hacen frecuentemente bailes con *poninas*, contribución voluntaria que no excede nunca de cuatro reales, y en ellos, como en todas partes, se bebe abundante cantidad de vino dulce.

Bailan muy muellemente, bien es que no de otra manera pueden expansionarse las naturales jovialidad y pasión de estas mujeres. Dicen que los carnavales son muy animados; no falta algún canario de bordada pantufla, calzón *amahonado* y camisa azul, que dando trancos por la arena, persiga al bullicioso tropel de mestizas, que más se ofrecen que esquivan, y más rien que huyen al que las alcanza para teñirlas la mejilla de polvo de arroz de Nueva Orleans, o cascarilla meridana, o polvo de papa de Belice.

Ni falta tampoco, allá en la plaza, una familia de *Cozumel*, donde un viejecillo de camisa y calzón; de tez morena y acento honrado, que llama aún *blancos* a los españoles, y viste a su mujer de largo camisón de puntas de color, explica al viajero curioso como *Cozumel* se deriva de *Cuzamil*, que significa tierra de murciélago,—porque *Cuzain* es murciélago. Y si el viajero es avaricioso de noticias y pregunta por qué Catoche se llama Catoche, el mismo viejecillo, que acaba de ofrecerle asiento en una hamaca de henequén, le dirá tal vez que como los españoles preguntasen a los indios el nombre de aquella extraña tierra, éstos, confiados y benévulos, le dijeron:

Kox-otox, ven a mi casa: Ay! Y fueron!

En esa casa misma ¿por qué no se puede hacer amistad con niñas jóvenes, vestidas a más moderna usanza que su madre?

Tienen tendida en la espalda la negra cabellera, y si en la una centellean dos grandes ojos verdes sobre la viva tez morena, en la otra dos grandes ojos negros son realzados por su fragante color blanco y encendida rosa de sus mejillas. El seno les reluce; seno de Ceres y Pomona, del traje de traidora muselina; y la redonda juventud campea en los abiertos hombros y arrogante cuello, orlado atado por cadena larga de oro, que baja hasta la cintura delicada. Y son pobres mujeres tabaqueras. Ellos hablan del boniato importado de Cuba, más dulce y más grande que el camole; hablan de la naranja refrescante, del menudo plátano, de la variada *milpa*, que así llaman la hacienda cozumelena; de la guanábana aromosa, de la negra tierra, fácil para el cultivo del tabaco, del café, de la caña, que todo esto, en abundancia y confusión pasmosa, produce la isla dócil.

Es tierra, sin embargo, miserable; sus hijos no han sabido aprovechar tan raras ventajas, tan productivo suelo, tan amable clima, y, sin comercio, sin tráfico siquiera, sin estímulo, sin necesidades, sin empleo, la raquítica población amengua, y los naturales del país, que en él han llegado a avanzada edad, emigran. La Isla de Mujeres, dotada de mejor bahía, está al menos segura de que no faltará un viajero sediento que contemple gustoso cómo trepa por el tronco resbaladizo el indio armado de cuchillo que va a arrancar al cocotero su pesado y abastecido racimo verde.

De vez en cuando, cuéntase, sentado en taburetes de madera, o en incómodos sillones de ancho espaldar y corto y corvo asiento, a medias sofocados los oyentes por el olor del aceite de caguama, luz aquí de acomodados y de pobres; cuéntase cómo, frente a Cozumel, los indios,

más que bárbaros, tímidos del trato rudo de los blancos, ocupan y hacen inaccesible la antigua ciudad histórica de *Tulima* cuyas ruinas no ceden en importancia a las de Chichen Itzá en Uxmal.

En un bohío cercano el ama de la casa, en cuyo hipil resalta la labrada *tierra* roja sobre el lienzo blanco, señala un trozo de madera, donde, grabada en letras doradas, se lee un nombre inglés, que, suspendido sobre la puerta del único cuarto de la casa, es en ella la prenda más valiosa, y con asentimiento de la única indígena con canas que ven los curiosos en el pueblo, y con gran asombro de los pequeñuelos que revuelven con los piecillos descalzos el suelo de arena, relátase allí cómo *naufragó un barco grande de tres cubiertas lleno de americanos y madamas que no se sabe donde fueron*; y cómo, entristecida la familia de un vecino porque han llevado al hijo de la casa a ser soldado, han recibido noticia de que el bravo Kem, jefe de una tribu alzada, que es un tanto su tío o menos pariente, le promete librarlo de entre la turba de cartucheras y chacó.

Y como en comenzando a contar historias va llegando la madrugada sabrosamente y sin sentir *cata* que ya la luna está en lo alto del cielo, y brillan como plata las arenosas calles, y se oye el mugir recio del mar un tanto airado, cuando, avisada la concurrencia por el sueño que se entra y el ruido que va de la alzada hora, desdobra la dueña del bohío la⁵ hamaca, tiempo que entra a solicitar alojamiento un indio de Jolbós, que viene con su cesta al hombro y su bolsa de maíz a la cintura, bolsa y maíz que despiertan los apetitos de los chicuelos que resguardan del aire frío con sus rebozos, a la par que las mozas y mayores reparan en cierto isleño calavera, que sale, medio a hurtadillas de una casa que cierra su puerta con presteza, sin pensar que la malicia adivina tras la madera la mano complaciente de alguna fácil *amadora* que no faltan ciertamente por la Isla.

¡Oh! las hijas sin padre, los padres que abandonan, y los desventurados pueblos sin sentido moral, sin concepto de honradez y sin criterio.

Asoma luego el día, se abre la puerta de la casa, salta de la hamaca, sorprendido por el sol, el huésped retrasado, tiende la hotelera, gruesa y ⁶ limpio mantel sobre la mesa de amarillo pino, y a ella se acoda el huésped; que humea en ella una taza de chocolate, preparada a sus propios ojos con frescos y gruesos granos de cacao.

⁵ Palabra ininteligible.

⁶ Idem.

Luego el desayuno, examinando los bordados de hilos de colores que adornan el mantel, y cuando la revoltosa criatura que ayuda al ama en sus quehaceres, le trae para orear manos y labios ancha jícara con agua, queda el viajero sonriente, viendo como le dan para enjugarse un espacioso pañuelo, en cada uno de cuyos lados hay un verso bordado en letras negras, que expresa casi siempre un pensamiento amoroso, revelado a medias por inocentes jeroglíficos.

LIVINGSTONE

Nombre tres veces célebre, dos porque lo es, y una porque merece serlo. Ese es un pueblecillo encantador. En tanto que el buque varado en las barras de la boca del río, en la arenosa o en la pedregosa, hace bravos esfuerzos para romper su cárcel submarina ¿qué caracol es ese que suena a lo lejos, imperioso y brusco? Es la campana americana, que llama a los hijos de la costa a las labores de la tierra. ¿Qué hombres son esos que andan a pie sobre las aguas? Los mueve una paleta, y cortan como flechas las ondas: son los hombres de los cayucos, como la flecha imperceptible entre el flujo y reflujo de las aguas. Allá se mueven blancos lienzos en la playa; por el camino rudamente inclinado, más que bajan, ruedan puntos negros: aquéllos son las madres hacendosas, que a la orilla de la mar blanquean su ropa; éstos son los hijuelos queredores, que entran y salen en el mar, que se salpican con sus aguas, que persiguen la camisola arrebatada, que brillarian si fuesen dorados, y brillan más porque son negros.

La goleta ha transpuesto la barra.

La canoa, tripulada por dos hijos piadosos, a la par esposos amantes; mueven el flexible remo hacia la costa. Esta ave de anchas largas alas que ha cruzado rozando con nosotros, es el alcatraz de seno blanco; refresca las plumas de su pecho en tanto que con ojo avaricioso persigue la huella de algún pececillo descuidado. ¡Qué ir y venir de mozos y de mozas! No se ve una cara blanca, pero el negro de la raza pura alegra los ojos. No el negro corrompido, bronceado, mezclado, de Belice, sino ese otro luciente, claro, limpio, que no tiene nunca canas, redonda en las mujeres como Venus, en los hombres desnudos como Hércules. Pero hoy es fiesta. ¿No? Pues, ¿qué hacen en aquella plaza tantos hombres que van y que vienen? No es plaza, es que están *embarrando* una cabaña. Ese bullicio es simpático; atrae ojos y corazones, porque lo engendra un sentimiento fraternal. En Livingstone el pueblo no permite que un hombre solo haga su casa: Todos le ayudan, sea cualquiera la época del año; ellos arrancan la tierra y la acarrean para endurecer el suelo, ellos cruzan

las varas, ellos construyen estos bruscos ladrillos, ellos coronan la choza de abundantes hojas de palmeras. El marinero es saludado por todo el mundo, y a bien que no es chico el pueblo; hablan su caribe primitivo, su dialecto puro; ellos no lo han mezclado, como en México, con palabras españolas para las innovaciones españolas. O han inventado sus palabras, o las tenían, lo que acusa natural riqueza. Y ¡qué manera de hablar! Una vez admiró el viajero la rápida palabra de los vascos: ahora ve que ésta le es muy superior. Son locuaces con la lengua, con los ojos, con las caderas, con las manos. Tienen para cada letra una, no mirada, sino transición de ojos diferente. Si dijeran amor, estas mujeres quemarían. ¡Oh! Y como se viste esa negra; es el vestido del país; un pañuelo blanco, atado a manera de turbante le cubre por delante la frente; y por detrás el cuello, dejando las largas puntas sobre la ebúrnea espalda. Un camión de azul listado, deja al aire brazos y cuello, y, más abajo de las rodillas, deja paso a la saya que le cuelga de la cintura. ¡La que no lleva el camión sólo! Y mucho más abajo de la cintura, ciñe con un lazo abandonado el camión de hilo, un pañolón azul de largas puntas. Pero aquel pequeñuelo es mucho más curioso: tiene formas narcíseas, apolíneas. Es ligero y hermoso, nervudo y correcto; el pequeñuelo es un Cupido negro. Atado sobre el hombro izquierdo por dos puntas, cíñele el cuerpo un pañuelo por el lado opuesto, que le llega muy bien a las rodillas; el contraste con el pañuelo de grandes cuartos rojos, hace resaltar más el cutis desnudo. Lleva en la cabeza una batea, y con la misma mano con que retiene la batea, sujeta una larga varilla, inútil sin duda, pero tradicional sin duda en esta tierra.

El marinero ha llegado a su casa; su *nináma* deja caer la tabla sobre la que muele la yuca que ha de proveer a la casa de casabe; su *niráju* se abraza a sus rodillas, y le besa la mano; su *niráju* balbucea *baba*; y su *dada* anciana, pero sin una cana y una arruga mueve extraordinariamente los ojos y las manos, y dice al viajero: *mi niráju, mi niráju*. La casa es pobre, pero limpia: las hamacas son de lienzo blanquísimo; creados los tinajos para el agua; nuevo y bien trenzado el cesto, cubierta de amarilla pasta la pared, y amontonados en un rincón hermosos cocos. De esto viven; del coco, de la yuca; del plátano. El maíz es escaso, y la yuca abunda, la buena caña gruesa, veteada de rojo cardenal. Es un rojo que ha descubierto el viajero: es menos oscuro que el carmesí, y menos vivo que la sangre: la naturaleza lo ha pintado en el pecho de una de sus aves.

Estas caribes de opulento seno son las cultivadoras de los campos; los hombres pescan y comercian; las mujeres siembran y hacen su oficio de

madres y de esposas. Las mismas manos introducen en la tierra el *vástago*, le arrancan luego su raíz jugosa, y lo brindan luego al viajero en ancha torta. Son admirables esta vivacidad, esta generosidad, esta fraternidad, esta limpieza. El pueblo tiene un gran número de casas, de palma y vara; cada casa tiene un gran número de habitantes; las miradas llenas de benevolencia y de franqueza acusan, por su centelleo, que en el momento de la ira han de ser rayos y relámpagos. Es un pueblo moral, puro, trabajador. A eso lo invitan y lo obligan, al ágil negrillo, al robusto marinero y a la hacendosa *dada*,—ese alto bosque que tienen a su espalda, ese ancho mar que tienen a su frente, y esa masa de cocos que se han abalanzado sobre la costa, como abriendo los brazos de la generosa América al viajero.—¡Ah! ¡y qué contento! Allí está la entrada del río; en otras tierras el centinela es un castillo; aquí elegante, rumorosa, amable, regia, el centinela es una palma. Queda atrás la población animadísima; la colocada sobre esa alta costa, nunca traspuesta, siempre besada mansamente por la onda azul del mar.

El río—el eco: las menudas ondas del río.—Las letras indias:—¡dicen que es encanto! Los caribes no tienen escritura: hay una mano impresa; basamentos horizontales de roca calcárea:—aquí la tierra se brinda, no se encoge.—La gota de agua que cae todo el año. Las flores sobre las rocas. El canto penetrante del *ramatutu*. Bandada de pájaros blancos. Entrada solemne. Marcha majestuosa.

[1877]

GUATEMALA[†]

[†] Estos apuntes de viaje los escribió evidentemente Martí para enviarlos a los hermanos Valdés Domínguez.

En Zacapa viven principalmente del tabaco y de los sombreros de petate: este es el *patrimonio*, como dice la gente del pueblo. El comercio, casi imperceptible al extranjero por sus escasas formas exteriores, es, sin embargo, activo. Aquí vienen de todos los valles cercanos a surtirse de toda clase de menesteres. De manera que son casi todas las casas del pueblo depósito de azúcar, de licores, de telas, de hierro, de loza, de los artículos primitivos indispensables para la vida pobre de los campos.

Iban en la procesión un San Pedro, parecidísimo a Antonio Sellén:—un Jesús, que aun en formas ridículas inspira y merece respeto; abrumado por la piedad popular, simpatía cuando se limita a esa piadosa de ⁸ de oropel, no del de ⁹, y flores de lienzo de colores vivos;—una Virgen María, demasiado vestida de nuevo para ir con tan grande dolor:—una raída y desvencijada Magdalena, ¡ella, la Dama de las Camelias del Cristianismo!—y rematando el séquito una figura inmensa, candorosa, alta y de alba vestida con rubia peluca, sujeta en la mano una ancha copa de oro,—y dicen que esta singular persona era el leal y poético San Juan.—A Dios que no, caros amigos zacapecos. Pero ellos iban muy regocijados de sus santos... contestado mar y río!

Demasiado ¹⁰ para inventar, demasiado soberbio para emplear¹¹

¡Lira mía esta, que siempre, tal vez como ahora sobre mi voluntad, se va a sus notas graves! Polvoroso y agotado echo pie a tierra de un larguísimo viaje, rindo culto, mal de mi grado, a las creencias del país, y en tanto que pongo someramente para no menos larga excursión, el pie en el estribo, contaré, al correr de la pluma, a mis amigos muy queridos, cómo se viene, siendo yo quien soy, desde Izabal hasta Zacapa, y cómo se descansa, escribiendo esta autohistoria, en los días Santos. Celebren flauta y órgano, en la Iglesia, que suenan ciertamente a chirimía,

⁸ Dos palabras ininteligibles.

⁹ Palabras ininteligibles.

¹⁰ Palabra ininteligible.

¹¹ No termina la frase.

los oficios del Jueves Mayor; en tanto yo, que no gusto de presentarme al público en traje de camino, me echo en brazos de los que bien sé que me quieren, y les escribo, estos mis ocios, tocada la cabeza con el sombrero de petate; ennegrecidas las manos por el sol ardiente, y terciada al hombro la burda *jerga*, listada a medias, y a huelgos, de blanco y de rojo. Este es un libro de casa sobre un viaje en mula; es un librito de comedor, y bien ha sido hecho para que no sigamos allí al cuarto alto, ni se aleje, por una copa, alguno de los asuntos ¹² de la esquina.

CAPÍTULO I

Estábamos a 26 de marzo de 1877. Compré mi hamaca de pita, y mi sombrerillo de petate,—que todo junto vino a ser un peso,—pagué doce reales por dos huevos que comí, y una noche que no dormí, amén del sacrificio que padecí, que no en balde estamos en Semana Mayor, de dejarme hablar por una locuacilla hija de la hostelera, que pasó sus infancias en Guatemala; que es por mitad criada y señorita, y que mordería el polvo por hablar su horita con algún caballero de ciudad.

Y yo te aseguro Eusebio amigo, que fue aquella una noche un tanto cruda. El recio viento Norte golpeaba tejas y paredes, y me robaba las aromas del jazmín del Cabo que venían del jardincillo de la casa; luego en mi alma, los afectos corren viento siempre, y éramos bajo el cielo negro airado dos tempestades diferentes. Bien noté yo, al reclinar el cuerpo en lo que debía ser lienzo, que si lo era no lo parecía; pero hasta que di con la cabeza en la almohada no di en el caso grave. La almohada era de paja; alcé la sábana, monda y pelada, y vi que mi catre era de saco. ¡Vaya en gracia por el mes y cuenta que llevaba de dormir a costilla pelada sobre la cubierta de los buques!

Ello es que di los doce reales, que corté un jazmín para mi Carmen; y le envié su aroma con mi beso, que me despedí de un pobre hombre díscolo, que en el lugar tiene fama de ignorante, y a mí me parecía hombre sapientísimo, porque disentía en todo de mi manera de ser y de decir, y que, revólver en cinto, y machete bajo el muslo, crucé las piernas sobre la más pequeña, rebelde y mal intencionada mula que vio nunca la montaña de Izabal.

¹² Palabra ininteligible.

Y bien, Fermín hermano; a nuestros años se tiene siempre una panada de sueños dormidos, que traidoramente y sin sentir han penetrado nuestra voluntad. De manera que, sin haberlo pensado, me encontré yo con que anhelaba gallardas aventuras, misteriosos encuentros, noches de oro y de abismo, sorpresas de fieras, todo lo que promete, en suma, a una imaginación enamorada de lo heroico, un viaje de ocho días a través de ríos, selvas y montañas tropicales. Traía yo el espíritu celoso de la actividad de los caribes; traía el alma robusta con el magnífico espectáculo que a ambos lados ostentan las majestuosas orillas de un gran río; como alas se habían pegado a mi alma aquellos cortinajes de verdura, prendidos en el cielo, mal sujetos sobre las ondas del Río Dulce, salpicados los movibles pliegues por aves blancas y pajarillos de colores.

Y ¡este león rugiente, este corcel de Arabia, y esta águila altanera que yo me siento aquí en el alma! Imagina todo esto, a horcajadas sobre una innoble mula.

Bien está que yo empiece por la descripción de la viajante comitiva. (Eramos una persona, y cinco mulas, a no ser que, por un exceso de piedad, descontemos del bestiaje, al arriero y su mujer. ¡Oh, la mujer del arriero!)...¹³

Su perfil es correcto, menuda la nariz, breve la boca, bien hecha la frente; aguda la barba; acaba la figura un tocado casi griego, puesto que con las trenzas del cabello se ciñe el casco a manera de corona; mas todas estas perfecciones de la forma, abrutadas por la incultura, se convierten en fealdades numerosas por la falta de transparencia espiritual. Ni un rayo del alma se abre paso por entre esa tez de bronce. Mira como las onzas y las zorras; arruga el ceño, no para expresar una ira que no siente, sino para recoger el pensamiento que no entiende. Es inaccesible a la bondad; a la pregunta, al silencio, al aseo, al cansancio, a la ternura. Anda como quien va clavando estacas; horada donde pisa; lastima donde mira. Prendida bajo la copa del sombrero lleva una manta negra que la guarda, a ella que no sabe ¹⁴, un poco del sol: se ha recogido la saya de percal con un cerquillo de crines, con lo cual parece que media una artesa entre su talle—¡no es talle!—y su cuerpo. Y el seno ¡pobre pudor! salta a los ojos con una abominable transparencia, porque apenas los

¹³ Faltan las hojas 5, 6 y 7.

¹⁴ Palabra ininteligible.

cubre la camisa de los días de fiesta, de finísima indiana, leve como el encaje y como el tul. Y Aniceto la ama: ésa es su Lola.

Dejémosela, hermano. Horresco réfers!

Ella azuza la bestia, la sigue, la persigue; le vocea. Anda a trancos, bebe agua en todos los ríos, come *totoposte* sin cesar, ayuda a cargar y descargar a su marido, y se prepara a apencar el frijolar,—que es tanto como sacar los frijoles de sus vainas. Es en vano que yo, curioso infatigable, le pregunte por el cultivo del café, del maíz, del tabaco, por los alimentos que usan, por las ferias de que me habla su afortunado cónyuge. El pensamiento de esta mujer es una piedra azteca; no se puede leer en ella sin ayuda de su marido. Este es un intérprete cansado, que dispone de muy buena voluntad, de una imbecil catadura, y de un escasísimo número de palabras que repite y aplica de modos diferentes. Anselmo Suárez, el único evangelista que nos queda, no nos enseñó el latín vulgar. Me entrego a mis urbanos pensamientos, y dejo su fraseo de hípedos a estas rocas talladas en lo humano.

Heme al fin caballero, pues más que sobre la mula, cabalgo sobre la montaña: ¡caballo digno mío! Es fuerza que haga pronto algo más que relinchar y piafar. Respiro un aire nuevo, y me va bien; bien a fe sobre estas crestas. Son las unas de piedras puntiagudas; las otras de pendiente arenosa; éstas de césped resbaladizo, aquéllas de colosales capas pétreas sobre las cuales se deslizan velozmente los cascos de la mula, que va a caer sentada y yo sobre ella, al lado de un precipicio, cuyo fondo, casi invisible desde lo alto, ofrece las sombrías igualdades de lo negro, atractivo, vertiginosamente atractivo, como todo lo oscuro y lo profundo. El peligro enciende la sangre en los caminos, como en los campos de batalla la enciende la pólvora. El accidente es el placer de los viajeros. Tal pico asombra por enhiesto, y a él hemos de ascender, bajo el fuego del sol y sin la sombra de los árboles, al rayar el sol en mediodía. Tal cripta o abra espantan y los llaman por lo inclementes, El Infierno: y allá hemos de bajar, resbalando al borde de barrancos sobre lechos de piedras, envueltos en tales velos que no penetra por ellos ni un rayo siquiera de las luces, blandas y plenas, de la luna. Aquí, más que silba, ruge y gruñe la víbora; allí, más que canta, pañea un menudo cotorral; huye con gran estrépito, inacorde y antipático, una bandada de pequeños monos; el corazón late de un dulce miedo y de placer imaginando que ese ruido bronco es tal vez el de un tigre atrevido que lo espera al pasar. Y se dice que los tigres fascinan; como los leones; que el valor humano obedece a una influencia física, que lo inermiza. ígneamente asentada en la pupila

de la fiera; que sus miembros de acero, corvos y ágiles, esquivan a saltos su gallardo cuerpo del ojo más certero; del brazo más osado. ¡Brava iluminación para la selva, los dos ojos de un tigre bien crecido!

¡A estas esperanzas se entrega el alma, que se paga de lo difícil! Bien estará entre sus dos ojos la bala del revólver. Mejor estará su piel humeante, majestuosa, fresca, sobre la espalda del robusto arriero. Así, paso a paso, salvo las montañas, aspiraciones de la tierra al cielo. No viene el tigre, no baja la montaña, cae la tarde. Allá a lo lejos muy a lo lejos, se extiende, negruzca y extensa, la gran laguna de Izabal. En ella se encrespan las olas, se desgajan los vientos, zozobran los buques como en la mar. Yo, hombre, habitante de la tierra, soy desde aquí más dueño de ella. La miro de tal manera; que cuando la miro, la canto. Nadie habría menester preguntar quién soy, si me viera volver a ella mis ojos. Todos los hombres están destinados a ser reyes. Esta es la cumbre del monte, y ése es el mar que lame; ese gigante obedece a éste, y sobre éste, ahora piso yo. De abajo, ese pico es vecino de las nubes. Ahora, bien repleto¹⁵

...a su amada el viajero, más bella que los rayos de la luna; y despierto, duerme.

Se fue de sus brazos; pero le ha dejado un beso sobre el corazón.

El caballejo se detiene; la mula del baúl se ha echado en tierra, fatigada; Lola se encuclilla y come *totoposte*. Aniceto corre tras de mí para avisarme que hemos llegado al punto de descanso.—

¿Descanso? No sabe qué es la vida: ¡ni siquiera significa lo mismo que muerte!

Bien está; pero yo aún no he comido. Aquellos dos huevos de la ilustre fregona, más locuaz que ilustre, no son alimento bastante para tan recio día. La selva abre el apetito, y se siente uno un poco tigre cuando llega la noche. Cuando avistamos el pueblo, aún humeaba el ocote en las pobres y aisladas casas del *Mico*. Pero Don Facundo es el rey del pueblo, un rey modesto; humilde, democrático, una especie de rey vacuno. El tiene buenas vacas de leche; él ha abandonado la galera para provecho de las arrias; él mata *coches*, que así llaman por acá a los puercos; pero ese rey misterioso es impalpable e invisible. Habla a través de la *manaca*, palma de hojas soberbias, cuyos pedúnculos arrancan de la tierra, y que

¹⁵ Falta la página 12 de estos apuntes.

cubre en estas casas de campo techos y paredes. Hay todo lo necesario para hacer comida en la casa, menos la voluntad de hacer comida. Por este trillo de plata, que así resplandecen en la tierra de arena las claridades de la luna, se va a aquel *ranchito* lejano. En el camino, dícame Aniceto que *ranchito* no significa aquí *hacienda* como en México sino casa de campo.

Llego a la casa; y allí hay toda la voluntad de hacer comida, menos lo necesario para hacerla.

Súbita llamarada ilumina aquel bohío cercano. Allí llegó sin duda olor de pasajero. Las mujeres, más que brindan el paso, lo impiden: tantas son las que se agrupan en la puerta. Sépase en breve que husmeado por un *coche*, maullado por un gato, y vigilado por un *chuchito*, nombre aquí unánime de perro, comí al fin un enfermizo, y enfermador, plato de frijoles sazonado con humo, y empujados porque lo necesité con tortilla más verde que blanca. Enjuagué los labios con un café.¹⁶

CAPÍTULO V

No Aniceto a mí, sino yo, poeta incorregible, rugidor de ideas, infortunado voluntario, azotador de almohadas, y aquella vez de pitas, yo fui quien di a Aniceto la señal de partida cuando la luna, clara y redonda, descendía en el cielo—porque descenden cosas tan bellas como la luna—al llegar a que, si no tuviera roto el volante, corresponderían las tres en mi buen Roskof.

Estas mis manos, que no se hicieron para arrias, y éste mi hombro, que para cruces podrá haber sido hecho, mas no para baúles, ayudaron al brusco matrimonio a cargar al manso Pellejudo, y a la mulilla de los mordiscos y corcoveos. Porque Lola acarrea y amarra, y sabe encinchar una bestia con una crueldad que disgusta y asombra.

Vámonos, pues, camino de Gualán. Tras de los montes que aún he de vencer, va ocultándose la luna; a medida que sus rayos menguan, crecen en forma y sombra los troncos de los árboles. Parece el uno Tántalo corpóreo, que vuelve al manzano copudo los demacrados brazos; el otro Tántalo rugoso, que pende sobre el río, retorcido de sed sobre la orilla, la boca que no llegará jamás a él. Pongo toda mi buena voluntad para agrandar estos temas, para poetizar estos parásitos desnudos, para infernizar estas implacables mansedumbres. Hundíase ya la luna, o la montaña vecina me la oculta; pero como mi alma está sin remordimientos.

quédame sin fantasmas estas selvas. Nada me aterrera porque nada debe aterrarme. Ese tronco es tronco, y ese leño, leño; y esa hoja, hoja, sin que pueda yo imaginar que se mueve la raíz nervuda como difunto airado que me clama, ni el ramo seco como hoz que me señala a la infernal justicia, ni las mansas hojas como rumor de un alma acusadora.

¡Feliz quien como yo, pueda atravesar una selva, sin que le figuren jueces y difuntos los troncos de los árboles! Feliz quien puede oír una tempestad entre los bosques, sin que nada dormido se levante a pedirle justicia contra sí mismo en su conciencia!

Pero mi incriminalidad hacía entre tanto mi infortunio. ¿Qué era yo, manso cabalgador de aquella inmerecida bestia? ¿Por qué no hay ladrones que accidenten mi camino? ¿Por qué no hay fieras que prueben las balas ociosas en mi revólver? ¿A qué lo encinté, si para nada había de serme útil? Burlándose estará de mí el arriero que me ha visto armado de todas armas. A bien que este corvo machete, que más tunde que corta es suyo, y yo lo hallé cruzado a la siniestra de la silla.

En estos vericuetos de los montes; en esta vía más hecha a trechos para águilas y gatos salvajes que para hombres y caballos; en estas áridas mesetas, sin solemnidad, sin grandeza, sin juego de luces, sin colores; en estas mezquindades de la serranía sin mesnadas, sin peligros, sin paisajes, en estas leguas que se arrastran, más que se andan; ¿cómo ha de ceñirse al rastrero la voluntad enamorada de las cimas?

Allá, en el día primero, allá análogo a mí, hallábame bien respirando el mar, y caballero en la altura; escalando el pico y serpeando la pendiente; salvando el paso estrecho y ladeando la áspera quebrada; olvidando con la vecindad de las nubes la mansedumbre de la bestia; gustando del inefable y utilísimo placer de los peligros, y ¡extraña cosa! jamás recibo yo de la grandeza aire ni impresión que no sean míos; de mi mismo pecho brota la potencia con que admiro, y el aire nuevo que me lo agranda y me lo inflama, de mí nace, y valgo lo que soy, y jamás llega la hermosura del espectáculo a la altivez con que lo siento.

No abundan en esta parte de la vía los accidentes; comienzan los planos,—algo así como diminuta pampa y raquítica sabana—los árboles, en pleno marzo, están sin hojas; el camino arenoso absorbe las lluvias incesantes; fatiga y disgusta esta vegetación; es que la teca, que no ha muerto pero que duerme; así cansa y ¹⁷ el cuerpo al alma en ocio. La vida es el constante empleo; el agrandamiento por el roce; el obstáculo, jamás la caída, a no ser victoriosa y gloriosa; la obra permanente; el ir,

¹⁶ Faltan las páginas 15-28.

¹⁷ Palabra ininteligible.

triumfo eterno, montaña arriba, roca adelante. Esta es la vida; y reverdecen y extenderse son los perpetuos deberes de los árboles.

Seca las fauces más la contemplación de esta avidez, que el sol que aún caliente demasiado. Pues canta un gallo, huye un buey, y ladra un perro, cercano está algún rancho. Allá va dando trancos Aniceto, en demanda de agua para mí. Ya veo en la puerta a la fecunda madre de los pequeños que rodean al arriero, madre jarretuda; poderosa, casi esbelta. Ya me parece oír decir a Aniceto, con acento melifluo:

—Buenos días, nos dé Dios, mi señora. ¿No me quisiera hacer el honor y favor de darme un poco de agua?

Devuelto, luego de bien saciado, ha sido el barro. Y como Pellejudo se resiste a continuar la larga marcha, sacúdele un bravo zurriagazo el ¹⁸, y dícele a la vez:

—¡Anda! ¡cholludota! ¿Qué aflicción te pueden causar aquellos tormentos que siempre los habéis pasado?

Y luego, malhumorado con las perezas de las bestias:

—Venite, Lola, y háblale a la mula.

—¡Anda, caballo viejo!

—¡Qué aflicción de mula ésta, hombre!

Y allá va galopando, tras la rebelde de los corcoveos que ha esquivado la vereda, hundido por ella el césped amarillento y abrasado, y sacudido en tierra la col, el *totopoxte* y la ligera caja de¹⁹

Arruga el ceño Lola, esta vez para hacer fuerzas con que ayudar a su marido; yo, en tanto, seguro de que la vía va sin torcedura hasta Gualán, incrusto mis talones en los ijares de la mula; cierro los ojos para imaginarme que es un brioso caballo, y desdeñando el trote, lánzola a galope, y a escape luego, olvidada la brida, y pegando su cuello con mi cuello; y así, salvando las pequeñas crestas, los ligeros arroyos, los breves pedregales, ando en minutos leguas y me vengo en un valiente instante de la quietud perezosa, del jineteo imbécil, de la hipócrita cabalgata de estos días.—Llévose un tronco, o una piedra, que yo no sé lo que fue, uno de los descomunales estribos de Zacapa; con lo cual creí que iba a disgustarse mi Aniceto; pero éste tomó lo de la carrera por *muestra de señorío*, que así lo dijo el que me parecía babieca y el que lo sigue siendo maguer esta maldición lisonjera. Que no soy yo de los que adornan de virtudes a los malvados, y de talento a los necios, tan luego como ven en uno algún ladillo flaco que adular. Perdonó lo del estribo, bien seguro

¹⁸ Tres palabras ininteligibles; y tachado "airado Aniceto".

¹⁹ Palabra ininteligible.

de que se lo había de pagar holgadamente; y díjome, como causa de la plática, que le *cuadraba mi modo*, que ya la bestia estaba *impuesta a mi costumbre*, y que, en *dejando a la mujer*, en el ²⁰, para el apareo del ²¹, quería seguir conmigo a Guatemala y ¿quién se niega, aunque el ceder le pese, y la carga le moleste, a la adhesión afectuosa? Más pena da rechazar una muestra de afecto, siquiera sea enojosa, que placer verse libre del enojo. Sonreí por fuera, y me mordí el labio por dentro, con lo cual, diciendo a Aniceto que no, díjele que sí, y hasta con agradecimiento y con cariño. Hice amén al abandono de Lola, cuya presencia antiestética molestaba mi concepto de belleza pura, aristócrata y descontentadizo ser congénito del mío,—porque fue base espontánea del contrato que la esposa abandonase al esposo, divorcio que contra mi creencia general, aunque no absoluta, llegué a considerar moral, benigno y útil. ¡A cuantas individuales peripecias está sujeta la más estricta justicia humana! Las simpatías y las repugnancias inclinan invisiblemente las sentencias; y un conjunto de fallos criminales, si fueran dictados rectamente, vendrían a ser un reflejo exacto de la vida y azares del juez. Con miedo escribo cuanto escribo, y hago cuanto hago, porque me posee, a la par que mi ciego espíritu, único, una reseca desconfianza de mí mismo, y temo que, como corrijo hoy dudas de ayer, haya de corregir mañana estas que, brusca y vehementemente, agito hoy. Así, por miedo al porvenir, desluzco y aminoro el presente. ¿Lo aminoro? No, lo fortifico. Mide el viento su fuerza por el tiempo que ha tardado en arrancar.

Se cruzaban a la entrada del pueblo numerosas vías, frecuentadas y angostas; vilas de lejos, leí y escribí a la sombra escasa de un tronco seco, y allí esperé a Aniceto, que llegó horas después. Le había yo oído decir que tal vez no cruzaríamos el pueblo, sino que descansaríamos al otro lado del río, donde había un *sacatal*; y así fue, anduvimos por un trillo excusado, vadeamos fácilmente el cauce casi enjuto; hicimos pie bajo una ceiba secular, y en tanto que me hacía Aniceto sobre las raíces nudosas, amontonando mantas y *jergas*, una especie de lecho, y de trono, yo enderecé las piernas a una casa de las tres cercanas, que todas tres cabían bien juntas bajo las ramas del árbol que rodean. Llego a punto que almuerza la familia: ¡bienaventurada tierra ésta donde por todas partes reciben con rostro plácido! Ella hace de la tierra mesa; y para hacérmela a mí expulsa de sobre la cama de tiras de cuero cinco raíces de aquel fértil tronco; evidente causa de la merma observada. ¡Arroz,

²⁰ Palabra ininteligible.

²¹ Idem.

simpático arroz; tres días hacía que no columbraba yo tu blanco grano! Aquí lo dan, si rápido, amarillo,—con lo cual, y una taza de leche, y dos mangos pintados para cuando acabe la siesta, terminó mi almuerzo baltasárico.

Y un honroso detalle. Di a la hostelera dos reales, que es aquí el tipo mayor de esta clase campestre de festines, y ella movía la cabeza; como quien quiere más. Más le daba y seguía moviendo el tocado casi griego, aquí único y unánime.

—No, dijo al fin, no quiero quitarle a mi señor más que real y medio. Con lo que tuvo merecido cinco veces el precio del almuerzo.

Fuí a mi lecho y mi trono; pero tenía más de trono que de lecho; por lo cono, por lo espinoso, por lo incómodo, porque las raíces, brutalmente quietas, hendían mis espaldas; porque las hormigas, cortesanas de la reina de las selvas, le andaban a la ceiba por los pies; y no obstante mis acomodaciones, mis sacudidas, mis concesiones de terreno, mis parlamentos angustiados, mi necesidad de reposar, bien poblados que fueron todo el tejido de la jerga, y todos los misterios de la manta, y todas las indiferencias de mi sueño, volví otra vez camino de mi rancho, donde la mujer es amable, la criada rolliza, el mango sabroso, amarillo el melón, vivaces los pequeños, y afectuosa la acogida. Fruta del alma que vale más que todo fruto y alimento de árboles y tierra, sin la cual no quiero manjar, ni techo, ni lecho, ni podría nunca gustar humana gloria. No hay cosa como esta dicha de inspirar confianza y concederla; más gozo yo con merecer la simpatía de un labriego, que con que me aplaudan un discurso; y no lo digo porque ande ahora entre labriegos, que también lo he dicho y sentido en los pueblos, donde,—con ira ruin—mezquinos que son—no me lo crean.

Y como va largo el capítulo v, y mi cabeza bambolea; por las notas, esperanzas, dolores, prosa y verso, y lo que va de esta narración, escrito hoy todo, dejo para mañana, Santo Viernes, el fin de estas monótonas historias.—El amor con que serán recibidas, disimulará su carencia de grandeza.

CAPÍTULO VI

La criada rolliza, de cuerpo abarillado, de nuca formidable, de rostro idolesco, arrodillada en tierra, muele y prepara tortillas de maíz; encendido el ocote, humea molestando, y caliente, aquí el *comal*, batea ligera y plana donde el maíz aspira el fuego que lo cuece, y allí, con menos brío, una caldera de grasa destinada a trocarse en jabón prieto;—la madre

encucillada sobre la cama, corta y adereza los trajes que al día siguiente van a lucir sus hijos en la fiesta. Y mientras ella adorna con una gran faja de tarlatana verde una sayuela de percal rosado, y recompone—y cuenta que copia de la naturaleza—un vestido con traje de peto de amarillo canario y negro verde, que esta variante toma el negro cuando está viejo;—yo parleo con los chicos y con grandes, y a aquéllos pregunto por su escuela y sus travesuras, y a éstos por sus haberes, fiestas y trabajos.

Huroneo la casa, y como sobre aquella viga hay una buena albarda, cubierta por un vellón lanudo, y colgada por anchos vaquerillos;—y como le hace gallarda compañía una lujosa silla de mujer, tengo para mí, y logro saber, que el jefe de la casa es un hombre infatigable, que tiene no muy lejos una hacienda con sus 100, o más, cabezas de ganado, y que, *gracias al Señor*,—como dice la mermada—, cada hijo que le nace trae no un pan bajo el brazo— sino diez o doce cabezas a la hacienda. A la par que la mujer guisa y conversa, acaricia a sus hijos, aun en el momento que les riñe; de tan suave manera habla. De modo que, cuando un rapaz de cinco años, va, con los pies descalzos, con la nariz amarilla de la fruta, y dada al viento la camisa, a llevar a un comprador un frasco de manteca, como éste se le viene al suelo, la madre lo regaña y él se aflige, y ella se vuelve a mí, y de una indefinible y ternísima manera, con esa elocuencia resplandeciente que está escrita por mano divina en las entrañas de la madre, me dice:

—¡El pobre, por bueno de llevarlo! Pero él no tiene fuerzas todavía.

Hablamos de Gualán, y supe que hay tres ricos en el pueblo, y como yo le pregunté por sus nombres, la mujer suspende la obra de tijera, y mirándome con una fijeza igual a su vivacidad:

—¿Qué me manda?—me dice de una manera tan abreviada y rápida, que un oído no habituado no la entendería.

Este—¿qué me manda, o qué manda?—vale lo mismo que el *bueno eh* español, que el *¡Señor!* servil; que el *plait-il* francés, que el *Sir* británico. Equivale al ¡ay! que a cada instante grazna mi arriero. Y como yo hablo de prisa, y me falta el diente y mal me avengo a acampesinar mi lengua ciudadana, sucede que muy a menudo me interrumpen o responden con:

—¡Ay!

—¿Qué me manda?

—¿Qué manda?

—¿Qué me dice?

Dan en esto las seis; cabalgo nuevamente, al pie de una casa en esqueleto, cuyas paredes muestra hoy con varas de pimiento y cañas bravas, y cuyo techo comenzarán mañana a cubrir de manaca; regalo a los traviesos mermados, que me tienen cautivado por el amor con que me cercan, y por la vida que centellea en sus ojos, y a buen paso echo a la cabeza de la comitiva, por el cómodo camino de Roblar.

Entremos en el...

CAPÍTULO VII

—¡Acuérdese, señor! mi gallo estaba despichado, plenamente despichado, mi señor; cuando que viene el otro, que era un gallo ²² de Cobán, un animal florido, de lo que hay de grande, mi señor; le da un pechazo al zambo, y acuérdesese que dio mi gallo un grito, dio un volío, sin *naá* de vuelta de gato, y de un tiro, de un tiro solito, lo rajó.

—¡Ah, qué gallo galano!

—Pero acuérdesese que le entra una *devanazón*, y fue volteando hasta la cerca de ño Chepillo, y cuando lo vine a alzar, ¡acuérdesese qué pena! se había degollado por la navaja, mi señor.

—Eso fue que no lo amarró bien el señor Catalino Manar.

—No, mi señor, que yo lo recuré, y quedé que lo amarrara mi padre. Pero ¡acuérdesese! que allá tengo en Santiago un pollo giro y el sábado lo voy a traer al desafío con la gallina blanca cobanera; porque mi pollo tiene once alzas, mi señor, y con ese todo gallo es *temagá*.

Esto decía, aguzándose la barba, un inesperado compañero de viaje, sitiero rico del vallecito no lejano de Santiago, y por lo de gallos y compras, amigo de Aniceto, con quien, muy salpicado por mis preguntas se traía esta plática caminera.

Viene él de Gualán, donde pasa entretenido los ocios del Miércoles mayor jugando gallos. Viste el apasionado jugador, que es un hombre entrado en años, muy bordada camisa, lustroso pantalón de lienzo blanco, y chaqueta de paño ceniciento, que hace lucir más el color azul celeste de la faja. Cáele sobre el tuello, y deja al aire la frente bronceada, ancho sombrero de petate fino, y a manera de cinta, rodea la copa cuenteado pañuelo. Pone a par de las nuestras su airosa mula oscura; la albarda es de cuero bien curtido; no falta sobre él el vellón blando, ni sobre la gualdrapa los largos vaquerillos. Lleva machete el santiaguero, mas no al cinto, que aquí no se usa, ni hermanando bien con la chaqueta, sino

²² Palabra ininteligible.

sujeto por hilos de cuero sobre el lado izquierdo de la montura con lo que queda bajo el muslo el arma cortadora, que hace bien en ocultarse, porque de salir a luz no pudiera ostentar ni rica plata ni vistosa pedrería.

Bien está al de Santiago la cabeza viril sobre ese cuello erguido y gruesa espalda; peina con los dedos a menudo la lengua barba negra, mas cuando cobra toda su brillantez esta figura, tostada y entusiasta como las de nuestra tierra; cuando se yergue entero, fornido como un baracoense, de correcto rostro como un holguinero, de habla antigua y fogosa como un camagüeyano; cuando vivaz el ojo *ranchero*, y olvidada la brida, echa de sí todo su fuego y sencillez este fuerte hombre, es cuando cuenta con ardiente verba los vuelos, arrebatos, ganancias, muertes, tiros de sus animales de sangre de ira y oro. El extiende los brazos para hablar del *volido* milagroso; él menea la cabeza para imitar la agonía de su tordillo, luego señaladamente, haciendo rueda con ella y con sus manos, para hablar de la *devanazón*, se echa atrás el sombrero, y como quien ha menester más aire y luz, para describir *la pelea a pico*; y recogiendo la brida, como quien vuelve a la existencia natural, y sacudiendo las piernas sobre los costados de la mula, sonrío satisfecho, y saborea con dilatada complacencia su narración, sus recuerdos y sus triunfos.²³

y dimos, entrada ya la noche, en el Roblar.

¡Malhaya el rico campesino, cuidadoso, antes que de parecer bien, de no parecer criado! El majagranzas cree que comunicar las risibles holguras de la ranchería y los medios de vida en la comarca, es oficio que le rebaja de su erguida alcurnia, y como fuma veteado tabaco, y calza zapato de vaqueta, y luce calcetines amarillos, sube de campesino a malcriado, y de hombre humilde a majadero. ¡Malhaya él que a duras penas me cedió la hamaca en que sentaba! ¡Hayan mal junto con él la vanidad agreste que hincha, y la zafiería del mastuerzo enriquecido, tan distintas del sereno orgullo de un hombre de bien! ¡Haya mal el ²⁴ del Roblar!

Y queda dicho que yo, que gusto del comercio ameno y locuaz de los espíritus, y de observar el adelanto para noticiar y loarlo, y de oír la pesadumbre para buscar pertinazmente el remedio, frunci el ceño y me hallé mal entre aquellas paredes de ladrillo, y bajo aquel techo de tejas, más pobres por su dureza que el embarrado mísero y la manaca seca de la copuda seiba de Gualán.

²³ Faltan las páginas 42 y 43.

²⁴ Palabra ininteligible.

A bien que aquí viene la cena, y como me la sirven manos blancas, y doy la espalda al zafio rústico, esparcíme el ánimo, y con él la descripción. ¡Oh, acero de Manchester; y cuchillos de Gloucester, y tenedores de Springfield! ¡Oh cubiertos ingleses de cabo de marfil y limpia hoja! Tres días van ya caídos, y desde aquel de hoja de lata de Izabal desaparecíanse de mis ojos los cubiertos. En mí, la privación de la pulcritud interrumpe seriamente la vida. Hecho a la pobreza, no vivo sin sus modestas elegancias,—y sin limpio mantel y alegre vista, y cordial plática,—váyanse de mí, y no norabuena—los guisados más apetitosos. Como es una función, nunca un placer, fuerza es amenizarla, para hacerla llevadera; y disfrazar con limpias bellezas su fealdad natural. Pensé en Horacio y ²⁵, ya que en Cuba no hemos tenido cantores de la dulcedumbre y amable vida de los campos, hice tenedor de una rueda de plátano frito, y cuchillo de un trozo de tortilla asada,—y bien asada,—y con esto medié al cabo el abundoso plato de frijoles. Sazonélo esta vez con queso seco, hecho en la finca tres días hace, pero acre y rasposo—¡hubo de hacerlo el dueño mismo! Suntuoso oro han servido a mis labios en esa amable taza de café. Me enardece y alegra el jugo rico; fuego suave, sin llama y sin ardor, aviva y acelera toda la ágil sangre de mis venas. El café tiene un misterioso comercio con el alma; dispone los miembros a la batalla y a la carrera; limpia de humanidades el espíritu; aguza y adereza las potencias; ilumina las profundidades interiores, y las envía en fogosos y preciosos conceptos a los labios. Dispone el alma a la recepción de misteriosos visitantes, y a tanta audacia, grandeza y maravilla.

Brota el verso a medida que lo sorbo; aquí para una tragedia, poderosa y terrible. Trae seno de montaña, palabra de terror, y pies de trueno. Luego, dispongo un acto dramático, hervor perenne—y pertinaz presencia de un tipo permanente que habré de hacer eterno en el teatro:—aún no es llegado. Tal carta escribo a un alto hombre. Tal querrela de ranchera elocuencia, de admirable amor que acaricia, envío a mi amada. Yo grabo una época del espíritu en una obra moderna, cuyo plan trazo y divido con lucidez y claridad pasmosa. ¡Y ella, mi Carmen mía arranca los más ardientes, y arrebatados y centelleantes cantos a mi espíritu! Le llevan luz de estrella sobre alas de fuego: ¡buen viaje a mi misterio celestial!

Y adormido en la hamaca, que preferí colgar del portal fresco, más que medito, sueño; más que hablo, murmuro, traduzco a drama una

²⁵ Palabra ininteligible.

leyenda de los ²⁶; el pueblo de Livingstone sopla a mi curioso oído un raro poema; y dividiendo en capítulos una historia del sufragio, desarrollo de mi imaginación otra Historia grave que ha de seguir, simultánea y sucesivamente, en su riqueza multiforme, al espíritu humano, desde las letras cuadradas de Sem hasta la trabajosa generación de la República. cansancio del espíritu rebelde que vuelve de grado a los sencillos trabajos que arreció—aprieto sobre mi corazón a la que amo, doy de mano a mis fieles amigos, pienso en mi madre, dolorosa perpetua, veo en lontananza un brillante Congreso, unas alas que se pierden, un espíritu o una nube que se van, y con sus labios junto a mis labios, duermo de amores.

CAPÍTULO IX

—Conque ¿es de marcha? me dice teniéndome el estribo un muchacho benévolo, que se ha levantado en el alba, como anoche se acostó con el oscurecer.

—Soy de marcha; le contesto estrechándole la mano. Sé amable y honrado.

Ahí queda atrás al Roblar, con su dueño ríscoso y adusto, con su dueña de manos blancas, con su café misterioso, y con su criado servicial.

No está San Pablo lejos del Roblar,—y es bien que pasemos de prisa por estos arenales infernales, donde se busca en vano en los arroyos secos agua, color en la quemada yerba, hojas en el partido árbol. Sombras largas y pardas, invariablemente blancas y negras; tierra que ha de delito el ser culpable; pues es hoy tan estéril, sedienta cañada, quebrado tronco; enferma flor amarilla que campea,—¡sobrenatural esencia de las flores! sobre el ramo desnudo, y a veces cubre totalmente su desnudez,—son los accidentes áridos y únicos de esta larga llanura abrasadora.

Pero ¿no está allí un grupo animado de casas blancas y parduzcas? Allí sobre la loma. ¿Qué pueblo vestido de blanco será inhospitalario? Ruda es la cuesta; pero hemos de empinarla prontamente. Quede atrás el matrimonio que platica, para convencerme de que cada clase humana tiene su lenguaje. Aniceto enamora a Lola,—y yo ¿cómo lo pienso? Lo pienso filosóficamente,—no haría jamás vibrar una cuerda en el corazón dudoso de Lola. Yo no taño guitarra, ni mezclo el vos y el tú; ni digo *acotate* por acuéstate, ni me zampo leguas como ciruelas, ni sé tejer la

²⁶ Palabra ininteligible.

pita, ni embarrar un rancho, ni limpiar un cañal, ni siquiera tomar aguardiente!—Renuncio a Lola.

Y con estos pensamientos he dado en el portal de Doña Teosia, que en esto ha convertido el pueblo el nombre grecorromano de la tendera.

Cancerbero dijo quien dijo Infierno, y como de éste vengo, ley es que a aquél halle. No es un marido celoso,—enamorado hasta el crimen, hasta la policía—de su mujer;—no es un *Keller*, arisco, que ni esto es valle germánico, ni helvético, ni en estas tiendas se usan dependientes;—ni siquiera es un *chucho* hambriento, de tal flacura, cual he solido verlos, en los ranchos, que no se adivina como no se le viene al suelo el flotante costillaje. Es esa misma Teosia, de ojos verdes salvajes, de esa tez blanca sin vida y sin venas, que más parece repelente máscara que cutis. Las raquíticas trenzas, atadas con cinta morada sobre la frente, semejan flechas negras, siempre a punto de desatarse sobre el que en ellas pone ojos. Huélganle los dientes en la boca; y se le anudan en el ceño las arrugas: ese cuerpo, cuadrado y desenvuelto, es tan feo que parece enfadado; ese cuerpo impudente y descortés, no haciéndole, sin embargo, muchos años. Si es mujer ¿por que no es bella?

Estoy en tierras de mi Madre América y ¿no habré de beber café por la mañana?

—¿Tiene V. café, señora?

¡Ah, qué mirada! Hay en ella desconfianza, brutalidad, atrevimiento, desafío, todo lo que hay en unos ojos verdes que brillan, encendidos en un rostro feo, bajo dos cejas ríspidas y negruzcas.

La mujer murmura, dando vueltas al delantal y encogiéndose de hombros, unas palabras que no entiendo, y acaba con estas otras:

—¿No sabe beber leche?

¡Y la mirada!

—Saber precisamente, si sé, pero quisiera café ahora. ¿Conque no se puede hacer?

—Pues ¿no le acabo de decir que *a se puede*?

Esto era lo que no había yo entendido.

—Entre; me dijo, y me volvió la espalda. ¡Hasta en la espalda me pareció verle los ojos!

Y até mi mula, y empujé la media puerta que sirve de ella, porque la otra media, que se abre y cierra independientemente, hace en todos estos pueblos oficio de ventana. Lo que es tan feo como ingenioso.

Heme al fin con un encuentro singular; con una mujer, que puesto que no es tentadora, ni hermosa, ni amable, no es mujer; con un fruto

vivo de esta tierra seca; con un cuerpo sibilítico en que ha encarnado el espíritu del tigre que busco ¡esto es, he aquí mi tigre!—o el de la onza, que al fin es un tigreuelo, que se come por estos alrededores todas las palomas y gallinas.—Por lo que en el Roblar no comí huevos.

Por eso están secas estas llanuras, porque esta mujer las ha abrasado con su mirada.

Por eso ha desnudado las hojas de los árboles:—porque odia la belleza.

Por eso ha bebido todas las aguas de las cañadas y los ríos, porque ella, espíritu avernal, padece eterna sed.

De arenas es el trillo, porque así conviene a sus pies de raíz y caracol.

—Aquí tiene el cafecito, mi señor. ¿Lo quiere con *marquerote* o con *semita*?

Y, verdad; ahí está el café; ahí humea en porcelana transparente.

¿Pero qué voz es ésta que al turbado ánimo vuelve aquel vigor pasado?

Pues es la voz de la mismísima Teosia, quien, estirada la camisa, aliñada la trenza, y refrescado el rostro, viene si brusca, cariñosa, a robarme mi tigre del camino.

El *marquerote* es pan de arroz y azúcar. Al fin la *semita* es de trigo y canela. ¡Bien venga esta ²⁷, que es dulce, y con su buen sabor disculpa su figura de ²⁸ deforme.

¿No sabe *humar* cigarro, mi señor?

Humar aquí es: fumar, logicismo que me reconcilia definitivamente con los ojos verdes de la hurtadora de mi tigre. Un lenguaje singular revela un espíritu recto. Los pueblos de lengua sobria, aquellos pueblos de semilla y de raíz, como gastaban poco en lengua, gastaban mucho en natural grandeza. Las exuberancias corresponden, y a la de los afectos, imbuidos por los sentidos, completan la del lenguaje permitido por las ignorancias.—

El *¿no sabe?* vale tanto como *¿no tiene V. costumbre?* Lo cual, si un tanto raro, no deja de ser lógico.

Y el *mi señor* en boca de mujer: por fuerza servil, sería indigno, pero como es hospitalario, es oído como una tierna palabra maternal.

Y es bonita San Pablo. Tiéndese en la meseta de la loma, y hay en él señal fija de la holgura del pueblo,—una buena cantidad de casas blancas;—mézclanse con las de palma ²⁹ a granel a la entrada y salida del

²⁷ Palabra ininteligible.

²⁸ Idem.

²⁹ Idem.

pueblillo; pero alineadas en su centro, a ambos lados de una calle tortuosa, con una pintoresca inconexión.

Aniceto llena los órganos de *semitas*

El *totoposte*, símbolo de fuerza ha ido a buscar un natural empleo: —¡Lola!—Bien se ve que es mujer de maíz.

CAPÍTULO X

—*Allez vite, cocher, pour attraper le train!* ¿Qué hace ahora mi muy querido, mi noble y cariñoso Carrillito? Pero no estamos ya en Burdeos.

¡A Zacapa! ¡A Zacapa! ¡al pueblo de la pita y de los mangos! ¡a la ciudad del comercio y de los quesos! la que tiene cuartel, juzgado, plaza, violín, violón, iglesia; la de los rebozos de seda, la de las camisetas de Cambray o la del ancho ³⁰; la del alto monte; la del grande río.

—¡Hop! ¡y a viaje!

¡Hop! y allá va la mula, que no es mucho que la lleve el diablo, pues que cruzamos por sus llamas quemadoras.

¡Hop! El estribo solitario golpea mi pie; molesta al animal, se retuerce, se bambolea, se tiende, se esconde, se alza, se baja.

Ahí queda ese cerro, ahí espera esa loma; ahí se salta ese tronco de güira, ¡y ese pedregal ha debido ser arroyo!

¿A aquel fin hemos de llegar; a que no ve los tunales y los tules?

¡Si de una de sus rocas nació la primera madre de las águilas!

¡Ah! miserable bestia, sudorosa, rendida, acobardada.

¿Pues necesito yo menos valor para lanzarme sobre ti, en estos breñales, que tu fuerza pueda soportar mi atrevimiento?—

Ladea, serpea, costea, sigue con desesperante fidelidad las huellas de las arrias no borradas; cinturas espirales vamos haciendo al monte abrupto. Y ¿llegaremos a Zacapa? ¡Y habré guardado ocioso mi revólver! ¡Quítese allá la mula, que es capaz de temblar por un tiro! ¡Echese acá ese tronco, que en eso se ha de convertir en el infierno un alma de malvado! Allá va esa bala, que quise poner en la raíz, y se contentó con destocar de sus escasas hojas a una rama. Pero ahí van esas cinco, y cuatro le han partido bien el corazón. ¡Date la mano a ti mismo, riflero suizo! Y ni siquiera un tigre me ha salido al encuentro en el camino.

¡Hop! ¡El tigrero!

¿Quién me diera una mula pegasiana? Pero ahí está el tarjetero, y lo tiene en la mano el padre Homero: “No se admiten mulas en el Olimpo.”—¿Qué es eso que recoges, Aniceto?—Porque lo veo muy ocupado como arrancando algo de una piedra.

—Oropel, mi señor, que sirve para adornar los santos, porque es muy *relumbrazo*.

¡Oropel sobre la piedra!

—¿Por qué regañabas ahora a Lola?

—Porque se desmontó a descansar, y se dejó el atado del *pisto*.

Y el *pisto* no es el guisado aragonés, ni la menuda ensalada madrileña, ni el cerro estrecho donde se aprende, con angustias de vacío que yo me sé, la equitación.

Por el *pisto* azota los caminos el arriero, por el *pisto* se ha vuelto rudo el del Roblar; el *pisto* es esa plata u oro que ahoga tantas acciones admirables y mata en flor tantos espíritus grandiosos.—¿Sabes qué es *pisto*?

Dominada la cima, ya toco con mis manos, y es digno de una ceiba, el tronco que me parecía desde abajo raquíco maguey.—Ya se divisan por los trillos puntos blancos, que son hombres, ya a la vuelta del cerro se ven las torres altas de las iglesias; donde ahora trinca un buey, pacía un momento hace un caballo; aquella masa multicolor, en la que mantos de toda clase de vivos tintes protegen del sol a uniformes y femeninas cabezas, va sin duda a la iglesia del pueblo a besar los ensangrentados pies del Cristo.

Estos árboles exhalan el aroma de mi elixir de boca favorito. Ni Atkinson, ni Garnell, ni Toskay.

El doctor Pierre es el Eyangelista de los dentífricos. Ni antecedido ni imitado.

Ahora atravieso aquellos cerros, que desde San Pablo me parecían cubiertos de un arbusto musgoso que a lo lejos semeja césped seco.

Pero lo que desde allá vi yo yerba, ahora veo árbol, unos de ramas tan delgadas y menudas, que como césped cubré la tierra, y es digno césped de montañas.

¿Qué es esta alegría infantil que siento?

¿Es menester de descanso? No, ¡que yo no lo he menester nunca! Es el olor de la población, que aviva las curiosidades del viajero. Es la mitad del camino, la población más populosa, la única población verdadera que hay desde Izabal. Es el nombre mil veces repetido, que trocado en pueblo alegre, tengo a la vista. El oasis en la arena. La cercanía al

³⁰ Palabra ininteligible.

objeto apasionado. ¡Tal vez estarán sus brazos esperándome a la entrada de ese pueblo!

Sonríó y chisteo, yo, el triste y grave. ¡Qué inútil y feo trillo que se ha de bajar, y de subir después, luego de traspuesta la ³¹ que lo media.

Tras de mí viene de prisa, caballero en un flaco rocín, ³² prendido de dos robustos bueyes,—*paterna rura bovis*.

—Buenos bueyes, amigo.

—Sí, sí, adiós, pues.

¿Conque porque los bueyes eran buenos me decía adiós? ¡Esto no es lógica; ni moderado será después!

Amenísima vía la que ando. Es mediodía, y el sol no cruza, penetra el túpido ramaje de los árboles. Muestra el ³³ su larga flor, en medio de la del granado; brinda el ciruelo su amarillo fruto, más cargadas las ramas de granos que de hojas; arroyuelos menudos rumorean a mis plantas, en él apagan su sed los animales, ya en los mangos ricos, que se detienen unos tras otros, entre los mangos del arroyo; no bien asoma el marañón el rojo pimiento, échanse los animados ojos por la vega, y con el alma al placer, la bestia al río. Es vasto y bello. En ³⁴ se extiende como un mar. ¿Incienso, en esta amante hierba que hace la tierra a la pobreza? ¡No debe ser verdad!

¡Hop! por una cuesta de arena.

¡Hop! por esa calle larga y recta.

¡Hop! ante la esquina de la plaza, enfrente del mercado, a espaldas de la iglesia.

¡Pie a tierra, y mano al sombrero!

—¿Vive aquí la señora Anacleta Ruiz de Pagés?

¡Esto es Zacapa!

³¹ Palabra ininteligible.

³² *Idem*.

³³ *Idem*.

³⁴ *Idem*.

L'AMÉRIQUE CENTRALE ³⁵

Une contrée bénie.—Une guerre de philosophie.—Le quetzal.—Le vieux monde et le nouveau.—Onzas cachées dans le chocolat.—L'exil des prêtres.—Les familles anciennes.—Santo Domingo.—Les Vierges en bois.—Notre Dame du Machen.—Notre Dame de la Pieté.—Le Crucifix de Pie IX.—La ville, de loin et de près.—Almalonga.—La Antigua.—Un chef d'oeuvre de la nature.—Les tremblements de terre.—Les mêts du pays.—Les fêtes populaires.—Jocotenango.—El Cerro del Carmen.—El Calvario.—Une forteresse coquette.—La rue 30 Juin.—La Cathédrale.—Le Palais.—Le théâtre.—Voltaire et Guatemala

³⁵ Martí publicó además, en México, en 1878, un valioso folleto titulado "Guatemala". Véase tomo 7, págs. 115-169 de estas *Obras Completas*.

GUATEMALA

Guatemala est une de ces contrées bénies,—faites comme pour assouvir la soif ardente des fils des pays vieux,—et pour constater la fraîcheur perpétuelle, et la générosité maternelle de la Nature.—Nous nous sommes convaincus de cela, vivant dans ses villes calmes, croisant ses vallées vertes, voyant le sommet jaune de ses volcans se refléter dans l'eau sereine de ses grands lacs. Nous nous sommes assis dans le foyer monacal de ses familles anciennes, dans les salons élégants des familles du jour. Nous avons, pris, dans une *tienda* de Zacapa, une ville morte, le café savoureux de Quezaltepeque, ce café qui fait danser dans la tête de chrétiens les houris de Mahomme.—Ce *Quezaltepeque* est un joli nom: il veut dire—la colline des *quetzals*, et le quetzal est un oiseau fier, au plumage émeraude, à la voix rauque, qui meurt subitement, quand on le fait prisonnier, ou quand la seule longue plume de sa queue se brise: il ne peut se voir ni esclave, ni laid. C'est cet oiseau qu'on voit dans l'écu national de Guatemala—des que Don Miguel García Granados commença à Comitan, dans la frontière du Mexique, avec trente trois hommes, la guerre libératrice qui ouvrit pour le pays une époque nouvelle.—Ce fut une guerre que tient de la légende, une guerre de philosophie, où l'on n'employa la force que pour démontrer qu'on la possédait, où l'on ne versa que le sang absolument nécessaire, où une seule bataille ne fut perdue; une guerre qui ne dura qu'un mois, faite par un homme qui dépensa à elle toute sa fortune, qui ne profita pas d'elle, et qui vient de mourir, presque oublié des siens, après avoir publié un livre remarquable: "Mémoires du General García Granados".—Grâce à cet homme, son pays a cessé d'être un pays misérable, dont les grandes richesses naturelles devenaient stériles par l'incurie de ses fils, dont les ports étaient fermés, les chemins obstrués, l'enseignement public presque défendu, la vie des hommes inutilement dépensée dans la crainte de Dieu et l'obéissance à un gouvernement dévoué aux prêtres. On a tort quand on recourt aux livres pour connaître les luttes des

derniers siècles,—de l'idée catholique qui meurt et l'idée rebelle qui avance—la lutte de l'homme qui s'éveille et le prêtre qui l'étouffe:—il n'y a que jeter les yeux sur ces contrées inconnues, pour voir comme les éléments de notre grande vie, représentée par quelques poignées d'hommes illustres, sont là mêlés aux éléments des sociétés vieilles, qui ne sont actives que pour défendre son inactivité.

Guatemala est à la fois le nom d'une République et d'une grande ville. Dans les églises nombreuses, dans les maisons lourdes, dans les fenêtres grillées—comme pour dérober les femmes aux yeux du passant,—dans le grand nombre de dévotes habillées en noir qui chaque matin, le chapelet à la main, vont avec le premier rayon de lumière—prier le Seigneur, entendre la messe et recevoir les conseils du prêtre;—dans le vaste *zaguán*, le vestibule des vieilles maisons, pavé avec des os d'animaux, qui dessinent dans le seuil des curves bizarres; dans cet air de prière qui souffle sur la ville—on voit encore la vieille terre espagnole clouée tenacement au cœur du monde nouveau. Mais le senile brisé, le pays revit. La Nature, fatiguée de sa paresse, travaille à la hâte. Ces peuples s'éveillent, en tombant, en se relevant péniblement, comme ceux qui ont donné trop;—mais une fois éveillés, ils veulent, en se mettant à l'oeuvre, venger cette honte d'avoir dormi pendant que tout le monde était à la besogne. Et comme c'est une terre où il n'y a qu'à frapper avec la charrue pour voir les fruits éclore,—c'est beau à voir comme ce pays revient à la vie,—et ses chemins, jadis solitaires sont pleins de gens qui vont et viennent; et ses montagnes entendent claquer le fouet du muletier, et ses ports voient sortir et entrer des fruits nombreux; quand on se souvient encore des temps où le plus riche fruit qui sortait du pays c'étaient les bonnes et jaunes *onzas españolas* que les Pères Jésuites, envoyaient,—selon on raconte dans les maisons les plus respectables—cachées dans des livres de chocolat à ses frères d'Europe.

On voit partout des traces récentes de cette transformation utile. Aux jours de la conquête hommes et terres furent distribués entre les conquérants:—aujourd'hui on donne par un prix mesquin et presque nominal ces terres fertiles à tout celui qui d'une volonté forte veut faire la seule conquête digne de ces temps là où la liberté et la dignité sont déjà affermis: une richesse modérée par un travail honnête. Il n'y a qu'à payer, très commodément d'ailleurs, une petite somme,—pour devenir le maître d'un morceau de montagne, favorable à la production du café,—d'un morceau de vallée bonne à y mouvoir des troupeaux. A la ville de Guatemala, les familles du vieux régime, remarquables par la pureté de leurs moeurs et

la tenacité de leurs croyances, vivent comme ébahies par le bruit du torrent, éloignées des hommes nouveaux, recevant occultement des lettres des prêtres exilés, dont un lambeau de soutane est gardé comme un pieux souvenir dans chaque maison. Quand Granados, une Révolution menaçant aux portes de la ville, le peuple grondant dans les rues, exila les prêtres, —ce fut une émeute: les femmes, des femmes riches et nobles, dormirent dans des trottoirs, au pied des églises;—veillaient aux portes des couvents, pour protéger les prêtres, et allaient s'écrier en masse sous les fenêtres du Président.—Ces familles, les yeux fermés, comme pour laisser passer l'orage, voient, des yeux rancuniers, derrière les grilles épaisses de leurs fenêtres, ce monde bouillant qui avance. C'est le couvent, qui regarde étonné la machine à vapeur.—Profitant de la stupeur de ses vieux maîtres, tout se change à la ville: du couvent de la *Recolectión*, à la gracieuse église, où on semait jadis des choux, on a fait l'Ecole Polytechnique: de la maison des frères Paulins, cachés aujourd'hui dans une maïssonnette ignorée, on a fait l'Ecole Normale, et par où les prêtres heureux, au pas lourd, se promenaient jadis,—une foule brillante de jeunes Indiens, déjà maîtres d'école, étudient les méthodes, les découvertes et les sciences modernes. Un autre couvent, aux nefs sombres, aux cours immenses, un vrai palais de moines, Santo Domingo, a été converti en dépôt de tabac et d'eau de vie, deux produits des Républiques du Centre. Du vieux couvent, il ne reste que l'église élégante, les murs de laquelle supportent encore les tableaux colossaux du plus grand des peintres guatémaltèques, *Pontaza*, et dont les autels dorés soutiennent de grandes images en bois, justement fameuses dans le monde de l'art. Deux Villes ont été fameuses par ses sculptures religieuses en bois: Barcelona, en Espagne,—Guatemala en Amérique. Aujourd'hui encore, on fait ce commerce avec profit. On n'a fait des Christs mourants, comme ceux qui fit un guatémaltèque—Quezada. On paye absurdement les petites sculptures du *maestro* Ramírez. Le Christ en bois qui était dans le prie-Dieu de Pie IX, était une admirable sculpture, faite,—dit-on—à l'Antigua, tout près de Guatemala. Dans une église pauvre on voit encore une Vierge des Douleurs,—qui est sans doute, aux yeux de ceux qu'ont beaucoup vu, une des images plus belles du douleur pur. L'expression du visage, la naturalité de la pose, la richesse des plis dans la robe, la souplesse et grâce de l'ensemble—tout frappe dans cette merveille. On raconte dans la ville qu'un riche Anglais parvint à l'acheter, emballa son trésor et s'en allait avec lui,—chemin d'Europe;—mais le peuple se révolta, poursuivit et lapida l'acheteur, et la Vierge des Douleurs, dite aussi Notre Dame du Machón, fut réinstallée avec grande

pompe dans son église.—Une autre Vierge, Notre-Dame de la Piété, est aussi très célébrée; son fils, un Jésus imparfait, jît sur ses genoux; elle est assise, et le regarde avec un amour profond. On sent le bois dans cette figure; mais une sorte d'âme intérieure embellit son visage douloureux.

Des clochers pointus:—voilà ce qui frappe premièrement les yeux du voyageur—bien qu'il vient, chevalier dans une mule, du côté de l'Atlantique, et devise la grande ville au sortir d'une montagne, au delà d'une rivière, au fond d'une grande vallée; bien qu'il arrive, le corps meurtri, couvert de poussière, las, dans une bruyante *diligencia*, du côté du Pacifique, par le chemin d'Escuintla:—ce dernier voyage ne serait si dur pour nous, le cocher, la voiture, et même les chevaux étant américains. On voit une grande ville blanche, majestueuse, superbe. Enveloppés dans la brume, les clochers, se levant partout, semblant les gros mâts d'un tas de vaisseaux qui percent la ville, comme les lignes symétriques d'un damier. La brume dissipée;—on devine dans l'atmosphère claire qui l'entoure—une ville paisible. Des masses d'arbres brillent parmi les maisons blanches, comme des émeraudes parmi des opales. Quand, à la fin, on met le pied dans les rues mal pavés, on voit que l'on est dans une des villes les plus primitives, les plus tranquilles, et les plus calmes du monde.—Une seule maison ne révèle incurie ni détresse. Les rues sont larges, pourvues de trottoirs, inflexiblement rectes. Les maisons semblent,—comme un écrivain du pays l'a dit;—des nains avec des chapeux. Des toits immenses contribuent à faire paraître plus courtes les lourdes murailles—des vraies murailles—du seul étage des maisons,—ornées d'une rangée de hautes fenêtres. Par ci, par là, dans les maisons illustres, un petit appartement, muni d'un grand balcon de pierre, surmonte le large vestibule, à la porte colossale.—La grandeur de ces maisons est étonnante: il aurait à chacune, assez d'espace pour loger, aux temps de guerre, trois cents soldats: aujourd'hui, on bâtit des maisons moins larges; on met moins de fer aux fenêtres, on embellit les trottoirs avec des arbres, mais la construction originale, toute guatémaltèque reste intacte. On a eu raison. Cette pauvre ville du Guatemala n'a eu qu'un siècle de repos dès qu'elle fut fondée. Les Espagnols,—qui dédaignent le danger,—la bâtirent aux pieds d'un volcan endormi, qui, s'éveillant un jour, inonda d'eau brûlante la campagne et la ville, et noya et le plus pauvre soldat, et la plus grande dame, une femme forte, célébrée dans les histoires, la *Gobernadora* Beatriz de la Cueva. Dans cette terre si belle la nature semble avoir voulu faire la vie plus charmante, là où la mort est plus proche. Celui qui a couru le

danger, retourne à lui,—ou pour le plaisir de le braver, ou pour l'influence invincible de la Mort. Aux pieds des deux grands volcans, le volcan de Feu, le volcan d'Eau,—des sources, étincelant comme des rivières de diamants au soleil, murmuraient entre les fleurs; le ciel était aussi pur que les eaux étaient fraîches: respirer là c'était et c'est encore—vivre. Les poumons rongés par la débauche; le cœur mordu par la douleur; la tête, brisée par les efforts de la pensée—se fortifient près de ces montagnes terribles. Ce fut la qu'on bâtit par deuxième fois la ville. La paix des forêts embellissait cette demeure des hommes; des maisons monacales, amples et sévères, abritaient les âmes des bruits du monde: la nature, contente, riait autour de ses fils heureux. Un jour, le tonnerre roula sous la terre; la terre ouvra ses bouches béantes, montrant par des larges blessures ses entrailles d'or; la montagne sécoua ses hanches puissantes, et les églises, et les maisons, et les édifices les plus beaux tombèrent en ruines. Les fers, se brisèrent; les toits, s'écroulèrent sur les hommes; des maisons ne restèrent que les murs. Aujourd'hui, le lierre rampe sur les murailles noirâtres, sur les coupoles pendues, au fond des églises vides.—Quelques milliers de vivants égarés dans la ville, s'y promènent, comme des revenants entre les ruines. Cette belle ville,—qui fut forte comme Burgos, gracieuse comme Seville et délicieuse comme Toledo,—n'est aujourd'hui qu'un tas de pierres moisis, tachées gaiment par des amas de fleurs—ces fleurs éclatantes qui naissent aux pieds des volcans—entourant quelques maisons solitaires,—mènent le passant, qui côtoie ses murs silencieux à la triste Alameda, dont les arbres, aux grandes branches larmoyantes, semblent pleurer:—on appelle cette ville—*l'Antigua*.

¿Où irait-elle, la ville morte? Les maçons et les gens des Tribunaux, intéressés dans le changement, exagérèrent le danger:—et l'on choisit une vallée riante, traversée par une fleuve, entourée de montagnes—vaste, fertile, gaie: la vallée de *las Vacas*—un chef d'oeuvre de Mère Nature. Et comme les montagnes ne jetaient ni de l'eau ni du feu, on bâtit dans la vallée, il y a peu près un siècle—la ville qu'on voit aujourd'hui.

C'est la peur des tremblements de terre, plus sensibles naturellement près des volcans, qui explique la construction des maisons. Quand la nature gronde, et ses feux intérieurs cherchent à sortir, et la terre—comme une mer, ondule,—et les maisons, comme des vagues, dansent dans l'air, se balancent, et chancellent,—la maison la plus lourde est la plus sûre.—Et comme il arrive qu'aussitôt que le tremblement de terre commence, les gens effarés sortent des maisons, pour échapper l'écroulement possible,—il faut avoir une cour bien large, où, quoique la maison tombe, ceux qui

l'habitent peuvent sauver sa vie. C'est curieux à voir: quand la terre tremble, quelle que soit l'heure du jour où cela arrive, tout le monde fuit les maisons, court criant les rues, se réfugie au milieu de la cour, les femmes sanglotent, les enfants pleurent, les vieillards—dont le souvenir des catastrophes passés se ranime—tremblent.—Mais, généralement, tout finit à peine commencé, et on rit de la peur qu'on a eu. On se rassied tranquillement, si on était à la table, et on recommence à goûter le *salcocho*, le bouilli du pays,—où le *fiambre*, un mets éclectique à la composition duquel une trentaine d'éléments divers prend part, dès l'olive jusqu'à la tourterelle, dès l'huile espagnol jusqu'aux pommes,—où le *chojin*, une salade faite avec des radis hachés, très salée et très piquante, fort aimée dans le pays.

On savoure ce menu original très fréquemment,—et on en regale les étrangers;—mais quand on les goûte avec un plaisir marqué, c'est au milieu d'une fête populaire, où il ne manque jamais. Il y a là de fêtes civiques,—auxquelles le peuple ne prend que la part du curieux, l'acteur étant le Gouvernement, et les gens de lettres,—le 16 Septembre, anniversaire de la déclaration d'indépendance de l'Espagne, qui fut faite sans verser une seule goutte de sang,—et le 30 Juin, anniversaire de l'entrée triomphale des révolutionnaires libéraux, qui n'arrivèrent au Guatemala qu'après avoir décrété, dès le champ de bataille, le libre exercice de tous les droits humains, cohibés jusqu'alors.—Mais les fêtes traditionnelles, où le peuple est l'acteur, sont les fêtes religieuses, la fête de Notre-Dame del *Carmen*, la Sainte Semaine, et les jours pendant les quels on vend et on achète des animaux dans la "feria" de *Jocotenango*. *Jocote* veut dire prune et cette terminaison *ango* vient du lieu.

La n, comme chez les Grecs, est euphonique. On va donc là manger des prunes, voir les boeufs d'Honduras, les chevaux du Mexique, les blancs agneaux, les porcs imbéciles. C'est à ce quartier isolé de la ville, habité des gens pauvres,—que les jeunes filles vont en pèlerinage tous les mardis, demander au Père Dieu, qui est un Dieu monstrueux, tout en bois la tête de géant, le corps de nain,—le mari qu'en Espagne on demande à Sainte Rite, la céleste avocate des choses impossibles. Les jours de la *feria*, tout Guatemala est à *Jocotenango*. On vit dans les rues pendant trois jours. Les jeunes hommes montent ses meilleurs chevaux, aux cous desquels nouent un chapelet colossal; dont les grains sont faits avec du sucre, dans un de ces états primitifs, la *panela*, enveloppés dans des feuilles de maïs, peintes aux couleurs vifs. Les femmes étalent ses trésors. On fait des dépenses folles. Les familles riches, pour voir passer sans se

déranger ce muséum vivant, et pour laisser admirer leurs robes et leurs bijoux, louent les maisons jaunes des deux côtés de la rue.—et c'est là, près de la porte, qu'on mange le *salcocho*, qu'on loue le *chojin*, qu'on débouchonne le Bourgogne écumeux, le Johannisberg célèbre. La France fait de très bonnes affaires avec ses vins dans l'Amérique Centrale. Les Californiens commencent à se faire place dans le marché, avec le clair Catawba, et les vins rouges.

Ces fêtes, comme toutes celles de la ville, sont caractérisées par une joie sereine et vraie,—bien distincte de cette joie fatigante, la joie officielle des jours marqués, qui mène à la folie où à l'ennui dans presque toutes les fêtes traditionnelles. La ville entière est dans les rues,—et la ville entière semble une famille.

Il y a deux collines charmantes, placées à deux extrêmes de la ville, l'une est ronde, comme une tête rasée,—l'autre est longue et irrégulière.—Celle-là, c'est le *Cerro del Carmen*, couronné par une ermite, à la coupole hémisphérique; l'autre est *El Calvario*, interrompues dès la base jusqu'au sommet par un ample escalier, qui mène à une petite église rectangulaire, un vrai bijou, peinte en bleu clair et en rose.—Les dimanches, et le jour de la Vierge, si l'on regarde de loin le *Cerro del Carmen*, on croirait voir un entassement pittoresque de vers à couleurs, qui se meuvent paresseusement. Ces jours là, la colline est pleine de femmes;—pleine, à ne pas voir l'herbe, les hommes, avec ses habits noirs et son chapeau de feutre à la Don Juan, soulevé par derrière, jeté sur les yeux,—ne font que faire plus brillante par le contraste la couleur gaie des manteaux. Le manteau est l'orgueil de la femme du peuple: dans la colline, au côté d'une robe de Worth, brille un manteau chinois, dont les oiseaux jaunes et verts se haussent en relief sur un fond rouge. Les femmes, coiffées très simplement, les deux tresses de sa chevelure luxueuse flottant sur le dos,—cachent gracieusement leurs formes robustes sous ces morceaux carrés de soie bleue, blanche, cramoisie.—Dans les groupes, on rit franchement: on parle du Frère Pedro, le fondateur austère del l'Ermite: des mains jolies s'amuse à ôter le mousse humide des pierres vieilles de l'Ermite noire.

Au Calvario, c'est un autre tableau. On voit toujours ces graves indiens en file, le *huacal*—un grand fardeau, les pieds nus—mouvant régulièrement ses jambes sèches et nerveuses—s'appuyant dans le long bâton rustique. On est à côté de la forteresse qui garde la ville, peinte aussi en rose, gaie et riante comme une jeune fille.—On dirait une forteresse en carton—bien coupée, jolie, mignonne. Dès la porte de l'Eglise, on voit la ville, carrée et correcte: on voit la rue centrale, la rue 30 Juin, qui mène

tout droit a Jocotenango—tant elle est longue.—On voit, au coté droit de la rue, des fabriques de bière, des maisons élégantes, l'édifice de la Poste jadis un couvent:—le Télégraphe, inconnu il y a 5 ans,—l'Eglise de San Francisco, une vraie forteresse celle-ci—sevère, monumentale;—le Club, —une maison pour lire, pour jouer au billard et aux échec, pour diner excellemment à l'occasion,—des riches magasins, propriété d'espagnols, d'allemands ou de français.—Du coté gauche,—les yeux tombent sur un parc gracieux, le *Parc de la Victoria*—où il y a toujours, revant sous les arbres, quelques jeunes filles au pas nonchalant, aux regards chastes, habillées comme les femmes du peuple, les cheveux tressés tendus sur le manteau, qu'elles appellent *pañolón*; la main oisive racontant aux pointes flottantes du manteau les joies enfantines ou les premières douleurs de sa maîtresse. C'est la terre des femmes jolies:—on dirait que l'ignorance et l'oisiveté embellissent les femmes.

Regardant encore de ce même coté gauche,—on ne voit que de larges maisons privées, les cours pleines de rosiers, le vestibule pavé avec des os, les portes lourdes chargées des gros verroux. A la fin, les yeux s'arrêtent sur la *Plaza*. C'est encore, comme à Buenos Aires, comme à México, comme dans toutes les villes américaines qui furent espagnoles, la même place carrée—au centre, une fontaine.—D'un coté la Cathédrale—en face, le Palais du Gouvernement—sous l'arcade d'un autre coté—des petits magasins légendaires où l'on vend des chapeaux, des draps, des tissus du pays; sous une autre arcade, la Maison de la Ville.—Tous les Ministères sont au Palais;—et quand on va parler au Ministre des Travaux Publics sur la navigation du Motagua, sur le commerce du pays avec l'Europe; quand on entre au Ministère de l'Interieur, demandant un coin de terre où se faire riche; quand un étranger éclairé sollicite du Ministère d'Instruction Publique un emploi, qu'on accorde presque toujours, dans une des maisons d'éducation qui soutient le Gouvernement,—on s'étonne de voir à la porte du Palais, une garde nombreuse de jeunes soldats sans souliers, parmi lesquels—quand ils sont en file, le fusil du caporal se distingue par une verge de cognassier, prête à tomber, à la moindre faute, sur le dos des pauvres jeunes gens. Ce sont des bêtes de somme, ces malheureux soldats. Celui qui avilit les autres, s'avilit lui-même. Sans songer à la transformation louable, mais pénible, que ces peuples expérimentent, on ne pourrait comprendre comment un de ces Ministres, un de ses jeunes employés, un des visiteurs fréquents des Ministères, doux comme des femmes, polis comme des parisiens, se laissent, sans devenir honteux, saluer par ces hommes misérables, fouettés et méprisés.

Dans le vestibule de la Cathédrale, qui ressemble toutes les grandes églises américaines, avec ses trois nefs à l'intérieur,—et sa façade à la porte colossale, encadrée dans les deux tours élégantes des cotés,—se lèvent les statues des Evangelistes, oeuvre d'un sculpteur indigène qui n'a jamais vu chez lui d'autres oeuvres d'art que le cheval incorrecte qui orne la fontaine de la Plaza, ni n'a jamais sorti de son pays,—et que fait avec la même aisance ce Saint Jean excellent taillé dans la pierre jaune, qu'une Venus indolente, taillée dans una fève. Cet sculpteur s'appelle Cirilo Lara.

On domine toute la ville dès le *Cerro del Calvario*,—la ville plate, où les clochers nombreux se lèvent sur les maisons, comme des gardiens jaloux d'un humble troupeau. On regarde avec plaisir le théâtre artistique, isolé au milieu d'une *piazzetta*, qui fait songer tout à la fois au théâtre d'Aix la Chapelle, au Congrès de Madrid, à la Bourse et à la Madeleine de Paris.

Mais ce n'est pas le contraste poétique du vieux monde social et le nouveau monde de la nature, ce qui frappe le voyageur,—ce n'est pas le soleil benigne qui brille suavement sur ces maisons qui—toutes récentes qu'elles soient—ont, par sa construction spéciale, l'aspect ruineux;—ce n'est pas la droiture des rues, l'abondance d'églises, la propreté exquise des maisons;—ce qui frappe vivement—c'est la joie, le bien être, l'aisance enviable qu'on remarque partout. Il y a des luttes intérieures, des problèmes économiques sérieux, des plaintes sourdes contre la direction des affaires publics;—mais tout le monde travaille, possède, aspire, et semble être heureux.—Une terre excessivement riche suffit aux besoins d'une population courte et sobre. Une vraie rage de possession a pris les gens. On se croit infortuné si on n'est pas le maître d'une maison ou d'une *hacienda*. On laisse volontiers aux étrangers les richesses qui viennent de l'importation des fruits industriels: les gens du pays semblent penser, avec les physiocrates, que la terre est la source vraie et unique de la richesse. Les fils—quelle que soit l'importance de leurs familles,—demandent à leurs pères un coin de ses fermes: ils s'en vont, son droit fini, sa médecine faite, élever des porcs, planter *zacate*, l'herbe dont on nourrit les bêtes;—cultiver le café; étudier, avec les Américains et les cubains qui vivent dans le pays, la cane à sucre. L'oisiveté malade originée par une éducation purement littéraire—dérobe au travail utile quelques jeunes hommes: les tâches que le progrès laisse en marchant, l'usure, l'empleomanie, rongent la ville,—mais le mouvement unanime vers la richesse honnête est, par bonheur, incontestable.—La vie politique

étant presque impossible—puisque les intérêts du pouvoir sont hostiles à l'exercice des libertés publiques,—la vie matérielle profite de cette impossibilité:—c'est ainsi que le hasard prépare et fortifie les caractères;—par les soins de la création et la conservation de la richesse;—c'est ainsi qu'on fera solide ce caractère américain, léger et inquiet par nature dans ces terres riches et fleuries. C'est une loi:—où la nature a des fleurs, le cerveau en a aussi.

A l'Université,—on enseignait, il y a quelques années, la Philosophie en latin, dans les mêmes salles où on enseigne aujourd'hui, en espagnol, le libre examen.—La jeunesse lit avec amour ces romantiques glorieux, devenus les classiques de nos temps: Michelet, Pelletan, Quinet. Un sourire voltairien anime les lèvres frais des jeunes gens des cinq Républiques soeurs, qui envoient ses fils faire ses études à l'Université de Guatemala, la seule qu'il y a dans l'Amérique Centrale.—Les guatemaltèques, comme tous les peuples intelligents qui ont vécu dans l'esclavage, ont développé son talent satyrique.—Et comme tout ce que Voltaire frappa de son fouet terrible—le vieux monde des prêtres, vit encore a Guatemala—son ironie perçante et ses coups de masse rejouissent encore les jeunes étudiants guatemaltèques: le vieillard de Fernay régné parmi eux,—comme il régna à Paris le jour fameux de son apothéose. L'esprit critique, qui précède toujours les grands travaux sociaux, anime dans ces contrées la generation naissante. Il faut dans ce pays-là refaire la nature que les préjugés desfigurent. L'éducation consistait malheureusement dans ces terres à briser dans les âmes les forces qui nous font vivre: la dignité—la liberté—le courage.

Mais, Dieu merci, les hommes s'écouvent vigoureusement ses épaules, et laissent tomber par terre la manteau de chaînes dont on les avait, pendant si longtemps, couverts. Ici finit notre première promenade. Si l'on veut bien nous faire l'honneur de suivre avec nous cette visite intéressante—on verra de quoi vit ce peuple riche.

Traducción

LA AMÉRICA CENTRAL

Una región bendita.—Una guerra de filosofía.—El “quetzal”.—El viejo mundo y el nuevo.—Onzas ocultas en el chocolate.—El destierro de los sacerdotes.—Las familias antiguas.—Santo Domingo.—Las Virgenes de maderas.—Nuestra Señora de Machén.—Nuestra Señora de la Piedad.—El Crucifijo de Pío IX.—La ciudad, de lejos y de cerca.—“Almalonga”.—“La Antigua”.—Una obra maestra de la naturaleza.—Los temblores de tierra.—Los manjares del país.—Las fiestas populares.—“Jocotenango”.—“El Cerro del Carmen”.—“El Calvario”.—Una fortaleza coqueta.—La calle 30 de Junio.—La Catedral.—El Palacio.—El teatro.—Voltaire y Guatemala

GUATEMALA

Guatemala es una de esas regiones benditas,—hechas como para aplacar la ardiente sed de los hijos de los países viejos,—y para comprobar la perpetua frescura y la generosidad maternal de la Naturaleza. Nos hemos convencido de ello tras vivir en sus tranquilas ciudades, después de cruzar sus verdes valles, y ver la cima amarilla de sus volcanes reflejarse en el agua serena de sus grandes lagos. Nos hemos sentado en el hogar monacal de sus antiguas familias, en los salones elegantes de las familias de hoy. Hemos tomado en una tienda de Zacapa, una ciudad muerta, el sabroso café de Quezaltepeque, ese café que hace bailar en la cabeza de los cristianos a las hurías de Mahoma. Ese de Quezaltepeque es un lindo nombre: quiere decir—la colina de los quetzales—y el quetzal es un pájaro arrogante, de plumaje esmeralda, de voz ronca, que muere de inmediato cuando se le apresa, o cuando la única pluma larga de su cola se rompe: no puede verse ni esclavo ni feo. Ese pájaro es el que figura en el escudo nacional de Guatemala—desde que Don Miguel García Granados comenzó en Comitán, en la frontera de México, con treinta y tres hombres, la gran guerra libertadora que abrió para el país una nueva era. Fue una guerra que tiene algo de leyenda, una guerra de filosofía, en la que no se empleó la fuerza más que para demostrar que se la poseía, en la que no se derramó más sangre que la absolutamente necesaria, en la que ni una sola batalla fue perdida:—una guerra que no duró más

que un mes, hecha por un hombre que gasto en ella toda su fortuna, que no se aprovechó de ella, y que acaba de morir casi olvidado, después de haber publicado un libro notable: "Memorias del General García Granados". Gracias a ese hombre, su país ha dejado de ser un país mísero, cuyas grandes riquezas se mantenían estériles por la incuria de sus hijos, cuyos puertos estaban cerrados, los caminos obstruidos, la enseñanza pública casi prohibida, la vida de los hombres inútilmente derrochada en el temor de Dios y la obediencia a un gobierno entregado al clero. Resulta erróneo recurrir a los libros para conocer las luchas de los últimos siglos,—de la idea católica que muere y la idea rebelde que avanza,—la lucha del hombre que despierta y el sacerdote que lo ahoga:—no hay más que echar una mirada sobre esas regiones, desconocidas, para ver como los elementos de nuestra gran vida, representada por varios puñados de hombres ilustres, se han mezclado a los elementos de las sociedades envejecidas, que no son activas más que para defender su inactividad.

Guatemala es a la vez el nombre de una República y de una gran ciudad. En las numerosas iglesias, en las casas macizas, en las ventanas enrejadas—como para ocultar las mujeres a la vista del transeúnte,—en el gran número de devotas vestidas de negro que todas las mañanas van, al amanecer, con el rosario en la mano—a rezar al Señor, oír la misa y recibir los consejos del sacerdote;—en el amplio zaguán, el vestíbulo de las viejas casas,—pavimentado con huesos de animales que forman en el dintel extrañas curvas; en ese ambiente de devoción que sopla por la ciudad—se ve todavía la vieja tierra española clavada tenazmente en el corazón del nuevo mundo. Pero, destruido lo viejo, el país revive. La Naturaleza, cansada de su pereza, trabaja de prisa. Esos pueblos se despiertan, cayendo y levantándose penosamente, como los que han dado demasiado;—pero una vez despiertos, quieren, poniendo manos a la obra, vengar esa vergüenza de haber dormido mientras todo el mundo estaba laborando. Y como que ésa es una tierra en la que no hay más que romperla con el arado para ver salir los frutos,—es hermoso el ver como ese país vuelve a la vida,—y sus caminos antes solitarios están llenos de gentes que van y vienen; y sus montañas oyen restallar la fusta del mulero, y sus puertos ven salir y entrar numerosos frutos; cuando uno recuerda todavía los tiempos en que el más rico fruto que salía del país eran las buenas y amarillas onzas españolas que los padres jesuitas enviaban,—según se cuenta en las casas más respetables—ocultas en libras de chocolate a sus hermanos de Europa.

Se ven por doquiera huellas recientes de esa útil transformación. En los días de la conquista, hombres y tierras fueron repartidos entre los conquistadores: hoy se dan, por un precio mezquino y casi nominal, esas fértiles tierras a todo aquel que con firme voluntad quiere hacer la única conquista digna de estos tiempos, allá donde la libertad y la dignidad están consolidadas: una riqueza moderada por medio de trabajo honrado. Sólo hay que pagar, muy cómodamente por cierto, una pequeña suma, para hacerse dueño de un pedazo de montaña apropiado para el cultivo del café,—de un trozo de valle propio para criar rebaños. En la ciudad de Guatemala, las familias del antiguo régimen, notables por la pureza de sus costumbres y la tenacidad de sus creencias, viven como aturdidas por el ruido del torrente, alejadas de los hombres nuevos, recibiendo oculta-mente cartas de los sacerdotes desterrados, de quienes se conserva en cada casa, como un precioso recuerdo, un jirón de sotana. Cuando Granados, al amenazar una revolución las puertas de la ciudad y rugir el pueblo en las calles, desterró a los sacerdotes, provocó un motín: las mujeres—mujeres ricas y nobles—durmieron en las aceras, en la entrada de las iglesias;—velaban a las puertas de los conventos, para proteger a los sacerdotes, y fueron a gritar en masa bajo las ventanas del Presidente. Esas familias, con los ojos cerrados, como para dejar pasar la tormenta, contemplan con rencor, por detrás de las gruesas rejas de sus ventanas, a ese mundo hirviente que avanza. Es el convento, que mira extrañado a la máquina de vapor. Aprovechándose del estupor de sus antiguos amos, todo cambia en la ciudad: del convento de la Recolección, con su bonita iglesia, junto al que antes se sembraban coles, se ha hecho la Escuela Politécnica: de la casa de los hermanos Paúles, ocultos hoy en una casita ignorada, se ha hecho la Escuela Normal, y por donde los felices sacerdotes se paseaban antaño a pasos lentos—una multitud de jóvenes indios, ya maestros de escuela, estudian las ciencias, los métodos, los descubrimientos modernos. Otro convento, de oscuras naves, con patios inmensos, un verdadero palacio de monjes, Santo Domingo, ha sido convertido en depósito de tabaco y de aguardiente, dos productos de las Repúblicas Centrales. Del viejo convento no queda ya más que la iglesia, una iglesia elegante, cuyos muros sostienen aún los cuadros colosales del más grande de los pintores guatemaltecos, Pontaza, y cuyos altares dorados exhiben grandes imágenes de madera, justamente famosas en el mundo artístico. Dos ciudades han sido famosas por sus esculturas religiosas de madera: Barcelona, en España,—Guatemala en América. Todavía hoy se practica con provecho ese comercio. Se han hecho Cristos moribundos, como los

que hizo un guatemalteco—Quezada. Se pagan absurdamente las pequeñas esculturas del maestro Ramirez. El Cristo de madera que estaba en el reclinatorio de Pío IX, era una admirable escultura, hecha—según me han dicho—en la Antigua, muy cerca de Guatemala. En una pobre iglesia se ve todavía una Virgen de los Dolores, que es sin duda para los que han visto muchas, una de las imágenes más bellas del dolor puro. La expresión de la cara, la naturalidad de la actitud, la riqueza de los pliegues en la túnica, la flexibilidad y hermosura del conjunto—todo impresiona en esa maravilla. Se cuenta en la ciudad que un rico inglés logró comprarla, y se iba ya rumbo a Europa con su tesoro bien embalado, pero el pueblo se sublevó, persiguió y apedreó al comprador, y la Virgen de los Dolores nombrada también Nuestra Señora de Machén, fue reinstalada con gran pompa en su iglesia. Otra Virgen, Nuestra Señora de la Piedad, es también muy venerada. Su hijo, un Jesús imperfecto, reposa sobre sus rodillas; ella está sentada y lo mira con profundo amor. Se huele la madera en esa figura,—pero una especie de alma interior embellece su doloroso semblante.

Campanarios puntiagudos:—eso es lo primero que impresiona la vista del forastero, lo mismo si llega montado en una mula por el lado del Atlántico y divisa la ciudad al salir de una montaña, bordeando un río al fondo de un gran valle;—o bien si llega con el cuerpo magullado, cansado, cubierto de polvo, en una ruidosa diligencia desde el lado del Pacífico, por el camino de Escuintla:—este último viaje no sería tan duro para nosotros, si el cochero, el carruaje y hasta los caballos fuesen americanos. Se ve una gran ciudad blanca, majestuosa, soberbia. Envueltos en la niebla, los campanarios, irguiéndose por doquiera, se asemejan a los grandes mástiles de un puñado de navíos, clavados en la tierra seca. Al acercarse, se perciben las calles rectas que delinean a la ciudad como si fueran las simétricas líneas de un tablero de damas. Al disiparse la niebla, se adivina en la clara atmósfera que la rodea una ciudad tranquila. Grupos de árboles brillan entre las blancas casas, como esmeraldas entre ópalos. Cuando al fin se pisan las calles mal pavimentadas, se ve que está uno en una de las ciudades más primitivas, más tranquilas del mundo. Ni una sola casa revela incuria ni miseria. Las calles son anchas, con buenas aceras, inflexiblemente rectas. Las casas parecen—según dijo un escritor del país—enanos con sombrero. Inmensos techos contribuyen a hacer parecer más cortas las pesadas paredes—verdaderos muros—del único piso de cada casa,—adornadas con una hilera de altas ventanas. En algunos lugares, en las casas ilustres, un

pequeño apartamento provisto de un gran balcón de piedra, descansa sobre el ancho vestíbulo de la colosal puerta. El tamaño enorme de esas casas es asombroso; habría en cada una de ellas suficiente espacio para alojar, en tiempo de guerra, a trescientos soldados: hoy se construyen casas menos amplias, se emplea menos hierro en las ventanas, se embellecen las aceras con árboles,—pero la construcción original, guatemalteca del todo, sigue siendo igual. Y han tenido razón en hacerlo así. Esa bella ciudad de Guatemala no ha tenido un solo siglo de descanso desde que fue fundada. Los españoles—que despreciaban el peligro—la levantaron al pie de un volcán apagado, que, al despertar un buen día, inundó con agua hirviendo el campo y la ciudad, y ahogó lo mismo al pobre soldado que a la encopetada dama, una mujer fuerte, célebre en la historia, la Gobernadora Beatriz de la Cueva. En esa tierra tan bella la naturaleza parece haber querido hacer la vida más atractiva allí donde la muerte está más cercana. Aquel que ha corrido el peligro vuelve a buscarlo de nuevo,—bien por el placer de desafiarlo, o bien por la invencible influencia de la Muerte. A los pies de dos grandes volcanes, el volcán de Fuego y el volcán de Agua,—manantiales deslumbrantes cual collares de brillantes al reflejo del sol, murmuraban entre las flores; el cielo era tan puro como frescas eran las aguas: respirar allí era—y es aún—vivir. Los pulmones dañados por los excesos, el corazón mordido por el dolor, la cabeza destrozada por los esfuerzos de la mente—se fortifican junto a esas terribles montañas. Fue allí donde se levantó por segunda vez la ciudad. La paz de los bosques embellecía aquella morada de los hombres; casas monacales, amplias y severas, cobijaban a las almas, apartándolas de los ruidos del mundo; la naturaleza reía contenta alrededor de sus felices hijos. Un buen día el trueno retumbó bajo la tierra; la tierra abrió sus bocas de par en par, mostrando por anchas heridas sus entrañas de oro; la montaña sacudió sus potentes caderas, y las iglesias, y las casas, y los más bellos edificios cayeron en ruinas. Los hierros se quebraron, los techos se hundieron sobre los hombres; de las casas sólo quedaron las paredes. Hoy la yedra trepa sobre las negruzcas murallas, sobre las cúpulas rajadas de las iglesias vacías. Algunos millares de supervivientes, extraviados en la ciudad, se pasean por ella, como ánimas en pena entre las ruinas. Esa hermosa ciudad que fue fuerte como Burgos, atractiva como Sevilla, graciosa como Toledo, no es hoy más que un montón de piedras mohosas alegremente salpicadas de flores—esas flores brillantes que nacen a los pies de los volcanes—alrededor de algunas casas solitarias—llevan al transeúnte, que flanquea sus silenciosos

muros, hasta la triste Alameda cuyos árboles de grandes ramas parecen estar llorando:—esa ciudad se llama la *Antigua*.

¿Adónde iría la ciudad muerta? Los albañiles y los hombres del Foro, interesados en el cambio, exageraron el peligro:—y se escogió a un alegre valle, atravesado por un río, rodeado de montañas—vasto, fértil, alegre: el valle de las Vacas—una obra maestra de la Madre Naturaleza. Y como las montañas no lanzaban ni agua ni fuego, se edificó en el valle, hace aproximadamente un siglo, la ciudad que se ve hoy.

El miedo a los temblores de tierra, más sensibles, naturalmente, cerca de los volcanes, es lo que explica la construcción de las casas. Cuando la naturaleza gruñe y sus fuegos internos tratan de salir, y la tierra—al igual que un mar—ondula, y las casas, cual las olas, bailan en el aire, se bambolean y tambalean,—la más pesada de ellas es la más segura.—Y como ocurre que en cuanto empieza el temblor de tierra las gentes salen azoradas de sus casas para huir del posible derrumbe, se necesita tener un patio muy amplio donde, aunque se derrumbe la casa, los que la habitan puedan salvar su vida. Es curioso ver, cuando tiembla la tierra, a cualquier hora del día en que esto ocurra, cómo todo el mundo huye de las casas corre gritando por las calles, se refugia en medio del patio; las mujeres sollozan, los niños lloran, los ancianos a quienes el recuerdo de anteriores catástrofes viene a su mente, tiemblan de miedo. Pero generalmente todo acaba a poco de haber empezado, y entonces uno se ríe del miedo que ha tenido. Se vuelve uno a sentar tranquilamente a la mesa y se comienza de nuevo a comer el *salcocho*, el potaje del país,—o el *fiambre*, un plato ecléctico en cuya composición entran unos treinta elementos distintos—desde la aceituna hasta la tórtola, desde el aceite español hasta las patatas,—o el *chojín*, una ensalada hecha con rábanos muy picados, muy salada y muy picante, y que es muy apreciada en el país.

Se sirve ese original *menú* muy frecuentemente y se obsequia con él a los forasteros;—pero cuando se le saborea con mayor gusto es en medio de una fiesta popular donde nunca falta. Hay allí fiestas cívicas,—a las que el pueblo no asiste más que como curioso, pues el verdadero actor en ellas es el Gobierno y los literatos;—el 16 de septiembre, aniversario de la declaración de independencia, que se logró sin derramar una sola gota de sangre,—y el 30 de junio, aniversario de la entrada triunfal de los revolucionarios liberales, que no llegaron a Guatemala sino después de haber decretado, desde el campo de batalla, el libre ejercicio de todos los derechos humanos, hasta entonces cohibidos. Pero las fiestas tradicionales en que el pueblo toma parte activa, son las religiosas: la fiesta

de Nuestra Señora del Carmen, la Semana Santa y los días en que se compran y venden animales en la feria de Jocotenango. *Jocote* quiere decir *ciruela*, y esa terminación *ango* quiere decir *lugar*. La *n*, como en griego, es eufónica. Se va, pues, a comer ciruelas, ver los bueyes de Honduras, los caballos de México, los blancos corderos, los puercos imbéciles. A ese barrio aislado de la ciudad, habitado por gentes pobres van las doncellas en peregrinación todos los martes, a pedir al Padre Dios, que es un Dios monstruoso hecho de madera, con cabeza de gigante, cuerpo de enano, el marido que en España se pide a Santa Rita, la celestial abogada de las cosas imposibles. Los días de la feria todo Guatemala está en Jocotenango. Se vive en las calles durante tres días. Los mozos montan sus mejores caballos, a cuyos pescuezos atan un colosal rosario cuyas cuentas están hechas con azúcar en uno de sus estados primitivos, la *panela*, envueltas en hojas de maíz pintadas de vivos colores. Las mujeres exhiben sus tesoros. Se estrenan carruajes. Se gasta locamente el dinero. Las familias ricas,—para ver pasar sin molestarse a ese museo viviente, y para dejar admirar sus trajes y sus joyas,—alquilan las casas pobres de los dos lados de la calle, y allí, junto a la puerta, se come el *salcocho*, se saborea el *chojín*, se destapa el espumoso Borgoña o el célebre Johannisberg. Francia hace muy buenos negocios con sus vinos en América Central. Los californianos empiezan a abrirse paso en el mercado con el clarete Catawba y los vinos tintos.

Esas fiestas, como todas las de la ciudad, se caracterizan por un sereno y verídico goce muy distinto de la alegría fatigosa la alegría oficial de los días señalados que enloquecen o que aburren en casi todas las fiestas tradicionales. La ciudad entera está en la calle y la ciudad entera parece tan sólo una familia.

Hay dos preciosas colinas situadas en los dos extremos de la ciudad; una es redonda como una cabeza afeitada y la otra es larga e irregular. Aquélla es el Cerro del Carmen, coronada por una ermita de cúpula hemisférica; la otra es El Calvario, cortada desde la base hasta la cima por una amplia escalera que lleva a una pequeña iglesia rectangular, una verdadera joya, pintada de azul claro y rosado.

Los domingos y los días de la Virgen, si se mira desde lejos al Cerro del Carmen, se creería ver un amontonamiento pintoresco de gusanos de colores que se mueven perezosamente. Esos días la colina está llena de mujeres, tan llena que la yerba no se ve. Los hombres, con sus trajes negros y sus sombreros de fieltro a la Don Juan alzados por detrás y el

ala sobre los ojos, hacen más brillante, por el contraste, el alegre color de los mantones. El mantón es el orgullo de la mujer del pueblo: en la colina, junto a un rico traje de Worth, brilla un mantón chino en el que sobresalen, bordados en relieve sobre un fondo rojo, pájaros amarillos y verdes. Las mujeres, peinadas con mucha sencillez, con las dos trenzas de su abundante cabellera ondeando sobre la espalda,—ocultan graciosamente sus robustas formas bajo aquellos cuadrados de seda azul, blanca, carmesí. En los grupos se ríe francamente; se habla del hermano Pedro, el austero fundador de la ermita: lindas manos se entretienen en quitar el húmedo musgo de las envejecidas piedras de la negra ermita.

El Calvario presenta otro cuadro. Siempre se ve a esos graves indios en fila, con el *huacal*—un gran fardo—a cuestras, los pies descalzos, moviendo regularmente sus piernas secas y nerviosas, apoyándose en el grueso bastón rústico. Se está allí junto a una fortaleza que defiende a la ciudad, pintada también de rosado, alegre y risueña como una doncella. Diríase una fortaleza de cartón—bien cortada, bonita, graciosa. Desde la puerta de la iglesia se ve la ciudad, cuadrada y correcta: se ve la calle central, la calle 30 de Junio, que va directamente a Jocotenango, y es muy larga. Se ven, del lado derecho de la calle, fábricas de cerveza, casas elegantes, el edificio de Correos—que fue antes convento; el Telégrafo, desconocido hace cinco años,—la iglesia de San Francisco, una verdadera fortaleza—severa, monumental;—el Club, una casa para leer, jugar al billar y al ajedrez, para comer excelentemente cuando se quiere,—ricas tiendas, propiedad de españoles, de alemanes o de franceses. Del costado izquierdo, la vista cae sobre un precioso parque, el Parque de la Victoria—donde hay siempre, bajo los árboles, algunas muchachas, de andar perezoso, de miradas castas, vestidas como las mujeres del pueblo—con el pelo en trenzas sobre el mantón, que ellas llaman pañolón; la mano ociosa contando a los flecos flotantes del mantón los goces infantiles o las primeras penas de su dueña. Esa es la tierra de las mujeres bonitas: diríase que la ignorancia y la ociosidad embellecen allí a las mujeres.

Si seguimos mirando por ese mismo lado izquierdo no se ven más que anchas casas particulares con los patios llenos de rosales; el zaguán pavimentado con huesos, las pesadas puertas cargadas de gruesos cerrojos. Al final, los ojos se detienen sobre la Plaza. Es también, igual que en Buenos Aires, que en México, como en todas las ciudades americanas que fueron españolas, la misma plaza cuadrada, con una fuente en el centro, a un costado la Catedral, enfrente el Palacio del Gobierno, bajo cuyas arcadas, al otro lado, hay pequeñas tiendas legendarias en que se venden

sombreros, paños, tejidos del país; bajo otra arcada está la Casa de la Ciudad. Todos los ministerios están en el Palacio, y cuando se va a hablar con el Ministro de Obras Públicas sobre la navegación del Motagua, sobre el ferrocarril del Atlántico que han de desarrollar maravillosamente al comercio del país con Europa; cuando se entra en el Ministerio del Interior a pedir un trozo de tierra en que hacerse rico; cuando un extranjero ilustrado solicita del Ministro de Instrucción Pública un empleo—que casi siempre se concede—en uno de esos centros educativos que el Gobierno sostiene,—le extraña a uno ver a la puerta del Palacio una numerosa guardia de jóvenes soldados descalzos, entre los cuales—cuando están en fila—el fusil del cabo se distingue por un gajo de guayabo dispuesto a caer, por la más mínima falta que cometan, sobre el lomo de los pobres mozos. Son verdaderas bestias de carga esos desdichados soldados. El que degrada a los demás se degrada a sí mismo. Sin pensar en la transformación digna, pero penosa, que experimentan esos pueblos, no se podría comprender cómo uno de esos ministros, uno de esos jóvenes empleados, uno de esos frecuentes visitantes de esos ministerios, dulces como mujeres, corteses como parisienses, se dejan, sin avergonzarse, saludar por esos hombres miserables, azotados y despreciados.

En el atrio de la Catedral que se parece a todas las grandes iglesias americanas con sus tres naves en el interior y su fachada con una puerta colosal, encerrada entre sus dos elegantes torres por ambos costados, se alzan las estatuas de los Evangelitas, obra de un escultor indígena—que jamás ha visto en su tierra más obra de arte que el incorrecto caballo que adorna la fuente de la Plaza, ni ha salido nunca de su país, y que hace con la misma facilidad ese San Juan excelentemente esculpido en la piedra amarilla, que una indolente Venus tallada en un guijarro. Ese escultor se llama Cirilo Lara. •

Desde el cerro del Calvario se domina toda la ciudad llana, en la que los numerosos campanarios se alzan sobre las casas cual celosos guardianes de un humilde rebaño. Se mira con placer el artístico teatro, aislado en medio de una *piazzetta* que trae a la vez a la mente el recuerdo del teatro de Aix-la-Chapelle, del Congreso de Madrid, de la Bolsa y de la Magdalena de París.

Mas no es el contraste poético del viejo mundo social y el nuevo mundo de la Naturaleza lo que impresiona al forastero,—no es el sol benigno que brilla suavemente sobre esas casas que—por muy recientes que sean,—tienen, por su construcción especial, un aspecto ruinoso:—no es el recto trazado de las calles, la abundancia de iglesias, la exquisita

limpieza de las casas lo que sorprende más,—es la alegría, el bienestar, la envidiable comodidad que se nota por doquiera. Hay luchas internas, problemas económicos serios, sordas quejas contra la dirección de los asuntos públicos;—pero todo el mundo trabaja, posee algo, aspira y parece sentirse feliz. Una tierra excesivamente rica abastece las necesidades de una población corta y sobria. Un verdadero delirio de posesión se ha apoderado de las gentes. Todo aquel que no sea dueño de una casa o de una hacienda, se cree un desventurado. Se ceden con gusto a los extranjeros las riquezas procedentes de la importación de los frutos industriales: los del país parecen estar pensando con los fisiócratas que la tierra es la fuente real y única de la riqueza. Los hijos—cualesquiera que sea la posición de sus familias—piden a sus padres un terreno en sus fincas y se van, cuando concluyen su carrera de Derecho o de Medicina, a criar puercos, sembrar *zacate*, la yerba con que alimentan a los animales, cultivar el café, estudiar, con los americanos y los cubanos que viven en el país, el cultivo de la caña de azúcar. La enfermiza ociosidad originada por una educación puramente literaria, roba al trabajo útil algunos mozos jóvenes: las máculas que el progreso deja a su paso, la usura, la empleomanía, roen a la ciudad,—pero el movimiento unánime en busca de la riqueza honrada es, por suerte, incontrastable. Como que la vida política es casi imposible—puesto que los intereses del poder son hostiles al ejercicio de las libertades públicas,—la vida material se aprovecha de esa imposibilidad: debido a eso, resulta que la suerte prepara y fortifica los caracteres,—por los cuidados de la creación y la conservación de la riqueza:—es así como se consolidará ese carácter americano, ligero e inquieto por naturaleza, en esas tierras ricas y floridas. Esto es una ley: donde la naturaleza tiene flores, el cerebro las tiene también.

En la Universidad se enseñaba, hace algunos años, la filosofía en latín, en las mismas aulas en que hoy se enseña en español el libre examen. La juventud lee con cariño a esos gloriosos románticos que son los clásicos de nuestra época: Michelet, Pelletan, Quinet. Una volteriana sonrisa anima los frescos labios de los jóvenes de las cinco Repúblicas hermanas, que envían a sus hijos a estudiar en la Universidad de Guatemala,—la única que hay en América Central. Los guatemaltecos—como todos los pueblos inteligentes que han vivido en la esclavitud—han desarrollado su talento satírico. Y como todo aquello que Voltaire fustigó duramente—el viejo mundo de los sacerdotes vive todavía en Guatemala—su aguda ironía y sus porrazos regocijan aún a los estudiantes guatemaltecos: el anciano de Fernay reina entre ellos, como reinó en París el día famoso

de su apoteosis. El espíritu crítico que precede siempre a los grandes trabajos sociales, anima en esas regiones a la naciente generación. En aquel país se necesita rehacer la naturaleza, desfigurada por los prejuicios. La educación consistía, desgraciadamente, en esas tierras, en desterrar de las almas las fuerzas que nos hacen vivir: la dignidad, la libertad, el valor.

Pero, a Dios gracias, los hombres se sacuden vigorosamente los hombros y dejan caer el manto de cadenas con que los había cubierto durante tanto tiempo. Aquí concluye nuestro primer pasco. Si nos quieren hacer el honor de continuar con nosotros esa interesante visita, se verá de lo que vive ese rico pueblo.

NOTAS SOBRE CENTROAMÉRICA ⁸⁶

⁸⁶ Estas notas fragmentarias de Martí sobre Centroamérica, aunque no se refieren directamente a sus impresiones de viaje, guardan, según parece, estrecha relación con las observaciones que hizo durante su permanencia en Guatemala.

La transcripción de estas notas, en letra casi ininteligible, así como su traducción del francés al español, fue realizada por el profesor Arturo Van Caneghem, del Instituto de Segunda Enseñanza de Marianao.

Les troubles des Républiques de l'Amérique Centrale—quoiqu'ils soient la conséquence toute naturelle des préjugés et des haines semés par le Gouvernement de la Colonie, quand ces pays exubérants appartenrent à l'Espagne, qui ne sut faire d'eux que de remparts pour les moines,—et de lieux de placement pour ses nobles oisifs—sont devenus légendaires.—Ces Républiques, qui finirent par n'être qu'une seule, comme les lois de la nature, de la politique et de l'utilité commandent, sont aujourd'hui en train de se quereller sur la construction du canal de Nicaragua.—On sait que Mr. Menocal, l'ingénieur américain, vient de signer avec Nicaragua, un traité pour la construction du canal. Il arrive, maintenant, que Costa Rica,—qui est depuis longtemps, a cause d'une vieille question de limites, et des vanités internationales,—l'ennemi de sa voisine,—refuse à celleci le droit de contracter sans son avis et son autorisation, se croit blessée dans son honneur, et allègue qu'elle a les memes droits a conserver la rivière et la baie de San Juan, que le contrat avec Menocal vient d'engager.

On dit qu'il y a un traité entre les deux Républiques, selon lequel l'une ne pourrait rien contracter a propos du canal sans l'acquiescement de l'autre. Nicaragua soutient qu'elle a autant de droit que Costa Rica à la baie et à la rivière. Et on parle de guerre.—Mais comme il y a bien longtemps que ces deux soeurs se regardent de haut en bas, et Mr. le Président de Costa Rica, a pris l'habitude prudente de faire des protestes sans conséquence immédiate contre tous les événements qui le déplaisent —il n'y a pas une raison spéciale pour croire à une campagne belligéreuse immédiate—quoique, si les travaux fussent définitivement entrepris par l'ingénieur,—le caractère inquiet du Président de Costa Rica soulèverait d'obstacles insurmontables à l'oeuvre du canal.

¿Qu'est ce qui se passe dans ces pays mystérieux, si peu connus et si dignes de l'être?—Nous ne sommes que par trop intéressés dans les mouvements et le développement de ces contrées bénies, ni nos forces industrielles croissantes trouveront un jour l'emploi et les marchés dont nous avons besoin.

Il faut regarder sur la surface pour voir la vérité. Les petits événements offusquent et préoccupent: il faut les débrouiller et les analyser, pour trouver au fond d'eux les grands événements. Le problème dans les Républiques Centrales est clair, mais difficile: les intérêts des partialités s'opposent à l'intérêt de la communauté: unies par la nature, par les défauts et par les qualités, par les antécédents historiques et par son signification humaine, et par ses moyens de vivre,— ils ne sont désunis que par des préoccupations vulgaires et des rivalités mesquines, de ces puérides rivalités qui divisent toujours les villes voisines, et dans les quelles les comérages ridicules ont plus de place que les raisons d'Etat.—Dans l'Amérique Centrale il n'ya qu'un Etat. Et on veut en maintenir cinq: voilà la lutte. Les Espagnols, par incurie plus que par malveillance, divisèrent la Capitania General de Guatemala dans de diverses portions chacune desquelles avait une ville principale. Guatemala, la résidence du Capitán General—était la plus puissante— et la plus riche—et de là, qu'il était enviée et haïe. Dans cette situation, l'indépendance se proclama sans cette secousse vigoureuse dont les nouvelles époques politiques ont besoin, pour jeter d'elles la poussière des époques mortes. L'indépendance proclamée avec l'aide des autorités espagnoles, ne fut que nominale,—et ne perça pas les couches populaires,—n'altera l'essence de ces peuples, la paresse, la nonchalance, le fanatisme religieux, les petites rancunes des villes voisines:—la forme seule fut altérée. Un génie puissant, un stratégique, un orateur, un vrai homme d'Etat, le seul peut-être que l'Amérique du Centre ait produit, le général Morazán, voulut fortifier ces pays faibles, unir ce que les Espagnols avaient désuni, faire une République imposante et heureuse de ces cinq états petits et malades. Il le fit,—mais les peuples, qui son faits principalement de gens vulgaires, tardent à comprendre ce que les hommes de génie prévoient.—La politique des rivalités vainquit la politique d'union; la vanité des Etats fut plus puissante que l'union bénéfactrice. Morazán, fût tué, et l'union défaite,—en démontrant une fois encore que les idées, quoiqu'elles soient bonnes, ne s'imposent ni par la force des armes, ni par la force du génie. Il faut attendre qu'elles aient percé la foule.

La Fédération brisée, ces Républiques n'ont vécu que pour la crainte constante et le désir d'empêcher le croisement de ses Républiques soeurs.—Le progrès des unes n'était à leurs yeux que danger pour les autres. Et comme le pays était enveloppé par la funeste prudence espagnole dans une sorte de muraille chinoise morale; comme les curés catholiques affirmaient que tout ce qui venait d'ailleurs était poison et hérétique, et

excommunié; comme il arrive toujours que, dans ces pays ignorants, les réformateurs catholiques soient aussi un peu réformateurs ou indifférents en religion—et l'indifférence en religion est déjà une réforme; comme un respect aveugle aux avis des prêtres était le caractère saillant de cette famille américaine;—et comme la terre donnait assez pour payer, le curé, se bâtit une maison plate pour s'abriter des tremblements de terre et s'acheter un gilet de velours pour les dimanches—ces pays sans aspirations, sans conscience de son pouvoir, sans relations extérieures, étaient satisfaits de sa vie misérable et inutile, dévoratrice des vrais talents et des vraies forces,—ennemi de tout arrangement qu'ils croyaient, d'après le prêtre comme un crime de ³⁷ humaine cache le pouvoir omnimode de Dieu.—Mais le souffle du siècle a allumé à la fin ces âmes: les apôtres qu'ils eurent, dans les jours de l'indépendance, Valles, Barrundia, Batrés, Molina revivent dans ses grands fils; les journaux, les livres et les voyages ont ouvert ses yeux fermés à la lumière et les réformateurs commencent à l'emporter sur les prêtres, une foule de prêtres italiens et catalans,—qui allument la division et l'ignorance sur lesquels son pouvoir peut seul s'appuyer. Les forces populaires, fatigués de son inertie, cherchent emploi; les jouissances de la richesse chatouillent déjà les cœurs des fermiers paresseux,—des maîtres de troupeaux; la politique de crainte et de rivalités est encore puissante; les ambitions personnelles, cet ennemi terrible de la grandeur des peuples, menaient les Républiques—mais une politique salutaire des intérêts matériels comence à se faire place. Et les villages tracassiers commencent à devenir des nations utiles—le seul moyen d'être fortes.—Le problème de l'union revit, étant toujours la solution urgente et nécessaire: mais cette fois encore, et avant que la bataille soit livrée, on peut assurer que si l'union qu'on projette se réalise, ne sera pas l'union définitive et solide dont ces peuples ont besoin. Des ambitions personnelles se sont masquées sous cette idée utile; mais le peuple qui sait toujours, quoique confusement la vérité—voit sur la marque les ambitions qui les animent—se méfie avec raison; et se prépare à défendre son indépendance.—Et c'est la situation.—

Dans cette mêlée de petits faits qui obscurcissent le jugement—on ne voit pas une direction décisive de l'opinion des Républiques vers la fédération; on voit deux hommes—qui rêvent le pouvoir omnimode dans l'Amérique Centrale;—l'un relégué dans un coin du territoire, cette Costa Rica, si petite et si belle;—l'autre, murillée dans la vieille Guatemala,

³⁷ Palabra inintelligible, que parece decir *soberbie*.

suivi par le parti le plus puissant du Salvador et les hommes les plus connus d'Honduras: celui-ci est le Président Barrios,—celuilà le Président Tomás Guardia.—

Barrios est un homme rusé et fort qui méprise les hommes, qui les fait fouetter, qui gouverne par la terreur—mais qui comprend qu'il doit dissimuler ces méfaits avec les exigences d'une révolution populaire contre l'Ancien régime oligarchique,—qui sent vraiment la haine des hautes classes et l'amour des pauvres,—qui a semé dans le pays les écoles et permis—en échange de qu'on le consente au pouvoir qu'il aime, inspiré de loin par les jésuites réfugiés à Nicaragua—et le parti libéral dont le vrai chef, un vieillard illustre, M. García Granados, vient de mourir.— Cet homme, pour s'assurer au pouvoir, pour être agréable au maître, pour servir ses vanités orgueilleuses de fils de Guatemala au même temps que par une lutte modérée, établit, peu à peu, sans le vouloir, la fondation d'un vrai régime libéral— ont ³⁸ son profit aux yeux et à la concertation duquel il croit attachés sa fortune et sa vie—le développement de l'industrie agricole, la création de chemins, la croissance rapide et admirable de la richesse publique.—Il a su se faire servir par les aristocrates qu'il a fouetté, et abandonné ceux de ses amis qui n'ont pas voulu l'aider jusqu'à la fin. Il est une sorte de mythe pour les gens du peuple qui le croient un être terrible et bon, et qui habitués au fouet d'un Indigène qui les gouverna trente ans sans savoir lire ni écrire, Rafael Cabrera, se voient avec plaisir fouetés avec moins de fréquence par une main qui ³⁹ mais qui sait par calcul ⁴⁰ faire le bien.—Barrios qui résume tout le pouvoir à Guatemala choisit des conseillers dans les petites affaires par des hommes démocratiques des deux partis—le parti ⁴¹ éblouis de Barrios l'ombre de Bolívar revant dans l'Amérique du Sud une seule nation,—l'ombre de Morazán, encaissant de son épée triomphante les cinq républiques de l'Amérique du Centre. On lui a fait, à lui aussi, rêver dans l'union de toutes les Républiques de l'Amérique, mais comme il fut aussi astute qu'ambitieux—comme il échoua dans sa première tentative—la dernière guerre avec le Salvador—il a voulu s'assurer dans le Salvador ou le parti du président actuel, Zaldívar, lui est dévoué,—et dans Honduras, où deux jeunes hommes intelligents cultes et entrepreneurs, jadis ministres de Barrios, Soto et Roca, ont été placés au pouvoir, et y sont conservés par l'aide

³⁸ Palabras ininteligibles.

³⁹ Idem.

⁴⁰ Idem.

⁴¹ Palabra ininteligible.

matériel et la appui puissant de Barrios.—Honduras, quoiqu'elle avance évidemment sous les mains actives des deux jeunes hommes—ne pardonne à ceux-ci—en peuple fier que les Honduriens sont,—d'être plantés là par la main d'un homme qui rêve de devenir leur maître.—Il est curieux, sans doute, et cette merveille ne pouvait être expliquée que dans des pays malheureux où la force remplit le rôle de la raison—que des intelligents frères et distingués, Américains par la vigueur, français par la culture, espagnols par l'originalité,—de jeunes cœurs généreux,—soient de si humbles serviteurs d'un homme inculte et dur, dont les ⁴² ne sont que inspirations fugitives ou des moyens de conserver le pouvoir. Une anecdote de Barrios mérite d'être racontée. Dans les jours de sa présidence, il déclara une guerre cruelle aux familles riches du pays, il enfermait les femmes; il faisait fouetter avec des verges de *quinze-tres* les pauvres aristocrates.— Un homme sémite, appartenant à une de ces hautes familles, vint lui faire visite, et lui interrogea sur ce qu'il pensait à semer dans une hacienda de Jésuites qu'il venait de s'approprier.—Et Barrios dit tout de suite, le regardant de son oeil félin, fixement:

—Des *quinze-tres*!

On se souvient encore à Guatemala des allures originales et fantastiques de Tomás Guardia, l'adversaire de Barrios, qui vint une fois lui voir en ambassadeur de Costa Rica.—Et comme il ne le vit pas, il se présenta à un très joli théâtre de Guatemala, coiffé d'un chapeau noir à la plume blanche, l'habit capricieux, la cape rouge, brodé en or, flottant sur le dos, un peu trop ridicule. Ce soir on jouait Hernani: et le public guatemaltèque, qui a de l'esprit et qui s'en sert gaiment se demandait si ce n'était un des courtisans de Charles V qui s'était échappé de la scène celui qui, d'une main si altière, le chapeau sur la tête, entrait dans la loge.—Guardia semble être un homme courageux, affaibli par les... du pouvoir, intelligent et vaniteux dont les prétentions, sinon au gouvernement de l'Amérique du Centre, à la... du Guatemala n'eut pas cette excuse du développement de la richesse publique que Barrios a si habilement placé de son côté.—Costa Rica était un pays bien heureux, et il ne l'est pas autant aujourd'hui, par le régime personnel et audacieux d'un homme convaincu de que personne dans son peuple n'a ni la force ni l'intention de lui arracher le pouvoir. Guardia a su quand il aspirait au pouvoir, se fourrer dans une charrette pleine d'herbe, glisser ainsi dans la cour du château de la garde et se montrer en contact avec les partisans qui l'accompagnaient dans l'aventure et se faire le maître du château

⁴² Palabra ininteligible.

ainsi assauté. Mais devoué à ses plasirs, fié à son étoile, sur de n'être... détruisant par la complicité de ses fautes ou la dureté de ses traitements aux nombreux ennemis, il a négligé le soin de la richesse de ces belles terres où il n'y avait jadis ni un homme pauvre, parce que la plus pauvre avait la cour remplie de plantes de café, qu'à la fin de la récolte il vendait largement.

Avec le Salvador... par le parti... qui ces peuples paresseux, malgré tous leurs malheurs,—s'éveillent...—a travailler se cherchent entr'eux, cherchent des amis ailleurs. Ils reçoivent... de tres...—avec un... amour des étrangers honnêtes, ils aiment les Allemands qui vont la pour gagner de l'argent, se marier dans le pays,—ils aiment les américains qui construisent des chemins, qui, avec le trust des bateaux a vapeur et des locomotives le font oublier MATXER,—dont le vainqueur, le général Victor Zarola vit encore. Ils sont fiers des supériorités de la nature chez eux, mais ils confessent qu'ils ont besoin de qu'on les aide a en profiter.

M. Barbereux, un homme... ministre de Barrios, nous disait un jour: "Ces beaux terres de Salama... pleines d'Américains je voudrais bien les voir partout. Ah! comme ils viendraient, s'ils savaient qu'à Guatemala il n'y a qu'à élèver des porcs ou de semer des *sweet-potatoes* pour se faire riche!" Et il disait vrai.

Ces habitudes de travail, cet amour de l'étranger, une espece de sagesse instinctive admirable que le peuple de l'Amérique Centrale montre en tout, la fièvre de progrès qui s'est éveillé dans ces derniers temps dans toutes les Républiques, les intérêts qu'ella fera naitre, la prudence et la solidité qui viennent toujours de la... sont des conditions naissantes qui honorent ces pays... du monde livré a ses propres malheurs, simples juges de... mais... capables du⁴³

Traducción

El desorden y las agitaciones populares de las Repùblicas de la América Central, aunque sean la consecuencia muy natural de los prejuicios y de los odios sembrados por el Gobierno Colonial, cuando esos países exuberantes pertenecían a España, que no supo hacer de ellos más que baluartes para los monjes,—y agencias de colocaciones para sus nobles ociosos—se han hecho legendarios.—Esas Repùblicas, que acabarán por no ser más que una sola, como las leyes de la naturaleza, de la política y de la utilidad lo ordenan, están hoy riñendo por la construcción del

canal de Nicaragua.—Sabido es que el señor Menocal, el ingeniero americano, acaba de firmar con Nicaragua un contrato para la construcción del canal. Ocurre ahora que Costa Rica,—que es desde hace mucho tiempo, a causa de una vieja cuestión de límites y de vanidades internacionales,—la enemiga de su vecina,—le niega a ésta el derecho de contratar sin su anuencia,—y creyéndose herida en su honor, alega que tiene el mismo derecho que Nicaragua a hacer uso del río y de la bahía de San Juan que el contrato con Menocal acaba de comprometer.

Dícese que hay un tratado entre las dos Repùblicas, según el cual ninguna de ambas podría contratar nada con respeto al canal sin el consentimiento de la otra. Nicaragua sostiene que tiene tanto derecho como Costa Rica al disfrute del río y de la bahía. Y se habla de guerra. Pero como hace mucho tiempo que esas dos hermanas se miran con recelo y el señor Presidente de Costa Rica tiene la prudente costumbre de hacer protestas carentes de consecuencia inmediata contra todos los hechos que le desagradan, no hay una razón especial para creer en una inmediata campaña belicosa—aunque si los trabajos fuesen definitivamente empezados por el Ingeniero, el carácter inquieto del Presidente de Costa Rica pondría obstáculos insuperables a la obra del canal.—

¿Qué es lo que ocurre en esos países misteriosos, tan poco conocidos y tan dignos de serlo? A nosotros nos interesan en grado sumo los movimientos y el desarrollo de esas regiones benditas donde nuestras crecientes fuerzas industriales hallarán algún día el empleo y los mercados que necesitamos.

Hay que mirar la superficie para ver la verdad. Los pequeños acontecimientos chocan y preocupan: hay que aclararlos y analizarlos para hallar en su fondo los grandes acontecimientos. El problema en las Repùblicas Centrales es claro pero difícil: los intereses de los partidos se oponen al interés de la comunidad: unidas por la naturaleza, por los defectos y por las cualidades, por los antecedentes históricos y por su significación humana, y por sus medios de vida,—no están desunidos más que por preocupaciones vulgares y rivalidades mezquinas, de esas pueriles rivalidades que dividen siempre a las ciudades vecinas, y en las cuales los cuentos y chismes ridículos tienen más importancia que las cuestiones de Estado.—En la América no hay más que un Estado. Y como se quiere mantener a cinco, de ahí nace la lucha. Los españoles, por incuria más que por malquerencia, dividieron la Capitanía General de Guatemala en diversas porciones, cada una de las cuales tenía una ciudad principal. Guatemala, la residencia del Capitán General, era la más

⁴³ Falta la continuación.

poderosa y la más rica, — y por ello provocaba la envidia y el odio. — En esa situación, se proclamó la independencia, sin esa vigorosa agitación tan necesaria en las nuevas épocas políticas para sacudir y lanzar lejos de ellas el polvo de las épocas muertas.

La Independencia, proclamada con la ayuda de las autoridades españolas, no fue más nominal, y no conmovió a las clases populares, no alteró la esencia de esos pueblos — la pureza, la negligencia, la incuria, el fanatismo religioso, los pequeños rencores de las ciudades vecinas: sólo la forma fue alterada. Un genio poderoso, un estratega, un orador, un verdadero estadista, el único quizás que haya producido la América Central, el general Morazán, quiso fortificar a esos débiles países, unir lo que los españoles habían desunido, hacer de esos cinco estados pequeños y enfermizos una República imponente y dichosa. Y lo hizo, — pero los pueblos, que están generalmente formados por gentes vulgares, tardan en comprender lo que los hombres geniales preven. — La política de las rivalidades venció a la política de unión; la vanidad de los Estados fue más poderosa que la unión bienhechora. Morazán fue muerto y la unión se deshizo, demostrando una vez más que las ideas, aunque sean buenas, no se imponen ni por la fuerza de las armas, ni por la fuerza del genio. Hay que esperar que hayan penetrado en las muchedumbres.

Rota la federación, esas repúblicas sólo han vivido por el constante miedo, y el deseo de impedir el crecimiento de sus hermanas, las demás Repúblicas. El progreso de unas era un peligro a los ojos de las otras. Y como el país estaba encerrado, por la funesta influencia española, en una especie de muralla china moral, como los curas católicos afirmaban que todo cuando venía de fuera era pecaminoso, hereje, y estaba excomulgado; como ocurre siempre que, en esos países ignorantes los reformadores católicos sean poco reformadores o indiferentes en religión, — y la indiferencia religiosa es ya una reforma; como un respeto ciego a las decisiones de los sacerdotes era la característica saliente de esa familia americana; y como la tierra daba lo bastante para pagar al cura, construir una casa plana para defenderse de los temblores de tierra y para comprarse un chaleco de terciopelo para los domingos — esos países sin aspiraciones, sin conciencia y sin poder, sin relaciones exteriores, estaban satisfechos de su vida mísera e inútil, devoradora de los verdaderos talentos y de las verdaderas fuerzas, — enemigos de todo adelanto, que creían — conforme a las prédicas del sacerdote — un crimen de soberbia humana contra el poder omnímodo de Dios. Pero el hálito del siglo ha encendido al fin la llama en esas almas: los apóstoles que

tuvieron en los días de la independencia: Valles, Barrundia, Batres, Molina, renacen en sus grandes hijos: los periódicos, los libros y los viajes han devuelto la luz a sus ojos cerrados y los reformadores comienzan a ser más fuertes que los curas — una multitud de sacerdotes italianos, y catalanes, — que alientan las divisiones y la ignorancia sobre las cuales puede tan sólo apoyarse su poderío. Las fuerzas populares, cansadas de su inercia buscan en qué emplearlas; los goces de la riqueza activan los corazones de los perezosos granjeros, y de los ganaderos; la política de temores y de rivalidades es todavía poderosa, las ambiciones personales, ese enemigo terrible de la grandeza de los pueblos, amenazan a la República, pero una política saludable de los intereses materiales empieza a abrirse paso. Y las aldeas pendencieras comienzan a convertirse en naciones útiles — único medio de ser fuertes. — El problema de la unión revive, por ser siempre la solución urgente y necesaria: pero esta vez también, y antes de que la batalla sea librada, se puede asegurar que, si la unión que se proyecta se realiza, no será la unión definitiva y sólida que necesitan esos pueblos. Ambiciones personales se ocultaron bajo esa útil idea; pero el pueblo que sabe siempre, aunque confusamente, la verdad, — ve bajo la máscara las ambiciones que les animan, desconfía con razón, y se prepara a defender su independencia. Y esa es la situación.

En esa mezcla de pequeños hechos que oscurecen el juicio — no se ve una dirección decisiva de la opinión de las Repúblicas hacia la federación; no, se ve a dos hombres que ambicionan el poder onímmodo en la América Central, el uno relegado en un rincón del territorio, esa Costa Rica, tan pequeña y tan hermosa, — el otro en la vieja Guatemala, seguido por el partido más poderoso del Salvador y los hombres más conocidos de Honduras. Este es el Presidente Barrios, aquél, el Presidente Tomás Guardia.

Barrios es un hombre astuto y fuerte, que desprecia a los hombres y los hace fustigar; que gobierna por el terror — pero que comprende que debe disimular esas maldades con las exigencias de una revolución popular contra el antiguo régimen oligárquico, — que siente realmente el odio a las clases elevadas y el amor a los pobres, — que ha sembrado en el país las escuelas a granel y permitido, — a cambio de que lo consientan en el poder que tanto ama, inspirado de lejos por los jesuitas refugiados en Nicaragua, — y el partido liberal, cuyo verdadero jefe, un anciano ilustre, M. García Granados, acaba de morir. Este hombre, para afirmarse en el poder, para ser agradable al amo, para servir su orgullosa vanidad de

hijo de Guatemala, al mismo tiempo que por una lucha moderada, estableció poco a poco, sin quererlo, los fundamentos de un verdadero régimen liberal,—ha ⁴⁴ en provecho suyo a los ojos y a la concertación del cual cree ligadas su fortuna y su vida—el desarrollo de la industria agrícola, la creación de caminos, el crecimiento rápido y admirable de la riqueza pública.

Ha sabido hacerse servir por los aristócratas a quienes ha fustigado, y abandonado a aquellos de sus amigos que no quisieron ayudarle hasta el final. El es una especie de mito para las gentes del pueblo que lo tienen por un ser terrible y bueno, y que, acostumbrados a la fusta de un indígena que los gobernó treinta años sin saber leer ni escribir, Rafael Cabrera, se ven con gusto fustigados con menos frecuencia por una mano que sabe matar; pero que sabe, por cálculo, realizar el bien. Barrios, que asume todo el poder en Guatemala, escoge sus consejeros en los pequeños negocios entre los hombres más democráticos de los dos partidos,—el partido ⁴⁵ admiradores de Barrios; la sombra de Bolívar que soñó para la América del Sur una sola nación,—la sombra de Morazán incrustando en su espada triunfante las cinco repúblicas de la América del Centro.—Le han hecho a él también soñar con la unión de todas las repúblicas, pero como él es tan astuto como ambicioso,—como fracasó en su primer intento,—la última guerra con el Salvador—ha querido asegurarse en el Salvador donde el partido del presidente actual, Zaldívar, le es fiel,—y en Honduras, donde dos hombres jóvenes, inteligentes, cultos y emprendedores, antiguos ministros de Barrios, Sofo y Roca han sido colocados en el poder y en él están sostenidos por la ayuda material y el apoyo poderoso de Barrios.—Honduras, aunque evidentemente adelanta bajo las manos activas de ambos jóvenes,—no perdona a éstos, como pueblo soberbio que son los hondureños, el estar plantados allí por la mano de un hombre que sueña con ser su amo. Es curioso, sin duda, y esa maravilla no podría ser posible más que en países desdichados en que la fuerza supera a la razón,—⁴⁶que inteligentes padres y distinguidos americanos por el vigor y franceses por la cultura, españoles por el origen,—jóvenes corazones, generosos, sean tan humildes servidores de un hombre inculto y duro cuyos actos ⁴⁷ no son más que imprecaciones

⁴⁴ Palabras ininteligibles.

⁴⁵ Idem.

⁴⁶ Idem.

⁴⁷ Idem.

fugitivas o medios de ⁴⁸ el poder. Una anécdota de Barrios merece ser relatada. En los primeros días de su presidencia, declaró una guerra cruel a las familias ricas del país: encerraba a las mujeres, hacía azotar con vergas de *quince-tres* a los jóvenes aristócratas. Un joven semita perteneciente a una de esas altas familias, fue a hacerle una visita y lo interrogó sobre lo que pensaba sembrar con respecto a la hacienda que acababa de apropiarse.—El Presidente dijo enseguida, mirándolo fijamente con su ojo de felino:—*Quince-tres*.

Se recuerda todavía en Guatemala los ademanes originales y fantásticos de Tomás Guardia, el adversario de Barrios, que fue a verle una vez como Embajador de Costa Rica.—Y como no lo vio, se presentó en un teatro muy lindo de Guatemala, cubierto de un sombrero negro con pluma blanca, la casaca caprichosa, la capa roja, bordada con oro, flotando sobre sus hombros, y bastante inclinada de lado. Aquella noche se representaba *Hernani*: el público guatemalteco, que es muy ingenioso, y que lo es alegremente, se preguntaba si aquel hombre no era uno de los cortesanos de Carlos Quinto que se había escapado del escenario y que con ademán altanero, la cabeza cubierta por el sombrero, entraba en el palco. Guardia parece ser un hombre valeroso, asaltado por los ⁴⁹ del poder, inteligente y vanidoso, cuyas pretensiones, si no al gobierno de la América Central, a la ⁵⁰ de Guatemala, no tiene la excusa del desarrollo de la riqueza pública que Barrios ha sabido atraerse hábilmente a su favor.—Costa Rica era un país muy feliz y ya no lo es tanto hoy por el régimen personal y audaz de un hombre que está convencido de que nadie en su pueblo tiene ni la fuerza ni la intención de quitarle el poder. Guardia supo, cuando aspiró al poder, meterse en una carreta llena de yerba, deslizarse así en el patio del castillo de la guardia, ponerse en contacto con los partidarios que le acompañaban en la aventura, y hacerse dueño del castillo. Asaltado de ese modo, pero entregado a ese placer, fiado en su estrella, seguro de no haber ⁵¹, destruyendo por la complicidad de sus faltas, o la dureza de su trato a numerosos enemigos, se olvidó de aprovechar la riqueza de esas hermosas tierras,—donde no había antes ni un hombre pobre, porque el más pobre tenía su patio lleno de matas de café, que al final de la cosecha vendía muy fácilmente y bien pagado.

⁴⁸ Palabra ininteligible.

⁴⁹ Idem.

⁵⁰ Idem.

⁵¹ Palabras ininteligibles.

Con el Salvador, ⁵² ...por el partido... que esos pueblos perezosos a pesar de todas sus desgracias,—se despiertan.—a trabajar ⁵³, se buscan entre ellos, buscan amigos por otras partes. Ellos reciben, con muy raras excepciones, con verdadero afecto, a los extranjeros honrados; aman a los alemanes que van allí a ganar dinero, casarse y morir en el país; aman a los americanos, que explotan los cafetales, que construyen caminos, que, con el ruido de los barcos de vapor y de las locomotoras, les hacen olvidar a Maxter, cuyo vencedor, el general Victor Zarola, vive aún. Están orgullosos de la superioridad de la naturaleza en su país,—pero confiesan que necesitan que se les ayude a gozar de ella.

M. Barbereux, un hombre bondadoso, ministro de Barrios, nos decía un día: “Estas hermosas tierras de Salama están llenas de americanos; mucho quisiera yo verlos por doquiera. ¡Ah! Como vendrían si supieran que en Guatemala no hay más que criar puercos y sembrar boniatos para hacerse rico”.—Y decía verdad.

Esos hábitos de trabajo, ese amor por el extranjero, es una especie de sabiduría instintiva admirable que el pueblo de la América Central muestra en todo el deseo de progreso que se ha despertado en estos últimos tiempos en todas esas Repúblicas, los intereses que hará surgir, la prudencia y la solidez que vienen siempre de la ⁵⁴ son condiciones nacientes que honran a esos países ⁵⁵ del mundo, entregados a sus propias desgracias, simples jueces de... pero capaces del⁵⁶

IMPRESSIONS OF AMERICA

(BY A VERY FRESH SPANIARD) ⁵⁷

I

⁵² Varias palabras ininteligibles.

⁵³ Idem.

⁵⁴ Palabra ininteligible.

⁵⁵ Idem.

⁵⁶ Falta la continuación.

⁵⁷ “By a very fresh Spaniard” ha sido traducido: “Por un español *muy fresco*.” Algunas personas consideran que debía traducirse “Por un español *recién llegado*” por haber escrito Martí estos artículos al poco tiempo de llegar a Nueva York. Entendemos, sin embargo, que el mismo tono de sus impresiones justifica más bien la traducción de *fresh*, como *fresco* o *impertinente*.

I am, at last, in a country where every one looks like his own master. One can breathe freely, freedom being here the foundation, the shield, the essence of life. One can be proud of his species here. Every one works; every one reads. Only does every one feel in the same degree that they read and work? Man, as a strong creature—made to support on his shoulders the burden of misfortune, never bent, never tired, never dismaying,—is unrivalled here. Are women, those beings that we the Southern people like,—feeble and supple, tender and voluptuous,—as perfect, in their way, as men are to theirs? Activity, devoted to trade, is truly immense. I was never surprised in any country of the world I have visited. Here, I was surprised. As I arrived, in one of this summer days, when the face of hasty business men are at the same moment fountains and volcanoes; when, bag in hand, the vest open, the necktie detached, I saw the diligent New Yorkers running up and down, buying here, selling there, transpiring, working, going ahead; when I remarked that no one stood quietly in the corners, no door was shut an instant, no man was quiet, I stopped myself, I looked respectfully on this people, and I said goodbye for ever to that lazy life and poetical inutility of our European countries. I remembered a sentence of an old Spaniard, a healthy countryman, father of thirty-six sons: “Only those who dig their bread, have a right to eat it; and as if they dig most deeply, they will eat it whiter.” But is this activity devoted in the same extent to the development of these high and noble anxieties of soul, that cannot be forgotten by a people who want to escape from unavoidable ruin, and strepitous definitive crumbling? When the days of poverty may arrive—what richness, if not that of spiritual strength and intellectual comfort, will help this people in its colossal misfortune? Material power, as that of Carthage, if it rapidly increases, rapidly falls down. If this love of richness is not tempered and dignified by the ardent love of intellectual pleasures,—if kindness toward men, passion for all what is great, devotion to all what means sacrifice and glory, are not as developed as fervorous

and absorbent passion for money, where shall they go? where shall they find sufficient cause to excuse this hard burden of life and feel relief to their sorrow? Life wants permanent roots; life is unpleasant without the comforts of intelligence, the pleasures of art and the internal gratification that the goodness of the soul and the exquisiteness of taste produce to us.

I am deeply obliged to this country, where the friendless find always a friend and a kind hand is always found by those who look honestly for work. A good idea finds always here a suitable, soft, grateful ground. You must be intelligent; that is all. Give something useful. You will have all what you want. Doors are shut for those who are dull and lazy; life is sure to those who are faithful to the law of work.

When I was a child, I read with admiration,—born as I am in a country where there is no field for individual activity, a series of biographies as those who are called here with a magnificent simplicity—*self-made men*. My childhood was not entirely gone out when I admired again in British Honduras, a wealthy Southern family brought by misfortune to painful scantiness,—and raising by their hands, in the thick bossom of forest, a clean, elegant, prosperous sugar plantation. The father, an ancient governor of a powerful State, was the engineer; the charming mother, very simply dressed, with a perpetual smile on her lips,—the smile of those who are courageous enough to support human sufferings,—was the most skillful housekeeper I have ever seen. Hot cakes, fine pastry, fresh milk, sweet jelly, were always on hand. When she came to me, the noble face illuminated by the most pure look, the curled silver hair carefully dressed, a waiter with exquisite dishes in her wrinkled hands—the sweetest feelings filled my heart, and tears of pleasure came to my eyes. The sons helped the father in all kinds of labors; they ploughed the field,—saw the sugarcane, burn the woods, build a new “sweet home”,—and as slightly dressed as miserable countrymen in those far forests do,—very early in the morning, merrily singing, they drove the oxen to the hardest work of the plantation. And they were elegant, gentle, learned young men. I will study a most original country at its birth—in the school; at its development—in the family; at its pleasures—in the theatre, in the clubs, in Fourteenth Street, in large and small family party. I will, go in a brilliant Sunday, walking down the fashionable Fifth Avenue, to the crowded church to hear a preacher—the word of peace—speaking about politics or the field of war. I will see many nonsenses, many high deeds; the politicians, who save the country, when they could—without any effort go back to the days of arrogant militarism.

violation of the public will, corruption of the political morality; I will see benevolent faces of men, defiant faces of women, the most capricious and uncommendable fancies, all the greatness of freedom and all the miseries of prejudices; here, a powerful originality, there a vulgar imitation of transatlantic extravagances. Liberty in politics, in customs, in enterprises; humble slavery in taste. Frenchmen give the sacred word; great names, and not great works are looked for. As there is not a fixed mind on art, the most striking is the most loved. There is no taste for the sweet beauty of *Hélène* or *Galathée*—the taste being all devoted to old imperfect works of China and Japan. If a scientific object would have been intended by the owners of these *bibelots*, it would be a matter of praise. But it is only for the censurable pleasure of indiscreetly holding foreign goods bought at a high price.

At a first glance what else can I tell? I have all my impressions vividly awoken. The crowds of Broadway; the quietness of the evenings; the character of men; the most curious and noteworthy character of women; the life in the hotel, that will never be understood for us; that young lady, physically and mentally stronger than the young man who courts her; that old gentleman, full of wisdom and capacity who writes in a sobrius language for a hundred newspapers; this feverish life; this astonishing movement; this splendid sick people, in one side wonderfully extended, in other side—that of intellectual pleasures—childish and poor; this colossal giant, candorous and credulous; these women, too richly dressed to be happy; these men, too devoted to business of pocket,—with remarkable neglectness of the spiritual business,—all is, at the same time, coming to my lips, and begging to be prepared in this brief account of my impressions.

Size and number: these are here the elements of greatness. Nothing is absolutely neglected, however. If the common people, increased every day by a thirsty foreign population, that must not be confounded with the true American people, shows that anxious desire for money, and fights frightfully in this way,—the true Americans preserve national greatness, constitutional rights, old and honorable names, from the vulgar storm of immigration, that brings in strength and possibilities of wealth, what they lack of intellectual height, and moral deepness. In the columns of a newspaper, in the page of a magazine, in the familiar chitchat, the most pure feelings, noble aspirations, and generous ideas bravely fight for the rapid improvement of the country, in the sense of moral development.

It will be reached. It has not yet been reached, because many strangers bring here their odiums, their wounds, their moral ulcers. What a terrible enemy the desperate want of money is for the achievement of virtues! How great a nation must be, to conduct in a quiet way, these bands of wolves, hungry and thirsty, these excrescences of old poor countries, ferocious or unuseful there,—and here, under the influence of work, good, kind and tame!

And, for the *mot de la fin*, let me tell you what it happened to me, as I came, a week ago, from Cape May, a charming watering place, to Philadelphia. The train near to the station jumped off the tracks; the car where I was, fell sideway. The accident was without consequences; but, as everybody was compelled by the shaking and pulling of the car to abandon violently their seats, the moment was a solemn one. Women became deadly pale. Men forgot women, looking for their own salvation. I thought, first, what must occur to a man under such a case, and, in the same instant, I saw rolling a poor eighty years woman on the floor. I ran to her, offering her my hands. The old lady, very elegant indeed, notwithstanding her large amount of years, looked at me gratefully, tended her hands toward me;—but, as she touched the extreme of my fingers with their own, she told me, with expressive frightened grimaces:

“By the hands, no! Go away! Go away!”

Was she an old Puritan?

The Hour. Nueva York, 10 de julio de 1880

Traducción

IMPRESIONES DE AMÉRICA

(POR UN ESPAÑOL MUY FRESCO)

I

Estoy, al fin, en un país donde cada uno parece ser su propio dueño. Se puede respirar libremente, por ser aquí la libertad fundamento, escudo, esencia de la vida. Aquí uno puede estar orgulloso de su especie. Todos trabajan, todos leen. ¿Pero siente cada uno, en igual medida que lee y trabaja? El hombre, como criatura fuerte—hecho a soportar sobre sus

hombros la carga del infortunio, nunca doblegado, jamás fatigado, sin desmayar nunca,—es aquí incomparable. ¿Son las mujeres, esos seres que a nosotros, gentes del sur, nos gustan—débiles y flexibles, tiernas y voluptuosas—tan perfectas a su manera, como los hombres lo son a la suya? La actividad, dedicada a los negocios, es ciertamente inmensa. Nunca sentí sorpresa en ningún país del mundo que visité. Aquí quedé sorprendido. A mi llegada, en uno de estos días de verano, cuando las caras de los apresurados hombres de negocios eran a la vez fuentes y volcanes; cuando, maleta en mano, abierto el chaleco, la corbata deshecha, vi a los diligentes neoyorquinos corriendo de aquí para allá, ora comprando, ora vendiendo, sudando, trabajando, medrando; cuando noté que nadie permanecía estacionado en las esquinas, ninguna puerta se mantenía cerrada un momento, ningún hombre estaba quieto, me detuve, miré respetuosamente a este pueblo, y dije adiós para siempre a aquella perezosa vida y poética inutilidad de nuestros países europeos. Recordaba una sentencia de un antiguo español, un robusto paisano, padre de treinta y seis hijos: “Sólo los que cavan su pan, tienen derecho a comerlo; y cuanto más profundamente lo caven, más blanco lo comerán.” ¿Pero esta actividad se dedica en la misma medida al desenvolvimiento de esas altas y nobles ansiedades del alma, que no pueden ser olvidadas por un pueblo que necesita salvarse de inevitable ruina, y estrepitoso y definitivo desmoronamiento? Y si llegaran los días de pobreza,—¿qué riqueza, sino la de la fuerza del espíritu y el consuelo intelectual, ayudará a este pueblo en su colosal infortunio? El poder material, como el de Cartago, si crece rápidamente, rápidamente declina. Si este amor de riqueza no está temperado y dignificado por el ardiente amor de los placeres intelectuales,—si la benevolencia hacia los hombres, la pasión por cuanto es grande, la devoción por todo lo que signifique sacrificio y gloria, no alcanza parejo desenvolvimiento al de la fervorosa y absorbente pasión del dinero, ¿adónde irán? ¿dónde encontrarán suficiente razón para excusar esta difícil carga de vida, y sentir alivio a su aflicción? La vida necesita raíces permanentes: la vida es desagradable sin los consuelos de la inteligencia, los placeres del arte y la íntima recompensa que la bondad del alma y los primores del gusto nos proporcionan.

Estoy hondamente reconocido a este país, donde los que carecen de amigos encuentran siempre uno, y los que buscan honestamente trabajo encuentran siempre una mano generosa. Una buena idea siempre halla aquí terreno propicio, benigno, agradecido. Hay que ser inteligente; eso es todo. Dése algo útil y se tendrá todo lo que se quiera. Las puertas

están cerradas para los torpes y perezosos; la vida está asegurada para los fieles a la ley del trabajo. Cuando era muchacho, leía con admiración — nacido como soy en un país donde no hay campo para la actividad individual — una serie de biografías de lo llamados aquí con magnífica simplicidad *self-made men*. No había transcurrido aún mi infancia cuando admiré de nuevo, en Honduras Británica, una rica familia sureña, traída por el infortunio a penosa estrechez, — y levantando por sus manos, en el espeso seno de la selva, una limpia, elegante, próspera hacienda azucarera. El padre, antiguo gobernador de un poderoso Estado, era el ingeniero; la madre encantadora, sencillamente vestida, con una perpetua sonrisa en los labios — la sonrisa de los suficientemente valerosos para soportar los sufrimientos humanos, era la más diestra ama de casa que jamás haya visto. Tortas calientes, pasteles deliciosos, leche fresca, jalea, — estaban siempre a la mano. Cuando, iluminado el noble rostro por la más pura mirada, el ondulado cabello de plata cuidadosamente peinado, se acercó a mí con una charola llena de exquisitos platos en las arrugadas manos, los más dulces sentimientos llenaron mi corazón, y lágrimas de alegría acudieron a mis ojos. Los hijos ayudaban al padre en toda clase de labores; labraban la tierra, cortaban la caña, quemaban las maderas, construían un nuevo “dulce hogar”, — y tan sencillamente vestidos como los pobres campesinos de aquella selva lejana, — por las mañanas temprano, cantando alegremente, conducían el ganado a las labores más duras de la hacienda. Y eran jóvenes elegantes, gentiles, instruidos. Estudiaré el pueblo más original, desde su origen — en la escuela; en su desenvolvimiento, — en la familia; en sus regocijos, — en el teatro, en los clubs, en la calle Catorce, en grandes y pequeñas reuniones familiares. Un luminoso domingo, bajando por la elegante Quinta Avenida hacia la iglesia pletórica, iré a escuchar a un predicador — palabra de paz — hablar de política o del campo de batalla. Veré muchos despropósitos, muchas altas hazañas; a los políticos — salvadores del pueblo, cuando sin esfuerzo alguno podrían volver a los días de arrogante militarismo, de violación de la voluntad pública, de corrupción de la moral política; veré caras benevolentes de hombres, caras retadoras de mujeres, las fantasías más caprichosas e irrecomendables, todas las grandezas de la libertad y todas las miserias de los prejuicios; una potente originalidad aquí, allá una vulgar imitación de las extravagancias trasatlánticas. Libertad en la política, en las costumbres, en las empresas: humilde servilismo en los gustos. Los franceses

dicen la palabra sagrada; se buscan grandes nombres y no grandes obras. Como no hay un entendimiento fijo sobre arte, lo más detonante es lo que más gusta. No hay placer en la dulce belleza de Helena o Galatea — el gusto está enteramente dedicado a viejas e imperfectas obras de China y Japón. Si les hubiera guiado una finalidad científica a los poseedores de tales *bibelots*, sería objeto de alabanza. Pero es únicamente por el censurable placer de poseer inmoderadamente objetos exóticos comprados a alto precio.

¿Qué más puedo decir a la primera mirada? Guardo todas mis impresiones vívidamente despiertas. El tropel de Broadway; la quietud de las tardes; el carácter de los hombres; el más curioso y digno de nota de las mujeres; la vida del hotel, que nunca será comprendida por nosotros; aquella joven soñadora, más fuerte física y mentalmente que el hombre joven que la corteja; aquel anciano caballero, lleno de prudencia y capacidad que escribe en un sobrio lenguaje para un ciento de periódicos; esta vida enfebrecida; este asombroso movimiento; este espléndido pueblo enfermo, de un lado maravillosamente extendido, del otro, — el de los placeres intelectuales — pueril y pobre; este colosal gigante candoroso y crédulo; estas mujeres, demasiado ricamente vestidas para ser felices; estos hombres, demasiado entregados a los asuntos del bolsillo, con notable dejación de los asuntos espirituales, — todo viene al mismo tiempo a mis labios y comienza a organizarse en este breve relato de mis impresiones.

Medida y número; éstos son aquí los elementos de la grandeza. Sin embargo, nada se descuida por completo. Si la gente común va en aumento cada día por una sedienta población extranjera, que no hay que confundir con el verdadero pueblo americano, muestra aquella ansiedad por el dinero y lucha terriblemente en este sentido, el verdadero americano resguarda del vulgar asedio de la inmigración, que trae en vigor y posibilidades de riqueza, lo que le falta de elevación intelectual y profundidad moral, la grandeza nacional, los derechos constitucionales, los antiguos y honorables apellidos. En las columnas de un periódico, en las páginas de un *magazine*, en la charla familiar, los más puros sentimientos, nobles aspiraciones y generosas ideas luchan bravamente por el rápido progreso del país, en el sentido del desenvolvimiento moral.

Se alcanzará. No se ha logrado aún, porque muchos extranjeros traen sus odios, sus heridas, sus úlceras morales. ¡Qué terrible enemigo para el logro de la virtud es la desesperada necesidad de dinero! ¡Qué grande ha de ser una nación, para conducir por vía tranquila, esas bandadas de lobos hambrientos y sedientos, esas excrecencias de países viejos y pobres,

feroces e inútiles allá,—y aquí, bajo el influjo del trabajo, buenas, cordiales y mansas.

Y, para el *mot de la fin*, permítaseme contar lo que me sucedió hace una semana, viniendo desde Cape May, un balneario encantador, hacia Filadelfia. Cerca de la estación, el tren descarriló, yéndose de lado el carro en que iba. El accidente no tuvo consuecuencias; pero el momento fue solemne, forzados todos, por la sacudida y tirón del carro, a abandonar violentamente los asientos. Las mujeres palidieron mortalmente. Los hombres, en busca de su propia salvación, olvidaban a las mujeres. Me vino a la idea lo que debía ocurrir a un hombre en tal caso, y, en el mismo instante, vi rodar por el suelo a una pobre señora de ochenta años. Corrí hacia ella ofreciéndole las manos. La anciana señora, muy elegante por cierto, no obstante su gran carga de años, me miró agradecidamente, tendiendo sus manos hacia mí; pero, al tocar las puntas de mis dedos con los suyos, me dijo, con expresivos y asustados visajes:

“¡Por las manos, no! ¡Váyase! ¡Váyase!”
¿Sería una vieja puritana?

The Hour, Nueva York, 10 de julio de 1880

IMPRESSIONS OF AMERICA

(BY A VERY FRESH SPANIARD)

II

Let us begin this time by a curious confession. This is the only country of all those I have visited, where I have remained a week without becoming particularly devoted and deeply attached to some woman. Even in Southampton, where in a brilliant half an hour, I saw a sweet girl, we loved ourselves, and we bid good-bye for ever; even while crossing a magnificent country, the Atlantic coast of Guatemala, where—like a Crown Venus, emerging from the spring of a clear river—a supple, slender but voluptuous Indian woman, showed herself to the thirsty traveler with all the majestic power of a new kind of impressive and suggestive beauty, I loved and was beloved. Everywhere, a woman's soul has come to bless and sweeten my exhausted life.

But I have not found in New York my two lovely eyes! That is a curious case, because I feel rapidly beauty of the body or the soul, and I pay both sudden and fervently vehement admiration. I attach myself most vigorously to a clear mind, a generous heart, a deep and tender eye. I have spent many a sunny afternoon between Fourteenth and 23rd Street; I have visited, I have talked, I have dined with American women. I have been acquainted with serious ladies, with most gay young ladies; they have translated my verses; they have decorated the button-hole of my evening dress; they even have, in a noisy cordial party, crowned me with a bonbonnière, representing a chickens head. But I am still as an inconsolable widow, awaiting the first powerful emotion. Education and politeness, although not of kind we like in Europe, is quite common here; beauty is the general endowment; culture is spreading, but French tastes invade and penetrate the elegant world. But where are the chaste abandon, the savory languor, the Haydéelike looks, the tender sweetness and gentle grace of our Southern women?

Man here is both strong-minded and strong-boddied; if he usually drowns in the stormy business tide, the intellectual and refined pleasures which charm us and occupy us in old romantic Europe,—he remains kind, because he is prosperous; he has the strength of gladness; he gains

it by his vigorous efforts; he has an athletic development secured by his continual work in the red-hot forge of life. But why should women look so manly? Their fast going up and down stairs, up and down the streets, the resolute, well-defined object of all their actions, their too virile existence, deprive them of the calm beauty, the antique grace, the exquisite sensitiveness which make of women those superior beings — of whom Calderon said that they were “a brief world.”

A friend of mine told me once, while we were paying a visit to an always-smiling, always-talking, never-resting Andalusian lady, “If your tired veins need a new, powerful blood, and you want to see a land less obstructed by the ruins of feudal castles, old heavy churches, go to that marvelous land, America. But if you want, as I want, a woman’s smile to live upon, take with you this gentlewoman — there women never smile!”

The great heart of America cannot be judged by the distorted, morbid passion, ardent desires and anguishes of New York life. In this turbulent stream, natural currents of life cannot appear. All is darkened, unhinged, dusty; virtues and vices cannot be at a first glance properly analyzed. They run away tumultuously mingled. Prejudice, vanity, ambition, every poison of the soul, effaces or stains the American nature. It is necessary to look for it — not in the crowded street, but in the sweet home quietness; not in the convulsive life of the city, but in the open-hearted existence of the country.

Young women in America are remarkable by their excessive gaiety or excessive seriousness. Their control over themselves, their surety of being respected, their calculated coldness, their contempt of passions, their dry, practical notions of life, give them a singular boldness and a very peculiar frankness in their relations with men. What I have seen and heard is, indeed, painfully suggestive. The love of riches moves and generally guides feminine actions in this country. American women seem to have only necessary thought when they see a new man: “How much is that man worth?”. Such thoughts deform and harden the most handsome faces, made by the Almighty to be the consolation of misfortune, the home of grace, tenderness, nobleness.

A conversation I have heard, sharp and cold as the end of a weapon, deserves to be remembered. God has never intended the young woman to speak in such a way. It was in a literary party. Arrogant New York ladies cruelly sneered at a Western wealthy family, whose recent prosperity and

humble beginnings were denounced by the heavy luxury of the dresses, the striking colors of the silks and a certain provincial candor which inexpert parvenus bring always to their first excursions into society. But mockery of this kind is especially unreasonable in this country, where nobody has a right to disdain the modest cradle of others, all being born in a similar poor cradle. The New Yorkers who now mock at the showy, vulgar, amusing Western family, must not forget that the same natural pride and social inexperience marked undoubtedly the first business triumphs and prosperous years of their equally modest ancestors.

A plough or an engine are, gloriously indeed, the only blazons of American families. No gold fields, no plumed helmet, no fierce dragon in their coat of arms. Hard work and self-made prosperity are their only armoial ensigns. Sons of toil, they ought to be all brothers. And old rich man must not sneer at a new rich man, for they came, in one or two degrees, from the same mother — poverty; from the same father — work. An old plough has no reason for disdaining a new one; the time that distances the one from the other is not a reason for mockery. For my own part, I like better the man who has just used the plough than another who has forgotten the manner of using it.

The Hour. Nueva York, 21 de agosto de 1880

Traducción

IMPRESIONES DE AMÉRICA
(POR UN ESPAÑOL MUY FRESCO)

II

Empecemos esta vez por una curiosa confesión. Este es el único país, de todo los que he visitado, donde he permanecido una semana sin sentirme especialmente atraído y profundamente prendado de alguna mujer. Hasta en Southampton, durante una luminosa media hora, vi una dulce muchacha, nos quisimos, y nos dijimos adiós para siempre; hasta que cruzando una magnífica tierra, la costa atlántica de Guatemala, donde — como una Venus coronada, saliendo de un río cristalino — una flexible, esbelta, pero voluptuosa mujer india, se mostraba al viajero

sediento en todo el encanto majestuoso de una nueva clase de impresionante y sugestiva belleza. amé y fui amado. En todas partes, un alma de mujer ha venido a bendecir y endulzar mi vida exhausta.

¡Pero no he hallado en Nueva York mis dos ojos hermosos! Eso es una cosa rara, porque yo percibo rápidamente la belleza del cuerpo o del alma, y le rindo a ambas repentina y vehemente admiración. Me prendo muy vigorosamente de una mente clara, de un generoso corazón, de ojos de honda y tierna mirada. He pasado muchas tardes radiantes de sol entre las calles Catorce y Veintitrés; he visitado, he conversado, he comido con mujeres americanas. He conocido damas serias, jóvenes muy alegres; ellas han traducido mis versos; ellas han adornado el ojal de mi traje de etiqueta; hasta en una bulliciosa fiesta cordial, me coronaron con una bombonera, en forma de cabeza de pollo. Pero todavía estoy como un viudo inconsolable, en espera de la primera fuerte emoción. Educación y cortesía, aunque no de la clase que gustamos en Europa, es bastante común aquí; la belleza es un dote generalizado; la cultura se está extendiendo, pero los gustos franceses invaden y penetran el mundo elegante. ¿Pero dónde está la casta franqueza, la sabrosa languidez, las cariñosas miradas, la tierna dulzura y la suave gracia de nuestras mujeres del sur?

El hombre aquí es fuerte tanto de mente como de cuerpo: generalmente se ahogan en la tempestuosa marea de los negocios los placeres intelectuales y refinados que nos encantan y nos ocupan en la vieja Europa romántica, se conserva bueno, porque está próspero; tiene la fuerza de la alegría; la gana por sus esfuerzos vigorosos; posee un desarrollo atlético obtenido por el trabajo constante en la fragua candente de la vida. ¿Pero por qué han de verse las mujeres tan varoniles? Su rápido andar al subir y bajar las escaleras, en el trajín callejero, el gesto resuelto, y bien definido en todos sus actos, su presencia demasiado viril, las despoja de la belleza serena, de la antigua gracia, de la exquisita sensibilidad que convierte a las mujeres en aquellos seres superiores—de los cuales dijo Calderón que eran “un pequeño mundo”.

Un amigo mío me dijo una vez, mientras estábamos haciéndole una visita a una siempre sonriente, siempre conversadora, nunca ociosa, dama andaluza: “Si tus cansadas venas necesitan una nueva poderosa sangre, y deseas ver una tierra menos obstruida por las ruinas de castillos feudales, por pesadas iglesias antiguas, ve a aquella tierra maravillosa llamada América. Pero si tú quieres, como yo quiero, una sonrisa de mujer para poder vivir, lleva contigo a esta señora—¡allá las mujeres nunca sonríen!”

El gran corazón de América no puede ser juzgado por la vida desbuñada, la pasión morbosa, los deseos ardientes y angustiosos de la vida neoyorquina. En esta marejada turbulenta, no aparecen las corrientes naturales de la vida. Todo está oscurecido, desarticulado, polvoriento; no se pueden analizar a primera vista las virtudes y los vicios. Se esfuman tumultuosamente mezclados. Los prejuicios, la vanidad, la ambición, todos los venenos del alma, borran o manchan la naturaleza americana. Es necesario buscarla—no en la calle abarrotada, sino en la tranquilidad del dulce hogar; no en la vida convulsa de la ciudad, sino en la existencia de abierto corazón en el campo.

Las jóvenes norteamericanas son notables por su alegría o su seriedad excesiva. El dominio de sí mismas, la seguridad de ser respetadas, su frialdad estudiada, su desdén por las pasiones, sus secas y prácticas nociones de la vida, les dan un extraño atrevimiento y una franqueza muy peculiar en su trato con los hombres. Lo que yo he visto y he oído, es verdaderamente bien penoso. El amor a la riqueza mueve y generalmente inspira los actos de las mujeres en este país. Las mujeres americanas parecen sólo tener un pensamiento fijo cuando conocen a un hombre: “¿Cuánto tiene ese hombre?”. Semejantes pensamientos desfiguran y endurecen las caras más hermosas hechas por el Todopoderoso para bálsamo del infortunio, y seno de gracia, ternura y nobleza.

Una conversación que oí, cortante y fría como la punta de un arma blanca, mercede ser recordada. Dios nunca pensó que una joven debía hablar de ese modo. Fue en una reunión literaria. Arrogantes damas de Nueva York se mofaron de una opulenta familia del Oeste, que revelaba su reciente prosperidad y humildes comienzos en el exagerado lujo de sus vestidos, los colores llamativos de sus sedas y ese candor provincial que los inexpertos “parvenus” siempre presentan en sus primeras salidas en sociedad. Pero tales burlas son especialmente irrazonables en este país, donde nadie tiene el derecho de desdeñar la modesta cuna de los demás, habiendo todos nacido en cunas parecidas. Los habitantes de Nueva York, que se mofan ahora de la ostentosa, vulgar, divertida familia del Oeste, no deben olvidar que el mismo natural orgullo e inexperiencia social, indudablemente señaló los primeros éxitos comerciales y los años prósperos de sus igualmente modestos antepasados.

Un arado o una locomotora son, con verdadera gloria, los únicos blasones de las familias americanas. Ni campos de oro, ni cascos penachudos, ni feroces dragones caben en sus escudos de armas. Duras faenas y prosperidad por el propio esfuerzo son los únicos adornos de sus armas.

Hijos del trabajo, todos debían ser humanos. Un viejo rico no debe mofarse de un nuevo rico, porque todos vinieron, en uno o dos grados, de la misma madre—de la pobreza: del mismo padre—el trabajo. Un arado viejo no tiene razón de desdeñar a uno nuevo: el tiempo que separa al uno del otro no es motivo para burlas. Por mi parte, a mí me agrada más el hombre que acaba de usar el arado a otro que se ha olvidado de la manera de usarlo.

The Hour. Nueva York, 21 de agosto de 1880

IMPRESSIONS OF AMERICA

(BY A VERY FRESH SPANIARD)

III

We read in Europe many wonderful statements about this country. The splendor of life, the abundance of money, the violent struggles for its possession, the golden currents, that dazzle and blind the vulgar people, the excellencies of instruction, the habit of working, the vision of that new country arising above the ruins of old nations, excite the attention of thoughtful men, who are anxiously looking for the definitive settlement of all the destructive forces that began during the last century to lay the foundations of a new era of mankind. This could be, and ought to be, the transcendent significance of the United States. But have the States the elements they are supposed to have? Can they do what they are expected to do? Do they impose their own character, or do they suffer the imposition of the character of others? Is America going to Europe or Europe coming to America? Error, both in politics and religion, has been worshipped in the Old World. Truth, liberty and dignity are supposed to have reached, at last, a sure heart in the New World. We must ask for a response to these secrets of the home life from the benches of the schoolrooms the daily newspaper and conversation in society. Eloquent answer to all mystifications strike the observer as he goes through the streets. We must ask women for the natural end of their unextinguishable thirst for pleasure and amusement. We must ask them if a being so exclusively devoted to the possession of silk dresses, dazzling diamonds and all kinds of costly fancies could afterwards carry into their homes those solid virtues, those sweet feelings, that kind resignation, that evangelic power of consolation which can only keep up a hearth shaken by misfortune and inspire children with contempt for regular pleasures and the love of internal satisfactions that make men happy and strong, as they did Ismael, against the days of poverty. We must ask a boy of fourteen what he knows and what he is taught. We must observe in the newspapers what they place before the public—news or ideas. We must look at what people read what they applaud, and what they love. And,

as these problems cannot be answered in a page or understood and remembered by a newcomer, I have taken here and there some memoranda. Here, from my notebook, are some:

What do I see? A girl seven years old goes to school. She talks with unusual care to other girls; this miniature of a woman has all the selfcontrol of a married woman; she looks and smiles at me as if she could know all the mysteries of mankind. Her ears are adorned with heavy earrings; her little fingers with rings. Where can this wonderful volubility come from? What will this little girl, so fond of jewelry at seven years, do for it at sixteen? Slavery would be better than this kind of liberty; ignorance would be better than this dangerous science”.

“I went down town by the elevated railroad. As I travelled by this perilous but seductive way, I lost all hope of understanding Americans when I heard the name of a street, “*Chamber Street!*” always pronounced in an indistinct way by the conductors. Is it *Cham, Chem, Chamber or Chember?* Is it *Houston, House or Hous?* Is it *Franklin, Frank or Frenk?* It is curious to observe that I can always understand an English-man when he speaks to me; but among the Americans a word is a whisper; a sentence is an electric commotion. And if somebody asks me how can I know if a language that I so badly writes, is badly spoken, I will tell frankly that it is very frequent that critics speak about what they absolutely ignore. There is, among the Americans, an excellent writer, the humorist Mark Twain — and has he not presented the gifted king of Bavaria, a poet, an enthusiast, a knight of old times, as a savage who obliged the singers of his theatre to play the same opera twice in a night, under the most terrible rain that could fall over the poor Bavarians? He astonishes himself with the mastodontic composition of German words. All conversation is here in a single word: no breathe, no pause; not a distinct sound. We see that we are in the land of railroads. ‘That’s all’ — ‘didn’t’ — ‘won’t’ — ‘ain’t’ — ‘Indeed’ — ‘Nice weather’ — ‘Very pleasant’ — ‘Coney Island’ — ‘Excursion.’ That is all that I can seize, when I listen with anxious attention, to the average American. When I listened to men and women of culture I have been able to appreciate how the correctness of Addison can be mingled with the acuteness of Swift, and the strength of Carlyle with the charming melody of Longfellow.

“Among women, as their usual kindness inclines them to soften the asperity of their language, in order to be easily understood by the foreigner the English tongue appears exceptionally harmonious. Everything could be

pardoned to these indefatigable talkers if they would speak in such a way, in order to employ the time that seems to be always short for them; but if — by a marvel — you can fathom the sense of those whirling words, you will remark that a vulgar subject is, commonly, too extensively developed.”

“I love silence and quietness. Poor Chatterton was right when he desperately longed for the delights of solitude. The pleasures of cities begin for me when the motives which make pleasure for others are fading away. The true day for my soul dawns in the midst of the night. As I took yesterday evening my usual nocturne walk, many pitiful sights made a painful impression upon me. One old man, dressed in that style which reveals at the same time that good fortune we have had and the bad times that begin for us, steps silently under a street lamp. His eyes, fixed upon the passers by, were full of tears, his hand held a poor handkerchief. He could not articulate a single word. His sighs, not his words, begged for assistance. A little farther on, in Fourteenth Street, a periodic sound. A poor woman knelt on the sidewalk, as if looking for her grave, or for strength to lift on her shoulders the hoarse organ whose crank her dying hand was turning. I passed through Madison Square, and I saw a hundred robust men, evidently suffering from the pangs of misery. They moved painfully, as if they wished to blot out of their minds their sorrowful thoughts — and were all lying down on the grass or seated on the benches, shoeless, foodless, concealing their anguish under their dilapidated hats.”

The Hour. Nueva York, 23 de octubre de 1880

Traducción

IMPRESIONES DE AMÉRICA

(POR UN ESPAÑOL MUY FRESCO)

III

En Europa leemos muchas afirmaciones maravillosas sobre este país. El esplendor de la vida, la abundancia de dinero, las luchas violentas por obtenerlo, las corrientes áureas que deslumbran y ciegan a la gente vulgar, las excelencias de la instrucción, el hábito de trabajar, la visión de este nuevo país levantándose sobre las ruinas de las viejas naciones, despiertan

la atención de los hombres pensadores, que buscan ansiosamente una eliminación definitiva de todas las fuerzas destructivas que comenzaron, durante el siglo pasado, a poner los cimientos para una nueva era de la humanidad. Esto pudiera ser, y debe ser, la significación trascendental de los Estados Unidos. ¿Pero tienen los Estados Unidos los elementos que se supone que poseen? ¿Imponen ellos su propio carácter, o aceptan ellos la imposición del carácter de otros? ¿Va América hacia Europa o viene Europa hacia América? El error, tanto en la política como en la religión, se ha adorado en el Viejo Mundo. Se supone que la verdad, la libertad y la dignidad han alcanzado, al fin, un hogar seguro en el Nuevo Mundo. Debemos pedir una respuesta a estos secretos de la vida hogareña, desde los bancos de las escuelas, del periódico diario y de las conversaciones en sociedad. El observador encuentra contestaciones elocuentes a todas estas mixtificaciones mientras va por las calles. Debemos preguntarles a las mujeres cuál es el fin natural de su sed inextinguible por el placer y la distracción. Debemos preguntarles si un ser tan exclusivamente dedicado a la posesión de vestidos de seda, de diamantes resplandecientes y de toda clase de caprichos costosos, puede luego llevar a su hogar esas sólidas virtudes, esos dulces sentimientos, la bondadosa resignación, aquel evangélico poder de consuelo que sólo puede conservar en alto un hogar sacudido por la desventura, e inspirar a los hijos el desprecio de los placeres naturales y el amor por las satisfacciones internas que hacen a los hombres felices y fuertes, como hicieron a Ismael, para afrontar los días de pobreza. Debemos preguntarle a un muchacho de catorce años lo que sabe y lo que se le enseña. Debemos observar en los periódicos lo que ofrecen al público—noticias o ideas. Debemos fijarnos en lo que lee la gente, lo que aplaude y lo que ama. Y, como estos problemas no pueden ser contestados en una página o ser comprendidos o recordados por un recién llegado, he tomado algunas notas aquí y allá. He aquí, de mi libro de apuntes, algunas.

“¿Qué veo? Una niña de siete años va a la escuela. Habla con cuidado inusitado con otras niñas; esta miniatura de mujer tiene tanto dominio de sí misma como una mujer casada: me mira y sonrío como si pudiese conocer todos los misterios de la humanidad. Sus orejas están adornadas de pesados aretes; sus pequeños dedos de sortijas. ¿De dónde proviene esta maravillosa volubilidad? ¿Qué hará esta pequeña niña, tan aficionada a la pedrería a los siete años, por obtenerla cuando tenga dieciséis? La esclavitud sería mejor que esta clase de libertad; la ignorancia mejor que esta ciencia peligrosa.”

“Fui a la parte baja de la ciudad en el tren elevado. Mientras viajaba por este medio peligroso pero seductor perdí toda esperanza de entender a los americanos, cuando oí el nombre de la calle, *iChamber Street!* siempre pronunciado de una manera distinta por los conductores. ¿Es *Cham, Chem, Chamber o Chember?* ¿Es *Houston, House o Hous?* ¿Es *Franklin, Frank o Frenk?* Es curioso observar que siempre puedo entender a un inglés cuando me habla; pero entre los americanos una palabra es un susurro; una frase, una conmoción eléctrica. Y si alguien me pregunta cómo puedo saber si un idioma que escribo tan mal, se habla mal, le diré francamente que es muy frecuente que los críticos hablen de lo que desconocen por completo. Entre los americanos hay un escritor excelente, el humorista Mark Twain—¿y no ha presentado él al talentoso rey de Baviera, un poeta, un estusiasta, un caballero de los tiempos antiguos, como un salvaje que obligaba a los cantores de su teatro a representar la misma ópera dos veces en una misma noche, y bajo la lluvia más terrible que pudiese caer sobre los pobres bávaros? El se asombra de la composición mastodóntica de las palabras alemanas. Aquí toda conversación es en una sola palabra: no hay respiro, no hay pausa; no hay sonido preciso. Se ve que estamos en la tierra de los ferrocarriles. “That’s all”—“did not”—“wont’t”—“ain’t”—“indeed”—“Nice weather”—“Very pleasant”—“Coney Island”—“Excursion”. Esto es lo único que puedo alcanzar cuando escucho, con atención ansiosa, al americano corriente. Cuando he escuchado a hombres y mujeres de cultura, he podido apreciar cómo la corrección de Addison puede mezclarse con la agudeza de Swift, y el vigor de Carlyle con la melodía encantadora de Longfellow.”

“Entre mujeres, como su bondad usual las inclina a suavizar la aspereza de su idioma, a fin de poder ser más fácilmente entendido por el extranjero, la lengua inglesa aparece excepcionalmente armoniosa. Todo se les podría perdonar a estos conversadores incansables si hablasen de esa manera, que utilizaran el tiempo que siempre parece que les falta: pero si por una maravilla se llega a comprender el sentido de esas palabras vertiginosas, se observará que generalmente un asunto vulgar se desarrolla demasiado extensamente.”

“Amo el silencio y la quietud. El pobre Chatterton tenía razón cuando añoraba desesperadamente las delicias de la soledad. Los placeres de las ciudades comienzan para mí cuando los motivos que les producen placer a los demás se van desvaneciendo. El verdadero día para mi alma amanece en medio de la noche. Mientras hacía anoche mi paseo nocturno usual

muchas escenas lastimosas me causaron impresión penosa. Un anciano vestido en aquel estilo que revela al propio tiempo la buena fortuna que hemos tenido y los tiempos malos que comienzan para nosotros, se pasea silenciosamente debajo de un farol callejero. Sus ojos, fijos sobre las personas que pasaban, estaban cuajados de lágrimas; tenía en la mano un misero pañuelo. No podía articular una sola palabra. Sus suspiros, no sus palabras, imploraban auxilio. Un poco más allá, en la calle Catorce un sonido periódico, como un lamento distante, se levantaba desde la sombra. Una pobre mujer estaba arrodillada sobre la acera, como si buscara su tumba, o fuerzas para levantar sus hombros del órgano ronco, cuya manigueta era movida por su mano desfallecida. Pasé por Madison Square, y vi a cien hombres robustos padeciendo evidentemente las angustias de la miseria. Se movían penosamente, como si desearan borrar de su mente sus pensamientos dolorosos—y todos se encontraban tirados sobre la yerba o sentados en los bancos, descalzos, hambrientos, ocultando su angustia bajo sus sombreros raídos.”

The Hour. Nueva York, 23 de octubre de 1880

CURAZAO

Ante el mar limpio, terso, muelle y azul como ningún otro mar, luego de haber costeado largamente la isla; monótona y mondana, se ve al fin un pueblecillo compacto y risueño, porque no hay pueblo que no sea risueño después de diez días de cielo igual y mar igual. El aire es cálido: la atmósfera transparente, desnuda a los ojos curiosos el aseado ajuar exterior de las pesadas casas, que con sus árboles menguados, y sus tejados rojos y sus paredes altas, agujereadas por ventanas menudísimas, y su construcción elemental, como si sobre un paralelepípedo se encaramase un ⁵⁸, recuerdo a la memoria, que se goza generosamente en volvernos a nuestros immaculados días azules; esos juguetillos de madera que labran y pintan en sus horas de ocio los labriegos de la opaca Alemania. Eso es desde lejos Curazao: una caja de casas de juguete. Las fortalezas de piedra parecen de cartón. Los arbolillos, escuetos y quejumbrosos, se asemejan a aquellos desdichados palillos pardos, coronados por verdes virutillas. Y el mismo amarillo suelo semeja el papel amarillo y áspero en que yacen casas, árboles, pastoras, campesinos y corderos. Sólo que aquí luego que se entra en la vía plácida, y el buque fatigado pega sus ijares—hinchidos de cajones y barriles—al muelle por donde vagan unos cuantos negros de lánguido andar y pies descalzos, los corderos se convierten en burros como el lugar, amarillosos, ora llevados a la mano por ancianos negros de negro chaleco y holgado pantalón y saco blanco, cubierto el lomo, como si lo hubiera aderezado para montarlo, un campesino guatemalteco, de apiñado' vellón;—ora, trotando traviesamente huyendo el anca esquivando del negrilla gentil que lo fustea, y haciendo danzar, saltar, caracolear el carro que conduce;—ora esperando, con cómica mansedumbre, sacudiendo de vez en cuando el sillón de montar que lo enjaeza, a la dama feliz que ha de pavonearse en tan airosa y enérgica cabalgadura. ¡Coyuctudos burrillos!

¿Y las pastoras? Las pastoras son aquí mulatas anémicas, negras informes, viejas harapientas que ahúman a la orilla de la ría sardinas

⁵⁸ Hay un pequeño dibujo del techo de una casa.

secas. Un cotorral parlero que vuela espantado de una palma a otra, no vocea, no cacarea, no grita con tan estridente grito, no asombra y asorda como esta parvada de singulares criaturas, que huelgan ampliamente dentro de sus vestidos de percañ inflados por el viento. No las redimen a nuestros estéticos ojos de su negro color la curva llena, la hendidada espalda, los fulminantes ojos, la hinchada sensual boca, las pomas altivas, los hombros redondos, los menudos pies de la mujer negra de Africa. Y de los blancos ¡ay! no tienen más que el desdén que las envilece, y los vicios que empujadas de la miseria y de la ignorancia de más puros placeres—comparten y halagan. Ninguna mano amante ha echado semilla en ese bosque hojoso y perfumado, que atrae, como los bosques tantos rayos; que carga el aire, como los bosques de tanto aroma: la generosa imaginación. Descubiertos algunos,... arrodillado al lado de esas almas, he saludado e ellas el mar rugiente y vasto. Ahí van, raza degenerada, raza enferma, hablando rápidamente, con la exuberante fluidez del trópico, una lengua innoble y singular, mezcla incorrecta y bochornosa de castellano y neerlandés, una lengua que está entera en su nombre: papiamento. Ahí van, los hombres, en el traje ordinario de los negros pobres de estas tierras, ancho el sombrero de penca, azul o llama la camisa, de lienzo el pantalón blanco, contando al fin del día las *placas* con que les ha favorecido su oficio de boteros, empleados, en la mañana brillante, en el mediodía pastoso y tórrido; en la tarde benigna, en la noche misteriosa, que llevará la alada mente a las márgenes del Lido, a las cercanías de la Campanida, a los bordes de la *piazetta* del barco, en llevar de uno a otro lado de la ría, capuchinos de barba luenga, refugiados de tierras en que se lucha, alemanes albinos, que se van adueñando de estos mares,—niños petimetres, de tez tostada y rizado cabello, fumadorcillos precoces, de ojos ardientes y levita larga, en cuya aceitunada faz y estrecho cuerpo se lee como los desvíos prematuros del deseo comen en estas tierras las fuerzas malogradas corporales,—mantenimiento y lastre de la nave, en las zozobras graves de la vida. Y pasan durante el día los empleados públicos que van de un lado a otro de Curazao, por la plácida vía dividido, los alineados comerciantes, sobre cuyo chaleco de dril resplandece,—como símbolo de moderna nobleza, gruesa leontina de oro,—y las doncellas de la villa, de menguado color y estrambótico y aéreo vestido. Y las ventrudas y descalzas negras, con la maciza crespada cabellera oculta por el pañuelo amarillo, azul, morado, rojo, cuyas flotantes puntas, como sonrientes en rebeldía, azota el bosque el viento; el desnudado seno holgado dentro del talle; deshonestamente alta la saya por delante, como

para que no estorbe los pies recios—y por detrás lujosamente larga, por ese vil empeño que tiene siempre en no parecer miserable la miseria. Y pasa, como rarísima especie, un gendarme holandés, de ojo avaricioso, mostacho empomado, pelo laso y agudo. Y el refugiado melancólico, que repara en esta chíprea paz sabrosa el estrago de las últimas fuerzas,—o cobra en el aire marino vigoroso, y en el decano abandono de un puerto libre, fuerzas para crear tormentas nuevas. O el viajero no clasificado, hombre a menudo antipático y no extraño en estas tierras, de ojo ensangrentado y redondo, de tez bronceada, de patillas luengas, de hábitos dispendiosos, de lenguaje bronco, que es capaz de echar peces en el mostrador de la taberna como de limpiarse por dentro el alma oscura, y que, poniendo el pie colérico, al salir de la posada del comercio en el pesado *poncho*, tan diferente ¡ay! de la góndola—dice, con muy grande razón, que no tomó jamás Curaçao más vil, amargo y licuoso que el que acaba de tomar—no bien de ser esta tierra de excelentísimas naranjas—en la posada mejor de Curazao. Que para tomar Curaçao hay que ir a Holanda.

Caída la tarde, luego de oír entrar, gozoso, como un triunfador romano, corpulento como un elefante de las aguas, un vapor de guerra prusiano;—de enviar las cartas al *Postánkoor*, que duerme y digan en las de estas buenas gentes,—duerme abierto;—luego de vaciar en el muelle corrido los remos y harina que traíamos de New York,—de ver salir blancas goletas, cuyas cubiertas animadas por pasajeras bulliciosas, lánguidos viajeros y ⁵⁹ tripulantes, parecen, más que cubierta de buque, plaza de pueblo en feria; luego de mirár de cerca el elegante vapor veraniego que lleva a Maracaibo; luego de inquirir ansiosamente, por lo que toda lección sencilla sirve más tarde a quien gusta de reflexionar en las cosas de gobernación y mantenimiento de los pueblos, cómo en éste—por ser puerto libre, muy socorrido de mercaderes y de buques, que vienen a buscar aquí las cosas de Europa y la América del Norte para llevarlas a la América del Sur,—ya tan europea, y a llevarse de aquí, para las tierras de Vercingétorix y de Arvingo, los granos sabrosos y las maderas de cola de las tierras de Chilam Balam y Seguechul; luego de ahitar a una cohorte de mulatudos, medio desnudos, brillantes como napolitanos, secos como fruta chupada, amarillos como canisteles, con apretadas y gustosas tortas del nutritivo ajonjolí, que en tableros pequeños venden aquí, como elemental medio de vida, las mujeres pobres; luego de lamentar, y no en mi nombre sino en el de aquellos que viven dados a los goces del paladar,

⁵⁹ Palabra ininteligible.

y dulzores del gusto, cómo no se respetan ya las en otro tiempo perfumadas y jugosas cáscaras de naranja,—sustituidas hoy en la exportación por un poco, y no mucho, de hediondo y útil guano, riqueza única, sobre la que benéfica libertad,—madre aquí del comercio—proporciona—de esta poblada y arcillosa isla; luego de ver pasar, como todo encogido y trémulo, sobre un pesado poncho, un burrillo⁶⁰ de cañas finas, ancas desladeradas, ⁶¹ aderezadas y enderezadas de, ⁶² y fina cabeza, y móviles y claros ojos, —fuime del lado de allá de la ría entrando por la mejor calle de la banda del comercio, a hablar conmigo mismo esas sabrosas conversaciones del crepúsculo, ¡que alivian tanto! ¡que prometen tanto! ¡amables novias de la esperanza! ¡punto de reposo, y de cobro de fuerzas del deseo! El alma, pudorosa, guarda sus más íntimas, y graves, y deleitosas confidencias, para esta hora sabrosa, en que, no temerosa ya de que la vean, se sale desnuda del cuerpo, a resarcirse y fortalecerse en el espectáculo y goce del alma universal, flotante en la onda de aire, palpitante en el éter benéfica y sonora.

Calles a menudo tan estrechas como una calleja moruna,—portalejos oscuros, encimadas sobre descascarados escalones dejando ver, por la abierta menguada boca, la escalera holandesa, pendiente, estrecha y alta —que por encima termina en un corredor que da a la calle, alegrada por verdes persianas, y que a su pie ostenta ancianas negras, sentadas en los escaloncillos, cubiertas con sombreros de paja, ocupadas en contar y recontar los hibleos nísperos que llevan en su pardo tablero.—De súbito, da la calleja pedregosa en ancha lisa calle, bordada de macizas casas, con cal coloreadas, y con ladrillo o torta de cal ornamentadas.—Alzase aquí y allá, como rematando el triángulo de, ⁶³ un edificio de los tiempos, ⁶⁴ y si en los balcones de madera que se coronan algunos puntales, y en los terrados, rematados por cerca de ladrillo,—vese bien cómo estamos en tierra de sol, en las empinadas y altas construcciones, en las habitaciones apretadas, en la forma de esos balcones mismos, saliéndose osadamente del ⁶⁵ elevado, un trecho bueno, hállanse huellas de aquellos pueblos fríos del mar del Norte,—pintorescos allí como marineros rudos y leales, y sus fantásticas, honradas mujeres, y los tarros de flores que adornan los altos

⁶⁰ Palabra ininteligible.

⁶¹ Hay varias palabras ininteligibles.

⁶² Idem.

⁶³ Está roto el papel.

⁶⁴ Palabra ininteligible.

⁶⁵ Idem.

balcones,—morada y recreo de doncellas honestas y robustas, de grande, fuerte cuerpo, cabello abundantísimo, grandes ojos, franca risa y seno alto.

No discurren por las calles esos gentiles suramericanos, hercúleos y apolíneos, ⁶⁶ del campo—y si, comidos por el alma excesiva, y amezquinados por la vida rápida en la ciudad,—ardientes y pequeños como griegos. Amarilla es la calle,—amarillas las casas, amarillo, con la puesta del sol,—digna del pincel melodioso de Swain Gifford,—el vasto horizonte, amarillas escualidas las gentes. No con ese noble bronce, color naturalísimo del cuerpo que ostentan almas templadas a buen fuego, —sino con ese terroso matiz que acusa descuidada infancia, ascendencia oblicua, mente desocupada, sedentaria vida. De vez en cuando, por entre las verjas del patiecillo que sirve de vestibulo a algunas de las más risueñas casas, asoman, como recortando trozos de amarillo cielo egipcio, perfiles de acero, arrogantes perfiles semíticos.—Porque no hay casa bella, del lado silencioso de la ría, luego de haber visto la cuadrada casa roja, coronada de un sol, donde ofician los masones,—el templo protestante, no escaso de devotos, la iglesilla rematada por torre sinagoga, donde se leen aún, entre admirados coros, los grandes libros mosaicos; la casa techada de negro, donde, al decir de n/guía—“se hacen comedias”; y el alto templo gótico, donde se alzan espaciosas bóvedas para anidar los cantos solemnes con que se celebra al niño Vencedor de los; ⁶⁷ no hay construcción cuidada, ya la pared humilde copia en ladrillo de los templos griegos, ya se entre a ella por atrio romano, ya ostente en la pared ornamentadas celosías, como las casas florentinas,—nada hay que acuse riqueza, buen gusto, placidez, reposo, esmero,—que no sea, al decir de las gentes del pueblo—de un judío.—Y los judíos son allí muy amados, porque las gentes del pueblo ⁶⁸—dicen que *hacen obra*—la mejor de las obras, la hermosa limosna. En ⁶⁹ y ⁷⁰ se piensa, costeano, al caer del día, la silenciosa avenida de las villas. Como nota álgida de una gama de colores, brillan, entre los resplandores rojizos del día recién muerto —las lámparas redondas que alumbran con tintes encarnados, colgadizos y atrios. Convida aquella calma,—semejante a la que se gozaría en un

⁶⁶ Hay dos palabras que parecen decir: “ni vencidos”.

⁶⁷ Palabra ininteligible.

⁶⁸ Varias palabras ininteligibles.

⁶⁹ Palabra ininteligible.

⁷⁰ Idem.

cementerio de ricos, cruzado de vez en cuando por vaporosa e inspiradora forma blanca,—a darnos dulces deleites de la mente,—al interior, profundo examen, que es la hora de preñez del pensamiento,—y si ese placer divino de ver surgir, de nuestro espíritu agitado, hijos animados, pensamientos brillantes y veloces, crecientes por su propio empuje, más rápidos en su propio movimiento,—como las ondas de los ríos,—como los movimientos de las ruedas. Pensar es desencadenar. Es sentarse a ver volar, como de entre senos de nubes, bandadas de pájaros.—Noble tarea—¡pensar!—

De súbito, atraído por la verde enramada, en este árido pueblo donde apenas, como esclavos macilentos, asoma sobre uno que otro musgo, un dátíl pálido,—o interrumpe el patio desierto un aplanado espino,—los ojos se entran por un portal de flores que lleva, por bajo florido cobertizo, al azul río. Matices venecianos iluminan, allá ⁷¹ la margen, la niña lánguida que arranca a la caja sonora palabras mejores que las palabras, más vastas y penetrantes y vibrantes que ellas,—y a la madre que lleva el cuerpo y alma vestidas de blanco,—y el padre venturoso, que goza del reposo de la casa, ese premio debido al que obra bien. ¡Oh! ¡cuántos tormentos han generado esa calma! ¡cuántos ríos amargos habrá braceado ese hombre antes de venir a la postre a descansar a la margen del río dulce!—Y se piensa en el viejo Tieppolo, y en el moderno Ziem, y en Tallien, en la condesa de Guiccioli, y en Lucrecia que ama, y en la veneciana que aroma, y en la góndola negra, ⁷² de amoríos, que va sobre el canal, como cisne dormido,—¡ataúd flotante dentro del que se escuchan bien ruidos de nido!—

Más abigarrada es la población, árida la tierra, parleras las negras holandesas, mezquinos los burrillos, viejas cuanto limpias—las apiñadas casas;—y no se halla entre tanta singular vida distinta, como en revuelto pozo adonde vinieran a parar en remolino turbio aguas diversas—ese aire propio altivo, que encadena atención e imprime gracia.—Centavos bastan, para la vida del día a la gente pobre, mal suenan como arpa discordada, los pianos a cuyo son se baila sin reposo,—y si al doblar una calle, viértese en ⁷³ un carro largo y negro, traído a rastras de mal grado por un misero y mal caballejo, y coronado en el pescante por ⁷⁴ cochero, sentado a par de un chicuelo haraposo y alegre, que viene del pueblo

⁷¹ Palabra ininteligible.

⁷² Idem.

⁷³ Idem.

⁷⁴ Idem.

silencioso como de gozosa gira,—si tras el menguadísimo atalaje, arreo indigno de cosa tan grandiosa como un muerto, asoma un caballero escueto, como si se hubiera tallado en una lanza un hombre, y coronado con empinada chimenea y puéstole en las manos bastón negro, que mueve gravemente a manera de pavo,—si tras él, a distancia larga, asoman dos ancianos, de faz para el severo trance pergeñada, enlevitados como cuáqueros, graves como dómynes, luengos como flechas, negros como hierro damasquino en los talleres de Eibar, y asoman luego en masas caprichosas, como colosales gotas de tinta, grupos de dolientes, dibujándose el negrísimo conjunto, sobre el suelo amarillo, liso, claro, como en una brillante acuarela de Heilbuth se dibuja un ⁷⁵ anticuario, vigoroso y coloreado como la vida, entre las ruinas y ⁷⁶ del despedazado Coliseo,—afligese el ánimo de ver cómo los hábitos de los pueblos,—y la escasez de ese supremo bien—fuente de goces y aureador de abismos, el sentido artístico—puede hacerse para los ⁷⁷ asunto de burla ⁷⁸ gorja—el místico trance y hora venturosa, grado de vida para el que ha obrado con valor y con honor—¡la muerte!

¡Oh, mas cómo se agita ya, para mí que vengo de la ahogante nieve,—el alma poderosa americana! ¡Cómo, a ruido de aroma, brilla por entre esas paredes amarillas, sólidas murallas viejas, casas echadas abajo por los temporales, portales coronados de los históricos hipogrifos neerlandeses—este espíritu férvido y amante,—que el amor, como en un cráter, hierve,—en que los fuegos de la pasión se apagan en las salinas lágrimas de la Verdad! ¡Aquí empieza ya la mujer a ser tierna,—el niño a ser brillante, a ser heroico y generoso el hombre! ¿Cuándo se prendió? ¡Qué buena, qué benévola, qué confiada, qué saludadora, qué servidora, qué blanda es la gente! Del no conocido fían, al extraño saludan y agasajan. Salen al encuentro los ⁷⁹ agradecer;—y cuando hallo al niño que perdimos ¡con qué júbilo salieron los buenos mulatos descalzos a darme la noticia! ¡Con qué desgarrador acento decían adiós aquellos niños ⁸⁰ al hermanito que dejaban! ¡Qué claras voces de despedida, llenas

⁷⁵ Palabra ininteligible.

⁷⁶ Idem.

⁷⁷ Idem.

⁷⁸ Varias palabras ininteligibles.

⁷⁹ Dos palabras ininteligibles.

⁸⁰ Palabra ininteligible.

de ese ⁸¹ alegre ⁸² poblaban el aire transparente!—;Cómo recogía un hombre del suelo,—como quien recoge un tesoro, una página de versos! ;Y así—dejando atrás el cuerpo libre, abrí el alma a la noche, sobre el buque alumbrado por la noche, hinchado ya el pulmón de aire de América.

UN VOYAGE Á VENEZUELA

*Les pays de l'Amérique du Sud.—Le voyage.—Une colonie hollandaise.—
Puerto Cabello.—La Guayra.—Caracas.—La ville, ses habitants et ses
singularités.—Le Carnaval.—La Semana Santa.—La Plaza Bolívar.—Ils
abandonnent la France, et se tournent vers les E. Unis*

⁸¹ Palabra ininteligible.

⁸² Idem.

Pendant que nous traversons, en peuple heureux, la terre mystérieuse, il y a tout près de nous des peuples naissants qui se font péniblement une voie dans l'histoire humaine, qui luttent bravement et obscurément pour s'ouvrir une route parmi les ruines dont leurs vieilles villes et leurs campagnes incultes sont encombrées. La Bible a dit la vérité: ce sont les fils qui payent pour les péchés des pères:—ce sont les Républiques de l'Amérique du Sud qui payent pour les péchés des espagnols.

Quand on voit ces beaux pays menacés comme ils le sont toujours, par des Nations avares; rongés par leurs haines domestiques; cherchant, avec des efforts désespérés, une manière de satisfaire son amour du luxe parmi ses indigènes qui craignent les blancs, ses aristocrates qui abhorrent les nègres, ses campagnards qui ne travaillent par la crainte de voir leurs champs ravagés par les Révolutions, ses hommes brillants avilis par le besoin de vendre aux triomphateurs heureux leurs talents et leur honneur;—quand on voit, malgré tout, grandir ces peuples, et aspirer à la vie, et demander, de sa belle langue espagnole, avec leur éloquence fougueuse et intarissable, leur place au Sénat des grands peuples,—on se sent ému par le sort de ces vaillants lutteurs, qui n'ont reçu de leurs pères que l'ignorance; les haines intestines, l'amour de l'oisiveté, et les préoccupations, mères fécondes de toute guerre permanente et de toute incurable misère.—Ces peuples ont une tête de géant et un cœur d'héros dans un corps de fourmi folle. Il faudrait les craindre, par l'abondance et la vigueur de leurs talents, quand ils seront développés:—quoi qu'ils se nourrissent d'idées si grandioses, si simples et si humaines, qu'il n'y aura raison de crainte: c'est précisément, parce qu'ils se sont confusement et isolément, dévoués à grandes idées du siècle prochain, qu'ils ne savent pas comment vivre dans ce siècle. Tout est là prématuré et précoce—les fruits comme les hommes.—Les idéals les plus généreux, les rêves les plus purs, remplissent chez eux leurs veilles d'étudiant, leurs jours d'homme mûr. Elevés comme des parisiens, ils étouffent dans leur pays: ils ne sauraient bien vivre qu'à Paris. Ils sont des plantes exotiques

dans leur propre sol: c'est un malheur. Il ne faut pas avoir mangé la salade noire des Spartiates pour admirer Leonidas. Quand le peuple où l'on est né, n'est pas au niveau de l'époque dans laquelle l'on vit;—il faut être à la fois l'homme de son époque et de son peuple; mais il faut être avant tout l'homme de son peuple.—

Il y a par bonheur, un balancement perpétuel dans la nature des peuples, comme dans celle des hommes. La force de la passion est contrepesée par la force de l'intérêt. Un appétit inassouvi de gloire mène les hommes au sacrifice et à la mort; mais un instinct inné les mène à l'épargne et à la vie. La nation qui néglige une de ces deux forces, —meurt.—Il faut les guider ensemble, comme les deux chevaux d'une voiture. Et voilà la raison des malheurs des pays sudaméricains: la force de la passion y a été jusqu'aujourd'hui plus grande que la force de l'intérêt. On néglige l'argent: on adore l'idée. Être riche—n'est qu'un objet secondaire. Être connu être glorieux est grand: voilà le but de leurs efforts. Ce qui prédit des jours meilleurs pour ces Républiques si sympathiques et dévouées, c'est que la force de l'intérêt commence à vouloir se niveller avec la force de la passion. Elle veut même la surpasser, ce qui serait utile, pendant une certaine durée, pour compenser par l'excès temporaire d'une force, ce qu'il y a eu d'excès permanent dans l'autre. Pour les hommes modernes, vivre, tout rude que la tâche de vivre soit-elle, est un devoir: on est marteau, on doit frapper l'enclume!— Mourir a été le devoir dans ces pays de l'Amérique du Sud. Dans la guerre de l'indépendance, au commencement du siècle, mourir pour être libres. Un besoin de liberté indéfinie possède et égare ces pays nouveaux; ils ne voient pas le bien-être public, cette grande force politique qu'on appelle le bien-être général, comme un moyen d'assurer la liberté; ils croient, en quoi ils se trompent, que la liberté seule peut assurer leur bien-être. Ce sont des aigles, qui ne tiennent pas dans des cages. Comme les oiseaux de leurs bois, ils veulent plutôt mourir que d'être esclaves. Ils ne veulent pas croire aux vertus efficaces de l'évolution progressive: pour eux, il n'y a de salut que la Révolution violente. Or ce sont de mauvais fondements pour un pays: les passions qui créent la guerre.

C'est d'une constitution politique qu'ils attendent le soulagement de leurs malheurs et le développement de la Nation, sans voir qu'ils ne seront assez forts pour avoir une constitution politique respectée et durable, que quand ils seront assez travailleurs et assez riches pour que l'intérêt général commande et préserve la formule des libertés qui doivent le garantir.

Nous prenons ces observations sur le champ; nous venons de cette terre qui a vu naître cet homme, qui fut aimé de Washington, Bolívar, moins heureux que lui, aussi grand que lui: nos chevaux, ont mangé l'herbe que mangèrent jadis les chevaux de ce héros formidable, dont les exploits éblouissent comme des éclairs, dont les soldats, sans autres vaisseaux que leur nerveux coursiers de guerre, se jetant à la mer, assiégèrent et prirent les vaisseaux espagnols; de cette terre venons nous où naquit le centaure intrépide, l'homme au dolman rouge, au large cœur, aux regards étincelants, qui mourut parmi nous il y a quelques années,— José Antonio Páez. Nous arrivons de Venezuela,—les yeux encore émerveillés de tant de chefs-d'oeuvre de la Nature; l'espoir naissant à la vue des efforts généreux que le pays fait pour remplir ses forêts, renouveler ses villes, accréditer ses ports, ouvrir au monde ses fleuves; et le cœur attristé des raisons historiques que feront subsister par quelque temps encore dans ces contrées si belles, les haines qui la rongent, la pauvreté qui l'affaiblit, le combat puéril et indigne entre une caste dédaigneuse et dominatrice qui s'oppose à l'avènement à la vie des classes inférieures, et ces classes inférieures qui souillent par des débordements de passions et d'appétits la source pure de leurs droits. La liberté n'est pas un drapeau à l'ombre duquel les vainqueurs dévorent les vaincus et les accablent de sa rancune infatigable:—la liberté est une folle robuste, qui a un père, le plus doux des pères—l'amour; est une mère, la plus riche des mères—la paix. Sans s'entr'aimer, sans s'entr'aider ils seront toujours un pays rachitique. Le bonheur est le prix de ceux qui fondent,—non de ceux qui se détruisent.

Le Venezuela vaut bien le voyage qu'il faut faire pour y arriver: il faut traverser pendant douze jours, sous un ciel toujours bleu, une mer toujours bleue. Ce sont à faire désirer l'orage,—ce ciel et cette mer implacablement beaux—Après avoir dit adieu à notre baie merveilleuse, on ne s'étonne pas de la grandeur de la mer, de ses bruits, de sa majesté, de sa beauté: on sort de New York. Là au milieu de l'Océan, c'est la mer vide: ici, au milieu de la ville, c'est la mer remplie d'hommes.

À l'aube du jour huitième, on ouvre les yeux devant une charmante petite ville; une possession hollandaise. Cette ville est comme certains grands hommes: il faut les voir de loin. Si on y débarque, l'illusion, comme une fleur trempée dans une atmosphère miasmatique, s'évanouit. Il n'y a que des rues sales, des maisons jaunes, des figures malades, des nègresses criardes, des nègres dévergondés: c'est comme une éternelle querelle de perroquets: on se maudit, on s'insulte, on se menace de se tuer, on leve les rames comme pour se tendre la tête,—mais si la rame

tombe, c'est sur la tête du candide qui vient calmer cet orage d'air. Les querelles des nègres de Curaçao;—voilà le nom de la ville,—sont comme des nuages grondantes, desquelles ne jaillirait jamais la foudre. La ville—pleine de créoles non chaulutés, d'hollandais qui représentent la Métropole, de juifs riches, de réfugiés politiques de Venezuela et de Colombia avec des moustaches noirs comme licorice et des yeux brillants comme la lame d'une épée,—est traversée par un bras de mer. Des petits bateaux,—qu'on appelle *ponchos*, une espèce de gondole, sans draperie et sans poésie, traversent, comme des mouches de mer, les eaux tranquilles:—quelque fois, c'est un moine qu'on y transporte;—d'autres fois,—un des potentats de la ville, tous habillés en lin blanc; et d'autres fois, c'est un petit âne, joli et patient. Le soir, au coucher du soleil, le sol sablonneux, les maisons jaunes, le ciel rouge, font l'impression d'un incendie qui s'éteint en silence. La nuit tombe solennellement sur cette ville triste: c'est comme un cimetière peuplé de vivants. Les gens de Curaçao—exclus les hollandais qui parlent la langue maternelle—parlent un espagnol affreux, et un dialecte mesquin, sans force et sans grace,—le *papiamento*—; c'est l'espagnol avec de terminaisons hollandaises: par *sufrimiento*,—*suffrimentol*; par *católicos*, *catholikanan*. Curaçao vit du sel que l'île produit et du contrebande avec le Venezuela. L'île est aride, comme une tête chauve. Les arbres, petits comme des arbres de Christmas, n'ont que des épines. Tout ce qu'on y mange, vient du dehors. Pour la viande, il n'y a que des moutons frêles et plaintifs, ce que fait le desespoir des Allemands, ces mangeurs de la viande crüe, qui sont à Curaçao en grand nombre, comme partout à l'Amérique; il y en a même qui rêvent à la conquête du Venezuela,—et c'est curieux de les entendre dire: "Ces pays doivent être à nous, parce que nous en avons besoin. Il n'y a que prendre la Guayra, prendre Puerto Cabello, prendre Maracaibo". Certes, et c'est ce que Mr. Bismarck apprend: "il n'y a que prendre." Mais on oublie qu'une bière vide attend les visiteurs: celle de Maximilien.

On laisse Curaçao; on arrive quelques heures après à Puerto Cabello, une petite ville, pauvre et à demi ruinée, qui fait tout le commerce de Valencia, la deuxième ville du pays, tout près du port. Mais il est animé, et plein de gens qui travaillent, ce petit Puerto Cabello, avec son jardin riant,—chargé de bananiers, de limoniers, d'orangers, de guanabanes, des fruits doux du tropic,—qui semble, entouré de sa grille de fer, comme une corbeille de fleurs qui marche à la rencontre des voyageurs.—On s'y promène; on voit les gens du pays, bruyants et heureux, en pantalon blanc et en chapeau de Panamá, on se rafraîchit copieusement, avec l'eau

de coco, qu'on boit dans sa noix même, où on la goûte mieux; on se plaint de la pauvreté de la ville, de l'inegalité des rues; de l'abandon excessif des gens pauvres; on achète une bouteille de rhum de Maracaibo,—un lieu de pêcheurs, connu par le courage de ses fils, fameux jadis par les exploits des filibustiers qui le firent leur victime,—mais dont le rhum blanc ne vaut pas le vieux rhum rouge de Jamaica; on se couche dans le bateau avec le soleil, et on se lève avec le matin devant la Guayra, le port de mer de Caracas, où le général *Miranda*, dont le nom glorieux est inscrit dans l'Arc de Triomphe de Paris, et qui servit bravement la Revolution et combatta au côté de Dumouriez, vécut longtemps en prison, coupable d'avoir été l'éveilleur de l'idée d'indépendance de l'Amérique du Sud: il fut un vrai grand homme, sérieux et puissant. La ville,—jetée irrégulièrement aux pieds d'une grande montagne; est accidentée, tortueuse, joyeuse, comme cabré sur elle même, jadis riche, et toujours capable de l'être. Vue de loin c'est comme une foule de chiens mignons couchés sous un ventre immense. Pendant les deux jours derniers du voyage, on n'a vu que des montagnes. Leurs pieds entrent dans la mer: leurs têtes percent les nuages. Regardées dès la mer, elles semblent comme une rangée de soldats colossaux, dignes concierges d'une terre si belle.

Pour aller à Caracas, le chef-lieu de la République, la Jerusalem des Sud-Américains, le berceau du continent libre: où Andres Bello, un Virgile, etudia, où Bolívar, un Jupiter, naquit, où se dressent à ia fois le myrthe des poètes et le laurier des guerriers, où on a pensé tout ce qui est grand et on a souffert tout ce qui est terrible: où la Liberté—;tant elle y a combattu!—s'enveloppe dans un manteau teint dans son sang,—il faut se jeter dans le sein de ces colosses, côtoyer des abîmes, chevaucher sur ses crêtes, se jucher sur des pics, saluer de près les nuages. Au commencement du chemin, à la Guayra en prenant la *diligencia*, la voiture où l'on fait le voyage, on voudrait se débarrasser de tous ses habits,—tant la chaleur est rude;—la moitié de la route, on cherche les habits du voisin, n'ayant pas assez des notres: le froid commence.—Et quelle belle route! C'est une course sur des précipices: on respire un air bon pendant le chemin—l'air savoureux du danger. Il ne faut pas regarder en bas: le vertige nous saisit. A présent avec une rapidité fiévreuse, qui tient des contes de fées, et qui honore l'intelligence et l'activité du pays, on construit un chemin de fer tortueux et hardi, qui percera, comme un jouet d'acier, ce tas de montagnes. Ce sera comme le manche d'un éventail chinois, sur le quel viendront se réunir les divers chemins de fer, déjà étudiés et

tracés qui s'étendront comme des flèches agües, brisant les forêts paresseuses, secouant les villes endormies, par toutes les contrées du pays.

Le Venezuela est un pays riche au dessus des bornes naturelles. Les montagnes ont veines d'or, et d'argent, et de fer. Le sol comme une jeune fille, s'éveille au moindre regard amant. La Société Agricole de France vient de publier un livre où l'on demontre qu'il n'y a sur la terre un país aussi bien douée pour y établir toute sorte de cultures. On peut y planter des pommes de terre et du tabac:—du thé, du cacao, et du café; le chêne s'élève au coté du palmier. On voit au même bouquet le jasmin de Malabar et la rose Malmaison, et dans la même corbeille la poire et le banane. Il y a tous les climats, toutes les hauteurs, toutes les espèces d'eau; des bords de mer, des bords de fleuve, des plaines, des montagnes; la zone froide, la zone tempérée, la zone torride. Les rivières sont grandes comme le Mississippi; le sol, fertile comme les hanches d'un volcán.

Cette terre est comme une mère endormie, qui a enfanté pendant le sommeil une quantité enorme d'enfants. Quand le laboureur l'éveillera; les fils sortiront du sein maternel, tout robustes et grands, et le monde sera frappé de l'abondance des fruits. Mais la mère dort encore, le sein inutilement plein! Le laboureur du pays, qui n'aime que la femme et la liberté, n'aspire à rien, et ne fait rien! il prend, comme les Hindous, les fruits mûrs qui penchent des arbres, et, comme un bohémien, il chante, il séduit, il combat, il meurt. Dans cette nature vierge, les hommes des champs ont encore des moeurs grandioses et fières.—C'est le dédain de la vie, l'amour du plaisir, le souvenir entraînant d'une vie antérieure de liberté féroce: ils sont poètes, centaures et musiciens. Ils racontent leurs exploits dans de longues tirades de vers, qu'on appelle *galerones*. Leurs danses ont une douce monotonie, celle du zéphir dans les branches des arbres,—toutes les suaves mélodies de la forêt, interrompues des cris terribles de l'ouragan. Leurs joies, comme leurs vengeances, sont orangeuses. Ils boivent l'eau dans la *tápara*, un large fruit, vide, à l'écorce dure. Ils s'asseyent, dans leurs cabanes, sur des crânes de chevaux. Leurs chevaux, sous leurs éperons, ont des ailes. Avec leur grace, ils charment les femmes: avec leur force, ils abattent les taureaux.

Le laboureur étranger tarde à y aller. Il préfère l'Amérique du Nord, où le travail est développé, la vie est tranquille, et la richesse probable. Au Venezuela, il y a des *isleños*, des natifs des Iles Canarias, une possession espagnole,—des hommes routiniers, aux vues étroites, à la main lourde, préoccupés et mesquins. Ils nourrissent des vaches et des biques, et en

vendent le lait. Ils cultivent le maïs.— Il y a tel et tel français, artisan de mérite, cuisinier, barbier, cordonnier, tailleur. Il y a des Allemands, qui ont l'art de bien vendre ce qu'ils font mal.—Il y a des Italiens qui commercent en fruits, jouent l'orgue, vivent en foule dans un appartement misérable, et cirent les bottes.—Voilà donc, des noces impossibles, entre une telle terre et de tels hommes.—Il faut une haleine de feu, pour éveiller cette grande endormie; il faut briser l'enchantement à coups de charrue: il faut lancer la ⁸³ par ces champs humides et fragants:—un tel huissier doit annoncer à la Nature inemployée la noble visite du travail humain.

Dans la ville une vie singulière à demi patriarcale, à demi parisienne, attend le voyageur. Les diners qu'on y serve, excepté quelques mets du pays: les chaises où l'on lit,—tout est européen. La haute littérature, la grande philosophie, les convulsions humaines, leur sont tout-à-fait familières. Dans leur intelligence, comme dans leur sol, la moindre semence qu'on y jette, fructifie abondamment. Ce sont comme des grands miroirs, qui grandissent l'image qu'ils reflètent: des vraies harpes éoliennes, sonores à tous les bruits. Seulement, on dédaigne l'étude des questions essentielles de la patrie;—on rêve des solutions étrangères pour des problèmes originaux;—on veut appliquer à des sentiments absolument "genuines", de formules politiques et économiques nées d'éléments tout différents. On y connaît à merveille l'intérieur de Victor Hugo, les bons mots de Phouhdon, les prouesses des Rougon Macquart et Nana. En République, une fois qu'ils ont imité les Etats Unis, ils veulent imiter Suisse; ils vont être gouvernés, dès le février prochain, par un Conseil Fédéral, nommé par les Etats. En littérature, ils vivent passionnés des espagnols et des français. Quoique personne ne parle les langues indiennes qu'on parle dans le pays, tout le monde traduit Gautier, admire Janin, connaît par coeur Chateaubriand, Quinet, Lamartine. Il résulte donc une inconformité absolue entre l'éducation de la classe dirigeante, et les besoins réels et urgents du peuple qui doit être dirigé. Les solutions compliquées et sophistiquées auxquelles on arrive dans les peuples anciens, nourris de vieux serpents, de haines féodales, d'impatiences justes et terribles;—les transactions d'une forme brillante, mais d'une base fragile, au moyen desquelles on prépare pour le siècle prochain le dénouement des problèmes épouvantables,—ne peuvent être les lois de la vie pour un pays constitué exceptionnellement, habité par des races originales, où le mélange même offre des caractères de singularité,—où l'on souffre par la résistance des

⁸³ Falta una palabra en el original.

classes laborieuses; comme on souffre à l'étranger par leur épanchement: où l'on souffre par la manque de population, comme l'on souffre à l'étranger par son excès.—Les solutions socialistes, nées des maux européens, n'ont rien à guerir dans la forêt de L'Amazonas, où l'on adore encore des divinités sauvages. C'est là qu'il faut étudier, dans le livre de la Nature, près de ces misérables cabanes.—Un pays agricole a besoin d'une éducation agricole.—L'étude exclusif de la Litterature crée dans les intelligences des éléments morboses, et peuple l'esprit d'entités fausses. Un peuple nouveau a besoin de passions saines: les amours maladifs, les idées conventionnelles, le monde abstract et imaginaire qui nait de l'abandon total de l'intelligence aux études litteraires, produisent une génération chétive et impure,—mal préparée pour le gouvernement fructifère des pays, passionnée des beautés, des désirs et des agitations d'un ordre personnel et poétique,— qui ne peut aider au développement serieux, constant et uniforme des forces pratiques d'un peuple.

Une autre maladie contribue a malverser les extraordinaires forces intellectuelles de la République. Chez ces hommes, il y a un besoin inné du luxe; c'est presque une condition physique, imposée par l'abondance de la Nature qui les entoure;—menés d'ailleurs, par le développement fiévreux de leur intelligence aux plus hautes sphères de l'appétit, la pauvreté devient pour eux une douleur amère et insupportable. Ils ne croient pas que la vie soit, comme elle est, l'art difficile de ramper une montagne;—mais l'art brillant de voler d'un seul essor du pied jusqu'au sommet. Le don de l'intelligence leur semble un droit à l'oisiveté: ils se donnent, donc, aux plaisirs coûteux du luxe intellectuel, au lieu de regarder vers la terre, y travailler acharnément, lui arracher ses secrets, exploiter ses merveilles, et accumuler leur fortune par l'épargne de chaque jour, comme par le gouttement de chaque jour se fait la stalactyte. Ils s'étendent sur la terre, en l'empêchant d'éclorre, et rêvent.—Mais l'amour vient, —l'amour d'une femme distinguée, l'amour sudaméricain, rapide comme la flamme, impératif et dominateur, exigeant et morboso.—Il faut se marier, ouvrir la maison avec éclat, habiller joliment les enfants, vivre à l'usage des gens riches, dépenser—en somme—beaucoup d'argent.—Où le gagner, dans un pays pauvre? Et on parle alors, et on écrit pour le Gouvernement qui paye, ou les Révolutions qui promettent: on se met sous les pieds des maîtres, qui haïssent les talents viriles, et se font un plaisir de briser les caractères, vaincre la vertu, brider l'intelligence. La classe intelligente et culte étant ainsi discréditée, et comme anéantie, par cette servitude honteuse, à tel point, qu'on regarde déjà, avec une certaine justice, d'un

oeil méfiant les hommes de lettres.—le Gouvernement est des forts et des audaces. Les chefs renommés s'entourent des lettrés en détresse. Ils les maintiennent, par son hardiesse et ses moyens de force, dans sa position de richesse fugace; les lettrés payent en donnant apparence et formule de légalité aux volontés du maître.—Et ¡quels héros cette terre a-t-elle produits!—En observant la vigueur avec laquelle leur courage vient d'être rappelé par un jeune homme doué d'un grand talent et d'une noble fierté, *Eduardo Blanco*, dans un livre qui brille comme une lame d'or: *Venezuela Heroica*, on dirait que puisqu'on comprend toujours les héros, on pourrait l'être encore.—Mais, si chez les hommes intelligents du Venezuela, assez nombreux et assez remarquables pour être traités en classe; on pourrait désirer un amour plus vif pour l'indépendance personnelle, et une application plus utile, plus directe, plus patriotique de leurs forces, il y a chez eux, comme chez tout le monde dans le pays, une condition qui séduit:—l'abondance du coeur. Ils donnent tout ce qu'ils ont et ils demandent encore plus pour vous le donner. On exige à l'étranger une honnêteté prouvée, et une vie vertueuse; mais on l'estime et on le récompense. La générosité touche à la prodigalité. Ils se font un plaisir de dépenser l'argent, et un honneur de le mépriser.—Le sourire est toujours aux lèvres des gens. On devient bientôt l'ami de tout le monde, ce qui est très agréable, parce que hommes et femmes causent admirablement. On s'intéresse à vos douleurs. On parle de vous. On sent qu'on n'est pas perdu dans le monde, comme une fourmi ou un papillon. On jouit ce doux plaisir.⁸⁴

et des meubles vénérables, hérités des ancêtres, où les fenêtres, presque au niveau du trottoir, sont pleines le soir des visages calmes et superbes, d'où les yeux, au lieu de regarder, commandent, dont les lèvres au lieu de parler, brûlent. Il y a, à Caracas, une fête curieuse, où l'on voit plus de jolies femmes qu'on ne pourrait en voir, dans une assemblée également nombreuse, dans un autre pays, fût il le nôtre: c'est le Carnaval.—Le Carnaval était jadis a Venezuela una fête abominable, occasion à tous les genres de saletés et de dangers. On jetait l'eau à tonneaux par les fenêtres sur les passants; les passants munis de toute sorte d'armes de défense, quelque fois trop comiques, vidaient des eaux parfumées sur les belles femmes qui ouvraient les fenêtres. Mais quelque fois c'était bien autre chose que parfum. Or la fierté native des hommes s'éveillaient terriblement,—et si on baisait la main de la femme qui nous trempait de

⁸⁴ Falta la continuación. Agregamos aquí otros fragmentos que parecen corresponder al mismo trabajo.

la tête aux pieds, on tuait quelques malheureux mal avisés qui n'ont pas le droit naturel qu'on accorde aux jolies femmes. Depuis quelques années—la fête a bien tourné: c'est un enivrement de joie aristocratique, un épanchement élégant, une fête des yeux. Imaginez vous une dizaine, une centaine, un millier de boîtes aux couleurs brisées au vent. Le soir est clair; le ciel, bleu; le soleil est doux; les maisons aux deux côtés de la grande rue Candelaria, où l'on célèbre le Carnaval, gorgées de femmes. Pas de costumes pas de masques affreuses, pas de contours cachés: c'est une fête à l'air libre. Les hommes, et quelques familles qui veulent jouir du combat, se promènent, ou sur les jolies chevaux du pays, ou dans des voitures pavillonées des trois couleurs nationales: le jaune, le rouge et le bleu, entre les deux rangées des fenêtres, où les jeunes filles entassés semblent des bouquets de fleurs. Les trottoirs sont pleins de promeneurs.—Sur les chapeaux a soie, et les habits noirs a tombé une pluie de poudre de riz. En passant par une fenêtre, une de vos amies vous jette a la figure une poignée de papier a couleurs,—vous otez votre chapeau a soie, qu'on apelle á Caracas *pum-pá*, pour imiter le bruit du canon auquel ce vilain chapeau est comparée et un torrent d'amidon se déborde sur vos cheveux noirs.—Quelque fois, quand la nuit vient et l'impunité est presque sure, ce sont des noix de ⁸⁵, de pommes de terre, de galettes chaudes, sont jettés d'une main violente sur les visages des passants.—Mais la vraie fête est dans le combat des fenêtres. Les chevaliers qui passent arrêtent soudainement leurs coursiers, jettent des fleurs, des bombons exquis, des bijoux de prix, des monnaies d'or, aux demoiselles qui ornent les fenêtres, et éperonnant leurs chevaux se couchent sur le cou de la bête, partent comme des flèches por échapper les nuages de projectiles qui tombent sur eux.—Leonidas aurait pu presenter une bataille sur ces dais volants de confitures, d'amandes sucrées, de gourmandises, de grains de café, de *carraotas negras*, les *black beans* du pays. Pendant les trois jours de cette promenade fantastique, on se fait des cadeaux riches; une somme considrable est depensée à l'an en cadeaux de famille par chaque maison de Caracas. Il n'importe rien que les champs ne soient cultivés par la crainte de la guerre; que le commerce soit mesquin par la rareté des fruits à exporter; que de la pauvreté générale vienne une malaise grave et sensible; que la machine nationale entière roule toute ambitieuse et somptueuse qu' elle est sur quelques pauvres campagnes qui exploitent le café; qu'il n'y ait de moyen certain de vivre que servir dans l'armée dans les bureaux et dans les chambres du Gouvernement; que le Gouvernement

⁸⁵ Palabra inintelligible.

même ne vit que merci aux contributions énormes qu'il fait payer aux pauvres gens qui travaillent, ou aux pauvres commerçants qui font venir des articles étrangers:—on ne vit pas moins à la façon parisienne; on ne dépense pas moins qu'on dépenserait à Paris pour vivre:—on déploie un luxe suprême, rehaussé par une elegance instinctive dans la parure des femmes.—

Il y a une semaine qui est à Caracas comme une exhibition de richesse: la *Semana Santa*. On y remarque des prodigalités folles. Tout le monde est dans la rue. Tous les travaux sont suspendus.—On se donne tout entier au plaisir de voir et d'être vu. C'est une exhibition de richesse, une vraie bataille entre les familles, un débordement de luxe. On se promène du matin au soir. Le Seigneur mourant est le pretexte: mais on ne pense qu'a bien chanter a l'Eglise, dont les choeurs sont formés des jeunes gens les plus remarquables de la ville;— à émerveiller les curieux, à vaincre ses rivaux.—Ce sont les jouissantes robes neuves trainant par les rues leurs queues grises, rouges ou bleues; où l'on demande aux hommes groupés á la porte des temples le prix de beauté, où les larves, qui vont devenir papillons, secouent les ailes, et avec des mouvements adorables de poupées animées, se promènent dans sa première robe de petite femme.—Comme paysage, il n'y a rien de si beau. Les robes, au couleur vif, au soleil du matin, semblent au loin des fleurs mouvantes, balancées par l'air aimable sur la longue rue. L'air, toujours humide et savoureux, est chargé des parfums du jour qui naît, de l'église qui s'ouvre, des femmes qui se promènent. Et les pieds des femmes sont si petits que tout une famille pourrait se tenir sur une de nos mains.—Ce ne sont pas de créatures humaines; mais de nuages qui sourient, des étoiles passagères,—de rêves qui marchent:—elles sont minces, et insaisissables et sveltes comme des rêves.— C'est une femme remarquable—la *caraqueña*. Le mari, pour satisfaire les besoins de la maison, ou son amour insatiable des beautés, peut mettre en gage sa dignité politique:—parce que de sa dignité personnelle ils sont dangereusement fiers: mais rien n'ébranle la vertu solide de la femme, une vertu naturelle, charmante, indolente,—élégante: une vertu qui s'inspire doucement, sans effarouchements de quakère, sans severité de nonne.—Ces femmes ont le don d'arreter les hommes hardis avec un sourire. On leur parle chez elles a fenêtre ouverte: on se sent ravi, et plein de force, et enivré d'un doux boisson:—on les retrouve dans les rues, au théâtre, à la promenade: elles nous saluent poliment, mais froidement. Votre pot a fleurs tombe par terre. Le beau Don Juan s'ennuyerait joliment a Caracas.—Il n'y a pas la Doña Inés

l'intelligence supérieure des femmes étant une sauvegarde aux séductions des amoureux : il n'y a pas là de couvents, quoique la petite grille de bois qu'on place à l'intérieur des fenêtres, qui laisse ⁸⁶ être, un, pourrait encore faire penser à eux.

Quoique presque toute le monde est catholique on pourrait dire que personne ne l'est : un peuple intelligent ne peut être fanatique. On défend quelque fois avec ardeur les préminences de l'Eglise, on y tient avec une tenacité qui pourrait faire croire à une foi solide : on remarque encore, au fond des *zaguan* des maisons, un grand corridor vide qui mène de la porte qui ouvre sur les corridors intérieurs, une image de Saint Joseph, ou de Saint Policarpe, ou de la Vierge, sous les manteaux sacrés desquels on abrite la maison :—on trouve même dans les chambres intérieures, les murs placardés de Coeurs de Marie, traversés d'épées, des Jesus agonisants, couronnés d'épines, des Saintes Rites, avocat des impossibles, de San Ramón Nonnato, le patron naturel des jeunes épouses, qui prient agenouillées devant leur saint favori pour le sauvement de leur premier fils,—cette fleur qui vient de s'ouvrir dans leur sein.—Il est charmant, le foyer caraquéne : tout est touchant, plein d'amour, d'esprit de femme, de joies honnêtes, de charmes tendres.—Il y a quelque chose d'aile de papillon et de rayon de soleil. C'est un plaisir y vivre. Ce n'est pas comme dans nos grandes villes—où la besogne étouffe l'homme et le ménage étouffe la femme.—C'est un joli coin d'herbe fraîche où un sein emu attend toujours la tête fatiguée du chef de la maison.—Oh ! la vie sans ces amours, qu'elle est vide, dangereuse, froide et brutale !

La ville—nous l'avons dit—est belle. On batit continuellement des maisons spacieuses, d'un seul étage, à la cour desquelles, entre des grands pots de fleurs rares, un jet d'eau s'élève et tombe sur un bassin élégant, comme à Sevilla. Des belles rivières, aux hauts bords tapissés d'une verdure odorante, serpentent entre les rues, prolongées partout par des ponts solides. Un beau théâtre et une belle église viennent d'être élevés. A propos de l'église il a un mot de Humboldt :—“quand reviendrez-vous ?”—lui demandait—on, à son départ de la ville : “quand cette église soit finie”, dit il en souriant.—Et vraiment, il n'a été que quatre-vingt dix ans après son départ qu'on fini l'oeuvre. Des branches chargées de fleurs caressent encore les murs ruinés de la maison où Humboldt vecut, —Humboldt, qui n'oublia jamais—“la culte, l'hospitalière, l'intelligente Caracas.”—On voit encore, dans une plaza dont les arbres, comme pris d'un feu subit, se couronnent l'été de grandes fleurs rouges, un horloge

de soleil construit par Humboldt.—Et quand, dans une des légères voitures qu'on trouve partout à la ville, on se promène par les alentours de Caracas, peuplés de cafétiers, semés sous l'ombre amie de rouges et hauts *bucare*, on voit encore un portail, au sommet du quel on lit, dans des lettres dessinées par la main du savant, le nom du charmant endroit, qui fut jadis un délicieux lieu de loisir :—Sans Souci.—La ville, cerclée de montagnes, est bâtie sur une vallée calme et sereine arrosée par une rivière large et tranquille, par le noble Guaire :—une rivière de Nymphes : il y a aussi une autre rivière, tortueuse et caudaleuse, bruyante et inquiète, la Catuche,—et une autre encore, paisable comme son nom, la douce Arauco, qui fait penser à une guirlande de fleurs. Dès le pont, bâti sur le Guaire, —une des promenades favorites des caraquénes,—on voit une plaine mélodieuse, pleine de bruits amiables, semée de plantes humbles, colorée de nuances tendres,—magnifiquement calme. Des palmiers, comme des sentinelles, se lèvent sur les champs de maïs. Des saules bordent la murmurante rivière.—Au loin, les montagnes, comme entourées d'un voile magique, changent, au puissante influence du soleil, leurs suaves couleurs : et elles deviennent tantôt rouges, tantôt jaunes, tantôt grises, tantôt bleues.—Les vaches mugissent, les chevreuilles sautillent, les pasteurs portent, dans des amphores de terre rougies au feu, le lait écumée à la cabane lointaine,—une voiture nous éveille pour nous rappeler que nous sommes à la ville,—un grand charme—celui d'avoir ci près la ville qui ronge la vie, et la campagne qui la répare.—C'est bon,—dans le crépuscule mystérieux, vider l'âme fatiguée dans l'âme universelle.

Il y a une promenade qui tient du merveilleux : c'est le *Calvario*.—C'est une colline, jadis aride, malade et jaunâtre, dont la verdure fragrante tombe aujourd'hui sur ces flancs pittoresques, comme une riche draperie, aux plis colossales, semés par ci et par là de notes vives et criardes :—les roses. En montant, par une pente douce, on trouve des jardins, des bosquettes *piazetta*, des ruisseaux, des masses touffues, des *cascadas* sonnantes, des bananiers chargés de fruits, des bambous, sonores comme des harpes. C'est un mélange artistique dont la condition meilleure, est qu'on voit à peine la main de l'art, on a fait un jardin américain dans un jardin américain. On a mêlé le bois à un jardin. Peu de rues ; beaucoup d'arbres :—par de voies droites. Dès le sommet, couronné par une statue, on voit la ville, comme un damier ; le *Capitolio*, qui s'ouvre les jours de fête nationale au public, qui va revoir là, dans les portraits pendus au mur, les visages des héros qu'il aime ; le *Palacio Federal*, qui renferme deux halles rectangulaires, l'une pour les Deputés, présidés par

⁸⁶ Palabra inintelligible.

un portrait de Bolívar, qui arracha l'Amérique du Sud aux Espagnols: l'autre pour les Senateurs, dont le fauteuil du Président est surmonté par un tableau historique, représentant les hommes gigantesques, qui signèrent, le 1 juillet de 1811, dans la chapelle de l'église de San Francisco, l'acte d'indépendance d'Espagne. On voit la *Casa Amarilla*, residence officielle du Président de la République, en face de la Plaza Bolívar, extrêmement jolie, au milieu de laquelle s'élève, sur un pedestal de granit, le monument équestre de cet héros admirable, chez qui tous les dons qui font la grandeur humaine furent réunis au plus haut degré.—En face de la Casa Amarilla, de l'autre côté de la Plaza, une vieille Eglise, élève la tour carrée, couronnée d'une pauvre statuette; c'est la Cathédrale aux grandes neufs sombres. En face du *Palacio Federal*, l'Université dresse ses tourelles gothiques. Au loin, le Panthéon, une autre église où reposent dans un monument de marbre qui honore l'art italien, les cendres de Bolívar, —s'étend aux pieds d'une grande montagne, digne sépulture d'un si grand mort. En recueillant les regards pour admirer la lune, qui brille au ciel, comme contente d'illuminer sa ville favorite, on tombe sur un grand tas de pierre, qui resplendit comme la surface d'un lac,—c'est le Gran Théâtre.—Et on laisse l'endroit charmant, vigorisé par le spectacle d'une telle beauté, et la respiration de l'air limpide et pur. En descendant, on pense aux guerriers indiens qui dans ce même lieu luttèrent, corps à corps, nus et armés d'une macane, contre les guerriers espagnols, habillés en fer, et armés d'épée, et de dague et de mousquette:—et aux femmes pieuses on pense aussi qui, par ces flancs aujourd'hui ⁸⁷, montèrent, marchant sur le genou, un cire à la main, jusqu'au sommet de la colline, pour remercier Dieu d'avoir sauvé de la guerre, de la maladie, leurs maris ou leurs enfants.

Telle est la ville:—tel est le pays: dans la nature une étonnante beauté, des spectacles qui commandent les genoux de fléchir, l'âme d'adorer dans les coeurs des gens, toute sorte de noblesses, dans les intelligences, des pouvoirs exceptionnels, ⁸⁸, une manque absolue d'application aux besoins réels de la vie, parmi les classes élevés,—parmi les classes inférieures, une inertie pénible, qui vient d'une manque d'aspiration totale: là, pour les gens pauvres, vivre c'est vivre indépendantes, travailler jusqu'on a gagné pour acheter *l'arepa*, le pain de maïs, et aimer,—dans le mouvement agricole, la peur de la guerre intérieure, et des abus des partis triomphants, dans le mouvement artistique et industriel, une honorable

impatience, suffoquée par les mauvaises lois canoniques qu'étouffent les entreprises; dans les indiens, le dédain de la ville et de ses hommes, et l'amour sauvage,—un amour ⁸⁹ à coquille,—de son coin de bois et sa cabane misérable;—dans le laboureur blanc, ⁹⁰, la nonchalance créole, et cette fierté primitive, ce mépris au travail, et cette passion du combat, qui distinguent les peuples naissants. Dans la ville, Paris; dans la campagne, la Perse. On sait tout à la ville, et on parle admirablement de tout: l'imagination est là une fée domestique: la Poesie arrose de fleurs les berceau de nouveaux nés; la Beauté embrasse aux lèvres les femmes du pays. Mais les hommes n'ont pas assez d'indépendance personnelle et assez de connaissance des besoins vrais de sa patrie pour en faire un pays riche, heureux et fort. Une foule d'apôtres travaillent dans le silence pour l'amélioration du pays; un besoin de science utile commence à remplacer l'excesif pouvoir poétique. Il faut attendre, et saluer les bons lutteurs, qui construisent leur premier chemin de fer, étudient nos moeurs, répandent à mains pleines l'instruction publique, et appellent d'une voix loyale les richesses étrangères qui doivent faire fructifier les richesses naturelles.—On doit tout attendre d'un peuple où la femme est vertueuse, et l'homme est honnête.—S'ils vacillent, ce n'est ⁹¹

Traducción

UN VIAJE A VENEZUELA

Los países de la América del Sur.—El viaje.—Una colonia holandesa.—Puerto Cabello.—La Guaira.—Caracas.—La ciudad, sus habitantes y sus particularidades.—El Carnaval.—La Semana Santa.—La Plaza Bolívar.—Ellos abandonan a Francia y se vuelven hacia los Estados Unidos

Mientras atravesábamos, como pueblo feliz, la tierra misteriosa, hay muy cerca de nosotros pueblos nacientes que se trazan penosamente una vía en la historia humana, que luchan valiente y oscuramente para abrirse un camino entre las ruinas que obstruyen a sus viejas ciudades y a sus incultas campiñas.—La Biblia dijo la verdad: son los hijos quienes pagan los pecados de los padres:—son las Repúblicas de la América del Sur las que pagan los pecados de los españoles.

⁸⁹ Palabra ininteligible.

⁹⁰ Iden.

⁹¹ Falta la continuación de este borrador.

⁸⁷ Palabra ininteligible.

⁸⁸ Varias palabras ininteligibles.

Cuando se ven a tantos hermosos países amenazados, como lo están siempre, por naciones avaras, roídos por sus odios domésticos, buscando, con esfuerzos desesperados, un modo de satisfacer su amor al lujo, entre sus indígenas que temen a los blancos, sus aristócratas que aborrecen a los negros, sus aldeanos que no trabajan por miedo de ver sus campos arrasados por las revoluciones, sus hombres brillantes envilecidos por la necesidad de vender a los afortunados triunfadores su talento y su honor;—cuando se ve, a pesar de todo, crecer a esos pueblos, y aspirar a la vida, y pedir en su hermoso idioma español, con su fogosa e inagotable elocuencia, su puesto en el concierto de los grandes pueblos,—se siente uno conmovido por la suerte de esos valientes luchadores que no han recibido de sus padres más que la ignorancia, los odios intestinos, el amor a la holganza, y las preocupaciones, madres fecundas de toda guerra permanente y de toda incurable miseria.—Esos pueblos tienen una cabeza de gigante y un corazón de héroes en un cuerpo de hormiga loca. Habrá que temerles, por la abundancia y el vigor de sus talentos, cuando se hayan desarrollado, aunque se nutren de ideas tan grandiosas, tan sencillas y tan humanas que no habrá motivo de temor: es precisamente porque se han consagrado, confusa y aisladamente, a las grandes ideas del próximo siglo, que no saben cómo vivir en el presente. Todo en ellos es prematuro y precoz—tanto los frutos como los hombres.—Los ideales más generosos, los sueños más puros ocupan en ellos sus largas noches de estudiante, sus días de hombre maduro. Criados como parisienses, se ahogan en su país: no sabrían vivir bien más que en París. Son plantas exóticas en su propio suelo: lo cual es una desgracia. No es preciso haber comido la ensalada negra de los espartanos para admirar a Leónidas. Cuando el pueblo en que se ha nacido no está al nivel de la época en que vive, es preciso ser a la vez el hombre de su época y el de su pueblo, pero hay que ser ante todo el hombre de su pueblo.

Hay por suerte un equilibrio perpetuo tanto en la naturaleza de los pueblos como en la de los hombres. La fuerza de la pasión está contrapesada por la fuerza del interés. Un apetito insaciable de gloria lleva a los hombres al sacrificio y a la muerte, pero un instinto innato los lleva al ahorro y a la vida. La nación que descuida una de esas fuerzas, muere. Hay que guiarlas juntas, cual la pareja de caballos de un carruaje. Y ésa es la razón de las desgracias de los países sudamericanos: la fuerza de la pasión ha sido allí hasta hoy más grande que la fuerza del interés. Se desprecia el dinero: se adora a la idea. Ser rico no es allí sino algo secundario. Ser conocido, ser glorioso, es grande: ése es el objetivo de

sus esfuerzos. Lo que presagia días mejores para esas Repúblicas tan simpáticas y abnegadas, es que la fuerza del interés empieza a querer nivelarse con la fuerza de la pasión, y hasta quiere sobrepujarla, lo cual sería útil durante algún tiempo, para compensar por el exceso temporal de una fuerza, lo que ha habido de exceso permanente en la otra. Para los hombres modernos, vivir, por muy ruda que sea la obra de vivir, es un deber: se es martillo y hay que golpear el yunque. Morir ha sido el deber en esos países de la América del Sur. En la guerra de Independencia, a principios del siglo, morir para ser independientes; después de su victoria sobre los españoles, morir para ser libres. Una indefinida necesidad de libertad domina y engaña a esos países nuevos, que no ven el bienestar público, esa gran fuerza política, que se llama el bienestar general, como un medio de asegurar la libertad, sino creen—en lo cual se equivocan—que sólo puede asegurarles su bienestar.—Son águilas que no caben ya en jaulas. Al igual que las aves de su selva, prefieren morir a ser esclavos. No quieren creer en las virtudes eficaces de la evolución progresiva: para ellos, no hay más salvación que la revolución violenta. Pero para un país son malos cimientos las pasiones que la guerra crea.

Por medio de una constitución política esperan aliviar sus desgracias y obtener el desarrollo de la Nación, sin ver que no serán bastante fuertes para tener una constitución política respetada y duradera sino cuando sean bastante trabajadores y bastante ricos para que el interés general ordene y preserve la fórmula de las libertades que hayan de garantizarla.

Hemos tomado estos informes en el propio terreno; venimos de esa tierra que vio nacer a Bolívar, aquel hombre a quien Washington amó, y que fue menos feliz que él, pero tan grande como él: nuestros caballos han pastado la yerba que ya antes habían comido los caballos de aquel formidable héroe, cuyas proezas deslumbran como relámpagos, cuyos soldados sin más naves que sus inquietos corceles de guerra, lanzáronse al mar, sitiaron y apresaron a los barcos españoles: venimos de esa tierra en que nació el intrépido centauro, el hombre de la casaca roja, de ancho corazón, de mirada centelleante, que murió entre nosotros hace algunos años,—José Antonio Páez. Llegamos de Venezuela, aún maravillada la vista ante tantas obras maestras de la Naturaleza, esperanzados de nuevo al ver los generosos esfuerzos que hace el país para repoblar sus bosques, renovar sus ciudades, acreditar sus puertos y abrir sus ríos al mundo; —y con el corazón entristecido por las razones históricas que harán subsistir por algún tiempo aún, en esa tan hermosa región, los odios que la roen, la pobreza que la debilita, la lucha pueril e indigna entre una

casta desdeñosa y dominadora que se opone al advenimiento a la vida de las clases inferiores,—y esas clases inferiores que enturbian con sus excesos de pasiones y de apetitos la fuente pura de sus derechos. La libertad no es una bandera a cuya sombra los vencedores devoran a los vencidos y los abruman con su incansable rencor: la libertad es una loca robusta que tiene un padre, el más dulce de los padres—el amor, y una madre, la más rica de las madres—la paz. Sin mutuo amor, sin mutua ayuda, siempre será un país raquítico. La dicha es el premio de los que crean, —y no de los que se destruyen.

Venezuela vale bien el viaje que hay que hacer para llegar a ella, tras una travesía de doce días, bajo un cielo siempre azul y sobre un mar siempre azul, cielo y mar implacablemente bellos que son capaces de hacer desear la borrasca. Después de habernos despedido de nuestra maravillosa bahía, no se extraña la grandeza del mar, ni sus ruidos, ni su majestad, ni su belleza: se sale de Nueva York. Allí, en medio del Océano, está el mar vacío: aquí, en medio de la ciudad está el mar lleno de hombres.

Al amanecer del octavo día se abren los ojos ante una preciosa y pequeña ciudad: una posesión holandesa. Esa ciudad es como algunos grandes hombres: hay que verlos de lejos. Si se desembarca en ella, la ilusión, cual si fuera una flor sumergida en una atmósfera miasmática, se desvanece. No hay en ella más que calles sucias, casas amarillas, caras enfermizas, negras gritonas y negros desvergonzados: algo así como una eterna disputa entre loros y cotorras: se maldice, se insulta, se amenaza con matar, se alzan los remos como para partir la cabeza,—pero si cae el remo, es sobre la cabeza del cándido que se atreve a calmar esa tormenta de viento. Las riñas de los negros de Curazao—tal es el nombre de la ciudad—son como nubes tronadoras de las que jamás se desprendería el rayo. La ciudad, llena de criollas perezosas, de holandeses que representan a la metrópoli, de judíos ricos, de refugiados políticos de Venezuela y de Colombia, con bigotes negros como azabache y ojos brillantes como el filo de una espada, está atravesada por un brazo de mar. Pequeños barcos nombrados *ponchos*, una especie de góndola sin adorno ni poesía, surcan, cual si fueran moscas marinas, las tranquilas aguas: a veces transportan a un monje; otras veces, a uno de los potentados de la ciudad, vestidos de dril blanco; y otras, a un burrito gracioso y sufrido. Por la tarde, a la puesta del sol, el piso arenoso, las casas amarillas, el cielo rojizo, producen la impresión de un incendio que se apaga silenciosamente. La noche cae solemnemente sobre esa triste ciudad: es como un cementerio poblado de seres vivientes. Las gentes de Curazao—aparte de

los holandeses, que hablan su idioma materno,—hablan un español horrible y un dialecto mezquino, sin fuerza ni gracia, el *papiamento*—que es el español con terminaciones holandesas: así, de *sufrimiento* hacen *suffri-mentol*, de *católicos*, *catholikanan*. Curazao vive de la sal que produce la isla y del contrabando con Venezuela. La isla es árida cual una cabeza calva. Los árboles, pequeños como los de Navidad, no tienen más que espinas. Todo cuanto allí se come viene de fuera. Como carne, sólo hay carneros débiles y lastimeros, lo que desespera a los alemanes, esos grandes comedores de carne cruda, que abundan en Curazao, y en toda la América, y entre los cuales hasta los hay que sueñan con la conquista de Venezuela,—y es curioso el oírles decir: “Estos países deben de ser nuestros, porque los necesitamos. No hay más que tomar a la Guaira, a Puerto Cabello, a Maracaibo.” Ciertamente sí, y eso es lo que Mr. Bismarck enseña: “no hay más que tomar”. Pero se olvidan de que un sarcófago vacío espera a los visitantes: el de Maximiliano.

Se deja a Curazao, y a las pocas horas se llega a Puerto Cabello, pequeña ciudad pobre y casi arruinada, que hace todo el comercio de Valencia, la segunda ciudad del país, y muy cercana al puerto. Pero es animado, y está lleno de gentes trabajadoras, ese pequeño Puerto Cabello, con su alegre jardín cargado de platanales, de limoneros, de naranjos, de guanábanas, de frutas dulces del trópico, y que, rodeado de su reja de hierro, parece como una cesta de flores que va en busca de los forasteros. Paseando por él, se tropieza con las gentes del país, gritones y felices, con pantalones blancos y sombreros de Panamá; se refresca uno copiosamente con agua de coco tomada en su propia nuez, donde sabe mejor; causa pena la pobreza de la ciudad, la desigualdad de las calles, el abandono de los pobres pobladores; se compra una botella de ron de Maracaibo—una isla de pescadores conocida por el valor de sus hijos, famosos en otros tiempos por las hazañas de que los hicieron víctimas los filibusteros,—pero cuyo ron blanco no vale lo que el viejo ron rojo de Jamaica; se acuesta uno en el barco al atardecer, y se levanta al amanecer ante la Guaira, el puerto de mar de Caracas, donde el general Miranda, cuyo glorioso nombre está inscrito en el Arco de Triunfo de París y que sirvió valientemente a la Revolución y peleó junto a Dumouriez, vivió mucho tiempo encarcelado como culpable de haber sido el predicador de la idea de independencia de la América del Sur: fue realmente un gran hombre, serio y poderoso. La ciudad, construida irregularmente a los pies de una gran montaña, es accidentada, tortuosa, alegre, como replegada en sí misma, antiguamente rica, y capaz de seguir

siéndolo. Vista de lejos, es como una multitud de bonitos cachorros de perros echados bajo un inmenso vientre. Durante los dos últimos días del viaje, no se ha visto más que montañas. Sus pies entran en el mar: sus cabezas traspasan las nubes. Miradas desde el mar, parecen como una hilera de colosales soldados, dignos porteros de una tan hermosa tierra.

Para ir a Caracas, la capital de la República, la Jerusalén de los sudamericanos, la cuna del continente libre, donde Andrés Bello, un Virgilio, estudió, donde Bolívar, un Júpiter, nació,—donde crecen a la vez el mirto de los poetas y el laurel de los guerreros, donde se ha pensado todo lo que es grande y se ha sufrido todo lo que es terrible; donde la Libertad—de tanto haber luchado allí, se envuelve en un manto teñido en su propia sangre,—hay que penetrar en el seno de esos colosales, costear abismos, cabalgar sobre sus crestas, trepar a los picos, saludar de cerca a las nubes. Al principio del camino, en la Guaira, al tomar la *diligencia*, el vehículo en que se hace el viaje, quisiera uno despojarse de todos sus trajes,—tan rudo es el calor; y a mitad del trayecto buscamos los del vecino por no bastarnos con los nuestros: el frío comienza. ¡Y qué hermosa carretera! Es una pista sobre precipicios: se respira un aire bueno durante el trayecto—el sabroso aire del peligro. No hay más que mirar hacia abajo: el vértigo se apodera de nosotros. Ahora, con una rapidez febril propia de los cuentos de hadas, y que honra a la inteligencia y a la actividad del país, se está construyendo un ferrocarril tortuoso y audaz, que taladrará cual un juguete de acero esa mole de montañas. Será algo así como el mango de un abanico chino, sobre el cual vendrán a reunirse los diversos ferrocarriles, ya estudiados y trazados, que se extenderán como flechas agudas, desmontando a las perezosas selvas, sacudiendo a las ciudades dormidas, por todas las regiones del país.

Venezuela es un país rico más allá de los límites naturales. Las montañas tienen vetas de oro, y de plata, y de hierro. La tierra, cual si fuera una doncella, despierta a la menor mirada de amor. La Sociedad Agrícola de Francia acaba de publicar un libro en el que se demuestra que no hay en la tierra un país tan bien dotado para establecer en él toda clase de cultivos. Se pueden allí sembrar patatas y tabaco:—té, cacao, y café; la encina crece junto a la palmera. Hasta se ve en la misma pucha el jazmín del Malabar y la rosa Malmaison, y en la misma cesta la pera y el banano. Hay todos los climas, todas las alturas, todas las especies de agua; orillas de mar, orillas de río, llanuras, montañas; la zona fría, la zona templada, la zona tórrida. Los ríos son grandes como el Mississippi; el suelo, fértil como las laderas de un volcán.

Esa tierra es como una madre adormecida que ha dado a luz durante el sueño una cantidad enorme de hijos. Cuando el labrador la despierte, los hijos saldrán del seno materno robustos y crecidos, y el mundo se asombrará de la abundancia de los frutos. ¡Pero la madre duerme aún, con el seno inútilmente lleno! El labrador del país, que sólo ama a la mujer y a la libertad, no aspira a nada, y no hace nada, coge, al igual que los hindúes, las frutas maduras que cuelgan de los árboles, y, cual un gitano, canta, seduce, pelea, muere. En esa naturaleza virgen, los hombres de los campos tienen todavía costumbres grandiosas y audaces. Es el desprecio a la vida, el amor al placer, el recuerdo atrayente de una vida anterior de libertad feroz: son poetas, centauros y músicos. Relatan sus proezas en largos trozos de versos que se llaman *galerones*. Sus bailes tienen una dulce monotonía, la del céfiro en las ramas de los árboles, todas las suaves melodías de la selva interrumpidas por terribles gritos del huracán. Sus goces, como sus venganzas, son tormentosos. Beben agua en la *tápara*, una ancha fruta vacía de corteza dura. Se sientan en sus chozas sobre cráneos de caballos. Sus caballos, bajo sus espuelas, tienen alas. Con su garbo deleitan a las mujeres; con su fuerza derriban a los toros.

El labrador extranjero tarda en ir allá. Prefiere la América del Norte, donde está desarrollado el trabajo, la vida es tranquila y la riqueza es probable. En Venezuela, hay *isleños*, nativos de las Islas Canarias, una posesión española, hombres rutinarios, de poco alcance mental, de mano pesada, preocupados y mezquinos. Crían vacas y cabras, y venden su leche. Cultivan el maíz. Hay alguno que otro francés, artesano de mérito, cocinero, barbero, zapatero, sastre. Hay alemanes, que tienen el arte de vender bien lo que laboran mal. Hay italianos que comercian con frutas, tocan el órgano, viven hacinados en un miserable apartamento y limpian zapatos. Es, pues, imposible la unión entre esa tierra y esos hombres. Se necesita un hálito de fuego para despertar a esa gran durmiente: hay que romper el encantamiento a fuerza de arado: hay que lanzarla por esos campos húmedos y fragantes: semejante ujier debe anunciar a la naturaleza inempleada la noble visita del trabajo humano.

En la ciudad, una vida rara semipatriarcal, semiparisiense, espera a los forasteros. Las comidas que en ella se sirven, exceptuando algunos platos del país, las sillas para sentarse, los trajes que se usan, los libros que se leen, todo es europeo. La alta literatura, la gran filosofía, las convulsiones humanas, les son del todo familiares. En su inteligencia como

en su suelo, cualquier semilla que se riegue fructifica abundantemente. Son como grandes espejos que reflejan la imagen aumentándola: verdaderas arpas eolias, sonoras a todos los ruidos. Sólo que se desdeña el estudio de las cuestiones esenciales de la patria;—se sueña con soluciones extranjeras para problemas originales;—se quiere aplicar sentimientos absolutamente genuinos, fórmulas políticas y económicas nacidas de elementos completamente diferentes. Allí se conocen admirablemente las interioridades de Víctor Hugo, los chistes de Proudhon, las hazañas de los Rougon Macquart y *Naná*. En materia de República, después que imitaron a los Estados Unidos, quieren imitar a Suiza: van a ser gobernados desde febrero próximo por un Consejo Federal nombrado por los Estados. En literatura, tienen delirio por los españoles y los franceses. Aunque nadie habla la lengua india del país, todo el mundo traduce a Gautier, admira a Janin, conoce de memoria a Chateaubriand, a Quinet, a Lamartine. Resulta, pues, una inconformidad absoluta entre la educación de la clase dirigente y las necesidades reales y urgentes del pueblo que ha de ser dirigido. Las soluciones complicadas y sofisticadas a que se llega en los pueblos antiguos, nutridos de viejas serpientes, de odios feudales, de impacencias justas y terribles; las transacciones de una forma brillante, pero de una base frágil, por medio de las cuales se prepara para el siglo próximo el desenlace de problemas espantosos,—no pueden ser las leyes de la vida para un país constituido excepcionalmente, habitado por razas originales cuya propia mezcla ofrece caracteres de singularidad,—donde se sufre por la resistencia de las clases laboriosas, como se sufre en el extranjero por su esparcimiento: donde se sufre por la falta de población, como se sufre en el extranjero, por su exceso.—Las soluciones socialistas, nacidas de los males europeos, no tienen nada que curar en la selva del Amazonas, donde se adora todavía a las divinidades salvajes. Es allí donde hay que estudiar, en el libro de la naturaleza, junto a esas miserables chozas. Un país agrícola necesita una educación agrícola. El estudio exclusivo de la Literatura crea en las inteligencias elementos morbosos, y puebla la mente de entidades falsas. Un pueblo nuevo necesita pasiones sanas: los amores enfermizos, las ideas convencionales, el mundo abstracto e imaginario que nace del abandono total de la inteligencia por los estudios literarios, producen una generación enclenque e impura,—mal preparada para el gobierno fructífero del país, apasionada por las bellezas, por los deseos y las agitaciones de un orden personal y poético,—que no puede ayudar al desarrollo serio, constante y uniforme de las fuerzas prácticas de un pueblo.—

Otro mal contribuye a malversar las extraordinarias fuerzas intelectuales de la República. En los hombres hay una necesidad innata de lujo: es casi una condición física, impuesta por la abundancia de la naturaleza que los rodea;—llevados, además, por el desarrollo febril de su inteligencia, a las más altas esferas de apetencia, la pobreza resulta para ellos un dolor amargo e insoportable. No creen que la vida sea, como es, el arte difícil de escalar una montaña, sino el arte brillante de volar, de un solo impulso, desde la base hasta la cima. El don de la inteligencia les parece un derecho a la holgazanería: se entregan, pues, a los placeres costosos del lujo intelectual, en lugar de mirar a la tierra, trabajarla afanosamente, arrancarle sus secretos, explotar sus maravillas, y acumular su fortuna por medio del ahorro diario, al igual que como por el constante goteo se forma la estalactita. Se tienden sobre la tierra, impidiéndole abrirse, y sueñan. Pero viene el amor, el amor de una mujer distinguida, el amor sudamericano, rápido como la llama, imperativo y dominador, exigente y morbosos. Hay que casarse, poner casa lujosa, vestir bien a los hijos, vivir al uso de las gentes ricas, gastar, en resumen, mucho dinero. ¿Dónde ganarlo en un país pobre? Y se habla entonces, y se escribe, para el Gobierno que paga, o para las revoluciones que prometen; se ponen a los pies de los amos, que odian a los talentos viriles y gozan destruyendo los caracteres, venciendo a la virtud, refrenando a la inteligencia. La clase intelectual y culta está así desacreditada y como aniquilada por ese servilismo vergonzoso, a tal extremo que se mira ya con justificada desconfianza a los literatos,—el Gobierno es de los fuertes y de los audaces. Los jefes de renombre se rodean de los literatos en desgracia. Los mantienen, por su audacia y sus medios de fuerza, en su posición de riqueza fugaz: los literatos les pagan dando apariencia y forma de legalidad a las voluntades del amo. Y ¡qué héroes ha producido esa tierra! Al observar el vigor con que su valentía acaba de ser recordada por un joven dotado de gran talento, Eduardo Blanco, en un libro que brilla como una lámina de oro, *Venezuela Heroica*, diríase que puesto que se comprende siempre a los héroes, se podría serlo también. Pero, si los hombres inteligentes de Venezuela, bastante numerosos y notables para ser tratados como clase, pudieran desear un amor más vivo por la independencia personal, y una aplicación más útil, más directa, más patriótica de sus fuerzas, hay en ellos, como en toda la gente del país, una condición que seduce: la grandeza de corazón. Dan todo cuanto tienen y piden aún más para dárselo al prójimo. Se exige al extranjero una honradez probada y una vida virtuosa: pero se le estima y se le recom-

pensa. La generosidad llega casi a la prodigalidad. Gozan gastando dinero y se honran despreciándolo. Siempre tienen la sonrisa en los labios. Pronto se hace uno amigo de todo el mundo, lo cual es muy agradable, porque hombres y mujeres charlan admirablemente. Se interesan por nuestras penas, le hablan a uno de sí mismo. Se tiene la sensación de no estar perdido en el mundo como una hormiga o una mariposa. Se goza del dulce placer...⁹²

y de muebles venerables, herencia de familia, donde las ventanas, casi a nivel de la acera, están llenas, por la noche, de rostros tranquilos y soberbios, donde los ojos en vez de mirar, mandan, donde los labios en vez de hablar, quemán. Hay una fiesta curiosa en Caracas donde se ven más mujeres bonitas de las que se pudiesen ver, en otra reunión igualmente numerosa, en cualquier otro país, aunque fuese el nuestro: es el Carnaval.—El Carnaval era antes en Venezuela una fiesta abominable, motivo de toda clase de groserías y peligros. Se echaba agua a barriles por las ventanas sobre los transeúntes; los transeúntes, provistos de toda clase de armas defensivas, algunas veces muy cómicas, vaciaban aguas perfumadas sobre las bellas mujeres que abrían las ventanas. Pero algunas veces era cosa bien distinta al perfume. Otras veces, la fiera nativa de los hombres se despertaba con furor, y si bien se besaba la mano de la mujer que nos mojaba de la cabeza a los pies, también se mataba a algunos desgraciados mal aconsejados que no gozan del derecho natural que se le otorga a las mujeres bonitas.

Desde hace algunos años la fiesta ha cambiado bastante: es una embriaguez de alegría aristocrática, una elegante expansión, un regalo para los ojos. Imaginaos una decena, una centena, un millar de cajas de colores rotas al aire. La tarde es clara; el cielo, azul; el sol, suave; las casas, a ambos costados de la gran calle Candelaria, donde se celebra el Carnaval, están repletas de mujeres. Nada de disfraces, nada de horribles máscaras, nada de contornos escondidos: es una fiesta al aire libre. Los hombres, y algunas familias que desean disfrutar del combate, se pasean, ya montando los bellos caballos del país, ya en coches adornados con los tres colores nacionales, el amarillo, el rojo y el azul, entre dos hileras de ventanas, en las que las jóvenes apiñadas parecen ramilletes de flores. Las aceras están llenas de paseantes.—Sobre los sombreros de seda, y los vestidos negros, ha caído una lluvia de polvo de arroz. Al pasar ante una ventana, una de vuestras amigas os echa al rostro un puñado de papel

⁹² Falta la continuación. Agregamos aquí otros fragmentos que parecen corresponder al mismo trabajo.

de colores,—usted se quita el sombrero de seda, que se llama en Caracas *pum-pá*, por imitar el ruido del cañón al que se compara este feo sombrero, y un torrente de algodón se desborda sobre vuestros cabellos negros.—Algunas veces, cuando llega la noche y la impunidad es casi segura, nueces,⁹³ papas, galletas calientes, se lanzan con violencia sobre los rostros de los transeúntes:—Pero la verdadera fiesta está en el combate de las ventanas. Los caballeros que pasan detienen súbitamente sus corceles, lanzan flores, exquisitos bombones, prendas de valor, monedas de oro, a las señoritas que adornan las ventanas, y espoleando a sus caballos, se acuestan sobre el cuello de la bestia, partiendo como flechas para escapar de las nubes de proyectiles que caen sobre ellos.—Leónidas hubiera podido ofrecer batalla bajo esos doseles volantes de confituras, de almendras azucaradas, de golosinas, de granos de café, de *caraoas negras*, los *black beans* del país. Durante los tres días de este fantástico paseo se hacen regalos valiosos; una suma considerable se gasta al año en regalos de familia para cada casa de Caracas. Nada importa que los campos estén sin cultivar por el temor a la guerra; que el comercio sea precario por la escasez de productos de exportación; que de la pobreza general nazca un malestar grave y sensible; que toda la maquinaria nacional descansa, pese a todo lo ambiciosa y suntuosa que es, sobre algunos pobres campesinos que explotan el café; que no exista otro medio seguro de vivir que servir en el ejército, en las oficinas o en los departamentos del gobierno; que el mismo gobierno no viva más que a merced de las enormes contribuciones que impone a la pobre gente trabajadora, o a los pobres comerciantes que introducen artículos extranjeros:—no se vive menos a la manera parisiense; no se gasta menos de lo que se gastaría en París para vivir:—se despliega un lujo supremo, realzado por la instintiva elegancia en el atavío de las mujeres.

Hay una semana que es en Caracas como una exhibición de riqueza: la Semana Santa. Mientras dura, se advierten prodigalidades insensatas. Todo el mundo está en la calle. Todos los trabajos se suspenden. Se da uno por entero al placer de ver y ser visto. Es una exhibición de riqueza, una verdadera batalla entre las familias, un desbordamiento de lujo. Se pasea desde la mañana a la tarde. El Señor moribundo es el pretexto, pero no se piensa sino en cantar en la iglesia, donde los coros están formados por las gentes jóvenes más notables de la ciudad;—en maravillarse a los curiosos, en vencer a sus rivales.—Son los alegres vestidos nuevos,

⁹³ Palabra ininteligible.

arrastrando por las calles ⁹⁴ sus colas grises, rojas o azules; donde se exige a los hombres reunidos a la puerta de los templos tributo a la belleza, donde las larvas que van a ser mariposas sacuden las alas, y con movimientos adorables de muñecas animadas, se pasean en su primer traje de mujercitas.—Como paisaje no hay nada más bello. Los vestidos, de color vivo, al sol de la mañana parecen flores que caminan, mecidas por el aire amable en la larga calle. El aire, siempre húmedo y sabroso, está cargado de perfumes del día que nace, de la iglesia que se abre, de mujeres que se pasean. Y los pies de las mujeres son tan pequeños, que toda una familia podría posarse sobre una de nuestras manos.—No son criaturas humanas, sino nubes que sonríen. Estrellas pasajeras,—sueños que vagan:—son ligeras e inasibles y esbeltas como los sueños.—La caraqueña es una mujer notable. El marido, para satisfacer las necesidades del hogar, o su amor insaciable de belleza, puede poner en subasta su dignidad política:—porque están peligrosamente orgullosos de su dignidad personal; pero nada estremece la sólida virtud de la mujer, una virtud natural, encantadora, indolente,—elegante: una virtud que se inspira dulcemente, sin exageraciones de cuáqueros, sin severidades de monja.—Estas mujeres poseen el don de detener a los hombres audaces con una sonrisa. Se habla con ellas ante las ventanas abiertas. Se siente uno embelesado, y pleno de fuerza, y borracho de una dulce bebida:—las volvemos a encontrar en las calles, en el teatro, en el paseo: ellas nos saludan cortés pero fríamente. Vuestra jarra de flores cae por tierra. El bello Don Juan se aburriría soberanamente en Caracas. No existe allí la Doña Inés, porque la inteligencia superior de las mujeres constituye una salvaguarda contra las seducciones de los tenorios: allí no hay conventos, aunque la pequeña reja de madera que se coloca en el interior de las ventanas, que pudiera ser un, ⁹⁵ todavía puede hacernos pensar en ellos.

Aunque casi todo el mundo es católico, se podría decir que nadie lo es: un pueblo inteligente no puede ser fanático. A veces se defienden con ardor las preeminencias de la Iglesia, las mantienen con una tenacidad que pudiera hacer creer que tienen una fe sólida: todavía se ve al fondo del zaguán de las casas, un gran corredor vacío que conduce a la puerta que abre a los corredores interiores, una imagen de San José, o de San Policarpo, o de la Virgen, bajo cuyos mantos sagrados se abriga el hogar:—hasta en los mismos cuartos interiores se encuentran las paredes cubiertas de Corazones de María, atravesados de espadas, de Jesús

agonizante, coronado de espinas, de Santa Rita, abogada de los imposibles, de San Ramón Nonato, el patrón natural de las jóvenes esposas, que rezan arrodilladas ante su santo favorito por la salvación de su primer hijo,—esa flor que acaba de brotar en su seno.—El hogar caraqueño es encantador: todo es enternecedor, pleno de amor, de espíritu de mujer, de puros goces, de tiernos encantos. Tiene algo de ala de mariposa y rayos de sol. Es un placer vivir en él. No es como en nuestras grandes ciudades—donde la faena agota al hombre y el hogar agota a la mujer. Es un bello rincón de yerba fresca donde un seno trémulo siempre espera la cabeza cansada del señor de la casa.—¡Oh! ¡qué hueca, peligrosa, fría y brutal es la vida sin esos amores!

La ciudad—lo hemos dicho—es bella. Constantemente se construyen casas espaciosas, de una sola planta, en cuyo patio, entre dos grandes macetas, un chorro de agua se eleva y cae sobre un elegante estanque, como en Sevilla. Bellas riberas, de altos bordes tapizados de un aromoso verdor, serpentean entre las calles, prolongadas por todas partes por sólidos puentes. Un bello teatro y una bella iglesia acaban de ser levantados. A propósito de la iglesia hay una anécdota de Humboldt:—“¿Cuándo regresará usted?”—le preguntaron, a su partida de la ciudad: “Cuando esa iglesia esté terminada”, dijo sonriendo.—Y en efecto, la obra terminó noventa años después de su partida. Ramas cargadas de flores acarician todavía los muros ruinosos de la casa donde vivió Humboldt.—Humboldt, que nunca olvidó—“la culta, la hospitalaria, la inteligente Caracas”.—En una plaza donde los árboles, como alumbrados por un súbito fuego, se coronan en el verano de grandes flores rojas, se ve un reloj de sol construido por Humboldt.—Y cuando en uno de esos coches ligeros que se encuentran por todas partes en la ciudad, uno se pasea por los alrededores de Caracas, poblados de cafetales, sembrados bajo la sombra amiga de los rojos y altos búcaros, puede verse aún una portada, sobre cuya cima se lee, en desvaídas letras dibujadas por la mano del sabio, el nombre del paraje encantador, que antes fue un lugar delicioso de solaz:—Sans Souci.—La ciudad, rodeada de montañas, está construida sobre un valle apacible y sereno, bañado por un ancho y tranquilo río, por el noble Guaire:—río de ninfas: hay también otro río, tortuoso y caudaloso, ruidoso e inquieto, el Catuche, y aun uno más, apacible como su nombre, el dulce Arauco, que hace pensar en una guirnalda de flores. Desde el puente, construido sobre el Guaire,—uno de los paseos favoritos de los caraqueños,—se divisa una planicie melodiosa, llena de ruidos amables, sembrada de plantas humildes, coloreada de tiernos tintes,—

⁹⁴ Palabra ininteligible.

⁹⁵ Idem.

magníficamente sereno. Las palmas, como centinelas, se levantan sobre los campos de maíz. Los sauces bordean el río murmurante.—A lo lejos las montañas, como envueltas en un velo mágico, cambian, por la influencia poderosa del sol, sus suaves colores: y ora se vuelven rojas, ora amarillas, ora grises, ora azules.—Las vacas mugen, las cabras saltan, los pastores llevan en ánforas de barro cocidas al fuego la leche espumosa a su cabaña lejana,—un coche nos despierta para recordarnos que estamos en la ciudad,—un gran encanto el de tener tan cerca la ciudad que roe la vida, y el campo que la repone. Es bueno,—en el crepúsculo misterioso, vaciar el alma fatigada en el alma universal.

Hay un paseo que posee un encanto maravilloso: el Calvario.—Es una colina, antes árida, enfermiza y amarillenta, donde hoy la fragante verdura cae sobre sus costados pintorescos, como un rico ropaje, de pliegues colosales, sembrado aquí y allá de notas vivas y chillonas: —las rosas. Al subir, por una suave pendiente, se encuentran jardines, pequeños bosques, piazzettas, arroyos, frondosas arboledas, cascadas sonoras, platanales cargados de frutas, bambúes sonoros como las arpas. Es una mezcla artística cuya mejor condición es que apenas se ve la mano del arte, se ha hecho un jardín americano dentro de un jardín americano. Se ha mezclado el bosque al jardín. Pocas calles; muchos árboles—por vías estrechas, en la cima, coronada por una estatua, la ciudad se ve como un tablero de damas; el Capitolio, que se abre los días de fiesta nacional al público, que va a ver, en los cuadros que cuelgan de las paredes, los rostros de los héroes que ama; el Palacio Federal, que encierra dos salones rectangulares, uno para los diputados, presidido por un retrato de Bolívar, que arrancó la América del Sur a los españoles; el otro, para los senadores, donde el asiento del presidente está coronado por un cuadro histórico que representa a los hombres gigantes que firmaron, el primero de julio de 1811, en la capilla de la iglesia de San Francisco, el acta de independencia. Se ve la Casa Amarilla, residencia oficial del Presidente de la República, frente a la Plaza Bolívar, muy bonita, en medio de la cual se levanta, sobre un pedestal de granito, el monumento ecuestre de ese héroe admirable en quien se reunieron en el más alto grado todos los dones que forman la grandeza humana. Enfrente de la Casa Amarilla, al otro lado de la Plaza, hay una vieja iglesia, alta, la cuadrada torre coronada de una insignificante estatuilla: es la Catedral, de grandes naves sombrías. Enfrente del Palacio Federal, la Universidad yergue sus torrecillas góticas. A lo lejos, el Panteón, otra iglesia donde reposan en un monumento de mármol, que honra al arte italiano, las

cenizas de Bolívar,—se extiende al pie de una gran montaña, digna sepultura de un muerto de tanta grandeza. Al recoger las miradas para admirar la luna, que brilla en el cielo como contenta de iluminar su ciudad favorita, caen sobre un gran pedazo de piedra que resplandece como la superficie de un lago; es el Gran Teatro.—Y dejamos este lugar encantador, vigorizados por un espectáculo de tanta belleza, y por el aire límpido y puro. Al bajar, se piensa en los guerreros indios, que en este mismo lugar lucharon, cuerpo a cuerpo, desnudos y armados de una macana, contra los guerreros españoles, vestidos de hierro, y armados de espada, y de daga, y de mosquete:—y se piensa también en las mujeres piadosas, que, por sus costados hoy ⁹⁶, subieron, de rodillas, con una vela en la mano, hasta lo alto de la colina, para agradecer a Dios haber salvado de la guerra o de la enfermedad a sus maridos o sus hijos. Así es la ciudad:—así es el país: en la naturaleza, una belleza asombrosa, espectáculos que mueven las rodillas a hincarse, y al alma, adorar; en el corazón de las gentes, toda clase de noblezas; en las inteligencias, poderes excepcionales; ⁹⁷, una falta absoluta de aplicación a las necesidades reales de la vida, entre las clases superiores; en las clases inferiores, una inercia penosa que proviene de una falta total de aspiraciones: allí, para la gente pobre, vivir es vivir independiente, trabajar hasta ganar lo suficiente para comprar el *arepa*, el pan de maíz, y amar;—en el movimiento agrícola, el miedo a la guerra civil, y los abusos de los partidos triunfantes; en el movimiento artístico industrial, una impaciencia honrada, sofocada por las malas leyes canónicas que ahogan las empresas; en los indios, el desdén a la ciudad y sus hombres, y el amor salvaje,—un amor ⁹⁸ una concha, de su rincón del bosque y su cabaña miserable; en el trabajador blanco, ⁹⁹, la despreocupación criolla, y esa fiera primitiva, ese desprecio al trabajo, y esa pasión de combate, que caracterizan a los pueblos nacientes. En la ciudad, París; en el campo, Persia. Se sabe de todo en la ciudad, y se habla admirablemente de todo: la imaginación es allí como un hada doméstica: la Poesía riega de flores las cunas de los recién nacidos; la Belleza besa los labios de las mujeres de esta tierra. Pero los hombres no tienen suficiente independencia personal y suficiente conocimiento de las verdaderas necesidades de su patria, para hacerla

⁹⁶ Palabra ininteligible.

⁹⁷ Varias palabras ininteligibles.

⁹⁸ Palabra ininteligible.

⁹⁹ Idem.

un país rico, feliz y fuerte. Una multitud de apóstoles trabaja en silencio por el mejoramiento del país; una necesidad de ciencia práctica comienza a reemplazar la excesiva producción poética. Hay que atender y saludar a los buenos luchadores que construyeron su primera línea férrea, que estudian nuestras costumbres, esparcen a manos llenas la instrucción pública, y llaman con voz leal a las riquezas extranjeras que deben hacer fructificar las riquezas naturales.—Se puede esperar todo de un pueblo donde la mujer es virtuosa y el hombre es honrado.—Si ellos vacilan no es ¹⁰⁰

DE LA PESCA DE LAS PERLAS

¹⁰⁰ Falta la continuación de este borrador.

De las perlas veníamos hablando, de la perla rosa de las islas Incas y de la Goajira, de las perlas de aguacate del Archipiélago y de la Margarita. Y Benjamín Ruiz, el general de Panamá, nos contaba cómo es la pesca, en las islas del Archipiélago. A la marea baja esperan los buzos, que a la vez son gente de labrantío, y entretienen la mañana en los trabajos de su campo. Ni comen ni beben antes de pescar, y entran desnudos a la piragua, que tiene un asiento para cada hombre, y un asta al lado donde colgar la recia jaba; los más púdicos llevan de traje el pampanillo, que es un cordón a la cintura, y de delante a atrás un pañizuelo encubridor. Ya en el pesquero, echan la jaba atada de una soga, y con su peso adentro, para que vaya pronto a lo hondo; y tras la jaba, ellos. Allá se están de cuatro a diez minutos, amarrando las madres que conocen en lo redondas y barbudas, y metiéndolas en su jaba cada cual, que halan de arriba, luego que salen a tomar aire nuevo. A las tres o cuatro horas, ya dan por hecho el día; refrescan por la playa, con cocos frescos del contiguo cocal; y ya en sus casas, comen y duermen. Las ostras las abren luego, a punta de cuchillo; y hallan la perla caprichosa en la carne misma, o enseñándose apenas, enclavada en la costra, o colgando en la bolsa de la barba, como saliendo de la cuenca de una semilla de marañón. Con muy fina cuchilla raspan la perla enclavada y la redondean y luego la bruñen con aceite de coco, pero el ojo experto distingue enseguida la perla abierta de ésta incompleta y caliza. La ostra madre es muy fina de comer, y los buzos, luego de hervirlas y de colocarlas en una ligera barbacoa, las ponen en sartas, y las llevan al mercado en Panamá. Si la mar se va muy lejos, las mujeres salen a mariscar, que es ver si han quedado de la marea algunas madres por la playa: y a veces quedan. De por allí es un caracol de carne buena, que llaman cambombia, y con el que hacen rico ajiaco.

LA PARRANDA

Habla el cielo, de puro estrellado, y en el hotel de Puntarenas no hay ya quien traiga una *pipa*, como por allí llaman al coco de agua, ni quien vaya a ver si de Esparta vinieron flores en el tren, para mandárselas a una niña enferma, a una mujer buena y fea, a quien abandona el novio desalmado. A la parranda se ha ido todo el hotel: a la marimba libre, que a las siete empezó, y va a durar hasta las doce.

El mozo salió de camisa y calzón blanco, con faja de seda carmesí, y un panamá alón y sin cinta: ella, de pies calludos y lindo perfil, cargaba saya de color, y no más que el rebozo negro, puesto como chal, por sobre el descote de la camisa.

Como a las ocho, ya la parranda hierve. En la esquina está la fonda, con su billar al fondo, y el mostrador lleno de amigos, a chicha y a guaro. Afuera, en mesas limpias, las chinas venden gallinas asadas, pescado frito, frijoles y tortas, y el *rompopo* de huevo y maíz, grato y espeso. El baile es en el tablado; con bancos alrededor, que alzó en la esquina el tendero.

Blanda es la noche, y misterioso *El Torito cortés*, o la *Botijuela*, o el *Chiricano*, o la *Cajeta de Leche*, a aquella luz que baja de las estrellas, y da como color de sueños a aquellas figuras que, al compás del violín y la marimba, caídos por el muslo los brazos de él, y ella con el rebozo a los codos y la flor en el cabello, se encaran enamoradas, resbalan hombro a hombro, o—giran silenciosas.

El cita y saca a la dama: le pide lo que ella le niega: la sigue cuando ella le huye: le va atrás ella, cuando él se va de enojos, lo trae ella, y él viene detrás: se mecen, y como que se juntan, sin tocarse, sin abrazarse: acaba el baile brusco, como cuando una pareja se pierde en la sombra. La marimba, de lánguidos ecos, desata, recoge, requiebra, arrulla, empuja, celebra, repiquetea. Allá, al fondo del grupo, se ve un mantón rosado, flaco e ingenuo, y en un cuello enfermizo una cabeza angélica, con un azahar en el cabello mal cogido. Acá, al pie de la marimba, encendido el cigarro en la oscuridad, gira, mirando al suelo, con la cabeza cubierta de flores, una china belfuda, de rebozo azul.

Al rematar el baile, se desvanecen por los bancos, como retazos de nubes: En las mesas del rededor, da la luz de la bujía sobre los pollos asados.

Singular lógica en el error: En vez de *bancos* escribí *campos*.

Y no sólo restablecí en la 2ª sílaba la letra cambiada en la 1ª—sino—¿con qué mente, y sin voluntad apliqué, por acto mental involuntario, la regla de la *m* antes de la *b*?

EL DOMINGO EN SAN JOSÉ

Yo estaba en el balcón del Gran Central, frente al Palacio de Gobierno, pintado de amarillo claro, y de un lado veía la calle ancha y bruñida, que para en el monte, y de otro, junto al palacio, el limpio de la iglesia vieja, que se llevaron ya de allí, y enfrente, como un retazo del Hotel Francés, frente a la casa del Banco, un jardín de hojas grandes y de flores de oscuro carmín o de vivo amarillo. Un sol suave y alegre bañaba la ciudad, y del silencio de las seis, que era como una flor de oro, iban saliendo el peón pobre y descalzo, con el chiste seco y la castiza conversación, que va altercando con los porteros que ya abren; el señor Domingón, todo él negro y gris, con bombín filipino, y en bastón de caña y hueso, el oficial de bocamangas sangrientas, pulcro y pechudo, la paseadora de mañana, con su saya de seda, el despacioso botín, por los hombros el pañolón amarillo y azul, con los flecos que barren, y en la cabellera suelta y ondeada un lazo de cinta; y la indiecita ostentosa, que va comiéndose la tierra, oronda en su saya blanca y su rebozo de fresa escachada, y detrás de ella, y como ella descalzas, las tres o cuatro chacalinas, como mujeres en miniatura. Y el sol pica y chispea: la música viene ya de calle arriba: la campana, revoloteadora, llama a misa de ocho: plaza y calles están llenas de los mozos de chaqueta negra y blanco panamá, con la faja de color por el cinto y el calzón de dril, y el pie recio y descalzo: un jinete, caracoleando, echa de un lado y otro el grupo: van y vienen, entre las chaquetas negras, los pañolones, amarillos o azules, los rebozos negros, con flores de realce, los rebozos de fresa escarchada: sable al pecho, y con las gorras de honor, pasa el cuartel del día, en un vuelo de música: como pintada en el cielo, al viento liso, luce, sobre la azotea del palacio, roja y blanca y azul, la bandera nacional.

DIARIOS

DIARIO ¹⁰¹
DE MONTECRISTI A CABO HAITIANO

¹⁰¹ Este diario de Martí, dedicado a María y Carmen Mantilla, corresponde a la penúltima etapa de su peregrinar revolucionario. Comienza el 14 de febrero de 1895, en Montecristi, y termina, el 8 de abril del mismo año, en Cabo Haitiano, Haití.

Mis niñas:

Por las fechas arreglen esos apuntes, que escribí para Vds., con los que les mandé antes. No fueron escritos sino para probarles que día por día, a caballo y en la mar, y en las más grandes angustias que pueda pasar hombre, iba pensando en Vds.

Su

M.

14 de Febrero.

Las seis y media de la mañana serían cuando salimos de Montecristi el General,¹⁰² Collazo y yo, a caballo para Santiago: Santiago de los Caballeros, la ciudad vieja de 1507. Del viaje, ahora que escribo, mientras mis compañeros sestean, en la casa pura de Nicolás Ramírez, sólo resaltan en mi memoria unos cuantos árboles,—unos cuantos caracteres, de hombre o de mujer,—unas cuantas frases. La frase aquí es añeja, pintoresca, concisa, sentenciosa: y como filosofía natural. El lenguaje común tiene de base el estudio del mundo, legado de padres a hijos, en máximas finas, y la impresión pueril primera. Una frase explica la arrogancia innecesaria y cruda del país:—“Si me traen (regalos, regalos de amigos y parientes a la casa de los novios) me deprimen, porque yo soy el obsequiado.” Dar, es de hombre; y recibir, no. Se niegan, por fiereza, al placer de agradecer. Pero en el resto de la frase está la sabiduría del campesino:—“Y si no me traen, tengo que matar las gallinitas que le empiezo a criar a mi mujer.” El que habla es bello mozo, de pierna larga y suelta, y pies descalzos, con el machete siempre en puño, y al cinto el buen cuchillo, y en el rostro terroso y febril los ojos sanos y angustiados. Es Arturo, que se acaba de casar, y la mujer salió a tener el hijo donde su gente de Santiago. De Arturo es esta pregunta: “¿Por qué si mi mujer tiene un muchacho dicen que mi mujer parió, —y si la mujer de Jiménez tiene el suyo dicen que ha dado a luz?”—Y así, por el camino, se van recogiendo frases. A la moza que pasa, desgoznada la cintura, poco al seno el talle, atado en nudo flojo el pañuelo amarillo, y con la flor de campeche al pelo negro:—“¡Qué buena está esa pailita de freír para mis chicharrones!” A una señorona de campo, de sortija en el guante, y pendientes y sombrilla, en gran caballo moro, que en malhora casó a la hija con un *musié* de letras inútiles, un orador castelaruno y poeta zorrillesco, una “luz increada”, y una “sed de ideal inextingible”. —el marido, de sombrero de manaca y zapatos de cuero, le dice, teniéndole el estribo: “Lo que te dije, y tú no me quisiste oír: cada peje en su agua”. A los caballos les picamos el paso, para que con la corrida se refresquen, mientras bebemos agua del río Yaque en casa de Eusebio; y el General dice esta frase, que es toda una teoría del esfuerzo humano, y de la salud y necesidad de él:—“El caballo se baña en su propio sudor”.—Eusebio vive de puro hombre: lleva amparada de un pañuelo de cuadros azules la cabeza vieja, pero no por lo recio del sol, sino porque

de atrás, de un culatazo de fusil, tiene un agujero en que le cabe medio huevo de gallina, y sobre la oreja y a media frente, le cabe el filo de la mano en dos tajos de sable: lo dejaron por muerto.

“¿Y Don Jacinto, está ahí?” Y nuestros tres caballos descansan de quijadas en la cerca. Se abre penosamente una puerta, y allí está Don Jacinto; aplanado en un sillón de paja, con un brazo flaco sobre el almohadón atado a un espaldar, y el otro en alto, sujeto por los dos lazos de una cuerda nueva que cuelga del techo: contra el ventanillo reposa una armazón de catre, con dos clavijas por tuercas: el suelo, de fango seco, se abre a grietas: de la mesa a la puerta están en hilera, apoyadas de canto en el suelo, dos canecas de ginebra, y un pomo vacío, con tapa de tusa: la mesa, coja y polvosa, está llena de frascos, de un inhalador, de un pulverizador, de pólvos de asma. A Don Jacinto, de perfil rapaz, le echa adelante las orejas duras el gorro de terciopelo verde: a las sienes lleva parches: el bigote, corvo y pesado, se le cierra en la mosquilla: los ojos ahogados se le salen del rostro, doloroso y fiero: las medias son de estambre de color de carne, y las pantuflas desteñidas, de estambre roto. Fue prohombre, y general de fuego: dejó en una huida confiada a un compadre la mujer, y la mujer se dio al compadre: volvió él, supo, y de un tiro de carabina, a la puerta de su propia casa, le cerró los ojos al amigo infiel. “¡Y a ti, adiós!: no te mato, porque eres mujer.” Anduvo por Haití, entró por tierra nueva, se le juntó la hija lozana de una comadre del rincón, y entra a besarnos, tímida, una hija linda de ocho años, sin medias, y en chancletas.—De la tienda, que da al cuarto, nos traen una botella, y vasos para el romo. Don Jacinto está en pleitos: tiene tierras,—y un compadre,—el compadre que lo asiló cuando iba huyendo del carabinazo,—le quiere pasear los animales por la tierra de él. “Y el mundo ha de saber que si me matan, el que me mató fue José Ramón Pérez. Y que a mí no se me puede decir que él no paga matadores: porque a mí vino una vez a que le buscara por una onza un buen peón que le balease a Fulano: y otra vez tuvo que matar a otro, y me dijo que había pagado otra onza”.—“¿Y el que viene aquí, Don Jacinto, todavía se come un alacrán?” Esto es: se halla con un bravo: se topa con un tiro de respuesta.—Y a Don Jacinto se le hinchan los ojos, y le sube el rosado enfermizo de las mejillas. “Sí”, dice suave, y sonriendo. Y hunde en el pecho la cabeza.

¹⁰² Se refiere al General Máximo Gómez.

Por la sabana de aromas y tunas, cómoda y seca, llegamos, ya a la puesta, al alto de Villalobos, a casa de Nené, la madraza del poblado, la madre de veinte o más crianzas, que vienen todas a la novedad, y le besan la mano. “Utedes me dipensen”, dice al sentarse junto a la mesa a que comemos, con rom y café, el arroz blanco y los huevos fritos: “pero toito ei día e stao en ei conuco jalando ei machete.” El túnico es negro, y lleva pañuelo a la cabeza. El poblado todo de Peña la respeta. Con el primer sol salimos del alto, y por entre cercados de plátano o maíz, y de tabaco o yerba, llegamos; echando por un trillo, a Laguna Salada, la hacienda del General: a un codo del patio, un platanal espeso: a otro, el boniatol: detrás de la casa, con cuatro cuartos de frente, y de palma y penca, está el jardín, de naranjos y adornapattios, y, rodeada de lirios, la cruz, desnuda y grande, de una sepultura. Mercedes, mulata dominicana, de vejez limpia y fina, nos hace, con la leña que quiebra en la rodilla su haitiano Albonó, el almuerzo de arroz blanco, pollo con llerén, y boniato y auyama: al pan, prefiero el casabe, y el café pilado tiene, por dulce, miel de abeja. En el peso del día conversamos, de la guerra y de los hombres, y a la tarde nos vamos a la casa de Jesús Domínguez, padre de muchas hijas, una de ojos verdes, con cejas de arco fino, y cabeza de mando, abandonado el traje de percal carmesí, los zapatos empolvados y vueltos, y el paraguas de seda, y al pelo una flor:—y otra hija, rechóncha y picante, viene fumando, con un pie en media y otro en chancleta, y los dieciseis años del busto saliéndose del talle rojo: y a la frente, en el cabello rizo, una rosa. Don Jesús viene del conuco, de quemarle los gusanos al tabaco, “que d^a mucha briega”, y recostado a la puerta de su buena casa, habla de sus cultivos, y de los hijos que vienen con él de trabajar, porque él quiere “que los hijos sean como él”, que ha sido rico y luego no lo ha sido, y cuando se le acaba la fortuna sigue con la cabeza alta, sin que le conozca nadie la ruina, y a la tierra le vuelve a pedir el oro perdido, y la tierra se lo da: porque el minero tiene que moler la piedra para sacar el oro de ella,—pero a él la tierra le da “el oro jecho, y el peso jecho”. Y para todo hay remedio en el mundo, hasta para la mula que se resiste a andar, porque la resistencia no es sino con quien sale a viaje sin el remedio, que es un limón o dos, que se le exprime y frota bien en las uñas a la mula,—“y sigue andando”. En la mesa hay pollo y frijoles, y arroz y viandas, y queso del Norte, y chocolate.—Al otro día por la mañana, antes de montar para Santiago, Don Jesús nos enseña un pico roido, que dice que es del tiempo de Colón, y que lo sacaron de la Esperanza, “de las excavaciones de los

indios”, cuando la mina de Bulla: ya le decían “Bulla” en tiempo de Colón, porque a la madrugada se oía de lejos el rumor de los muchos indios, al levantarse para el trabajo. Y luego Don Jesús trae una buena espada de taza, espada vieja castellana, con la que el General, puesto de filo, se guarda el cuerpo entero de peligro de bala, salvo el codo, que es lo único que deja afuera la guardia que enseñó al General su maestro de esgrima.—La hija más moza me ofrece tener sembradas para mi vuelta seis matas de flores.—Ni ella siembra flores, ni sus hermanos, magníficos chicuelos, de ojos melosos y pecho membrudo saben leer.

Es la Esperanza, el paso famoso de Colón, un caserío de palma y yaguas en la explanada salubre, cercado de montes. “La Providencia” era el nombre de la primera tienda, allá en Guayubin, la del marido puertorriqueño, con sus libros amarillos de medicina vejancona, y su india fresca, de perfil de marfil, inquieta sonrisa, y ojos llameantes: la que se nos acercó al estribo, y nos dio un tabaco. “La Fe” se llama la otra tienda, la de Don Jacinto. Otra, cerca de ella, decía en letras de tinta, en una yagua: “La Fantasía de París”. Y en Esperanza nos desmontamos frente a “La Delicia”.—De ella sale, melenudo y zancón, a abrimos su talanquera, “a abrimos la pueita” del patio para las monturas, el general Candelario Lozano. No lleva medias, y los zapatos son de vaqueta. El cuelga la hamaca; habla del padre, que está en el pueblo ahora, “a llevase los cuaitos de las confirmaciones”; nos enseña su despacho, pegado en cartón, de general de brigada, del tiempo de Báez; oye, con las piernas colgantes en su taburete reclinado, a su Ana Vitalina, la niña letrada, que lee de corrido, y con desembarazo, la carta en que el ministro exhorta al general Candelario Lozano a que continúe “velando por la paz”, y le ofrece llevarle “más tarde” la silla que le pide. El vende cerveza, y tiene de ella tres medias, “poique no se vende má que cuando viene ei padre”. El nos va a comprar romo.—Allá, un poco lejos, a la caída del pueblo, están las ruinas del fuerte de la Esperanza, de cuando Colón,—y las de la primera ermita.

De la Esperanza, a marcha y galope, con pocos descansos, llegamos a Santiago en cinco horas. El camino es ya sombra. Los árboles son altos. A la izquierda, por el palmar frondoso, se le sigue el cauce al Yaque. Hacen arcos, de un borde a otro, las ceibas potentes. Una, de la raíz al ramaje, está punteada de balas. A vislumbres se ve la vega, como

chispazo o tentación de serena hermosura, y a lo lejos el azul de los montes. De lo alto de un repecho, ya al llegar a la ciudad, se vuelven los ojos, y se ve el valle espeso, y el camino que a lo hondo se oscurece a dar ancho a la vega, y el montío leve al fondo, y el copioso verdor que en luengo hilo marca el curso del Yaque.

15 de Febrero.

Es Santiago de los Caballeros, y la casa de yagua y palma de Nicolás Ramírez, que de guajiro insurrecto se ha hecho médico y buen boticario: y enfrente hay una casa como pompeyana, mas sin el color, de un piso corrido, bien levantado sobre el suelo, con las cinco puertas de ancho marco tallado, al espacioso colgadizo, y la entrada a un recodo, por la verja rica, que de un lado lleva por la escalinata a todo el frente, y del fondo, por una puerta de agraciado medio punto, lleva al jardín, de rosas y cayucos: el cayuco es el cactus:—las columnas, blancas y finas, del portal, sustentan el friso, combo y airoso. Los soldados, de dril azul y kepis, pasan relucientes, para la misa del templo nuevo, con la bandera de seda del Batallón del Yaque. Son negros los soldados, y los oficiales mestizos o negros.—El arquitecto del templo es santiaguero, es Onofre de Lora—: la puerta principal es de la mano cubana de Manuel Boitel.

Manuel Boitel vive a la otra margen del río. Paquito Borrero, con su cabeza santa y fina, como la del San Francisco del Cano, busca el vado del río en su caballo blanco, con Collazo atrás, en el melado de Gómez. Gómez y yo aguardamos la balsa, que ya viene, y se llama “La Progresista”. Remontamos la cuesta, y entramos por el batey limpio de Manuel Boitel. De allí se ve la otra ribera, que en lo que sube del río es de veredas y chozas, y al tope el verde oscuro, por donde asoman las dos torres y el cimborrio del templo blanco y rosado, y a lo lejos, por entre techos y lomas, el muro aspillado y la torre de bonete del “reducto patriótico,” de la fortaleza de San Luis.

En la casita, enseña todo la mano laboriosa: ésta es una carreta de juguete, que a poco subirá del río cargada de vigas,—aquél es un factón, amarillo y negro, hecho todo, a tuerca y torno, por el hábil Boitel,—allí el perro sedoso, sujeto a la cadena, guarda echado la puerta de la casa pulcra. En la mesa de la sala, entre los libros viejos, hay una biblia protestante, un tratado de Apicultura. De las sillas y sillones, trabajados

por Boitel, vemos, afuera, el sereno paisaje, mientras Collazo lo dibuja. La madre nos trae merengue criollo. El padre está en el aserradero. El hijo mayor pasa, arreando el buey, que hala de las vigas. El jardín es de albahaca y guacamaya, y de algodón y varita de San José. Cogemos flores, para Rafaela, la mujer de Ramírez, con sus manos callosas del trabajo, y en el rostro luminoso el alma augusta:—No menos que augusta:—Es leal, modesta y tierna.—El sol enciende el cielo, por sobre el monte oscuro. Corre ancho y claro el Yaque.

Me llevan, aún en traje de camino, al “Centro de Recreo”, a la sociedad de los jóvenes. Rogué que desistiesen de la fiesta pública y ceremoniosa con que me querían recibir; y la casa está como de gala, pero íntima y sencilla. La buena juventud aguarda, repartida por las mesas. El gentío se agolpa a las puertas. El estante está lleno de libros nuevos. Me recibe la charanga, con un vals del país, fácil y como velado, a piano y flauta, con güiro y pandereta. Los “mamarrachos” entran, y su música con ellos: las máscaras, que salen aquí de noche, cuando ya anda cerca el carnaval:—sale la tarasca, tragándose muchachos, con los gigantones. El gigante iba de guantes, y Máximo, el niño de Ramírez, de dos y medio, dice que “el gigante trae la corbata en las manos”.—

En el centro fue mucha y amable la conversación: de los libros nuevos del país,—del cuarto libre de leer, que quisiera yo que abriese la sociedad, para los muchachos pobres,—de los maestros ambulantes, los maestros de la gente del campo, que en un artículo ideé, hace muchos años, y puso por ley, con aplauso y arraigo, el gobierno dominicano, cuando José Joaquín Pérez, en la presidencia de Billini. Hablamos de la poquedad, y renovación regional, del pensamiento español: de la belleza y fuerza de las obras locales: del libro en que se pudieran pintar las costumbres, y juntar las leyendas, de Santiago, trabajadora y épica. Hablamos de las casas nuevas de la ciudad, y de su construcción apropiada, de aire y luz.

Oigo este cantar:

*El soldado que no bebe
Y no sabe enamorar,
¿Qué se puede esperar de él
Si lo mandan avanzar?*

16 de Febrero.

Nos rompió el día, de Santiago de los Caballeros a la Vega, y era un bien de alma, suave y profundo, aquella claridad. A la vaga luz, de un lado y otro del ancho camino, era toda la naturaleza americana: más gallardos pisaban los caballos en aquella campiña florécente, corsada de montes a lo lejos, donde el mango frondoso tiene al pie la espesa caña: el mango estaba en flor, y el naranjo maduro, y una palma caída, con la mucha raíz de hilo que la prende aún a la tierra, y el coco, corvo del peso, de penacho áspero, y el seibo, que en el alto cielo abre los fuertes brazos, y la palma real. El tabaco se sale por una cerca, y a un arroyo se asoman caimitos y guanábanos. De autoridad y fe se va llenando el pecho. La conversación es templada y cariñosa.—En un ventorro nos apeamos, a tomar el *cajecito*, y un *amargo*.—Rodeado de oyentes está, en un tronco, un haitiano viejo y harapiento, de ojos grises fogosos, un lío misero a los pies, y las sandalias desflecadas. Le converso, a chorro, en un francés que lo aturde, y él me mira, entre fosco y burlón. Calló, el peregrino, que con su canturria dislocada tenía absorto al gentío. Se le ríe la gente: ¿conque otro habla, y más aprisa que el santo, la lengua del santo?—“¡Mírenlo, y él que estaba aquí como Dios en un platanal!”—“Como la yuca éramos nosotros, y él era como el guayo.” Carga el lío el viejo, y echa a andar, comiéndose los labios: a andar, al santo cerro.—De las paredes de la casa está muy oronda la ventorrillera, por los muñecos deformes que el hijo les ha puesto, con pintura colorada. Yo, en un rincón, le dibujo, al respaldo de una carta inútil, dos cabezas, que mira él codicioso. Está preso el marido de la casa: *es un político*.

15 de Febrero.

Soñé que, de dos lanzas que había, sobre la lanza oxidada no daba luz el sol, y era un florón de luz, y estrella de llamas, la lanza bruñida. Del alma perezosa, no se saca fuego.—Y admiré, en el batey, con amor de hijo, la calma elocuente de la noche encendida, y un grupo de palmeras, como acostada una en la otra, y las estrellas, que brillaban sobre sus penachos. Era como un aseo perfecto y súbito, y la revelación de la naturaleza universal del hombre.—Luego, ya al mediodía, estaba yo sentado, junto a Manuelico, a una sombra del batey. Pilaban arroz, a la puerta de la casa, la mujer y una ayuda: y un gallo pica los granos que

saltan.—“Ese gallo, cuidao, que no le dejen comer arroz, que lo afloja mucho”. Es gallero Manuelico, y tiene muchos, amarrados a estacas, a la sombra o al sol. Los “solean” para que “sepan de calor”, para que “no se ahoguen en la pelea”, para que “se maduren”: “ya sabiendo de calor, aunque corra no le hace”. “Yo no afamo ningún gallo, por bueno que sea: el día que está de buenas, cualquier gallo es bueno. El que no es bueno, ni con carne de vaca. Mucha fuerza que da al gallo la carne de vaca. El agua que se les da es leche; y el maíz, bien majado. El mejor cuidado del gallo, es ponerlo a *juchar*, y que esté donde escarbe; y así no hay gallo que se tulla”. Va Manuelico a mudar de estaca a un giro, y el gallo se le encara, erizado el cuello, y le pide pelea.—De la casa traen café, con anís y nuez moscada.

18 de Febrero.

Y vamos conversando, de la miel de limón, que es el zumo muy hervido, que cura las úlceras tenaces; del modo moro, que en Cuba no se conoció, de estancarse la herida con puñados de tierra; de la guacaica, que es pájaro gustoso, que vive de gusanos, y da un caldo que mueve al apetito; de la miel de abeja, “mejor que el azúcar, que fue hecha para el café”. “El que quiera alimento para un día, exprima un panal que ya tenga pichones, de modo que salga toda la leche del panal, con los pichones revueltos en la miel. Es vida para un día, y cura de excesos”.—“A Carlos Manuel le vi yo hacer una vez, a Carlos Manuel de Céspedes, una cosa que fue de mucho hombre: coger un panal vivo es cosa fácil, porque las avispa son de olfato fino, y con pasarse la mano por la cuenca del brazo sudorosa, ya la avispa se aquieta, del despego al olor acre, y deja que la muden, sin salir a picar. Me las quise dar de brujo, en el cuarto de Carlos Manuel, ofreciéndome a manejar el panal; y él me salió al paso: ‘Vea, amigo: si esto se hace así’. Pero parece que la medicina no pareció bastante poderosa a las avispa, y vi que dos se le clavaron en la mano, y él, con las dos prendidas, sacó el panal hasta la puerta, sin hablar de dolor, y sin que nadie más que yo le conociera las punzadas de la mano.”

18 de Febrero.

A casa de Don Jesús vamos a la cena, la casa donde vi la espada de taza del tiempo de Colón, y la azada vieja, que hallaron en las minas,

la casa de las mocetonas que regañé porque no sembraban flores, cuando tenían tierra de luz y manos de mujer, y largas horas de ocio. De burdas las acusó aquel día un viajero, y de que no tenían alma de flor.—Y ahora ¿qué vemos? Sabían de nuestra vuelta, y Joaquina, que rebosa de sus dieciocho años, sale al umbral, con su *túbano* encendido entre dos dedos, y la cabeza cubierta de flores: por la frente le cae un clavel, y una rosa le asoma por la oreja: sobre el cerquillo tiene un moño de jazmines: de geranios tiene un mazo a la nuca, y de la flor morada del guayacán. La hermana está a su lado, con un penacho de rosas amarillas en la cabellera cogida como tiesto, y bajo la fina ceja los dos ojos verdes. Nos apeamos, y se ve la mesa, en un codo de la sala, ahogada de flores: en vasos y tazas, en botellas y fuentes; y a lo alto, como orlando un santo, en dos pomos de aceitunas, dos lenguas de vaca, de un verde espeso y largo, con cortes acá y allá, y en cada uno un geranio.

19 de Febrero.

De Ceferina Chaves habla todo el mundo en la comarca: suya es la casa graciosa, de batey ancho y jardín, y caserón a la trasera, donde en fina sillería recibe a los viajeros de alcurnia, y les da a beber, por mano de su hija, el vino dulce: ella compra a buen precio lo que la comarca da, y vende con ventaja, y tiene a las hijas en colegios finos, a que vengan luego a vivir, como ella, en la salud del campo, en la casa que señorea, con sus lujos y hospitalidad, la pálida región: de Ceferina, por todo el contorno, es la fama y el poder. Nos paramos a una cerca, y viene de lo lejos de su conuco, por entre sus hombres que le cogen el tabaco. A la cerca se acoda, con unas hojas en la mano seca y elegante, y habla con idea y soltura, y como si el campo libre fuera salón, y ella la dueña natural de él. El marido, se enseña poco, o anda en quehaceres suyos: Ceferina, que monta con guantes y prendas cuando va de pueblo, es quien de ama propia, y a brío de voluntad, ha puesto a criar la tierra ociosa, a tenderse al buniatal, a cuajarse el tabaco, a engordar el cerdo. Casará la hija con letrado; pero no abandonará el trabajo productivo, ni el orgullo de él. El sillón, junto al pilón. En la sala porcelanas, y al conuco por las mañanas. “Al pobre, algo se ha de dejar, y el divi-divi de mis tierras, que los pobres se lo lleven”. Su conversación, de natural autoridad, fluye y chispea. La hija suave, con el dedal calzado, viene a darnos vino fresco: sonrío ingenua, y habla altiva, de injusticias o esperanzas: me da a hurtadillas el retrato de su madre que le pido: la madre

está diciendo, en una mecida del sillón: “Es preciso ver si sembramos hombres buenos”.

19 de Marzo.

Salimos de Dajabón, del triste Dajabón, último pueblo dominicano, que guarda por el norte la frontera. Allí tengo a Montesinos, el canario volcánico, guanche aún por la armazón y rebeldía, que desde que lo pusieron en presidio, cuando estaba yo, ni favor ni calor acepta de mano española. Allí vive “Toño” Calderón, de gran fama de guapo, que cuando pasé la primera vez en su tiempo de Comandante de armas, me hizo aprear, a las pocas palabras, del arrenquín en que ya me iba a Montecristi, y me dio su caballo melado, el caballo que a nadie había dado a montar, “el caballo que ese hombre quiere más que a su mujer”: “Toño” de ojos grises, amenazantes y misteriosos, de sonrisa insegura y ansiosa, de paso velado y cabellos lacios y revueltos. Allí trabaja, como a nado y sin rumbo, el cubano Salcedo, médico sin diploma,—“mediquín, como decimos en Cuba”,—azorado en su soledad moral; azotado, en su tenacidad inútil; vencido, con su alma suave, en estos rincones, de charlatán y puño: la vida, como los niños, maltrata a quien la teme,—y respeta y obedece a quien se le encara: Salcedo, sin queja ni lisonja,—porque me oye decir que vengo con los pantalones deshechos,— me trae los mejores suyos, de dril fino azul, con un remiendo honroso: me deslie con su mano, largamente, una dosis de antipirina: y al abrazarme, se pega a mi corazón. Allí, entre Pancho y Adolfo, —Adolfo, el hijo leal de Montesinos, que acompaña a su padre en el trabajo humilde,—me envuelven capa y calzones en un maletín improvisado, me ponen para el camino el ron que se beberá la compañía, y pan puro, y un buen vino, áspero y sano, del Piamonte: y dos cocos. A caballo, en la silla de Montesinos, sobre el potro que él alquiló a un “compadre” del general Corona. “Ya el general está aquí, que es ya amigo”, “por la mira que nos hemos echado”: panamá ancho, flus de dril, quitasol con puño de hueso: buen trigueño, de bigote y patillas guajiras. A caballo, al primer pueblo haitiano, que se ve de Dajabón, a Ouanaminthe.

Se pasa el río Massacre, y la tierra florece. Allá las casas caídas, y un patio u otro, y el suelo seco, o un golpe de árboles, que rodea al fuerte de Bel Air, de donde partió, cuando la independencia, el disparo

que fue a tapar la boca del cañón de Haití; y acá, en la orilla negra, todo es mango enseguida, y guanábana y anón, y palma y plátano, y gente que va y viene: en un sombrío, con su montón de bestias, hablan al pie mismo del vado, haitianos y dominicanos: llegan bajando, en buenas monturas, los de Ouanaminthe, y otro de más lejos y un chalán del Cabo: sube, envuelta en un lienzo que le ciñe el tronco redondo, una moza quinceña: el lienzo le coge el seno, por debajo de los brazos y no baja del muslo: de la cabeza, menuda y crespada, le salen, por la nuca, dos moños: va cantando. "Bon jour, conmère", "Bon jour, compère": es una vieja descalza, de túnico negro, muy cogido a la cintura, que va detrás del burro, con su sombrero quitasol. Es una mocetona, de andar cazador, con la bata morada de cola, los pechos breves y altos, la manta negra por los hombros, y a la cabeza el pañolón blanco de puntas.—Ya las casas no son de palma y yagua, leprosas y polvosas; sino que es limpio el batey, lleno de árboles frutales, y con cerca buena, y las casas son de embarrado sin color, de su pardo natural, grato a los ojos, con el techo de paja, ya negruzca de seca, y las puertas y ventanas de tabla cepillada, con fallebas sólidas,—o pintadas de amarillo, con borde ancho de blanco a las ventanas y puertas. Los soldados pasan, en el ejercicio de la tarde, bajos y larguirutos, enteros y rotos, azules y desteñidos, con sandalias o con botines, el kepis a la nariz, y la bayoneta calada: marchan y ríen: un cenagal los desbanda, y rehacen la hilera alborotosos. Los altos uniformes ven desde el balcón.—El cónsul dominicano pone el visto bueno al pasaporte, "para continuar, debiendo presentarse a la autoridad local",—y me da una copa de vino de garnacha.—Corona llega caracoleando: quitaipón de fieltro, y de la cachucha consular: salimos con el oro de la tarde.

2 de Marzo.

Duerme mal, el espíritu despierto. El sueño es culpa, mientras falta algo por hacer. Es una deserción. Hojeo libros viejos: *Origines des Découvertes attribuées aux Modernes*, de Dutens, en Londres, en 1776, cuando a los franceses picaba la fama de Franklin, y Dutens dice que "una persona fidedigna le ha asegurado que se halló recientemente una medalla latina, con la inscripción *Jupiter Elicius*, o Eléctrico, representando a Júpiter en lo alto, rayo en mano, y abajo un hombre que empuja una cometa, por cuya manera se puede electrizar una nube, y sacar fuego de ella"; a lo que pudiese yo juntar lo que me dijo en Belize la mujer

de Le Plongeon, del que se quiso llevar de Yucatán las ruinas de los mayas, donde se ve, en una de las piedras pintadas de un friso, a un hombre sentado, de cuya boca india sale un rayo, y otro hombre frente a él, a quien da el rayo en la boca.—Otro libro es un Goethe en francés. En Goethe, y mucho más lejos, en la antología griega,—y en la poesía oceánica, como los pantunes,—se encuentran los ritornelos, refranes y estrambotes que tiene la gente novelera, y de cultura de alfiler, como cosa muy contemporánea: la profecía y censura de las minimces de hoy y huecas elegancias, se encuentran, enteras, en los versos sobre *Un chino en Roma*.

2 de Marzo.

En un crucero, con el río a la bajada, está de un lado, donde se abre la vía, un Cristo de madera, bajo dosel de zinc, un Cristo francés, fino y rosado, en su cruz verde, y la cerca de alambre. Enfrente, entre las ruinas desdentadas de una ancha casa de ladrillo, hay un rancho embarrado, y un centinela a la puerta, de sombrero azul, que me presenta el arma. Y el oficial saluda.—Me entro por una enramada, a rociar el agua con ron de anís del ventorrillo, y nadie tiene cambio para un peso.—Pues ¿dejaré el peso, porque he hecho gasto aquí?—*Pas ça, pas ça mosié*. No me quieren el peso. Reparto saludos.—*Bon blanc! Bon blanc!*—A las ocho me llamó hermano Nephtali en Fort Liberté: a las cinco, costeano la concha de la bahía, entro, por la arena salina, en Cabo Haitiano. Echo pie a tierra delante de la puerta generosa de Ulpiano Dellundé.¹⁰³

La fiesta está en el sol, que luce como más claro y tranquilo, dorándolo todo de un oro como de naranja, con los trajes planchados y vistosos, y el gentío sentado a las puertas, o bebiendo refrescos, o ajeno o anisado, en las mesas limpias, al sombrío de los árboles, o apiñado bajo un guanábano, donde oye el coro de carcajadas a un vejancón que tienta de amores a una vieja, y los mozos, de dril blanco, echan el brazo por la cintura a las mozas de bata morada. Una madre me trae, al pie del caballo, su mulatico risueño, con camisolín de lino y cintas, el gorro rosado y los zapatos de estambre blanco y amarillo. Y los ojos me comen, y luego se echa a reír, mientras se lo acaricio y se lo beso. Vuelvo riendas, sobre la tienda azul, a que el potro repose unos minutos, y a tender sobre

¹⁰³ Al margen de la página del original que comienza en el párrafo siguiente hay una nota del propio Martí, entre paréntesis, que dice:

(Aquí sigue la nota del 2 de marzo, interrumpida, sobre *Petit Trou*, después de la de Nephtali, en Fort Liberté.)

una mesa mi queso y mi empanada, con la cerveza que no bebo. Con el bastón en alto perora un ochentón, de listado fino y botines de botonadura. La esposa, bella y triste, me mira, como súplica y cuento, medio escondida al marco de una puerta; y juega con su hija, distraída. El amo, de espaldas, me cubre con los ojos redondos desde su sillón, de botín y saco negro, y reloj bueno de plata, y la conversación pesada y espantadiza. Con los libros de la iglesia, y los cabos del pañuelo a la nuca, entra la amiga, hablando buen francés. De un ojeo copio la sala, embarrada de verde, con la cenefa de blando amarillo, y una lista rosada por el borde. El aire mueve en las ventanas, las cortinas. Adios. Sonríe el amo, solícito a mi estribo.

2 de Marzo

Vadeé un riachuelo, que al otro lado tiene un jabillal, de fronda alta y clara, por donde cae, arrasando hojas y quebrando ramos, la jabilla madura que revienta. Me detengo a remendar las amarras de mi capote, que son de cordel rabón, a poco de andar, a la salida del río, junto a un campesino dominguero, que va muy abotinado en su burro ágil, con la pipa a los labios barbudos, y el cabo del machete saliéndole por la rotura del saco de dril blanco. De un salto se apea, a servirme. — *Ah, compère! ne vous dérangez pas. — Pas ça, pas ça, l'ami. En chemin, garçon aide garçon. Tous sommes haïtiens ici.* Y muerde, y desbobla, y sujeta los cordeles; y seguimos hablando de su casa y de su mujer y de los tres hijos con que *Dieu m'a favorisé*, y del bien que el hombre siente cuando da con almas amigas, que el extraño de pronto le parece cosa suya, y se le queda en el alma recio y hondo, como una raíz. — *Ah, oui!*, con el *oui* haitiano, halado y profundo: — *Quand vous parlez de chez un ami, vous parlez de chez Dieu.*

2 de Marzo.

Por los fangales, que eran muchos, creí haber perdido el camino. El sol tuesta, y el potro se hala por el lodo espeso. De la selva, a un lado y otro, cae la alta sombra. Por entre un claro veo una casa, y la llamo. Despacio asoma una abuela, y la moza luego con el niño en brazos, y luego un muchachón, con calzones apenas, un harapo por sombrero, y al aire la camisa azul. Es el camino. Dieciséis años tiene la madre traviesa. Por dejarles una pequeñez en pago de su bondad les pido un poco de agua, que el muchachón me trae.

Y al ir a darle unas monedas, *Non: argent non; petit livre, oui.* Por el bolsillo de mi saco asomaba un libro, el segundo prontuario científico de Paul Bert. — De barro y paja, en un montón de maíz, es la *habitation de Mamenette, chemin du Cap.* Alrededor, fango, y selva sola. Sobre la cerca pobre empinaba los ojos luminosos Auguste Etienne.

2 de Marzo.

Ouanaminthe, el animado pueblo fronterizo, está alegre, porque es sábado, y de tarde. Otra vez lo vi, cuando mi primera entrada en Santo Domingo: me traía de prisa, en el negro de la tormenta, el mozo haitiano que me fue hablando de su casita nueva, y el matrimonio que iba a hacer con su enamorada, y de que iba a poner cortinas blancas en las dos ventanas de la sala: y yo le ofrecí las cintas. Sin ver, de la mucha agua, y de la oscuridad del anochecer, entramos aquella vez en Ouanaminthe con los caballos escurridos, yo a la lluvia, y mi mozo bajo el quitasol de Dellundé. A la guardia fuimos, buscando al Comandante de armas, para que refrendase los pasaportes. Y eso fue cuanto entonces vi de Ouanaminthe: el cuarto de guardia, ahumado y fangoso, con teas por luz, medidas en las grietas de la pared, un fusil viejo cruzado a la puerta, hombres mugrientos y descalzos que entraban y salían, dando fumadas en el tabaco único del centinela, y la silla rota que por especial favor me dieron, cercada de oyentes. Hablaban el criollo del campo, que no es el de la ciudad, más fácil y francés, sino crudo, y con los nombres indios o africanos. Les dije de guerra y de nuestra guerra, e iba cayendo la desconfianza, y encendiéndose el cariño. Y al fin exclamó uno esta frase tristísima: *Ah! Gardez ça: blanc, soldat aussi!* El cuarto de guardia vi, y al comandante luego, en una casa de amigas, con pobre lámpara en la mesa de pino, ellas sentadas, de pañuelo a la cabeza, en sillones mancos, y él, flaco y cortés. Así pasé entonces.

Esta vez, la plaza está de ejercicios, y los edecanes corretean por frente a las filas, en sus caballos blancos o amarillos, con la levita de charreteras y el tricornio, que en el jefe lleva pluma. Pasan, caracoleando, los caballos que vienen a la venta. En casas grandes se ve sillería de Viena. La iglesia es casi pomposa, en tal villorio, con su recia mampostería, y sus torres cuadradas. Hay sus casas de alto, con su balcón de colgadizo, menudo y alegre. Es el primer caserío haitiano, y ya hay vida y fe. Se sale del poblado saludando al cónsul dominicano en Fort Liberté, un brioso mulato,

de traje azul y sombrero de panamá, que guía bien el caballo blanco, sentado en su montura de charol. Y pasan recuas, y contrabandistas. Cuando los aranceles son injustos, o rencorosa la ley fronteriza, el contrabando es el derecho de insurrección. En el contrabandista se ve al valiente, que se arriesga; al astuto, que engaña al poderoso; al rebelde, en quien los demás se ven y admiran. El contrabando viene a ser amado y defendido, como la verdadera justicia. Pasa un haitiano, que va a Dajabón a vender su café: un dominicano se le cruza, que viene a Haití a vender su tabaco de mascar, su afamado andullo:—“Saludo”.—“Saludo”.

2 de Marzo.

Corona, “el general Corona”, va hablándome al lado. “Es cosa muy grande, según Corona, la amistad de los hombres.” Y con su “dimpués” y su “inorancia” va pintando en párrafos frondosos y floridos el consuelo y fuerza que para el corazón “sofocado de tanta malinidad y alevosía como hai en este mundo” es el saber que “en un conuco de por ahí está un eimano poi quien uno puede dai la vida”. “Puede Uté decir que, a la edad que tengo, yo he peleado más de ochenta peleas.” El quiere “decencia en el hombre”, y que el que piense de un modo no se dé por dinero, ni se rinda por miedo, “a quien le quiere prohibir ei pensar”. “Yo ni Comandante de aimas quiero ser, ni inteiventor, ni ná de lo que quieren que yo sea, poi que eso me lo ofrece ei gobierno poi que me ve probe, pa precuiraime mi deshonor, o pa que me entre temó de su venganza, de que no le aceite ei empleo.” “Pero yo voy viviendo, con mi honradé y con mi caña.” Y me cuenta los partidos del país; y cómo salió a cobrar, con dos amigos, la muerte de su padre al partido que se lo mató; y cómo con unos pocos, porque falló el resto, defendió la fortaleza de Santiago, “el reducto de San Luis”, cuando se alzó con él, contra Lili, Filo Patiño “que aorita etá de empleado dei gobierno”. “Poi ete hombre o poi ei otro no me levanto yo, sino de la ira muy grande y de la desazón que me da e vei que los hombres de baiba tamaña obedecen o siven a la tiranía.” “Cuando yo veo injusticia, las dos manos me bailan, y me le voi andando ai rifle, y ya no quiero má cuchillo ni tenedor.” “Poi que yo de aita política no sé mucho, pero a mí acá en mi sentimiento me parece sabé que política e como un debé de dinidá.” “Poique yo, o todo, o nada.” “Trece hijos tengo, amigo, pero no de la misma mujei; poi que eso sí tengo yo, que cuando miro asina, y veo que voi a tener que etái en un

lugai má de un me o do, ensegua me buco mi mejó comodidá”; y luego, a la despedida, “ella ve que no tiene remedio, y la dejo con su casita y con algunos cuaitos: poi que a mi mujei legítima poi nada de ete mundo le deberé faitai.” A ella vuelve siempre, ella le guardó la hacienda cuando su destierro, le pagó las deudas, le avuda en todos sus trabajos, y “que ella tiene mi mesma dinidá, y si yo tengo que echame a la mala vida a pasai trabajo, yo sé que mis hijito quedan detrá mui bien guardaos, y que esa mujé no me tiene a mal que yo me conduca como un hombre”.—De pronto, ya caída la noche, pasa huida, arrastrando el aparejo, que queda roto entre dos troncos, una mula de la recua de Corona. El se va con sus dos hombres a buscar la mula por el monte, en lo que pasará la noche entera. Yo me buscaré un guía haitiano en aquella casita del alto donde se ve luz. Yo tengo que llegar esta noche a Fort Liberté. Corona vuelve, penoso por mí.—“Vd. no va a jallá ei hombre que buca.” Les habla él, y no van. Lo hallé.

2 de Marzo.

Mi pobre negro haitiano va delante de mí. Es un cincuentón zancudo, de bigote y pera, y el sombrero deshecho, y el retazo de camisa colgándole del codo, y por la espalda un fusil de chispa, y la larga bayoneta. Se echa a trancos por el camino, y yo, a criollo y francés, le pago sus dos *gourdes*, que son el peso de Haití, y le ofrezco que no le haré pasar de la entrada del pueblo, que es lo que teme él, porque la ordenanza de la patrulla es poner preso al que entre al poblado después del oscurecer: *Mosié blanc pringarde:li metté mosié prison*. De cada rama me va avisando. A cada charco o tropiezo vuelve la cara atrás. Me sujeta una rama, para que no dé contra ella. La noche está velada, con luz de luna a trechos, y mi potro es saltóu y espantadizo. En un claro, al salir, le enseño al hombre mi revólver Colt, que reluce a la luna: y él, muy de pronto, y como chupándose la voz, dice:—¡*Bon, papá!*

2 de Febrero.¹⁰⁴

Ya después de las diez entro en Fort Liberté, solo. De lejos venía oyendo la retreta, los ladridos, el rumor confuso. De la casa cerrada de una Feliciano, que me habla por la pared y no tiene alojamiento, voy

¹⁰⁴ Equivocación de Martí: febrero por marzo.

buscando la casa de Nephtalí, que lo puede tener. Ante el listón de luz que sale de la puerta a medio cerrar recula y se me sienta mi caballo. — “¿Es acá Nephtalí?” — Oigo ruido, y una moza se acerca a la puerta. Hablamos, y entra ...*Bien sellé, bien bridé: pas commun...* Eso dicen, adentro, de mí. Si puedo entrar; y la moza, con su medio español, va a abrirme la puerta del patio. En la oscuridad desensillo mi caballo, y lo amarro a una higuera. La gallera está llena de hamacas, donde duerme gente que vino de sábado a gallear. Y adentro “de caridad” ¿habrá dónde duerma, y qué coma, un pasajero respetuoso? Me viene a hablar, en camiseta y calzones negros, un mocete blancucho, de barbija, bigotín y bubones, que habla un francés castizo y pretencioso. En la mesa empolvada revuelvo libros viejos: textos descuaderados, catálogos, una Biblia, periódicos masones. Del cuarto de al lado salen risas, — y la moza luego, la hija de la casa, a arreglar hacia el medio de las sillas de Viena, — y luego sale el colchón: que echo yo por tierra, y las sillas a un lado. ¿De allá adentro, quien me ha dado su colchón? Por la puerta asoma una cabeza negra, un muchachón que ríe en camisola de dormir. De cena, dulce de maní, y casabe: y el vino piamontés que me puso Montesinos en la cañonera, y parto con la hija, segura y sonriente. El castizo se fue en buen hora. *Le chemin est voitureable*: el camino a Fort Liberté: *Oñ, monsieur: l'aristocratie est toujours bien reçue!*: y que no hay que esperar nada de Haití, y que hay mucha superstición, y que “todavía” no ha estado en Europa, y que si “las señoras de al lado quieren que las vaya a ayudar”. Le acaricio la mano fina a la buena muchacha, y duermo tendido, bajo el techo amable. — A las seis, está en pie Nephtalí a mi cabecera: bienvenido sea el huésped: el huésped no ha molestado: perdónelo el huésped porque no estaba anoche a su llegada. Todo él sonrío, con su dril limpio, y sus patillas de chuleta: van saliendo en la plática nombres conocidos: Montesinos, Montecristi, Jiménez. No me pregunta quién me envía. Para mí es el almuerzo oloroso, que el mocetín, muy encorbatado, se sienta a gustar conmigo: y Nephtalí y la hija me sirven: el amuerzo es buen queso, y pan suave, del horno de la casa, y empanadillas de honor, de la harina más leve, con gran huevo: el café es oro, y la mejor leche. “Madame Nephtalí” se deja ver, alta y galana, con su libro de misa, de mantón y sombrero, y me la presenta con ceremonia Nephtalí. En el patio, baña el sol los rosales, y entran y salen a la panadería, con tableros de masa, y la gallera está como una joya, de limpia y barrida, y Nephtalí dice al castizo que “superstición en Haití, hay y no hay: y que el que la quiere ver

la ve, y el que no, no da nunca con ella, y él, que es haitiano, ha visto en Haití poca superstición”. Y ¿en qué se ocupa *monsieur* Lespinasse, el castizo, amigo de un músico de bailes que lo viene a ver? ¡Ah! escribe uno u otro artículo en *L'Investigateur: on est journaliste: l'aristocratie n'a pas d'avenir dans ce pays-ci*. Para el camino me pone Nephtalí del queso bueno, y empanadilla y panetela. Y cuando me llevo al buen hombre a un rincón, y le pregunto temeroso lo que le debo, me ase por los dos brazos, y me mira con reproche: *Comment, frère? On ne parle pas d'argent, avec un frère*. Y me tuvo el estribo, y con sus amigos me siguió a pie, a ponerme en la calzada.

3 de Marzo.

Como un cestón de sol era Petit Trou aquel domingo. A vagos grupos, planchados y lucientes, veía el gentío de la plaza los ejercicios de la tropa.

3 de Marzo.

Hallo, en un montón de libros olvidados bajo una consola, uno que yo no conocía: *Les Mères Chretiennes des Contemporains Illustres*. Lo hojeo, y le descubro el espíritu: con la maña de la biografía es un libro escrito por el autor de *L'Académie Française au XIX^{me} Siècle*, para fomentar, dándola como virtud suprema y creatiz, la devoción práctica en los casos: la confesión, el “buen cura”, el “santo abad”, el rezo. Y el libro es rico, de página mayor, con los cantos dorados, y la cubierta roja y oro. El índice, más que del libro, lo es de la sociedad, ya hueca, que se acaba: “Las altas esferas de la sociedad”. — “El mundo de las letras”. — “El clero”. — “Las carreras liberales”. — Carrera: el cauce abierto y fácil, la gran tentación, la satisfacción de las necesidades sin el esfuerzo original que desata y desenvuelve al hombre, y lo cría, por el respeto a los que padecen y producen como él, en la igualdad única duradera, porque es una forma de la arrogancia y el egoísmo, que asegura a los pueblos la paz sólo asequible cuando la suma de desigualdades llegue al límite mínimo en que las impone y retiene necesariamente la misma naturaleza humana. Es inútil, y generalmente dañino, el hombre que goza del bienestar de que no ha sido creador: es sostén de la injusticia, o tímido amigo de la razón, el hombre que en el uso inmerecido de una suma de comodidad y placer que no está en relación con su esfuerzo y

servicio individuales, pierde el hábito de crear, y el respeto a los que crean. Las carreras, como aún se las entiende, son odioso, y pernicioso, residuo de la trama de complicidades con que, desviada por los intereses propios de su primitiva y justa potencia unificadora, se mantuvo, y mantiene aún, la sociedad autoritaria:—sociedad autoritaria es por supuesto, aquella basada en el concepto, sincero o fingido, de la desigualdad humana, en la que se exige el cumplimiento de los deberes sociales a aquellos a quienes se niegan los derechos, en beneficio principal del poder y placer de los que se los niegan: mero resto del estado bárbaro.—Lo del índice de “Las Madres Cristianas”: “Las altas esferas de la sociedad”.—“El mundo de las letras”.—“El Clero”.—“Las carreras liberales”.

Por donde dice “Madame Moore” abro el libro. Madame Moore, la madre de Tomás Moore, a cuya “Betsy” admiro, leal y leve; y siempre fiel, y madre verdadera, a su esposo danzarín y vano. Como muy santa madre da el libro a la de Moore, y lo de ella lo prueba por la vida del hijo. Pero no dice lo que es: que por donde el hijo cristiano comenzó, fue por la traducción picante y feliz de las odas de Anacreonte.—De Margarita Bosco habla mucho, que es madre de cardenal, que recuerda mucho la del cura mimado de *La Regenta*, de Alas,—aquel cura sanguíneo a quien la madre astuta le ponía la cama y la mesa. Conocí yo a un hijo del príncipe Bosco: el padre había sido amante de la reina de Nápoles, de la última reina: el hijo había sido en Texas capitán de la milicia montada, y en Brooklyn era domador de caballos.—Una madre es “Madame Río”, de A. del Río, “el ilustre autor de *L’Art Chrétien*”. Otra “Madame Pie”, la del obispo de Poitiers. “Madame Osmond” es otra, la del conde que escribió *Reliques et Impressions*. Otra es la madre de Ozanam, el católico elocuente y activo. Y otra la de Gerando, aquel cuyas metafísicas leía atento Michelet, cuando vestía frac y zapatos de hebilla, y daba clase de historia a las princesas.

3 de Marzo.

Me voy a pelar, a la mísera barbería de Martínez, en la calle de la Playa: él reluce de limpio, chiquitín y picante, en la barbería empapelada a retazos, con otros de mugre, y cromos viejos: y en techo muy alto, de listones de lienzo, seis rosas de papel.—“¿Y Vd., Martínez, será hombre casado?”—“Hombre como yo, ambulante, no puede casar.”—“¿Y dónde aprendió su español?”—“En San Thomas: yo era de San Thomas, santo-

meño.”—“¿Y ya no lo es Vd.?”—“No, ahora soy haitiano. Soy hijo de danés, no vale de nada: soy hijo de inglés, no vale de nada: soy hijo de español, peor: España es la más mala nación que hay en el mundo. Para hombre de color, nada vale de nada.”—“¿Conque no quiere ser español?”—“Ni cubano quiero yo ser, ni puertorriqueño, ni español. Si era blanco español inteligente, sí, porque le doy la gobernación de Puerto Rico, con \$500 mensuales: si era hijo de Puerto Rico, no. Lo peor del mundo, español.”—A la pordiosera que llega a la puerta: “Todavía no he ganado el primer cobre.”

4 de Marzo.

Y abrí los ojos en la lancha, al canto del mar. El mar cantaba. Del Cabo salimos, con nubarrón y viento fuerte, a las diez de la noche; y ahora, a la madrugada, el mar está cantando. El patrón se endereza, y oye erguido, con una mano a la tabla y otra al corazón: el timonel, deja el timón a medio ir: “Bonito eso”: “Eso es lo más bonito que yo haya oído en este mundo”: “Dos veces no más en toda mi vida he oído yo esto bonito”. Y luego se echa a reír: que los *vaudous*, los hechiceros haitianos, sabrán lo que eso es: que hoy es día de baile *vaudou*, en el fondo de la mar, y ya lo sabrán a hora los hombres de la tierra: que allá abajo están haciendo los hechiceros sus encantos. La larga música, extensa y afinada, es como el son unido de una tumultuosa orquesta de campanas de platino. Vibra igual y seguro el eco resonante. Como en ropa de música se siente envuelto el cuerpo. Cantó el mar una hora, —más de una hora.—La lancha piafa y se hunde, rumbo a Montecristi.

6 de Marzo.

¡Ah, el eterno barbero, con el sombrero de paja echado a la nuca, los rizos perfumados a la frente, y las pantuflas con estrellas y rosas! En la barbería no hay más que dos espejos, de marco de madera, con la repisa de pomos vacíos, un cepillo mugriento, y pomadas viejas. A la pared está un mostruario de panamás de cinta fina, libros descuadernados, y papelería revuelta. En medio del salón, de grandes manchas de agua, está la silla donde el pinche empolva al que se alza de afeitarse.—“Mira, muchacho de los billetes: ven acá.”—“Cómprale un billete: dale un peso.”

6 de Marzo.

Oigo un ruido, en la calle llena del sol del domingo, un ruido de ola, y me parece saber lo que es. ¡Es! Es el fustán almidonado de una negra que pasa triunfante, quemando con los ojos, con su bata limpia de calicó morado oscuro, y la manta por los hombros. La haitiana tiene piernas de ciervo. El talle natural y flexible de la dominicana da ritmo y poder a la fealdad más infeliz. La forma de la mujer es conyugal y cadenciosa.

29 de Marzo.

De sobremesa se habló de animales: de los caos negros, y capaces de hablar, que se beben la leche, — de cómo se salvó el ratón de las pulgas, y se relame el rabo que hundió en la manteca, — del sapo, que se come las avispas, — del murciélago, que se come al cocuyo, y no la luz. Un cao bribón veía que la conuquera ordeñaba las vacas por las mañanas, y ponía la leche en botellas: y él, con su pico duro, se sorbía la primer leche, y cuando había secado el cuello, echaba en la botella piedrecitas, para que la leche subiera. El ratón entra al agua con una mota de algodón entre los dientes, adonde las pulgas por no ahogarse vuelan; y cuando ya ve la mota bien negra de pulgas, la suelta el ratón. El sapo hunde la mano en la miel del panal, y luego, muy sentado, pone la mano dulce al aire, a que la avispa golosa venga a ella: y el sapo se la traga. El murciélago trinca al cocuyo en el aire y le deja caer al suelo la cabeza luminosa.

29 de Marzo.

Venimos de la playa, de ver haces de campeche y mangle espeso: venimos por entre la tuna y el aroma. Y un descalzo viene cantando desde lejos, con voz rajada y larga, una trova que no se oye, y luego ésta:

*Te quisiera retratar
En una concha de naclé
Para cuando no te vea
Alzar la concha, y mirarte.*

30 de Marzo.

César Salas, que dejó ir su gente rica a Cuba, para no volver más que “como debe volver un buen cubano”, es hombre de crear, sembrador e industrial, con mano para el machete y el pincel, e igual capacidad para el sacrificio, el trabajo y el arte. De las cuevas de San Lorenzo, allá en Samaná, viene ahora; y cuenta las cuevas. La mayor es como la muestra de las muchas que por allí hay, con el techo y las paredes de pedrería destilada, que a veces cuelga por tierra como encaje fino, y otras exprime, gota a gota, “un agua que se va cuajando en piedra”. Es grande el frescor, y el piso de huano blanco y fino, que en la boca no desagrada, y se disuelve. La galería, de trecho en trecho, al codear, cría bóveda, y allí, a un mismo rumbo, hay dos caras de figuras pintadas en la pared, a poco más de altura de hombre, que son como redondeles imperfectos, donde está de centro un rostro grande humano sobre la vértice de un triángulo, crestado a todo el borde, con dos rostros menores a los lados, y a todo el rededor dibujos jeroglíficos de homúnculos con la azada en una mano, o sin ella; de caballo o mula; de gallina: — la conquista acaso, y las minas bárbaras, ofrecidas a la religión del país, en los altares de las cuevas de asilo. — Allí ha hallado César Salas caracoles innúmeros, de que debió vivir la indiada; y hachas grandes de sílex, de garganta o de asta. Los caracoles hacen monte a las aberturas. Por cuatro bocas se entra a la cueva. Por una, espumante y resonante, entra el mar. De una boca; por entre bejucos, se sube al claro verde.

1° de Abril.

A paso de ansia, clavándonos de espinas, cruzábamos, a la media noche oscura, la marisma y la arena. A codazos rompemos la malla del cambrón. El arenal, calvo a trechos, se cubre a manchones del árbol punzante. Da luz como de sudario, al cielo sin estrellas, la arena desnuda; y es negro lo verde. Del mar se oye la ola, que se exhala en la playa; y se huele la sal. — De pronto, de los últimos cambreros, se sale a la orilla, espumante y velada — y como revuelta y cogida — con ráfagas húmedas. De pie, a las rodillas el calzón, por los muslos la camisola abierta al pecho, los brazos en cruz alta, la cabeza aguileña, de pera y bigote, tocada del yarey, aparece impasible, con la mar a las plantas y el cielo por fondo, un negro haitiano. — El hombre asciende a su plena beldad en el silencio de la naturaleza.

3 de Abril.

La ingratitud es un pozo sin fondo,—y como la poca agua, que aviva los incendios, es la generosidad con que se intenta corregirla. No hay para un hombre peor injuria que la virtud que él no posee. El ignorante pretencioso es como el cobarde, que para disimular su miedo da voces en la sombra. La indulgencia es la señal más segura de la superioridad. La autoridad ejercitada sin causa ni objeto denuncia en quien la prodiga falta de autoridad verdadera.

3 de Abril.

Pasan volando por lo alto del cielo, como grandes cruces, los flamencos de alas negras y pechos rosados. Van en filas, a espacios iguales uno de otro, y las filas apartadas hacia atrás. De timón va una hilera corta. La escuadra avanza ondeando.

3 de Abril.

En el medio de la mar, recuerdo estos versos:

*Un rosal cría una rosa
Y una maceta un clavel
Y un padre cría a una hija
Sin saber para quien es.*

4 de Abril.

En la goleta "Brothers", tendido en cubierta, veo, al abrirse la luz, el rincón de Inagua, de árbol erizado, saliendo, verdozo, de entre sus ruinas y salinas. Rosadas como flamencos, y de carmín negruzco, son las nubes que se alzan, por el cielo perlado, de las pocas casas. Me echo a la playa, a sujetar bribones, a domarlos, a traerles a la mano el sombrero triunfador. Lo logro. En las idas y las venidas, ojeo el pueblo: mansiones desiertas y descabezadas, muros roídos del abandono y del fuego, casas blancas de ventanas verdes, arbolejos de púas, y florales venenosos. No tiene compradores la mucha sal de la isla; yace el ferrocarril; quien tuvo barcos los vende; crece penosa la industria del henequén; el salón de leer tiene quince socios, a real mensual; el comerciante de más brillo es

tierno amigo de un patrón contrabandista; el capitán del puerto,—ventrudo mozo—es noble de alma, y por tanto cortés, y viste de dril blanco: el sol salino ciega. Contra una pared rota duerme una pila de guayacancillo, el "leño de la vida", que "arde como una antorcha", con su corazón duro: dos burros peludos halan de un carro, mal lleno de palos de rosa, rajados y torcidos: junto a un pilar hay un saco de papas del país: de una tienda, mísera, sale deshecha una vieja blanca, de espejuelos, pamela y delantal, a ofrecernos pan, anzuelos, huevos, gallinas, hilo: la negraza, de vientre a la nariz, y los pendientes de coral al hombro, dice, echada en el mostrador de su tienda vacía, que "su casa de recibir no es allí", donde tres hombres escaldados reposan un instante, secándose el sudor sangriento, en los cajones que hacen de sillas: y por poder sentarse, compran a la tendera, de dientes y ojos de marfil, todo el pan y los dulces de la casa:—tres chelines: ella cubre de sus anchas sonrisas el suelo.—Pasa Hopkins, cuarentón de tronco inglés y tez de cobre, vendiendo "su gran corazón", su "pecho valiente, que sirve por dos pechos", los botines rastreros, que se saca de los pies, un gabán roto. El irá "a todas partes, si le pagan", porque "él es un padre de familias, que tiene dos mujeres": él es "un alma leal":—él se cose a los marineros, y les va envenenando la voluntad, para que no acepten el oficio que no se quiso poner en él: revende un pollo, que le trae de las patas un policía de casco de corcho, patillas de chuleta y casimir azul de bocas rojas.—Pasa el guadalupeño, de torso color de chocolate, y la cana rizada de sus setenta y cuatro años: lleva al aire los pechos y los pies, y el sombrero es de penca: ni bebió ni fumó, ni amó más que en casa, ni necesita espejuelos para leer de noche: es albañil, y contratista, y pecador.—Pasa, con su caña macaca de puño neoyorquino, el patrón contrabandista, de sorija recia al anular, y en la cabeza de respeto el panamá caro.—Pasa el patrón blandilocuo, de lengua patriarcal y hechos de zorro, el que a la muerte del hijo "no lloró el dolor, sino que lo sudó": y rinde, balbuceando, el dinero que robaba. Pero él es "un caballero, y conoce a los caballeros": y me regala, sombrero en mano, una caneca de ginebra.

5 de Abril.

El vapor carguero, más allá de la mar cerúlea de la playa, vacía su madera de Mabila en la balsa que le flota al costado, de popa a proa, en el oleaje turquí. Descuelgan la madera, y los trabajadores la halan

y la cantan. Puja el vapor al sesgo por arrimar la balsa a la orilla: y los botes remolcadores se la llevan, con los negros arriba en hilera, halando y cantando.

5 de Abril.

David, de las islas Turcas, se nos apegó desde la arrancada de Montecristi. A medias palabras nos dijo que nos entendía, y sin espera de paga mayor, ni tratos de ella, ni mimos nuestros, él iba creciéndose con la fuga de los demás; y era la goleta él solo, con sus calzones en tiras, los pies roídos, el levitón que le colgaba por sobre las carnes, el yarey con las alas al cielo. Cocinaba él el “locrío”, de tocino y arroz; o el “sanchocho”, de pollo y pocas viandas; o el pescado blanco, el buen “*mutton-fish*”, con salsa de mantequilla y naranja agria: él traía y llevaba, a “gudilla” pura, — a remo por timón, — el único bote: él nos tendía de almohada, en la miseria de la cubierta, su levitón, su chaquetón, el saco que le era almohada y colcha a él: él, ágil y enjuto, ya estaba al alba bruñendo los calderos. Jamás pidió, y se daba todo. El cuello fino, y airoso, le sujetaba la cabeza seca: le reían los ojos, sinceros y grandes: se le abrían los pómulos, decidores y fuertes: por los cabos de la boca, desdentada y leve, le crecían dos rizos de bigote: en la nariz, franca y chata, le jugaba la luz. Al decirnos adiós se le hundió el rostro, y el pecho, y se echó de bruces, llorando, contra la vela atada a la botavara. — David, de las islas Turcas.

6 de Abril.

Es de pilares, de buen caoba, la litera del capitán del vapor, — el vapor carguero alemán, que nos lleva al Cabo Haitiano. La litera cubre las gavetas, llenas de mapas. En la repisa del escritorio, entre gaceteros y navegadores, está Goethe todo, y una novela de Gaudy. Preside la litera el retrato de la mujer, cándida y huesuda. A un rincón, la panoplia es de una escopeta de caza, dos puñales, un pistolín perrero, y dos pares de esposas, — “que uso para los marineros algunas veces”. Y junto hay un cuadro, bordado de estambre, “del estambre de mi mujer”, que dice, en letra góticas:

*In allen Stürmen,
In aller Noth,
Mög er dich beschirmen
Der treue Gott.*

7 de Abril.

Por las persianas de mi cuarto escondido me llega el domingo del Cabo. El café fue “caliente, fuerte y claro”/ el sol es leve y fresco. Chacharea y pelea el mercado vecino. De mi silla de escribir, de espaldas al cancel, oigo el fustán que pasa, la chancleta que arrastra, el nombre del poeta Tertulien Guilbaud, el poeta grande y pulido de *Patrie*, — y el grito de una frutera que vende “caïmite!” Suenan, lejanos, tambores y trompetas. En las piedras de la calle, que la lluvia desencajó ayer, tropiezan los caballos menudos. Oigo *le bon Dieu*, — y un bastón que se va apoyando en la acera. Un viejo elocuente predica religión, en el crucero de las calles, a las esquinas vacías. Le oigo: “Es preciso desterrar de este fuerte país negro a esos mercaderes de la divinidad salvaje que exigen a los pobres campesinos, como el ángel a Abraham, el sacrificio de sus hijos a cambio del favor de Dios: el gobierno de este país negro, de mujeres trabajadoras y de hombres vírgenes, no debe matar a la infeliz mujer que mató ayer a su hija, como Abraham iba a matar a Isaac, sino acabar, ‘con el rayo de la luz, al *papa-boco*, al sacerdote falso que se les entra en el corazón con el prestigio de la medicina y el poder sagrado de la lengua de los padres’. Hasta que la civilización no aprenda criollo, y hable en criollo, no civilizará.” Y el viejo sigue hablando, en soberbio francés, y puntúa el discurso con los bastonazos que da sobre las piedras. Ya lo escuchan: un tambor, dos muchachos que ríen, un mocete de corbata rosada, pantalón de perla, y bastón de puño de marfil. Por las persianas le veo al viejo el traje pardo, aflautado y untoso. A los pies le corre, callada, el agua turbia. La vadea de un salto, con fines botines, una mulata cincuentona y seca, de manteleta, y sombrero, y libro de horas y sombrilla: escarban, sus ojos verdes. Del libro a que vuelvo, en mi mesa de escribir, caen al suelo dos tarjetas, cogidas por un lazo blanco: la mínima, de ella, dice “Mlle. Elise Etienne, Cap Haitien”: la de él, la grande, dice: “Mr. Edmond Férere: — Francés”. — Es domingo de Ramos.

8 de Abril.

Por el poder de *resistencia* del indio se calcula cuál puede ser su poder de *originalidad*, y por tanto *la iniciación*, en cuanto lo encariñen, lo muevan a fe justa, y emancipen y deshielen su naturaleza. — Leo sobre indios.

8 de Abril.

Del flaco Moctezuma acababa de leer, y de la inutilidad de la timidez y de la intriga. Con mucho amor leí de Cacama, y de Cuitláhuac, que a cadáveres heroicos le tupían los cañones a Cortés. Lei con ira de la infame o infortunada Tecuichpo, que con Cuauhtémoc en la piragua real defendió el águila, y a pecho de pluma se echó sobre el arcabuz, y luego, —la que había dormido bajo los besos indios del mártir,—se acostó a dormir, de mujer de español, en la cama de Alonso de Grado, y de Pedro Callejo, y de Juan Cano. El verso caliente me salta de la pluma. Lo que refreno, desborda. Habla todo en mí, lo que no quiero hablar,—ni de patria, ni de mujer. A la patria ¡más que palabras! De mujer, o alabanza, o silencio. La vileza de nuestra mujer nos duele más, y humilla más, y punza más, que la de nuestro hombre.—Entra Tom a mi cuarto escondido.—Tom, el negro leal de San Thomas, que con el siglo a espaldas sirve y ama a la casa de Dellundé. Con un doblez de papel en que pido libros, para escoger, a la librería de la esquina, la librería haitiana, le doy un billete de dos pesos, a que lo guarde en rehenes, mientras escojo.—Y el librero, el caballero negro de Haití, me manda los libros,—y los dos pesos.

DIARIO¹⁰⁵

DE CABO HAITIANO A DOS RÍOS

¹⁰⁵ Este diario de Martí, de la última etapa de su peregrinar revolucionario, fue publicado por primera vez en el *Diario de Campaña del Mayor General Máximo Gómez, 1868-1899* (págs. 287-325), en edición homenaje al cumplirse el 104 aniversario del natalicio del General Máximo Gómez, 18 de noviembre de 1940, y por separado, en edición extraordinaria, con una introducción y notas bibliográficas y pensamientos martianos, en 1941, por el historiador Gerardo Castellanos G., hijo del comandante Gerardo Castellanos Leonart, hombre de toda la confianza del Maestro y su primer comisionado a la Isla, después de fundado el Partido Revolucionario Cubano. En esta labor de dar a conocer tan precioso documento intervinieron el ya mencionado Gerardo Castellanos G., Luis Angel Gorordo, y el doctor Bernardo Gómez Toro, hijo del Generalísimo.

Por considerarlo de especial interés reproducimos la siguiente nota final de Gerardo Castellanos G. al *Diario de Martí*:

Este diario del Maestro se compone actualmente (y es lo que se halla en el Archivo de Máximo Gómez) de veintisiete pequeñas hojas o cuartillas, útiles y escritas todas de puño y letra del mismo, en escritura microscópica alternativamente con tinta y lápiz; con tamaño cada cuartilla de dieciséis centímetros de alto por once de ancho. Están marcadas con los folios del Archivo que corren del 4650 al 4676, ambos inclusive. Y con paginación, del mismo Maestro, del número uno al cincuenta y siete. Comienza el día nueve de abril de 1895 y termina el diecisiete de mayo, esto es, dos días antes de morir.

Es de llamar la atención—extremo que seguramente habrá advertido el lector en el curso del texto de este Diario—que hay un salto en el orden de las fechas, al faltar la anotación correspondiente al día seis de mayo. Y, efectivamente, no aparecen en el Archivo las cuartillas que comprenden del número veintiocho al treinta y uno, ambos inclusive, es decir, cuatro, que abarcan, justamente, todo el citado día seis de mayo.

9 Abril. – Lola, jolongo, llorando en el balcón. Nos embarcamos.

10. – Salimos del Cabo. – Amanecemos en Inagua. – Izamos velas.

11. – *bote*. Salimos a las 11. Pasamos (4) rozando a Maisí, y vemos la farola. Yo en el puente. A las 7 1/2, oscuridad. Movimiento a bordo. Capitán conmovido. Bajan el bote. Llueve grueso al arrancar. Rumbamos mal. Ideas diversas y revueltas en el bote. Más chubasco. El timón se pierde. Fijamos rumbo. Llevo el remo de proa. Salas rema seguido. Paquito Borrero y el General ayudan de popa. Nos ceñimos los revólveres. Rumbo al abra. La luna asoma, roja, bajo una nube. Arribamos a una playa de piedras, *La Playita* (al pie de *Cajobabo*). Me quedo en el bote el último vaciándolo. Salto. Dicha grande. Viramos el bote, y el garrafón de agua. Bebemos Málaga. Arriba por piedras, espinas y cenegal. Oímos ruido, y preparamos, cerca de una talanquera. Ladeando un sitio, llegamos a una casa. Dormimos cerca, por el suelo.

12. – A las 3 nos decidimos a llamar. Blas, Gonzalo, y la *Niña*. – José Gabriel, vivo, va a llamar a Silvestre. – Silvestre dispuesto. – Por repechos, muy cargados, salimos a buscar a Mesón, al Tacre, (Záguere). En el monte claro esperamos, desde las 9, hasta las 2. – Convento a Silvestre a que nos lleve a Imía. – Seguimos por el cauce del Tacre. – Decide el General escribir a Fernando Leyva, y va Silvestre. Nos metemos en la cueva, campamento antiguo, bajo un farallón, a la derecha del río. Dormimos – hojas secas –. Marcos derriba: Silvestre me trae hojas.

13. – Viene Abraham Leyva, con Silvestre cargado de carne de puerco, de cañas, de buniatos, del pollo que manda la *Niña*. Fernando ha ido a buscar el práctico. – Abraham, rosario al cuello. Alarma; y preparamos, al venir Abraham, a trancos. Seguía Silvestre con la carga; a las 11. De mañana nos habíamos mudado a la vera del río, crecido en la noche, con estruendo de piedras que parecía de tiros. – Vendrá práctico. Almorzamos. Se va Silvestre. Viene José a la una con su yegua. Seguiremos con él. – Silbidos y relinchos: saltamos: apuntamos: sin Abraham. – Y Blas. – Por una conversación de Blas supo Ruenes que habíamos llegado,

y manda a ver, a unírseos. Decidimos ir a encontrar a Ruenes al Sao del Nejesial.—Saldremos por la mañana. Cojo hojas secas, para mi cama.—Asamos buniatos.

14.—Día mambí.—Salimos a las 5. A la cintura cruzamos el río, y recruzamos por él—bayás altos a la orilla. Luego, a zapato nuevo, bien cargado, la altísima loma, de yaya de hoja fina, majagua de Cuba, y cupey, de piña estrellada. Vemos, acurrucada en un lechero, la primera jutía. Se descalza Marcos, y sube. Del primer machetazo la degüella: *Está aturdida: Está degollada*. Comemos naranja agria, que José coge, retorciéndolas con una vara: “¡qué dulce!” Loma arriba. Subir lomas hermana hombres. Por las lomas llegamos al Sao del Nejesial: lindo rincón, claro en el monte, de palmas viejas, mangos y naranjas. Se va José. Marcos viene con el pañuelo lleno de cocos. Me dan la manzana Guerra y Paquito de guardia. Descanso en el campamento. César me cose el tahalí. Lo primero fue coger yaguas, tenderlas por el suelo. Gómez con el machete corta y trae hojas, para él y para mí. Guerra hace su rancho; cuatro horquetas: ramas en colgadizo: yaguas encima. Todos ellos, unos raspan coco, Marcos, ayudado del General, desuella la jutía. La bañan con naranja agria y la salan. El puerco se lleva la naranja, y la piel de la jutía, en la parrilla improvisada, sobre el fuego de leña. De pronto hombres: “¡Ah hermanos!” Salto a la guardia. La guerrilla de Ruenes, Félix Ruenes, Galano, Rubio, los 10.—Ojos resplandecientes.

Abrazos. Todos traen rifle, machete, revólver. Vinieron a gran loma. Los enfermos resucitaron. Cargamos. Envuelven la jutía en yagua. Nos disputan la carga. Sigo con mi rifle y mis 100 cápsulas, loma abajo, Tibisial abajo. Una guardia. Otra. Ya estamos en el rancho de Tavera, donde acampa la guerrilla. En fila nos aguardan. Vestidos desiguales, de camiseta algunos, camisa y pantalón otros, otros chamarreta y calzón crudo: yareyes de pico: negros, pardos, dos españoles,—Galano, blanco. Ruenes nos presenta. Habla erguido el General. Hablo. Desfile, alegría, cocina, grupos. En la nueva avanzada: volvemos a hablar. Cae la noche, velas de cera, Lima cuece la jutía y asa plátanos, disputa sobre guardias, me cuelga el General mi hamaca bajo la entrada del rancho de yaguas de Tavera. Dormimos, envueltos en las capas de goma. ¡Ah! antes de dormir, viene, con una vela en la mano, José, cargado de dos catauros, uno de carne fresca, otro de miel. Y nos pusimos a la miel ansiosos. Rica miel, en panal.—Y en todo el día, ¡qué luz, qué aire, qué lleno el pecho, qué ligero el cuerpo angustiado! Miro del rancho afuera, y veo, en lo

alto de la cresta atrás, una paloma y una estrella. El lugar se llama Vega de la...

15.—Amanecemos entre órdenes. Una comisión se mandará a las Veguitas, a comprar en la tienda española. Otra al parque dejado en el camino. Otra a buscar práctico. Vuelve la comisión con sal, alpargatas, un cucurucho de dulce, tres botellas de licor, chocolate, ron y... José viene con puercos. La comida—puerco guisado con plátanos y malanga.—De mañana... frangollo, el dulce de plátano y queso, y agua de canela y anís, caliente. Viene a... Colombié, montero, ojos malos: va... de su perro amarillo. Al caer la tarde, en fila la gente, sale a la cañada el General, con Paquito, Guerra y Ruenes. ¿Nos permite a los 3 solos? Me resigno mohino ¿Será algún peligro? Sube Angel Guerra llamándome, y al capitán Cardoso. Gómez, al pie del monte, en la vereda sombreada de plátanos, con la cañada abajo, me dice, bello y enternecido, que aparte de reconocer en mí al Delegado, el Ejército Libertador, por él su Jefe, electo en consejo de jefes, me nombra Mayor General. Lo abrazo. Me abrazan todos.—A la noche, carne de puerco con aciete de coco, y es buena.

16.—Cada cual con su ofrenda—buniato, salchichón, licor de rosa, caldo de plátano.—Al mediodía, marcha loma arriba, río al muslo, bello y ligero bosque de pomarrosas; naranjas y caimitos. Por abras tupidas y mangales sin fruta llegamos a un rincón de palmas, y al fondo de dos montes bellísimos.—Allí es el campamento. La mujer india... de ojos ardientes, rodeada de 7 hijos, en traje negro roto, con el pañuelo de toca atado a lo alto por las trenzas, pila café. La gente cuelga hamacas, se echa a la caña, junta candela, traen caña al trapiche para el guarapo del café. Ella mete la caña, descalza.—Antes, en el primer paradero, en la casa de la madre e hijona espantada, el General me dio a beber miel, para que probara que luego de tomarla se calma la sed. Se hace ron de pomarrosa.—Queda escrita la correspondencia de N. Y., y toda la de Baracoa.

17.—La mañana en el campamento.—Mataroa res ayer y al salir el sol, ya están los grupos a los calderos. Domitila, ágil y buena, con su pañuelo egipcio, salta al monte y trae un acopio de tomates, culantro y orégano. Uno me da un chocho de malanga. Otro, en taza caliente, guarapo y hojas.—Muelen un mazo de cañas. Al fondo de la casa, la vertiente con sus sitierios cargados de cocos y plátanos, de algodón y tabaco silvestre: al fondo, por el río, el cuajo de potreros; y por los claros, naranjos, alrededor los montes, redondos, apacibles: y el infinito

azul arriba con esas nubes blancas, y surcan perdidas... detrás la noche. — Libertad en lo azul. — Me entristece la impaciencia. — Saldremos mañana. — Me meto la *Vida de Cicerón* en el bolsillo en que llevo 50 cápsulas. Escribo cartas. — Prepara el General dulce de raspa de coco con miel. Se arregla la salida para mañana. Compramos miel al rancho de los ojos azorados y la barbija. — Primero, 4 reales por el galón, luego, después del sermón, regala dos galones. — Viene “Jaraguíta” — Juan Telesforo Rodríguez, — ya no quiere llamarse Rodríguez, porque ese nombre llevaba de práctico de los españoles, — y se va con nosotros. Ya tiene mujer. Al irse, se escurre. — El pájaro, bizambo y desorejado, juega al machete; pie formidable; le luce el ojo como marfil donde da el sol en la mancha de ébano. — Mañana salimos de la casa de José Pineda: — Goya, la mujer. — (Jojó arriba).

18. — A las 9 1/2 salimos. Despedida en la fila. — G. lee las promociones. El sargento *Pto. Rico* dice: “Yo muero donde muera el G. Martí.” — Buen adiós a todos, a Ruenes y a Galano, al Capitán Cardoso, a Rubio, a Dannery, a José Martínez, a Ricardo Rodríguez. — Por altas lomas pasamos seis veces el río Jobo. — Subimos la recia loma de Pavano, con el Panalito en lo alto y en la cumbre la vista de naranja de china. Por la cresta subimos... y otro flotaba el aire leve, veteado... A lo alto de mata a mata colgaba, como cortinaje, tupido, una enredadera fina; de hoja menuda y lanceolada. Por las lomas, el café cimarrón. La pomarrosa, bosque. En torno, la hoya, y más allá los montes azulados, y el penacho de nubes. En el camino a los Calderos, — de Angel Castro — decidimos dormir, en la pendiente. A machete abrimos clarq. De tronco a tronco tendemos las hamacas: Guerra y Paquito — por tierra. La noche bella no deja dormir. Silba el grillo; el lagartijo quiquiea, y su coro le responde: aún se ve, entre la sombra, que el monte es de cupey y de *paguá*, la palma corta y espinada; vuelan despacio en torno las *animitas*; entre los nidos estridentes, oigo la música de la selva, compuesta y suave, como de finísimos violines; la música ondea, se enlaza y desata, abre el ala y se posa, titila y se eleva, siempre sutil y mínimá — es la miriada del son fluido: ¿qué alas rozan las hojas? ¿qué violín diminuto, y oleadas de violines, sacan son, y alma, a las hojas? ¿qué danza de almas de hojas? Se nos olvidó la comida; comimos salchichón y chocolate y una lonja de *chopo* asado. — la ropa se secó a la fogata.

19. — Las 2 de la madrugada. Viene Ramón Rodríguez, el práctico, con Angel; traen hachos, y café. — Salimos a las 5, por loma áspera. A los Calderos, en alto. El rancho es nuevo, y de adentro se oye la voz de la mambisa: “Pasen sin pena, aquí no tienen que tener pena.” El café enseguida,

con miel por dulce: ella sería, en sus chancletas, cuenta, una mano a la cintura y por el aire la otra, su historia de la guerra grande: murió el marido, que de noche pelaba sus puercos para los insurrectos, cuando se lo venían a prender: y ella rodaba por el monte, con sus tres hijos a rastro, “hasta que este buen cristiano me recogió, que aunque le sirva de rodillas nunca le podré pagar”. Va y viene ligera; le chispea la cara; de cada vuelta trae algo, más café, culantro de Castilla, “para que cuando tengan dolor al estómago por esos caminos, masquen un grano y tomen agua encima”, — trae limón. Ella es Caridad Pérez y Piñó. — Su hija Modesta, de 16 años, se puso zapatos y túnico nuevo para recibirnos, y se sienta con nosotros, conversando sin zozobra, en los bancos de palma de la salita. De las flores de muerto, junto al cercado, le trae Ramón una, que se pone ella al pelo. Nos cose. El General cuenta “el machetazo de Caridad Estrada en el Camagüey”.

El marido mató al chino denunciante de su rancho, y a otro — a Caridad la hirieron por la espalda; el marido se rodó muerto — la guerrilla huyó — Caridad recoge a su hija al brazo, y chorreando sangre, se les va detrás: “si hubiera tenido un rifle”. Vuelve, llama a su gente, entierran al marido, manda por Boza: “¡vean lo que me han hecho!” Salta la tropa: queremos ir a encontrar a ese capitán. No podía estar sentado en el campamento. Caridad enseñaba su herida. Y siguió viviendo, predicando, entusiasmando en el campamento. Entra el vecino dudoso Pedro Gómez y trae de ofrenda café y una gallina. — Vamos haciendo almas. — Valentín, el español que se le ha puesto a Gómez de asistente, se afana en la cocina. — Los seis hombres de Ruenes hacen su *sancocho* al aire libre. — Viene Isidro, muchachón de ojos garzos, muy vestido, con sus zapatos orejones de vaqueta: ése fue el que se nos apareció donde Pineda, con un dedo recién cortado: no puede ir a la guerra: “tiene que mantener a tres primos hermanos”. A las 2 1/2 después del chubasco, por lomas y el río Guayabo, al mangal, a 1 legua de Imía. Allí Felipe Dom, el Alcalde de P. — Juan Rodríguez nos lleva, en marcha ruda de noche, costeando vecinos, a cerca del alto de la Yaya.

20. — La marcha con velas, a las 3 de la mañana. De allí Teodoro Delgado, al Palenque: monte pedregoso, palos amargos y naranja agria: alrededor casi es grandioso el paisaje; vamos cercados de montes, serrados, tetudos, picudos; monte plegado a todo el rededor, el mar al Sur. A lo alto, paramos bajo unas palmas. Viene llena de cañas la gente. Los vecinos: Estévez, Fromita, Antonio Pérez, de noble porte, sale a San Antonio. De una casa nos mandan café, y luego gallina con arroz. Se

huye Jaragüita. ¿Lo azoraron? ¿Va a buscar a las tropas? Un montero trae de Imía la noticia de que han salido a perseguirnos por el Jobo. Aquí esperaremos, como lo teníamos pensado, el práctico para mañana. Jaragua, cabeza cónica. Un momento antes me decía que quería seguir ya con nosotros hasta el fin. Se fue a la centinela, y se escurrió. Descalzo, ladrón de monte, práctico español; la cara angustiada, el hablar ceceado y chillón, bigote ralo, labios secos, la piel en pliegues, los ojos vidriosos, la cabeza cónica. Caza sinsontes, pichones, con la lírica del lechuzo. Ahora tiene animales y mujer.—Se descalzó por el monte. No lo encuentran. los vecinos lo temen.—En un grupo hablan de los remedios de la nube en los ojos: agua de sal—leche del ítamo, “que le volvió la vista a un gallo”—la hoja espinuda de la romerilla “bien majada”—“una gota de sangre del primero que vio la nube”. Luego hablan de los remedios para las úlceras: la piedra amarilla del río Jojo, molida en polvo fino, el excremento blanco y pelado del perro, la miel del limón; el excremento, cernido, y malva. Dormimos por el monte en yaguas.—Jaragua, palo fuerte.

21.—A las 6 salimos con Antonio, camino de San Antonio. En el camino nos detenemos a ver derribar una palma, a machetazos al pie, para coger una colmena, que traen seca, y las celdas llenas de hijos blancos. Gómez hace traer miel, exprime en ella los pichones, y es leche muy rica. A poco, sale por la vereda el anciano negro y hermoso, Luis González, con sus hermanos, y su hijo Magdaleno, y el sobrino Eufemio. Ya él había enviado aviso a Perico Pérez, y con él, cerca de San Antonio, esperaremos la fuerza. Luis me levanta del abrazo. ¡Pero qué triste noticia! ¿Será verdad que ha muerto Flor, el gallardo Flor?—¿que Maceo fue herido en traición de los indios de Garrido; que José Maceo rebanó a Garrido de un machetazo? Almorzábamos buniato y puerco asado cuando llegó Luis—ponen por tierra, en un mantel blanco, el casabe de su casa. Vamos lomeando a los charrascales otra vez, y de lo alto divisamos al ancho río de Sabanalamar, por sus piedras lo vadeamos, nos metemos por sus cañas, acampamos a la otra orilla.—Bello, el abrazo de Luis, con sus ojos sonrientes, como su dentadura, su barba cana al rape, y su rostro, espacioso, sereno y de limpio color negro. El es padre de todo el contorno, viste buena rusia, su casa libre es la más cercana al monte. De la paz del alma viene la total hermosura a su cuerpo ágil y majestuoso. De su tasajo de vaca y sus plátanos comimos mientras él fue al pueblo, y a la noche volvió por el monte sin luz, cargado de vianda nueva, con la hamaca al costado, y de la mano el catauro de miel lleno

de hijos.—Vi hoy la yaguama, la hoja fénica que estanca la sangre, y con su mera sombra beneficia al herido: “machuque bien las hojas y métalas en la herida; que la sangre se seca”. Las aves buscan su sombra.—Me dijo Luis el modo de que las velas de cera no se apagasen en el camino, y es empapar bien un lienzo, y envolverlo alrededor, y con eso, la vela va encendida y se consume menos cera.—El médico preso, en la traición a Maceo, ¿no será el pobre Frank? ¡Ah,—Flor!

22.—Día de espera impaciente.—Baño en el río, de cascadas y hoyas y grandes piedras, y golpes de cañas a la orilla. Me lavan mi ropa azul, mi chamarreta. A mediodía vienen los hermanos de Luis, orgullosos de la comida casera que nos traen: huevos fritos, puerco frito y una gran torta de pan de maíz. Comemos bajo el chubasco; y luego de un macheteo, izan una tienda, techada con las capas de goma. Toda la tarde es de noticias inquietas: viene desertado de las escuadras de Guantánamo un sobrino de Luis, que fue a hacerse de arma, y dice que bajan fuerzas; otro dice que de Baitiquirí,—donde está de teniente el cojo Luis Bertot, traidor en Bayamo,—han llegado a San Antonio, dos exploradores, a registrar el monte. Las escuadras, de criollos pagados, con un ladrón feroz a la caza, hacen la pelea de España, la única pelea temible en estos contornos. A Luis, que vino al anochecer, le llegó carta de su mujer: que los exploradores,—y su propio hermano es uno de ellos—van citados por Garrido, el teniente ladrón, a juntársele a la Caridad y ojear a todo Cajuerí; que en Vega Grande y los Quemados y en muchos otros pasos nos tienen puestas emboscadas.—Dormimos donde estábamos, divisando el camino.—Hablamos hoy de Céspedes y cuenta Gómez la casa de portal en que lo halló en las Tunas, cuando fue, en mala ropa, con quince rifleros a decirle cómo subía, peligrosa, la guerra desde Oriente. Ayudantes pulcros, con polainas.—Céspedes: kepis y tenacillas de cigarros. La guerra abandonada a los jefes, que pedían en vano dirección, contrastaba con la festividad del cortejo tunero. A poco el gobierno tuvo que acogerse a Oriente.—“No había nada, Martí”—ni plan de campaña, ni rumbo tenaz y fijo.—Que la sabina, olorosa como el cedro, da sabor y eficacia medicinal, al aguardiente.—Que el té de yagruma,—de las hojas grandes de la yagruma,—es bueno para el asma.—Juan llegó, el de las escuadras, él vio muerto a Flor, muerto, con su bella cabeza fría, y su labio roto, y dos balazos en el pecho; el 10 lo mataron. Patricio Corona, errante once días de hambre, se presentó a los voluntarios. Maceo y dos más se juntaron con Moncada.—Se vuelven a las

casas los hijos y los sobrinos de Luis.—Ramón, el hijo de Eufemio, con su suave tez achocolatada, como bronce carmíneo, y su fina y perfecta cabeza, y su ágil cuerpo púber.—Magdaleno, de magnífico molde, pie firme, caña enjuta, pantorrilla volada, muslo largo, tórax pleno, brazos graciosos, en el cuello delgado la cabeza pura, de bozo y barba crespa—el machete al cinto y el yarey alón y picudo.—Los duerme con nosotros.

23.—A la madrugada, listos; pero no llega Eufemio, que debía ver salir a los exploradores, ni llega respuesta de la fuerza. Luis va a ver, y vuelve con Eufemio. Se han ido los exploradores. Emprendemos marcha tras ellos. De nuestro campamento de dos días, en el Monte de la Vieja salimos monte abajo, luego. De una loma al claro donde se divisa, por el Sur, el palmar de San Antonio, rodeado de jatiales y charrascos, en la hoya fértil de los cañadones, y a un lado y otro montes, y entre ellos el mar. Ese monte, a la derecha, con un tajo como de sangre, por cerca de la copa, es doña Mariana, ése, al Sur, alto entre tantos, es el Pan de Azúcar. De 8 a 2 caminamos, por el jatial espinudo, con el pasto bueno, y la flor roja y baja del *guisado de tres puyas*: tunas, bestias sueltas. Hablamos de las excursiones de Gómez cuando la otra guerra.—Gómez elogia el valor de Miguel Pérez: “dio un traspies, lo perdonaron, y él fue leal siempre al gobierno”; “en una yagua recogieron su cadáver; lo hicieron casi picadillo”; “eso hizo español a Santos Pérez”.—Y al otro Pérez, dice Luis, Policarpo le puso las partes de antiparras. “Te voy a cortar las partes”, le gritó en pelea a Policarpo.—“Y yo a ti las tuyas.” Y se las puso.—“Pero ¿por qué pelean contra los cubanos esos cubanos? Ya veo que no es por opinión, ni por cariño imposible a España.”—“Pelean esos puercos, pelean así por el peso que les pagan, un peso al día, menos el rancho que les quitan. Son los vecinos malos de los caseríos, o los que tienen un delito que pagar a la Justicia, o los vagabundos que no quieren trabajar, y unos cuantos indios de Baitiquirí y de Cajuerí.” Del café hablamos, y de los granos que lo sustituyen: el platanillo y la horuca. De pronto bajamos a un bosque alto y alegre, los árboles caídos sirven de puente a la primer poza, por sobre hojas mullidas y frescas pedreras, vamos, a grata sombra, al lugar de descanso: el agua corre, las hojas de la yagruma blanquean el suelo, traen de la cañada a rastras, para el chubasco, pencas enormes, me acerco al rumor, y veo entre piedras y helechos, por remansos de piedras finas y alegres cascadas, correr el agua limpia. Llegan de noche los 17 hombres de Luis, y él, solo, con sus 63 años, una hora adelante: todos a la guerra: y con Luis va su hijo.

24.—Por el cañadón, por el monte de Acosta, por el roncaral de piedra roída, con sus pozos de agua limpia en que bebe el sinsonte y su cama de hojas secas, halamos, de sol a sol, el camino fatigoso. Se siente el peligro. Desde el Palenque nos van siguiendo de cerca las huellas. Por aquí pueden caer los indios de Garrido. Nos asimos en el portal de Valentín, mayoral del ingenio Santa Cecilia.—Al Juan fuerte, de buena dentadura, que sale a darnos la mano tibia; cuando su tío Luis lo llama al cercado:—“Y tú, ¿por qué no vienes?” “¿Pero no ve como me come el bicho?” El bicho—la familia—¡Ah, hombres alquilados,—salario corruptor! Distinto, el hombre propio, el hombre de sí mismo. ¿Y esta gente? ¿qué tiene que abandonar? ¿La casa de yaguas, que les da el campo, y hacen con sus manos? ¿Los puercos, que pueden criar en el monte? Comer, lo da la tierra; calzado, la yagua y la majagua; medicina, las yerbas y cortezas; dulce, la miel de abejas.—Más adelante, abriendo hoyos para la cerca, el viejo barbón y barrigudo, sucia la camiseta y el pantalón a los tobillos—y el color terroso y los ojos viboreznos y encogidos:—¿Y ustedes qué hacen? “Pues aquí estamos haciendo estas cercas.”—Luis maldice y levanta el brazo grande por el aire.—Se va a anchos pasos, temblándole la barba.

25.—Jornada de guerra.—A monte puro vamos acercándonos, ya en las garras de Guantánamo, hostil en la primera guerra, hasta Arroyo Hondo. Perdíamos el rumbo. Las espinas, nos tajaban. Los bejucos nos ahorcaban y azotaban. Pasamos por un bosque de jigüeras, verdes, puyadas al tronco desnudo, o a tramo ralo.—La gente va vaciando jigüeras, y emparejándoles la boca. A las once, redondo tiroteo. Tiro graneado, que retumba; contra tiros velados y secos. Como a nuestros mismos pies es el combate; entran, pesadas, tres balas que dan en los troncos. “¡Qué bonito es un tiroteo de lejos!”, dice el muchachón agraciado de San Antonio, un niño. “Más bonito es de cerca”, dice el viejo. Siguiendo nuestro camino subimos a la margen del arroyo. El tiroteo se espesa. Magdaleno, sentado contra un tronco, recorta adornos en su jigüera nueva. Almorzamos huevos crudos, un sorbo de miel, y chocolate de “La Imperial” de Santiago de Cuba.—A poco, las noticias nos vienen del pueblo. Y ya han visto entrar un muerto, y 25 heridos. Maceo vino a buscarnos, y espera en los alrededores; a Maceo, alegremente. Dije en carta a Carmita:—“En el camino mismo del combate nos esperaban los cubanos triunfadores: se echan de los caballos abajo; los caballos que han tomado a la guardia civil: se abrazan y nos vitorean: nos suben a caballo y nos calzan la espuela”, ¿cómo no me inspira horror,

la mancha de sangre que vi en el camino? ¿ni la sangre a medio secar, de una cabeza que ya está enterrada, con la cartera que le puso de descanso un jinete nuestro? Y al sol de la tarde emprendimos la marcha de victoria, de vuelta al campamento.

A las 12 de la noche habían salido, por ríos y cañaverales y espinares, a salvarnos; acababan de llegar, ya cerca, cuando les cae encima el español: sin almuerzo pelearon las 2 horas, y con galletas engañaron el hambre del triunfo: y emprendían el viaje de 8 leguas, con tarde primera alegre y clara, y luego, por bóvedas de púas, en la noche oscura. En fila de a uno iba la columna larga. Los ayudantes pasan corriendo y voceando. Nos revolvemos, caballos y de a pie, en los altos ligeros. Entra al cañaveral, y cada soldado sale con una caña de él. (Cruzamos el ancho ferrocarril: oímos los pitazos del oscurecer en los ingenios: vemos, al fin del llano, los faros eléctricos.) “Párese la columna, que hay un herido atrás.” Uno hala una pierna atravesada, y Gómez lo monta a su grupa. Otro herido no quiere: “No amigo: yo no estoy muerto” y con la bala en el hombro sigue andando. ¡Los pobres pies, tan cansados! Se sientan, rifle al lado, al borde del camino: y nos sonríen gloriosos. Se oye algún ¡ay! y más risas, y el habla contenta. “Abran camino” y llega montado el recio Cartagena, Teniente Coronel que lo ganó en la guerra grande, con un hachón prendido de cardona, clavado como una lanza, al estribo de cuero. Y otros hachones, de tramo en tramo... encienden los árboles secos, que escaldan y chisporrotean, y echan al cielo su fuste de llama y una pluma de humo. El río nos canta. Aguardamos a los cansados. Ya están a nuestro alrededor, los yareyes en la sombra. Tal la última agua, y del otro lado el sueño. Hamacas, candelas, calderadas, el campamento ya duerme; al pie de un árbol grande iré luego a dormir, junto al machete y el revólver, y de almohada mi capa de hule; ahora hurgo el jolongo y saco de él la medicina para los heridos. Cariñosas las estrellas, a las 3 de la madrugada. A las 5, abiertos los ojos, Colt al costado, machete al cinto, espuela a la alpargata y ¡a caballo!

Murió Alcú Duvergíé, el valiente: de cada fogonazo, un hombre; le entró la muerte por la frente: a otro, tirador, le vaciaron una descarga encima: otro cayó, cruzando temerario el puente.—¿Y adónde, al acampar, estaban los heridos? Con trabajo los agrupo, al pie del más grave, que creen pasmado, y viene a andas en una hamaca, colgando de un palo. Del jugo del tabaco, apretado a un cabo de la boca, se le han desclavado los dientes. Bebe descontento un sorbo de Marrasquino. ¿Y el agua, que no viene, el agua de las heridas, que al fin traen en un cubo turbio? La

trae fresca el servicial Evaristo Zayas, de Ti Arriba.—Y el practicante, ¿dónde está el practicante, que no viene a sus heridos? Los otros tres se quejan, en sus capotes de goma. Al fin llega, arrebuñado en una colcha, alegando calentura. Y entre todos, con Paquito Borrero, de tierna ayuda, curamos al herido de la hamaca, una herida narigona, que entró y salió por la espalda: en una boca cabe un dedal y una avellana en la otra: lavamos, yodoformo, algodón fenicado. Al otro, en la cabeza del muslo: entró y salió. Al otro, que se vuelve de bruces, no le salió la bala de la espalda: allí está al salir, en el manchón rojo e hinchado: de la sífilis tiene el hombre comida la nariz y la boca: el último, boca y orificio, también en la espalda: tiraban, rodilla en tierra, y el balazo bajo les atravesaba las espaldas membrudas. A Antonio Suárez, de Colombia, primo de Lucía Cortés, la mujer de Merchán, la misma herida. Y se perdió a pie, y nos halló luego.

26.—A formar, con el sol. A caballo, soñolientos. Cojea la gente, aún no repuesta. Apenas comieron anoche. Descansamos, a eso de las 10, a un lado y otro del camino. De la casita pobre envían de regalo una gallina al “general Matías”,—y miel. De tarde y noche escribo, a New York, a Antonio Maceo que está cerca e ignora nuestra llegada; y la carta de Manuel Fuentes al *World*, que acabé con lápiz sobre la mano, al alba. A ratos ojeé ayer el campamento tranquilo y dichoso: llama la corneta; traen cargas de plátanos al hombro; mugen las reses cogidas, y las degüellan: Victoriano Garzón, el negro juicioso de bigote y perilla, y ojos fogosos, me cuenta, humilde y ferviente, desde su hamaca, su asalto triunfante al Ramón de las Yaguas: su palabra es revuelta e intensa, su alma bondadosa y su autoridad natural: mima, con verdad, a sus ayudantes blancos, a Mariano Sánchez y a Rafael Portuondo; y si yerran en un punto de disciplina, les levanta el yerro. De carnes seco, dulce de sonrisa: la camisa azul y negro el pantalón: cuida, uno a uno, de sus soldados.—José Maceo, formidable, pasea el alto cuerpo: aún tiene las manos arpadadas, de la maraña del pinar y del monte, cuando se abrió en alas la expedición perseguida de Costa Rica, y a Flor lo mataron, y Antonio llevó a dos consigo, y José quedó al fin solo; hundido bajo la carga, moribundo de frío en los pinos húmedos, los pies gordos y rotos: y llegó, y ya vence.

27.—El campamento al fin, en la estancia de Filipinas. Atiendo enseguida al trabajo de la jurisdicción: Gómez escribe junto a mí, en su hamaca.—A la tarde, Pedro Pérez, el primer sublevado de Guantánamo: de 18 meses de escondite, salió al fin, con 37, seguido de muerte, y hoy

tiene 200. En el monte, con los 17 de la casa, está su mujer, que nos manda la primera bandera. ¡Y él sirvió a España en las escuadras, en la guerra grande! Lealtad de familia a Miguel Pérez.—Apoyado en su bastón, bajo de cuerpo, con su leontina de plata, caídas las patillas pocas por los lados del rostro enjuto y benévolo, fue, con su gente brava, a buscar a Maceo en vano por todo Baracoa, en los dientes de los indios: su jipijapa está tinto de púrpura, y bordada de mujer es la trenza de color de su sombrero, con los cabos por la espalda.—El no quiere gente a caballo, ni monta él, ni tiene a bien los capotes de goma, sino la lluvia pura, sufrida en silencio.

28.—Amanezco al trabajo. A las 9 forman, y Gómez, sincero y conciso, arenga: Yo hablo, al sol. Y al trabajo. A que quede ligada esta fuerza en el espíritu unido: a fijar, y dejar ordenada, la guerra enérgica y magnánima: a abrir vías con el Norte, y servicio de parque: a reprimir cualquier intentona de perturbar la guerra con promesas. Escribo la circular a los jefes, a que castiguen con la pena de traición la intentona, —la circular a los hacendados,—la nota de Gómez a las fincas,—cartas a amigos probables,—cartas para abrir el servicio de correo y parque,—cartas para la cita a Brooks,—nota al gobierno inglés, por el cónsul de Guantánamo, incluyendo la declaración de José Maceo sobre la muerte, casual, de un tiro escapado de Corona, de un marino de la goleta *Honor*, en que vino la expedición de Fortune Island,—instrucciones a José Maceo, al que se nombra Mayor General,—nota a Ruenes, invitándole a enviar el representante de Baracoa a la Asamblea de Delegados del pueblo cubano revolucionario—para elegir el gobierno que deba darse la revolución,—carta a Masó.—Vino Luis Bonne, a quien se buscaba, por sagaz y benévolo, para crearme una escolta. Y de Ayudante trae a Ramón Garriga y Cuevas, a quien de niño solía yo agasajar, cuando lo veía travieso o desarmado en New York, y es manso, afectuoso, lúcido y valiente.

29.—Trabajo. Ramón queda a mi lado. En el ataque de Arroyo Hondo un flanco nuestro, donde estaba el hermano de un teniente criollo, mató al teniente, en la otra fuerza.—Se me fue, con su ahijada, Luis González. “Ese rostro quedará estampado aquí.” Y me lo decía con rostro celeste.

30.—Trabajo. Antonio Suárez, el colombiano, habla quejoso y díscolo, que desatendido, que coronel.—Maceo, alegando operación urgente, no nos esperará. Salimos mañana.

1º de Mayo.—Salimos del campamento, de Vuelta Corba. Allí fue donde Policarpo Pineda, el Rustán, el Polilla, hizo abrir en pedazos a Francisco Pérez, el de las escuadras. Polilla, un día, fusiló a Jesús: llevaba al pecho un gran crucifijo, una bala le metió todo un brazo de la cruz en la carne: y a la cruz, luego, le descargó los cuatro tiros. De eso íbamos hablando por la mañana, cuando salió el camino, ya en la región florida de los cafetales, con plátanos y cacao, a una mágica hoya, que llaman la Fontina, y en lo hondo del vasto verdor enseña apenas el techo de guano, y al lado, con su flor morada, el árbol del caracolillo. A poco más, el *Kentucky*, el cafetal de Pezuela, con los secadores grandes de mampostería frente a la casa, y la casa, alegre y espaciosa, de blanco y balcones; y el gran bajo con las máquinas, y a la puerta Nazario Soncourt, mulato fino, con el ron y el jarro de agua en un taburete, y vasos. Salen a vernos los Thoreau, de su vistoso cafetal, con las casitas de mampostería y teja: el menor, colorado, de... y los ojos ansiosos y turbios, tartamudea: ¿“—pero podemos trabajar aquí, verdad? podemos seguir trabajando”.—Y eso no más dice, como un loco.—Llegamos al monte. Estanislao Cruzat, buen montuno, caballero de Gómez, taja dos árboles por cerca del pie, clava al frente de cada uno dos horquetas, y otras de apoyo al tronco, y cruces, y varas a lo largo, y ya está el banco. Del descanso corto, a la vereda espesa, en la fértil tierra de Ti Arriba. El sol brilla sobre la lluvia fresca: las naranjas cuelgan de sus árboles ligeros: yerba alta cubre el suelo húmedo: delgados troncos blancos cortan, salteados, de la raíz al cielo azul, la selva verde, se trenza a los arbustos delicados el bejuco, a espiral de aros iguales, como de mano de hombre, caen a tierra de lo alto, meciéndose al aire, los cupeyes: de un curujey, prendido a un jobo, bebo el agua clara: chirrían, en pleno sol los grillos.—A dormir, a la casa del “español malo”: huyó a Cuba: la casa, techo de zinc y suelo puerco: la gente se echa sobre los racimos de plátanos montados en vergas por el techo, sobre dos cerdos, sobre palomas y patos, sobre un rincón de yucas. Es la Demajagua.

2.—Adelante, hacia Jaragüeta. En los ingenios. Por la caña vasta y abandonada de Sabanilla: va Rafael Portuondo a la casa, a traer las 5 reses: vienen en mancuerna: ¡pobre gente, a la lluvia! Llegamos a *Leonor*, y ya, desechando la tardía comida, con queso y pan nos habíamos ido a la hamaca, cuando llega, con caballería de Zefí, el corresponsal del *Herald*, George Eugene Bryson. Con él trabajo hasta las 3 de la mañana.

3.—A las 5, con el Coronel Ferié, que vino anoche a su cafetal de Jaragüeta, en una altura, y un salón como escenario, y al pie un vasto

cuadro, el molino ocioso, del cacao y café. De lo alto, a un lado y otro cae, bajando, el vasto paisaje, y dos aguas cercanas, de lecho de piedras en lo hondo, y palmas sueltas y fondo de monte, muy lejano. Trabajo el día entero, en el manifiesto al *Herald*, y más para Bryson. A la 1, al buscar mi hamaca, veo a muchos por el suelo, y creo que se han olvidado de colgarla. Del sombrero hago almohada: me tiendo en un banco: el frío me echa a la cocina encendida: me dan la hamaca vacía: un soldado me echa encima un mantón viejo: a las 4, diana.

4. — Se va Bryson. Poco después, el consejo de guerra de Masabó. Violó y robó. Rafael preside, y Mariano acusa. Masabó sombrío, niega: rostro brutal. Su defensor invoca nuestra llegada, y pide merced. A muerte. Cuando leían la sentencia, al fondo del gentío un hombre pela una caña. Gómez arenga: “Este hombre no es nuestro compañero: es un vil gusano.” Masabó, que no se ha sentado, alza con odio los ojos hacia él. Las fuerzas, en gran silencio, oyen y aplauden: “¡Que viva!” Y mientras ordenan la marcha, en pie queda Masabó, sin que se le caigan los ojos, ni en la caja del cuerpo se vea miedo: los pantalones, anchos y ligeros, le vuelan sin cesar, como a un viento rápido. Al fin van, la caballería, el reo, la fuerza entera, a un bajo cercano; al sol. Grave momento, el de la fuerza callada, apiñada. Suenan los tiros, y otro más, y otro de remate. Masabó ha muerto valiente. “¿Cómo me pongo, Coronel? ¿De frente o de espalda?” “De frente.” En la pelea era bravo.

5. — Maceo nos había citado para Bocucy, adonde no podemos llegar a las 12, a la hora que nos cita. Fue anoche el propio, a que espere en su campamento. Vamos, con la fuerza toda. De pronto, unos jinetes. Maceo, con un caballo dorado, en traje de holanda gris: ya tiene plata la silla, airosa y con estrellas. Salió a buscarnos, porque tiene a su gente de marcha; al ingenio cercano, a Mejorana, va Maspon a que adelanten almuerzo para cien. El ingenio nos ve como de fiesta: a criados y trabajadores se les ve el gozo y la admiración: el amo, anciano colorado y de patillas, de jipijapa y pie pequeño, trae vermouthe, tabacos, ron, malvasía. “Maten tres, cinco, diez, catorce gallinas.” De seno abierto y chancletas viene una mujer a ofrecernos aguardiente verde, de yerbas: otra trae ron puro. Va y viene el gentío. De ayudante de Maceo lleva y trae, ágil y verboso, Castro Palomino. Maceo y G. hablan bajo, cerca de mí: me llaman a poco, allí en el portal: que Maceo tiene otro pensamiento de gobierno: una junta de los generales con mando, por sus representantes, — y una Secretaría General: — la patria, pues, y todos los oficios de ella, que crea y anima al ejército, como Secretaría del Ejército.

Nos vamos a un cuarto a hablar. No puedo desenredarle a Maceo la conversación: “pero ¿. se queda conmigo o se va con Gómez?” Y me habla, cortándome las palabras, como si fuese yo la continuación del gobierno leguleyo, y su representante. Lo veo herido — “lo quiero — me dice — menos de lo que lo quería” — por su reducción a Flor en el encargo de la expedición, y gasto de sus dineros. Insisto en deponerme ante los representantes que se reúnan a elegir gobierno. No quiere que cada jefe de operaciones mande el suyo, nacido de su fuerza: él mandará los cuatro de Oriente: “dentro de 15 días estarán con Jd. — y serán gentes que no me las pueda enredar allá el doctor Martí”. — En la mesa, opulenta y premiosa, de gallina y lechón, vuélvese al asunto: me hiere, y me repugna: comprendo que he de sacudir el cargo, con que se me intenta marcar, de defensor ciudadanesco de las trabas hostiles al movimiento militar. Mantengo, rudo: el Ejército, libre, — y el país, como país y con toda su dignidad representado. Muestro mi descontento de semejante indiscreta y forzada conversación, a mesa abierta, en la prisa de Maceo por partir. Que va a caer la noche sobre Cuba, y ha de andar seis horas. Allí cerca, están sus fuerzas: pero no nos lleva a verlas: las fuerzas reunidas de Oriente — Rabí, de Jiguaní, Busto, de Cuba, las de José, que trajimos. A caballo, adiós rápido. “Por ahí se van Uds.” — y seguimos, con la escolta mohína; ya entrada la tarde, sin los asistentes, que quedaron con José, sin rumbo cierto, a un galpón del camino, donde no desensillamos. Van por los asistentes: seguimos, a otro rancho fangoso, fuera de los campamentos, abierto a ataque. Por carne manda G, al campo de José: la traen los asistentes. Y así, como echados, y con ideas tristes, dormimos.¹⁰⁶

7. — De Jagua salimos, y de sus mambises viejos y leales, por el Mijial. En el Mijial, los caballos comen la piña forastera, y de ella, y de cedros hacen tapas, para galones. A César le dan agua de hojas de guanábana, que es pectoral bueno, y cocimiento grato. En el camino nos salió Prudencio Bravo, el guardián de los heridos, a decirnos adiós. Vimos a la hija de Nicolás Cedeño, que habla contenta, y se va con sus 5 hijos a su monte de Holguín. Por el camino de Barajagua — “aquí se peleó mucho”, “todo esto llegó a ser nuestro” — vamos hablando de la guerra vieja. Allí, del monte tupido de los lados, o de los altos y codos enlomados del camino, se picaban a las columnas, que al fin, cesaron: por el camino se va a Palma y a Holguín. Zefí dice que por ahí trajo él a Martínez

¹⁰⁶ Faltan las hojas correspondientes al 6 de mayo.

Campos, cuando vino a su primera conferencia con Maceo: “El hombre salió colorado como un tomate, y tan furioso que tiró el sombrero al suelo, y me fue a esperar a media legua.” Andamos cerca de Baraguá. Del camino salimos a la sabana de Pinalito, que cae, corta, al arroyo de las Piedras, y tras él, a la loma de La Risueña, de suelo rojo y pedregal, combada como un huevo, y al fondo graciosas cabezas de monte, de extraños contornos: un bosquecillo, una altura que es como una silla de montar, una escalera de lomas. Damos de lleno en la sabana de Vio, concha verde, con el monte en torno, y palmeras en él, y en lo abierto un cayo u otro, como florones, o un espino solo, que da buena leña: las sendas negras van por la yerba verde, matizada de flor morada y blanca. A la derecha, por lo alto de la sierra espesa, la cresta de pinos. Lluvia recia. Adelante va la vanguardia, uno con la yagua a la cabeza, otro con una caña por el arzón, o la yagua en descanso, o la escopeta. El alambre del telégrafo se revuelca en la tierra. Pedro pasa, con el portabandera desnudo, — una vara de...: A Zeffí, con la cuchara de plomo en la cruz de la bandolera, le cose la escarapela el ala de atrás. A Chacón, descalzo, le relumbra, de la cintura a la rodilla, el pavón del rifle. A Zambrana, que se hala, le cuelga por la cadera el cacharro de hervir. Otro, por sobre el saco, lleva una levita negra. Miro atrás, por donde vienen, de cola de la marcha, los mulos y los bueyes, y las tercerolas de retaguardia, y sobre el cielo gris veo, a paso pesado, tres... Y uno, como poncho, lleva por la cabeza una yagua. Por la sabana que sigue, por Hato del Medio, famosa en la guerra, seguimos con la yerba ahogada del aluvión, al campamento, allá detrás de aquellas pocas reses. “Aquí, me dijo Gómez, nació el cólera, cuando yo vine con doscientas armas y 4,000 libertos, para que no se los llevasen los españoles, y estaba esto cerrado de reses, y mataron tantas, que del hedor se empezó a morir la gente, y fui regando la mancha con cadáveres: 500 cadáveres dejé en el camino a Tacajó.” Y entonces me cuenta lo de Tacajó, el acuerdo entre Céspedes y Donato Mármol. Céspedes, después de la toma de Bayamo, desapareció. Eduardo Mármol, culto y funesto, aconsejó a Donato, la dictadura. Félix Figueredo pidió a Gómez que apoyase a Donato, y entrase en lo de dictadura, a lo que Gómez le dijo que ya lo había pensado hacer, y lo hacía, no por el consejo de él, sino para estar dentro, y de adentro impedirlo mejor: “Sí, decía Félix, porque a la revolución le ha nacido una víbora.” “Y lo mismo era él”, me dijo Gómez. De Tacajó envió Céspedes a citar a Donato a conferencia cuando ya Gómez estaba con él, y quiso Gómez ir primero, y enviar luego recado. Al llegar donde Céspedes, como Gómez se venía con la guardia que halló como

a un cuarto de legua, creyó notar confusión y zozobra en el campamento, hasta que Marcano salió a Gómez que le dijo: “Ven acá, dame un abrazo”. — Y cuando los Mármol llegaron, a la mesa de cincuenta cubiertos, y se habló allí de la diferencia, desde las primeras consultas se vio que, como Gómez, los demás opinaban por el acatamiento a la autoridad de Céspedes. “Eduardo se puso negro.” “Nunca olvidaré el discurso de Eduardo Arteaga: El sol, dijo, con todo su esplendor, suele ver oscurecida su luz por repentino eclipse; pero luego brilla con nuevo fulgor, más luciente por su pasajero oscurecimiento: así ha sucedido al sol Céspedes.” Habló José Joaquín Palma. “¿Eduardo? Dormía la siesta un día, y los negros hacían bulla en el batey. Mandó callar, y aún hablaban. ‘¿Ah, no quieren entender?’ Tomó el revólver, — él era muy buen tirador: y hombre al suelo, con una bala en el pecho. Siguió durmiendo.” — Ya llegamos, a son de corneta, a los ranchos, y la tropa formada bajo la lluvia, de Quintín Banderas. Nos abraza, muy negro, de bigote y barbija, en botas, capa y jipijapa, Narciso Moncada, el hermano de Guillermo: ¡“Ah, sólo que falta un número!” Quintín, sesentón, con la cabeza metida en los hombros, truncado el cuerpo, la mirada baja y la palabra poca, nos recibe a la puerta del rancho: arde de la calentura: se envuelve en su hamaca: el ojo, pequeño y amarillo, parece como que le viene de hondo, y hay que asomarse a él: a la cabeza de su hamaca hay un tamboril. Deodato Carvajal es su teniente, de cuerpo fino, y mente de ascenso, capaz y ordenada: la palabra, por afinarse, se revuelve, pero hay en él método y mando, y brío para su derecho y el ajeno: me dice que por él recibía mis cartas Moncada. Narciso Moncada, verboso y fornido, es de bondad y pompa: “en verbo de licor, no gasto nada”: su hermano está enterrado — “más abajo de la altura de un hombre, con planos de ingeniero, donde sólo lo sabemos unos pocos, y si yo me muero, otro sabe, y si ése se muere, otro, y la sepultura siempre se salvará”. “¿Y a nuestra madre, que nos la han tratado como si fuera la madre de la patria?” “Dominga Moncada ha estado en el Morro tres veces: y todo porque aquel General que se murió la llamó para decirle que tenía que ir a proponerles a sus hijos, y ella le dijo: Mire, General, si yo veo venir a mis hijos, por una vereda, y lo veo venir a V. por el otro lado, les grito: huyan, mis hijos, que éste es el general español.” A caballo entramos al rancho, por el mucho fango de afuera, para podernos desmontar, y del lodo y el aire viene hedor, de la mucha res que han muerto cerca: el rancho, gacho, está tupido de hamacas. A un rincón, en un cocinazo, hierven calderos. Nos traen café, ajengibre,

cocimiento de hojas de guanábana. Moncada, yendo y viniendo, alude al abandono en que dejó Quintín a Guillermo. — Quintín me habla así: “y luego tuvo el negocio que se presentó con Moncada, o lo tuvo él conmigo, cuando me quiso mandar con Masó, y pedí mi baja”. Carvajal había hablado de las decepciones sufridas por Banderas. Ricardo Sartorius, desde su hamaca, me habla de Purnio, cuando les llegó el telegrama falso de Cienfuegos para alzarse: me habla de la alevosía con su hermano Manuel, a quien Miró hurtó sus fuerzas, y “forzó a presentarse”: “le iba ésto”, la garganta. — Vino *Calunga*, de Masó, con cartas para Maceo: no acudirá a la cita de M. muy pronto, porque está amparando una expedición del Sur, que acaba de llegar. Se pelea mucho en Bayamo. Está en armas Camagüey. Se alzó el Marqués, y el hijo de Agramonte. — Hiede.

8. — A trabajar, a una altura vecina, donde levantan el nuevo campamento: ranchos de troncos, atados con bejuco, techados con palma. — Nos limpian un árbol, y escribimos al pie. — Cartas a Miró: — de G., como a Coronel, seguro de que ayudará “al Brigadier Angel Guerra, nombrado Jefe de Operaciones”, — mía, con el fin de que, sin desnudarle el pensamiento, vea la conveniencia y justicia de aceptar y ayudar a Guerra. — Miró hace de árbitro de la comarca, como Coronel. Guerra sirvió los 10 años, y no le obedecería. — Cartas a prominentes de Holguín, y circulares: — a Guadalupe Pérez, acaudalado, — a Rafael Manduley, procurador, — a Francisco Frexes, abogado. — En la mesa, sin rumbo, funge el consejo de guerra de Isidro Tejera, y Onofre y José de la O. Rodríguez: los pacíficos dijeron parte del terror en que pusieron al vecindario: el capitán Juan Peña y Jiménez. — Juan el Cojo, que sirvió “en las tres guerras”, de una pierna sólo tiene el muñón, y monta a caballo de un salto, — oyó el susto a los vecinos, y vio las casas abandonadas, y define que los tres le negaron las armas, y profirieron amenazas de muerte. — El consejo, enderezado de la confusión, los sentencia a muerte. Vamos al rancho nuevo, de las alas bajas, sin paredes. — José Gutiérrez, el corneta afable que se lleva Paquito, toca a formación. Al silencio de las filas traen los réos; y lee Ramón Garriga la sentencia, y el perdón. Habla Gómez de la necesidad de la honra en las banderas: “ese criminal ha manchado nuestra bandera”. Isidro, que venía llorando, pide licencia de hablar: habla gimiendo, y sin idea, que muere sin culpa, que no le dejarán morir, que es imposible que tantos hermanos no le pidan el perdón. Tocan marcha. Nadie habla. El gime, se retuerce en la cuerda, no quiere andar. Tocan marcha otra vez, y las filas siguen, de dos en fondo. Con el reo implora Chacón y entre

rifles, empujándolos. Detrás, solo, sin sus polainas, saco azul y sombrero pequeño, Gómez. — Otros atrás, pocos, y Moncada, — que no ve al reo, ya en el lugar de muerte, llamando desolado, sacándose el reloj, que Chacón le arrebató, y tira en la yerba... manda Gómez, con el rostro demudado, y empuña su revólver, a pocos pasos del reo. Lo arrodillan, al hombre, espantado, que aún, en aquella rapidez, tiene tiempo, sombrero en mano, para volver la cara dos o tres veces. A dos varas de él, los rifles bajos. ¡Apunten!, dice Gómez: ¡Fuego! Y cae sobre la yerba muerto. — De los dos perdonados, — cuyo perdón aconsejé y obtuve, — uno, ligeramente cambiando de color pardo, no muestra espanto, sino sudor frío: otro, en sus cuerdas por los codos, está como si aún se hiciese atrás, como si huyese el cuerpo, ido de un lado lo mismo que el rostro, que se le chupó y desencajó. — El, cuando les leyeron la sentencia, en el viento y las nubes de la tarde, sentados los tres por tierra, con el pie en el cepo de varas, se apretaba con la mano las sienes. El otro, Onofre, oía como sin entender, y volvía la cabeza a los ruidos. “El Brujito”, el muerto, mientras esperaba el fallo, escarbaba, doblado, la tierra, — o alzaba de repente el rostro negro, de ojos pequeños y nariz hundida de puente ancho. — El cepo fue hecho al vuelo: una vara recia en tierra, otra más fina al lado, atada por arriba, — y clavada abajo de modo que deje paso estrecho al pie preso. — “El Brujito”, decían luego, era bandido de antes: “puede usted jurar, decía Moncada, que deja su entierro de catorce mil pesos.”

Sentado en un baúl, en el rancho, alrededor de la vela de cera, Moncada cuenta la última marcha de Guillermo moribundo; cuando iba a la cita con Masó. A la prisión entró Guillermo sano, y salió de ella delgado, caído, echando sangre en cuajos a cada tos. Un día, en la marcha, se sentó en el camino, con la mano en la frente: “me duele el cerebro”; y echó a chorros, la sangre, en cuajos rojos. — “Estos son de la pulmonía” — decía luego Guillermo, revolviéndolos; — “y éstos, los negros, son de la espalda.” Zefí cuenta, y Gómez, de la fortaleza de Moncada. “Un día, dice, lo hirieron en la rodilla, y se le montó un hueso sobre el otro, así”, y se puso al pecho un brazo sobre otro: “no se podía poner los huesos en lugar, y entonces, por debajo de los brazos lo colgamos, en aquel rancho más alto que éste, y yo me abracé a su pierna, y con todas mis fuerzas me dejé descolgar, y el hueso volvió a su puesto, y el hombre no dijo palabra.” Zefí es altazo, de músculo seco: “y me quedo de bandido en el monte si quieren otra vez acabar esto con infamias”. “Una cosa tan bien plantificada como está, dice Moncada, y andar con ella trafagando”. — Se queja él, con amargura, de! abandono y engaño

en que tenía a Guillermo, Urbano Sánchez.—Guillermo, ansioso siempre de la compañía blanca: “le digo que en Cuba hay una división horrorosa”. Y se le ve el recuerdo rencoroso en la censura violenta a Mariano Sánchez, cuando en el *Ramón de las Yaguas* abogó porque se cumpliera al Teniente rendido la palabra de respetarle las armas, y M. que se veía con escopeta, y otros más, quería echarse sobre los 60 rifles.—“¿Y usted quién es, dice N. que le dijo M., para dar voto en esto?”—Y G. expresa la idea de que M. “no tiene cara de cubano, por más que usted me lo diga,—y dispéñeme”. Y de que el padre anda fuera, y mandó al hijo adentro, para estar a la vez en los dos campos. Mucho vamos hablando de la necesidad de picar al enemigo aturdido, y sacarlo sin descanso a la pelea,—de cuajar con la pelea el ejército revolucionario desocupado, —de mudar campos como éste, de 400 hombres, que cada día aumentan y comen en paz y guardan 300 caballos, en fuerza más ordenada y activa, que: “yo, con mis escopetas y mis dos armas de precisión, sé cómo armarme”, dice Banderas: Banderas, que pasó allá abajo el día, en su hamaca solitaria, en el rancho fétido.

9.—Adiós, a Banderas,—a Moncada,—al fino Carvajal que quisiera irse con nosotros, a los ranchos donde asoma la gente, saludando con los yareyes: “¡Dios los lleve con bien, mis hermanos!” Pasamos sin que uno solo vuelva a ella los ojos, junto a la sepultura. Y a poco andar, por el hato lodoso se sale a la sabana, y a unos mangos al fondo: es Baraguá: son los mangos, aquellos dos troncos con una sola copa, donde Martínez Campos conferenció con Maceo. Va de práctico un mayaricero que estuvo allí entonces: “Martínez Campos lo fue a abrazar, y Maceo le puso el brazo por delante, así: ahí fue que tiró el sombrero al suelo. Y cuando le dijo que ya García había entrado, viera el hombre cuando Antonio le dijo: ‘¿quiere usted que le presente a García?’: García estaba allí, en ese monte; todo ese monte era de cubanos no más. Y de ese lado había otra fuerza, por si venían con traición.” De los llanos de la protesta salimos al borde alto, del rancho abandonado, de donde se ve el brazo del río, aún seco ahora, con todo el cauce de yerbal y los troncos caídos cubiertos de bejuco, con flores azules y amarillas, y luego de un retodo, la súbita bajada: “¡Ah, Cauto—dice Gómez,—cuánto tiempo hacía que no te veía!” Las barrancas feraces y elevadas penden, desgarradas a trechos, hacia el cauce, estrecho aún, por donde corren, turbias y revueltas, las primeras lluvias.

De suave reverencia se hincha el pecho, y cariño poderoso, ante el vasto paisaje del río amado. Lo cruzamos, por cerca de una seiba, y,

luego del saludo a una familia mambí, muy gozosa de vernos, entramos al bosque claro, de sol dulce, de arbolado ligero, de hoja acuosa. Como por sobre alfombra van los caballos, de lo mucho del césped. Arriba el curujeyal da al ciclo azul, o la palma nueva, o el dagame que da la flor más fina, amada de la abeja, o la guásima, o la jatía. Todo es festón y hojeo, y por entre los claros, a la derecha, se ve el verde del limpio, a la otra margen, abrigado y espeso. Veo allí el ateje, de copa alta y menuda, de parásitas y curujeyes; el caguairán, “el palo más fuerte de Cuba”, el grueso júcaro, el almácigo, de piel de seda, la jagua, de hoja ancha, la preñada güira, el jigüe duro, de negro corazón para bastones, y cáscara de curtir, el jubabán, de fronda leve, cuyas hojas, capa a capa, “vuelven raso el tabaco”, la caoba, de corteza brusca, la quiebrahacha, de tronco estriado, y abierto en ramos recios, cerca de las raíces, (el caimitillo y el cupey y la picapica) y la yamagua, que estanca la sangre:—A Cosme Pereira nos hallamos en el camino, y con él a un hijo de Eusebio Venero, que se vuelve a anunciarnos a Altagracia. Aún está en Altagracia Manuel Venero, tronco de patriotas, cuya hermosa hija Panchita murió, de no querer ceder, al machete del asturiano Federicón. Con los Venero era muy íntimo Gómez, que de Manuel osado hizo un temido jefe de guerrilla, y por Panchita sentía viva amistad, que la opinión llamaba amores. El asturiano se llevó la casa un día y en la marcha iba dejando a Panchita atrás, y solicitándola y resistiendo ella.—“¿Tú no quieres porque eres la querida de Gómez?” Se irguió ella, y él la acabó, con su propia mano.—Su casa hoy nos recibe con alegría, en la lluvia oscura y con buen café.—Con sus holguineros se alberga allí Miró, que vino a alcanzarnos al camino: de aviso envió a Pancho Díaz, mozo que por una muerte que hizo se fue a asilar a Montecristi, y es práctico de ríos, que los cruza en la cresta, y enlazador, y hoceador de puercos, que mata a machetazos. Miró llega, cortés en su buen caballo: le veo el cariño cuando me saluda: él tiene fuerte habla catalana; tipo fino, barba en punta y calva, ojos vivaces. Dio a Guerra su gente, y con su escolta de mocetones subió a encontrarnos.—“Venga, Rafael.”—Y se acerca, en su saco de nipe amarillo, chaleco blanco, y jipijapa de ala corta a la oreja, Rafael Manduley, el Procurador de Holguín, que acaba de salir al campo. La gente, bien montada, es de muy buena cepa. Jaime Muñoz, peinado al medio, que administra bien, José González, Bartolo Rocaval, Pablo García, el práctico astuto sagaz, Rafael Ramírez, Sargento primero de la guerra, enjuto, de bigotillo negro, Juan Oro, Augusto Feria, alto y lueno, del pueblo, cajista y de letra, Teodorico Torres, Nolasco

Peña, Rafael Peña, Luis Pérez, Francisco Díaz, Inocencio Sosa, Rafael Rodríguez, — Y Plutarco Artigas, amo de campo, rubio y tuerco, puro y servicial: dejó su casa grande, su bienestar, y “nueve hijos de los diez que tengo, porque el mayor me lo traje conmigo”. Su hamaca es grande, con la almohadilla hecha de manos tiernas; su caballo es recio, y de lo mejor de la comarca; él se va lejos, a otra jurisdicción, para que de cerca “no lo tenga amarrado su familia”: y “mis hijitos se me hacían una piña alrededor y se dormían conmigo”. Aún vienen Miró y Manduley henchidos de su política local; a Manduley “no le habían dicho nada de la guerra”, a él que tiene fama de erguido, y de autoridad moral; trae espejeras: iba a ver a Masó: “y yo, que alimentaba a mis hijos científicamente; quién sabe lo que comerán ahora”. Miró, de gesto animado y verbo bullente, alude a su campaña de siete años en *La Doctrina* de Holguín, y luego en *El Liberal* de Manzanillo que le pagaban Calvar y Beattie, y donde les sacó las raíces a los “cuad. ilongos”, a los “astures”, a “la malla integrista”. “Dejó hija y mujer, y ha paseado, sin mucha pelea, su caballería de buena gente por la comarca”. Me habla de los esfuerzos de Gálvez, en la Habana, para rebajar la revolución: del grande odio con que Gálvez habla de mí, y de Juan Gualberto: “a usted, a usted es a quien ellos le temen”: “a voz en cuello decían que no vendría usted, y eso es lo que los va ahora a confundir”. — Me sorprende, aquí como en todas partes, el cariño que se nos muestra, y la unidad de alma, a que no se permitirá condensación, y a la que se desconocerá, y de la que *se prescindirá, con daño, o por lo menos el daño de demora, de la revolución, en su primer año de ímpetu*. El espíritu que sembré, es el que ha cundido, y el de la Isla, y con él, y guía conforme a él, triunfaríamos brevemente, y con mejor victoria, y para paz mejor. Preveo que, por cierto tiempo al menos, se divorciará a la fuerza a la revolución de este espíritu, — se le privará del encanto y gusto, y poder de vencer de este consorcio natural, — se le robará el beneficio de esta conjunción entre la actividad de estas fuerzas revolucionarias y el espíritu que las anima. — Un detalle: *Presidente* me han llamado, desde mi entrada al campo, las fuerzas todas, a pesar de mi pública repulsa, y a cada campo que llevo, el respeto renace, y cierto suave entusiasmo del general cariño, y muestras del goce de la gente en mi presencia y sencillez. — Y al acercarse hoy uno: *Presidente*, y sonreír yo: “No me le digan a Martí Presidente: díganle General: él viene aquí como General: no me le digan Presidente”. “¿Y quién contiene el impulso de la gente, General?”; le dice Miró: “eso les nace del corazón a

todos”. “Bueno: pero él no es Presidente todavía: es el Delegado”. — Callaba yo, y noté el embarazo y desagrado en todos, y en algunos como el agravio. — Miró vuelve a Holguín, de Coronel; no se opondrá a Guerra: lo acatará: hablamos de la necesidad de una persecución activa, de sacar al enemigo de las ciudades, de picarlo por el campo, de cortarle todas las proveedurías, de seguirle los convoyes. Manduley vuelve también, no muy a gusto, a influir en la comarca que lo conoce, a ponersele a Guerra de buen consejero, a amalgamar las fuerzas de Holguín e impedir sus choques, a mantener el acuerdo de Guerra, Miró y Fera. — Dormimos, apiñados, entre cortinas de lluvia. Los perros, ahítos de la matazón, vomitan la res. Así dormimos en Altigracia. — En el camino, el único caserío fue Arroyo Blanco: la tienda vacía: el grupo de ranchos: el rancho barrigudo, blanco, egoísta, con el pico de la nariz caído entre las alas del poco bigote negro: la mujer, negra: la vieja ciega se asomó a la puerta, apoyada a un lado, y en el báculo amarillo el brazo tendido: limpia, con un pañuelo a la cabeza: “¿Y los patipeludos matan gente ahora?” Los cubanos no me hicieron nadita a mí nunca, — no señor.

10. — De Altigracia vamos a La Travesía. — Allí volví a ver de pronto, a la llegada, el Cauto, que ya venía crecido, con su curso ancho en lo hondo, y a los lados, en vasto declive, los barrancos. Y pensé de pronto, ante aquella hermosura, en las pasiones bajas y feroces del hombre. Al ir llegando, corrió Pablo una novilla, negra, de astas nacientes, y la echan contra un árbol, donde, a vueltas, le van acortando la soga. Los caballos, erguidos, resoplan: les brillan los ojos. Gómez toma del cinto de un escolta el machete, y abre un tajo, rojo, en el muslo de la novilla. — “¡Desjarreten esa novilla!” Uno, de un golpe, la desjarreta, y se arrodilla el animal, mugiendo: Pancho, al oír la orden de matar, le mete, mal, el machete por el pecho, una vez y otra: uno, más certero, le entra hasta el corazón; y vacila y cae la res, y de la boca sale en chorro la sangre. Se la llevan arrastrando. Viene Francisco Pérez, de buen continente, enérgico y carirredondo, capitán natural de sus pocos caballos buenos, hombre sano y seguro. Viene el capitán Pacheco, de cuerpo pequeño, de palabra tenaz y envuelta, con el decoro y la aptitud abajo: tomó un arria, sus mismos cubanos le maltrataron la casa y le rompieron el burén, “yo no he venido a aspirar, sino a servir a la patria”, pero habla sin cesar y como a medias, de los que hacen y de los que no hacen, y de que los que hacen menos suelen alcanzar más que el que hace, “¡pero él sólo ha venido a servir a la patria!” “¡Mis polainas son éstas!”, — las pantorrillas

desnudas: el pantalón a la rodilla, los borceguíes de vaqueta: el yarey, amarillo y púrpura. Viene Bellito, el coronel Bellito de Jiguaní, que por enfermo había quedado acá. Lo adivino leal, de ojo claro de asalto, valiente en hacer y en decir. Gusta de hablar su lengua confusa, en que, en las palabras inventadas, se le ha de sorprender el pensamiento. “La revolución murió por aquella infamia de deponer a su caudillo.” “Eso llenó de tristeza el corazón de la gente.” “Desde entonces empezó la revolución a volver atrás.” “Ellos fueron los que nos dieron el ejemplo”,—ellos, los de la Cámara.—Cuando Gómez censura agrio las rebeliones de García, y su cohorte de consejeros: Belisario Peralta, el venezolano Barreto, Bravo y Senties, Fonseca, Limbano Sánchez y luego Collado,—Bello habla dándose paseos, como quien espía al enemigo, o lo divisa, o cae sobre él, o salta de él. “Eso es lo que la gente quiere: el buen carácter en el mando.” “No, señor, a nosotros no se nos debe hablar así, porque no se lo aguanto a hombre nacido.” “Yo he sufrido por mi patria cuanto haiga sufrido el mejor General.” Se encara a Gómez, que lo increpa porque los oficiales dejan pasar a Jiguaní las reses que llevan pase en nombre de Rabí.—“Los que sean; y además ésa es la orden del jefe, y nosotros tenemos que obedecer a nuestro jefe.” “Ya sé que eso está mal, y no debe entrar res; pero el menor tiene que obedecer al mayor.” Y cuando Gómez dice: “Pues lo tienen a usted bueno con lo de Presidente. Martí no será Presidente mientras yo esté vivo”: y enseguida, “porque yo no sé qué le pasa a los Ptes., que en cuanto llegan ya se echan a perder, excepto Juárez, y eso un poco y Washington”.—Bello, animado, se levanta, y da dos o tres brincos, y el machete le baila a la cintura: “Eso será a la voluntad del pueblo”: y murmura: “Porque nosotros,—me dijo otra vez, acodado a mi mesa con Pacheco,—hemos venido a la revolución para ser hombres, y no para que nadie nos ofenda en la dignidad de hombre”.—En lluvias, jarros de café, y plática de Holguín y Jiguaní llega la noche. Por noticias de Masó esperamos. ¿Habrán ido a la concentración con Maceo? Miró a oscuras, roe en la púa una paloma rabiche.—Mañana mudaremos de casa.

11.—A más allá, en la misma Travesía, a casa menos fangosa. Se va Miró, con su gente. Llegamos pronto. A Rosalío Pacheco; que sirvió en toda la guerra, y fue deportado a España en la Chiquita; y allá casó con una andaluza, lo increpa reciamente Gómez.—Pacheco sufre, sentado en la camilla de varas al pie de mi hamaca.—Notas, conversación continua sobre la necesidad de activar la guerra, y el asedio de las ciudades.

12.—De La Travesía a La Jatía, por los potreros, aún ricos en reses, de La Travesía, Guayacanes y La Vuelta. La yerba ya se espesa, con la lluvia continua. Gran pasto, y campo, para caballería. Hay que echar abajo las cercas de alambre, y abrir el ganado al monte, o el español se lo lleva, cuando ponga en La Vuelta el campamento, al cruce de todos estos caminos. Con barrancas como las del Cauto asoma el Contramaestre, más delgado y claro y luego lo cruzamos y bebemos. Hablamos de hijos: con los tres suyos está Teodosio Rodríguez, de Holguín: Artigas trae el suyo: con los dos suyos de 21 y 18 años, viene Bellito. Una vaca pasa rápida, mugiendo dolorosa y salta el cercado: despacio viene a ella, como viendo poco, el ternero perdido; y de pronto, como si la reconociera, se enarca y arrima a ella, con la cola al aire, y se pone a la ubre: aún muge la madre.—La Jatía es casa buena, de cedro y de corredor de zinc, ya abandonada de Agustín Maysana, español rico; de cartas y papeles están los suelos llenos. Escribo al aire, al Camagüey, todas las cartas que va a llevar Calunga, diciendo lo visto, anunciando el viaje, al Marqués, a Mola, a Montejo.—Escribo la circular prohibiendo el pase de reses, y la carta a Rabí. Masó anda por la sabana con Maceo, y le escribimos: una semana hemos de quedarnos por aquí, esperándolo.—Vienen tres veteranos de las Villas, uno con tres balazos en el ataque imprudente a Arimao, bajo Mariano Torres,—y el hermano, por salvarlo, con uno: van de compra y noticias a Jiguaní: Jiguaní tiene un fuerte, bueno, fuera de la población, y en la plaza dos tambores de mampostería, y los otros dos sin acabar, porque los carpinteros, que atendían a la madera desaparecieron: y así dicen: “vean como están estos paisanos, que ni pagados quieren estarse con nosotros”.—Al acostarnos, desde las hamacas, luego de plátano y queso, acabado lo de escribir, hablamos de la casa de Rosalío, donde estuvimos por la mañana, al café a que nos esperaba él, de brazos en la cerca. El hombre es fornido, y viril, de trabajo rudo, y bello mozo, con el rostro blanco ya rugoso, y barba negra corrida.—“Aquí tienen a mi señora”, dice el marido fiel, y con orgullo: y allí está en su túnico morado, el pie sin medias en la pantufla de flores, la linda andaluza, subida a un poyo, pilando el café. En casco tiene alzado el cabello por detrás, y de allí le cuelga en cauda: se le ve sonrisa y pena. Ella no quiere ir a Guantánamo, con las hermanas de Rosalío: ella quiere estar “donde esté Rosalío”. La hija mayor, blanca, de puro óvalo, con el rico cabello corto abierto en dos y enmarañado, aquietada a un criaturín huesoso, con la nuca de hilo, y la cabeza colgante, en un gorrito de encaje: es el último parto. Rosalío levantó la finca; tiene vacas, prensa

quesos: a lonjas de a libra nos comemos su queso, remojado en café: con la tetera, en su taburete, da leche Rosalío a un angelón de hijo, desnudo, que muerde a los hermanos que se quieren acercar al padre: Emilia de puntillas, saca una taza de la alacena que ha hecho de cajones, contra la pared del rancho. O nos oye sentada; con su sonrisa dolorosa, y alrededor se le cuelgan sus hijos.—

13.—Esperaremos a Masó en lugar menos abierto, cerca de Rosalío, en casa de su hermano. Voy aquietando: a Bellito, a Pacheco, y a la vez impidiendo que me muestren demasiado cariño. Recorremos de vuelta los potreros de ayer, seguimos Cauto arriba, y Bellito pica espuelas para enseñarme el bello estribo, de copudo verdor, donde, con un ancho recodo al frente se encuentran los dos ríos: el Contramaestre entra allí al Cauto. Allí, en aquel estribo, que da por su fondo a los potreros de la Travesía, ha tenido Bellito campamento: buen campamento: allí arboleda oscura, y una gran ceiba. Cruzamos el Contramaestre, y, a poco, nos apeamos en los ranchos abandonados de Pacheco. Aquí fue cuando esto era monte, el campamento de Los Ríos, donde O'Kelly se dio primero con los insurrectos, antes de ir a Céspedes.—Y hablamos de las tres Altagracias.—Altagracia la Cubana, donde estuvimos.—Altagracia de Manduley.—Y Altagracia la Bayamesa.—De sombreros: “tanta tejedora que hay en Holguín”.—De Holguín, que es tierra seca, que se bebe la lluvia, con sus casas a cordel y sus patios grandes, “hay mil vacas paridas en Holguín”.—Me buscan hojas de zarza, o de tomate, para untarlas de sebo, sobre los nacidos. Artigas le saca flecos a la jáquima que me trae Bellito.—Ya está el rancho barrido: hamacas, escribir; leer; lluvia; sueño inquieto.

14.—Sale una guerrilla para La Venta, el caserío con la tienda de Rebetoso, y el fuerte de 25 hombres. Mandan, horas después, al alcalde; el gallego José González, casado en el país, que dice que es alcalde a la fuerza, y espera en el rancho de Miguel Pérez, el pardo que está aquí de cuidador, barbero. Escribo, poco y mal, porque estoy pensando con zozobra y amargura. ¿Hasta qué punto será útil a mi país mi desistimiento? Y debo desistir, en cuanto llegase la hora propia, para tener libertad de aconsejar, y poder moral para resistir el peligro que de años atrás preveo, y en la soledad en que voy, impere acaso, por la desorganización e incomunicación que en mi aislamiento no puedo vencer, aunque, a campo libre, la revolución entraría, naturalmente, por su unidad de alma, en las formas que asegurarían y acelerarían su triunfo.—Rosalío va y viene, trayendo recados, leche, cubiertos, platos: ya es prefecto de Dos Ríos. Su andaluza prepara para un enfermo una purga de higueta, de

un catre le hace hamaca, le acomoda un traje: el enfermo es José Gómez, granadino, risueño, de franca dentadura: “Y usted, Gómez, ¿cómo se nos vino para acá? Cuénteme, desde que vino a Cuba.” “Pues yo vine hace dos años, y me rebajaron, y me quedé trabajando en el Camagüey. Nos rebajaron así a todos, para cobrarse nuestro sueldo, y nosotros de lo que trabajábamos vivíamos. Yo no veía más que criollos, que me trataban muy bien: yo siempre vestí bien, y gané dinero, y tuve amigos: de mi paga en dos años, sólo alcancé doce pesos.—Y ahora me llamaron al cuartel, y no sufrí tanto como otros, porque me hicieron cabo; pero aquello era maltratar a los hombres, que yo no lo podría sufrir, y cuando un oficial me pegó dos cocotazos, me callé y me dije que no me pegaría más, y me tomé el fusil y las cápsulas, y aquí estoy.” Y a caballo, en su jipijapa y saco pardo, con el rifle por el arzón de su potranca, y siempre sonriendo.—Se agolpan al rancho, venideros de la Sabana, de Hato del Medio, los balseros que fueron a preguntar si podían arrear la madera: vuelven a Cauto del Embarcadero, pero no a arrearla: prohibidos, los trabajos que den provecho, directo o indirecto, al enemigo. Ellos no murmuran: querían saber: están preparados a salir con el comandante Contiño.—Veo venir a caballo, a paso sereno bajo la lluvia, a un magnífico hombre, negro de color, con gran sombrero de ala vuelta, que se queda oyendo, atrás del grupo y con la cabeza por sobre él. Es Casiano Leyva, vecino de Rosalío, práctico por Guamo, entre los triunfadores el primero, con su hacha potente: y al descubrirse le veo el noble rostro, frente alta y fugitiva, combada al medio, ojos mansos y firmes, de gran cuenca; entre pómulos anchos, nariz pura; y hacia la barba aguda la pera canosa: es heroica la caja del cuerpo, subida en las piernas delgadas: una bala, en la pierna: él lleva permiso de dar carne al vecindario; para que no maten demasiada res. Habla suavemente; y cuanto hace tiene inteligencia y majestad. El luego irá por Guamo.—Escribo las instrucciones generales a los jefes y oficiales.

15.—La lluvia de la noche, el fango, el baño en el Contramaestre: la caricia del agua que corre: la seda del agua. A la tarde viene la guerrilla: que Masó anda por la Sabana, y nos lo buscan: traen un convoy, cogido en la Ratonera. Lo vacían a la puerta: lo reparte Bellito: vienen telas, que Bellito mide al brazo: tanto a la escolta,—tanto a Pacheco, el capitán del convoy, y la gente de Bellito,—tanto al Estado Mayor: velas, una pieza para la mujer de Rosalío, cebollas y ajos, y papas y aceitunas para Valentín.

Cuando llegó el convoy, allí el primero Valentín, al pie, como diciendo, ansioso. Luego, la gente alrededor. A ellos, un galón de “vino de composición para tabaco”,—más vino dulce: Que el convoy de Bayamo sigue sin molestar a Baire, repartiendo raciones. Lleva once prácticos, y Francisco Diéguez entre ellos: “Pero él vendrá: él me ha escrito: lo que pasa es que en la fuerza teníamos a los bandidos que persiguió él, y no quiere venir, los bandidos de *El Brujiso*, el muerto de Hato del Medio”.—Y no hay fuerzas alrededor con que salirle al convoy, que va con 500 hombres. Rabi,—dicen—atacó el tren de Cuba en San Luis, y quedó allá.—De Limbano hablamos, de sobremesa: y se recuerda su muerte, como la contó al práctico de Mayarí, que había acudido a salvarlo, y llegó tarde. Limbano iba con Mongo, ya deshecho, y llegó a casa de Gabriel Reyes, de mala mujer, a quien le había hecho mucho favor: le dio las monedas que llevaba; la mitad para su hijo de Limbano y para Gabriel la otra mitad, a que fuera a Cuba, a las diligencias de su salida, y el hombre volvió, con la promesa de 2,000 pesos, que ganó envenenando a Limbano. Gabriel fue al puesto de la guardia civil, que vino, y disparó sobre el cadáver, para que pareciera muerto de ella. Gabriel vive en Cuba, acusado de todos los suyos: su ahijado le dijo: “Padrino, me voy del lado de usted, porque usted es muy infame”.—Artigas, al acostarnos pone grasa de puerco sin sal sobre una hoja de tomate, y me cubre la boca del nacido.

16.—Sale Gómez a visitar los alrededores. Antes, registro de los sacos, del Teniente Chacón, Oficial Díaz, Sargento P. Rico, que murmuran, para hallar un robo de $\frac{1}{2}$ botella de grasa.—Convicción de Pacheco, el Capitán: que el cubano quiere cariño, y no despotismo: que por el despotismo se fueron muchos cubanos al gobierno y se volverán a ir: que lo que está en el campo, es un pueblo, que ha salido a buscar quien lo trate mejor que el español, y halla justo que le reconozcan su sacrificio. Calmo,—y desvío sus demostraciones de afecto a mí, y las de todos. Marco, el dominicano: “¡Hasta sus huellas!” De casa de Rosalío vuelve Gómez.—Se va libre el alcalde de La Venta; que los soldados de La Venta, andaluces, se nos quieren pasar.—Lluvia, escribir, leer.

17.—Gómez sale, con los 40 caballos, a molestar el convoy de Bayamo. Me quedo, escribiendo con Garriga y Fera, que copian las *Instrucciones Generales* a los jefes y oficiales—conmigo doce hombres, bajo el teniente Chacón, con tres guardias, a los tres caminos; y junto a mí, Graciano Pérez. Rosalío, en su arrenquín, con el fango a la rodilla, me trae, en su jaba de casa, el almuerzo cariñoso: “por usted doy mi vida”. Vienen,

recién salidos de Santiago, los hermanos Chacón, dueño el uno del arria cogida antier, y su hermano rubio, bachiller, y como letrado,—y José Cabrera, zapatero de Jiguaní, trabado y franco,—y Duane, negro joven, y como... en camisa, pantalón y gran cinto, y... Avalos, tímido, y Rafael Vázquez, y Desiderio Soler, de 16 años, a quien Chacón trae como hijo.—Otro hijo hay aquí, Ezequiel Morales, con 18 años, de padre muerto en las guerras. Y estos que vienen, me cuentan de Rosa Moreno, la campesina viuda que le mandó a Rabi su hijo único Melesio, de 16 años: “allá murió tu padre: ya yo no puedo ir: tú ve”. Asan plátanos, y majan tasajo de vaca, con una piedra en el pilón, para los recién venidos. Está muy turbia el agua crecida del Contramaestre,—y me trae Valentín un jarro hervido en dulce, con hojas de higo...

CRÓNICAS

A R T E

LE NU AU SALON ¹⁰⁷

¹⁰⁷ Este es el borrador de un trabajo que, con el título de "The Nude in the Salon", Martí publicó en la revista *The Hour*, de Nueva York.

C'est le *pont des ânes* des peintres: le nu. Quand on peut colorer sans monotonie et sans dureté un morceau considérable de chair humaine, et la faire sortir riante et parfumée de la toile plate, tendre comme la Chloé de Lefebvre, voluptueuse comme *La Baigneuse* de Perrault; morbides, rondes, luisantes, comme les femmes de Gérôme—on peut se dire un peintre. La chair n'a qu'un ton: il faut l'étendre, le plier, le diversifier, le diluer dans ses propres nuances; ne pas fatiguer les yeux des vieilles et rouges chairs flamandes, ni de ces visages blanchis à la chaux, tachés de fraise, qui faisaient la joie des peintres anglais du dernier siècle. Il faut que ces femmes nues peuvent tenter, comme celle de Camille de Beaumont tente St. Antoine; il faut qu'elles brûlent et tuent d'un regard, comme la *Maja de Coÿa*, un des tableaux le plus merveilleux qui ait—quelle que soit l'époque où l'on cherche—sorti des mains humaines.

Il n'y a pas eu de Gérôme dans le dernier Salon,—ni de Beaumont,—ni de Perrault, ni de Voillemot, ni de A. Lefèvre, l'auteur de cette "Fille de l'Océan" que, il y a quelques années, comme une nouvelle statue de Galathée, alluma les désirs de bien de Pygmalions; mais il y a encore de Lefebvre, et de Henner, et de Gustave Moreau,—et de quelques autres, dont les tableaux finis ou gracieux ne font pas tort à ses auteurs. Le modèle, ce rayon de soleil des ateliers,—cette hirondelle charmante qu'à Paris comme partout meurt pour la vie ou pour l'honneur, à l'arrivée de ce terrible hiver de la misère, a fourni aux peintres cette année des toiles louées.—C'est M. Edouard Dantan qui a eu le bonheur de mettre dans un *coin d'atelier* une toute jolie petite femme, absolument nue,—deux mignons souliers rose se levant, comme des accusateurs, tout près d'elle—et deux petits verres—vides, cela va sans dire, là, sur une table à deux, en accusant encore! C'est le jeune sculpteur qu'on voit là, acharné à son statue, gagnant à la hâte le temps perdu à goûter le dernier petit verre!—celui qui a acheté les petits souliers rose de cette hirondelle gentille qui n'a pas, certes, l'air de pleurer ses ailes perdues.

M. Bartlett, un peintre anglais, doublé de parisien—qui ne l'est pas un peu aujourd'hui?—a fait aussi sur le repos du modèle un joli tableau. Il a voulu trop faire: il y a peut être trop de figures à sa toile:—mais, comme il est gai, tout ce mouvement! Ce ne sont pas de peintres qui achètent des souliers—ces peintres élèves! Chacun est là à son devoir; l'un fait un fond, l'autre prépare sa palette; on cause, on marche, on allume sa pipe,—on lit même le journal.—Et le pauvre modèle nu, se chauffe au poêle, le torse enveloppé dans de beaux cheveux longs, toute muette, toute seule. On reconnaît dans ce trait le peintre anglais!

Du modèle encore! Un peintre estimé, M. Bompland, a fait du sérieux. Il a placé une belle femme scrupuleusement copiée, mollement colorée, illuminée avec une vraie science,—grave, seule, abandonnée, au milieu d'un atelier fantastique, rempli de ces petites charmantes, et raretés curieuses, dont les artistes encombrant ses ateliers. Il y a du moderne; dans cet appartement meublé en peintre du monde: il y a de l'antique, dans cette femme toute prise à la nature, comme celles de Heilbuth, l'originel aquarelliste.

Les grands morceaux nous restent: la Galathée, resplandissante de Moreau; le mi-corps modeste, fin et ravissant exhibé par Jules Lefebvre; la jeune femme de Henner, toujours chaste, éclairée d'une lumière de lune, toujours gracieuse.

C'est à Henner, ce peintre tant admiré de Juliette Lambert, une femme admirable,—de peindre d'une main respectueuse, avec une dévotion recueillie et pure, une femme nue, ou à demi nue, qui étant toujours la même, ne charme pas moins quand elle revient en exprimant quelque idée nouvelle chaque année. La beauté de la femme est pour Henner un idéal sacré. Il ne la souille pas du souffle du désir. Il ne la pousserait au doux abîme—même pour le plaisir d'y tomber avec elle. Il la sauverait—pour la copier. C'est pour cela que ses femmes auront dans l'avenir—qui seul exprime les renommées qui ne doivent pas périr—le charme, introuvable pour nos peintres irrévérents,—des vierges des peintres croyants de la Renaissance.—Il faut croire à ce qu'on peint.

Cette année la femme de Henner personifie "La Fontaine". Elle voit mourir, penchée sur la source, sa forme blanche. C'est encore un retour à Biblis, ce mythe qu'inspira sa belle statue au sculpteur Suchete.

Mais Henner exhibait aussi au Salon une tête de femme qui valait bien ce grand tableau. C'était une fille endormie, à la peau voluptueusement moite, aux joues incarnates—vivantes— à tenter de la prier qu'elle veuille bien se réveiller! On dirait la Danaé du Titien.

Ce portrait de femme à mi corps est une page exquise de l'oeuvre de Jules Lefebvre. C'est la femme-cygne qu'il peint toujours, et dont le plus brillant échantillon, resté célèbre—appartient à Alexandre Dumas; c'est cette créature printanière, souple et innocente, toute tremblante encore dans sa nudité enfantine, un premier baiser chaud de la vie. Si elle est tendue sur une peau de lion, entourée de parfums, l'éventail à la main, les hanches saillantes, la nuque nue, elle s'appelle Fatima. Au milieu des bois, égarée, effrayée—c'est la cigale; la moins spontanée de ses oeuvres.—Et si elle se lève, pure et sévère, en faisant pardonner les duretés du côté droit de la figure par la rondeur et les accidents savants du côté gauche; éclairant le monde d'une torche et la toile de deux grands yeux romains, de la Rome de Lucrèce, cette femme-cygne s'appelle la Verité. Et elle a toujours le charme indéfinissable, la chair massive, la peau rose de la jeune fille à seize ans. Les femmes de Lefebvre semblent toujours prêtes à s'envoler, comme des oiseaux, dans l'espace bleu de sa demeure naturelle.

C'est une autre femme, toute idée malgré son beau corps, toute symbole malgré sa forme humaine—la Galathée de Gustave Moreau. On a beau nier à ce peintre cette renommée qu'on accorde volontiers à des serviteurs banals des moeurs légères et des caprices mesquins et maladifs de l'heure qui court. Les yeux doués de cette merveilleuse puissance de voir le beau, ne peuvent trouver cette beauté tranquille et immobile dont ils ont soif dans des reproductions sans grandeur et sans portée des types mobiles et accidentels qui viennent et s'en vont comme des images; et, en tournant le dos, malgré l'argent qu'ils vont perdre, aux mignonerics faciles et aux monstruosité commodes de la peinture aujourd'hui en vogue, ils s'en vont, les ailes ouvertes, par le vieux monde, cherchant des héros, dont l'éloignement ne laisse voir le côté vulgaire; et où les ailes déployaient par ces cieux insondables, pleins d'esprit, sous formes de symboles éternels, de beautés idéales. C'est un signe de supériorité artistique— ce dédain des choses du jour: qui caractérise le talent ¹⁰³ et indépendant de Gustave Moreau. Le vrai génie généralise toujours. S'il plaint ces héros d'âme qui périssent incompris, ces vertus fécondes dont l'inquiétude fiévreuse tourmente et fait mourir tant de nobles coeurs, sans qu'une main pieuse vienne jeter une pelletée de terre sur le pauvre mort,—Moreau peint, de sa manière chaude; ou l'excès d'imagination ne fait tort à l'art, *La jeune fille de Thrace*, la vérité belle, *trouvant la tête et la lyre d'Orphée*,—le grand coeur étouffé.—Si son ami Chasseriau meurt jeune et puissant encore, il peint d'une couleur triste, le jeune homme et la mort. Si la

¹⁰³ Palabra ininteligible.

soif de beauté sèche ses lèvres ardentes et l'amour de l'idéal inquiete ses rêves, il peint Galathée,—la beauté sereine, coquette, nonchalante, jeune fille resplandissante. Il s'abandonne volontiers à ces plaisirs savoureux de l'imagination créatrice; il décore de détails multiples, il entoure de conceptions, hardies et nombreuses le symbole choisi, mais il a la conscience de l'imagination,—et dans ces courses au dos du Pégase il ne perd jamais l'étrier. Il conserve cette logique difficile qu'il doit y avoir toujours dans toutes les abstractions brillantes de la fantasie. C'est pour cela que, après des débuts retentissants, en faisant preuve de ce talent: de la modestie, qui est le meilleur de tous les talents, comme il sentait que son génie l'emportait où sa main de débutant ne pourrait encore le suivre—il alla se cacher à l'ombre du cimetière de Pisa, tout plein encore de ces figures de Giotto, aux pieds comme des racines d'arbres séculaires; il étudia les lignes courbes et fougueuses d'Annibal Carracci, il apprit le dessin en copiant sans se lasser les oeuvres décisives et solennelles de Vinci.—Il s'en alla poète; et il revint peintre. Cette Galathée qu'il vient de faire,—en ayant la plus suave forme féminine, n'est pas une femme. Elle surgit entourée des végétations capricieuses qui ressemblent les égarements de la féconde pensée poétique. On accuse Moreau d'être un peu peintre scénographe dans ses décors, et de trouver le brillant par le faux; il est un peu vrai qu'il aime passionnément le scintillement d'une lumière tout à lui, claire et argentine, sur les pierres précieuses dont il fait la ceinture d'Hélène, sur l'écume blanche de ses vagues en tourbillons; sur les points rouges des ses îles de corail, de ses nids de perles.

C'est ainsi que le feu d'âme colore d'or nos pensées ailées, comme la flamme bleue, en la faisant bouillir, l'écume jaunâtre du généreux café. Il restera, ce peintre,—comme Henner, le peintre de la beauté pure; comme Laurent, le peintre de la monarchie imbécile; comme Fromentin, l'artiste du caractère; comme Doré, cet homme qu'on craint trop parce qu'il ne craint rien. Ils ont été toujours de fidèles amoureux de Galathée.

Traducción

EL DESNUDO EN EL SALÓN

El desnudo es la piedra de toque de los pintores. Cuando se puede colorear sin monotonía y sin dureza un trozo considerable de carne humana, y hacerla surgir riente y perfumada de la tela plana, tierna como la Cloe de Lefebvre, voluptuosa como la *Bañista* de Perrault; mórbidas, redondas, brillantes como las mujeres de Gérôme, se puede uno considerar pintor. La carne no tiene más que un tono: hay que extenderlo, plegarlo, diversificarlo, diluirlo en sus propios matices, no cansar la vista con las viejas y rojas carnes flamencas, ni con esas caras blanqueadas con lechada matizadas de color fresa que tanto encantaban a los pintores ingleses del siglo pasado. Es preciso que esas mujeres desnudas puedan tentar como la de Camilo de Beaumont provoca a San Antonio; es preciso que quemen y maten de una mirada como la *Maja* de Goya, uno de los cuadros más maravillosos que haya—cualquiera que sea la época que se busque—salido de las manos humanas.

No ha habido ninguna obra de Gérôme en el último salón,—ni de Beaumont,—ni de Perrault,—ni de Voillemot, ni de A. Lefèvre, el autor de esa "Hija del Océano", que hace algunos años, cual una nueva estatua de Galatea, excitó los deseos de muchos Pigmiones; pero sí, las hay de Lefebvre, y de Henner y de Gustavo Moreau,—y de algunos otros, cuyos cuadros acabados o agraciados, no desdican de sus autores. El modelo, ese rayo de sol de los estudios, esa golondrina encantadora que, en París como en cualquier otra parte, muere por la vida o por el honor a la llegada del terrible invierno de la miseria, ha dado a los pintores de este año, telas muy celebradas.

M. Eduardo Dantan ha tenido el acierto de colocar en el rincón de un estudio a una linda mujercita, completamente desnuda, con dos diminutas zapatillas rosadas junto a ella, y dos vasos, vacíos desde luego, sobre una mesa, cual dos testigos acusadores. Es el joven escultor a quien se ve aferrado a su estatua, recuperando de prisa el tiempo perdido en libar el último vasito; él es quien ha comprado esos dos zapaticos rosados de esa graciosa golondrina que no parece por cierto dispuesta a llorar por la pérdida de sus alas.

M. Bartlett, un inglés medio parisino—¿quién no lo es algo hoy en día?—ha hecho también—con el asunto del "Descanso de la modelo"—un

bonito cuadro. Pero se ha excedido, pues nos parece que hay demasiadas figuras en su cuadro;—aunque todo ese movimiento es en extremo alegre. ¡No son pintores que compran zapatos esos estudiantes de pintura! cada cual está allí trabajando; uno hace un fondo, otro prepara su paleta; hay quien charla, quien camina, quien enciende su pipa, y hasta quien lee el periódico. Y la pobre modelo desnuda se calienta junto a la estufa, con el busto envuelto en su linda y larga cabellera,—sin hablar, sola en su aparte. En ese rasgo se reconoce al pintor inglés.

¡Otro modelo más! Un pintor estimado, M. Bompland, ha hecho algo serio: ha colocado a una bella mujer, escrupulosamente copiada, ligeramente coloreada, iluminada con verdadera ciencia,—grave, sola, abandonada en medio de un fantástico estudio lleno de esas deliciosas pequeñeces, raras y curiosas, que los artistas amontonan en sus talleres. Hay lo moderno en ese apartamento amueblado de pintor mundano, y hay toque antiguo en esa mujer perfectamente captada del natural, como las de Heilbuth, el original acuarelista.

Nos quedan los cuadros mayores: la *Galatea*, resplandeciente obra de Moreau; y un medio cuerpo modesto fino y delicioso pintado por Julio Lefebvre; la joven mujer de Henner, casta, iluminada por un claro de luna y muy agraciada. Es de Henner, ese pintor tan admirado de Julieta Lambert,—una admirable mujer— quien pinta con respetuosa mano, con una devoción recatada y pura, a una mujer desnuda, o medio desnuda, que—siendo siempre la misma— encanta siempre por igual cuando vuelve, cada año, representando una nueva idea. La belleza de la mujer es para Henner un sagrado ideal; no la mancha con el soplo del deseo, y no la lanzaría al dulce abismo, ni siquiera por el placer de caer en él con ella. La salvaría para copiarla. Por eso sus mujeres tendrán en el futuro, lo cual confirma la fama de aquello que no debe perecer,—el encanto, inalcanzable para nuestros pintores irreverentes, de las Vírgenes de los pintores creyentes del Renacimiento.

Hay que creer en lo que se pinta. Este año, la mujer de Henner personifica a *La Fuente*. Inclínada sobre el manantial, ella ve desaparecer su blanca forma. Es también una reminiscencia de Biblis, ese mito que inspiró su bella estatua al escultor Suchetetz.

Pero Henner exhibió también en el Salón una cabeza de mujer que valía tanto como su otro gran cuadro,—una muchacha dormida, de piel voluptuosamente húmeda, de mejillas encarnadas, vivas, que incitaban a rogarle que se despertase. Diríase que era la *Danae* del Ticiano.

Ese retrato de mujer, de medio cuerpo, es una página deliciosa en la obra de Julio Lefebvre. Es la mujer cisne que él pinta siempre, y cuyo más brillante ejemplar, que se ha hecho célebre, pertenece a Alejandro Dumas; es esa criatura primaveral, dócil e inocente, temblorosa en su desnudez infantil ante el primer beso ardiente de la vida. Está recostada sobre una piel de león, rodeada de perfumes, con el abanico en la mano, las caderas salientes, la nuca desnuda, y se llama *Fátima*.

En medio de los bosques, extraviada, atemorizada,—es la *Cigarra*, la menos espontánea de sus obras. Y si se levanta, pura y severa, haciendo perdonar la dureza del lado derecho del cuerpo por la redondez y los sabios matices del lado izquierdo; iluminando al mundo con una antorcha y el fulgor de dos grandes ojos romanos, de la Roma de Lucrecia, esa mujer cisne se llama la *Verdad*. Y tiene siempre el hechizo indefinible, la carne maciza, la piel rosada de la doncella a los dieciséis años. Las mujeres de Lefebvre parecen siempre dispuestas a tomar vuelo como las aves, en el espacio azul, su natural vivienda.

Hay otra mujer, toda idea a pesar de su hermoso cuerpo, todo símbolo a pesar de su forma humana—la *Galatea* de Gustavo Moreau. De nada sirve negar a dicho pintor esa fama que con gusto se concede a los vulgares lacayos de las costumbres ligeras y de los caprichos mezquinos y enfermizos de hoy en día. Los ojos, dotados de ese maravilloso poder de ver lo bello, no pueden hallar esa belleza tranquila e inmóvil que ansían, en reproducciones sin grandeza y sin alcance, tipos movibles y accidentales que van y vienen cual imágenes; y despreocupándose, a pesar del dinero que han de perder, de las minucias fáciles y de las monstruosidades cómodas de la pintura hoy de moda,—se van con las alas abiertas, por el viejo mundo, buscando héroes de quienes la distancia no deje ver el lado vulgar; y donde las alas se desplegaban por esos cielos impenetrables, espirituales, bajo formas de símbolos eternos, de bellezas ideales. Es una señal de superioridad artística—ese desdén por las cosas de hoy que caracteriza al talento ¹⁰⁹ e independiente de Gustave Moreau. El verdadero genio generaliza siempre. Si él compadece a esos héroes de alma que perecen incomprendidos; esas virtudes fecundas cuya inquietud febril atormenta y hace morir a tantos nobles corazones, sin que una piadosa mano vaya a echar una paletada de tierra sobre el pobre muerto, —Moreau pinta de manera ardiente, en la que el exceso de imaginación no perjudica al arte. *La doncella de Tracia*, la verdad bella, *encontrando*

¹⁰⁹ Palabra ininteligible.

la cabeza y la lira de Orfeo,—el gran corazón ahogado. Si su amigo Chassériau muere joven y fuerte aún, él pinta, con un colorido triste, al joven y a la muerte. Si la sed de belleza seca sus ardientes labios y el amor del ideal lo estremece, pinta a *Galatea*,—la belleza serena, coqueta, perezosa, la doncella resplandeciente. El se entrega gustoso a esos placeres deliciosos de la imaginación creadora; decora con detalles múltiples, rodea de concepciones atrevidas y numerosas al símbolo escogido, pero tiene conciencia de la imaginación,—y en esas carreras a lomo de Pegaso nunca pierde el estribo. Conserva esa lógica difícil que siempre debe existir en todas las abstracciones brillantes de la fantasía. Es por eso que tras de un inicio famoso, dando pruebas de ese talento de la modestia, que es el mejor de todos los talentos, como él sentía que su genio lo arrastraba hacia donde su mano de principiante no podría seguirle todavía, fue a ocultarse a la sombra del cementerio de Pisa, repleto aún de esas figuras de Giotto, de pies como raíces de árboles seculares; estudió las líneas curvas y fogosas de Anibal Carracci, aprendió a dibujar, copiando sin descanso las obras decisivas y solemnes de Vinci. Se fue poeta y volvió pintor. Esa *Galatea* que acaba de hacer, aunque tiene la más suave forma femenina, no es una mujer. Ella surge rodeada de caprichosas vegetaciones que semejan los desvaríos del fecundo pensamiento poético. Se acusa a Moreau de ser un pintor algo escenográfico en sus decorados y de alcanzar lo brillante por lo falso; es un poco cierto que ama apasionadamente el resplandor de una luz muy suya, clara y argentina sobre las piedras preciosas con que hace el cinturón de Elena, sobre la espuma blanca de sus olas revueltas; sobre los puntos rojos de sus islas de coral, de sus nidos de perlas.

Es así como el fuego del alma matiza de oro nuestros alados pensamientos, como la llama azul dora, haciéndola hervir, la amarillenta espuma del generoso café. Este pintor pasará a la posteridad,—al igual que Henner, el pintor de la belleza pura; como Laurent, el pintor de la monarquía imbécil; como Fromentin, el artista del carácter, como Doré, ese hombre a quien temen demasiado porque él no teme a nada. Ellos han sido siempre fieles enamorados de *Galatea*.

THE NUDE IN THE SALON ¹¹⁰

¹¹⁰ No ha sido posible obtener el primer párrafo de este trabajo, publicado en *The Hour*, Nueva York, el 31 de julio de 1880.

Gérome had no picture in the last Salon, nor had Beaumont, Perrault, Voillemot or A. Lefèvre, the painter of the "Daughter of Ocean", which, a few years ago, appeared like a new Galatea, inspiring many Pygmalions. But Jules Lefebvre, Henner, Gustave Moreau and others, were represented by delicate and lovely pictures. Humbert exhibited a "Salomé," Schwertzmeyer "Le Gorgion," Merle a "Hebe", but these pictures, though remarkable as studies, did not make up for the lack of imagination by any delicacy or any other exceptional trait. The model, that sunbeam of the studios, has this year been made the subject of several good pictures. Edward Dantan has placed a pretty little woman, perfectly nude, in the corner of a studio, and two dainty pink shoes stand before her and two tiny glasses—empty, of course—on a small table near. On the other side of the room the young sculptor is hard at work, to make up for the time lost over that last glass. Mr. Bartlett, an English painter, but partly Parisian—as who is not nowadays?—has chosen the "Repose of a Model" for his subject. There are, perhaps, too many figures on his canvas, but what life and gaiety is in their bustle. These students, intent upon their work, are not of the class who pay for pink shoes. One paints a background, another prepares his palette; they chat, stroll about, light their pipes, even read the newspaper, while the poor naked model, alone and silent, warms herself at the stove—a thoroughly English touch. Bompland, a good painter, takes it more seriously. He places a beautiful woman, carefully painted, softly colored, alone, grave and sad, in a quaint studio full of the charming trifles with which artists now crowd their rooms. This apartment is all modern, but there is a touch of the antique in this woman, taken from nature, like the women of Heilbuth, the eccentric water-colorist. As for the great pictures, the superb "Galatea" of Moreau. Jules Lefebvre's pure and dainty half-length, Henner's refined and graceful figure of a young girl lit up by the softest moonlight. It is the province of Henner to portray with reverent hand a nude or half nude woman. This woman is always the same, but she is

none the less charming, returning year by year to embody some new idea. With Henner, woman's beauty is a sacred ideal, which he does not tarnish by a breath of fleshly desire; he would not push his ideal towards the pleasant precipice; he would save it—to copy. For this reason, in the future his women will have the charm of the reverential and believing painters of the Renaissance. One must believe in what one paints. This year Henner's female figure personifies the Fountain. Leaning over the spring, she sees her own white figure fading away. It is another version of Byblis, the myth which inspired the modest Suchetoz, who received a medal for his statue. But Henner had in the Salon a head which far surpassed his other picture—a sleeping girl, with moist skin and scarlet cheeks, so life-like that one could hardly help waking her. The half-length of a woman is an exquisite example of J. Lefebvre. It is the swan-like creature he always paints, the most superb of which, by-the-by, "La Femme Couchée", belongs to Alexander Dumas—a creature fresh, spring-like, innocent, quivering at the first warm kiss of life. If she lies upon a lion's skin, fan in hand, her elbow on the beast's head, she is called "Fatima". If wandering frightened in the woods she is "La Cigale", the least natural of his works. If standing, severe and pure, the stiffness of one side of the figure redeemed by the roundness, the exquisite art of the other—lighting the world with a torch, the canvas wit two superb Roman eyes of Lucretia's type—this swan-woman is called "Truth." But in whatever shape she comes, there is always the same indefinable charm—the solid flesh and rosy skin of a girl of sixteen. Lefebvre's women seem always ready to take flight, like birds, into the sky, their true home. The "Galatea" of Gustave Moreau, full of soul, in spite of the lovely body, is in quite another style. How is it possible to deny to this painter the fame so willingly accorded to the commonplace caterers to the paltry caprices of the moment? Eyes gifted with the marvellous power of seeing beauty cannot find the calm and immaculate loveliness they seek in trivial reproductions of varying and perishable types, which come and go like clouds. He ignores—in spite of the money to be gained thereby—the easy puerilities of art of to-day; he seeks, in the world of legend, heroes whose vulgarity is ridden by distance, or in boundless space, spirits without substance, eternal symbols, ideals and dreams of beauty. This disdain of the fashion of the day which characterizes the work of Gustave Moreau is a sign of artistic superiority. True genius always generalizes. Its sympathy yearns over those treasures of the soul which the world disregards, those eager virtues whose feverish unrest tortures and kills so

many noble hearts—with no loving hand to cover the poor dead with flowers. Moreau paints, in his warm style, where excess of imagination never wrongs art, a young girl of Thrace finding the head and lyre of Orpheus, that great suffering soul. When his friend Chasseriau dies, in the height of youth and strength, he paints, in sombre lines, "Death and the Young Man." If the thirst for beauty parches his eager lips and the love of the ideal disturbs his dreams, he paints Galatea, a serene, coquettish, careless, glowing, girlish beauty. He gives way to the delicious pleasure of his creative imagination, he adorns the chosen mystery with multitudes of details, he surrounds it with bold and original adjuncts; but his imagination is restrained by his conscience, and in these rides on the back of Pegasus he never loses his stirrup, he never loses sight of the logic which should govern the most brilliant flights of fancy. Feeling that his genius would lead him where his unpractised hand could not yet follow, he hid himself among the shadows of the cemetery of Pisa, still full of those quaint figures of Giotto, with feet like old gnarled trees. He studied Carracci's impetuous lines; he learnt drawing by copying untiringly Da Vinci's severe and earnest work; he set forth a poet, to return a painter. His Galatea, while possessing the softest femininity of form, is not a woman. She stands surrounded by a capricious vegetation, which seems like the wanderings of a poetic fancy. Moreau is accused of being somewhat scenic in his backgrounds. True, he is fond of the brilliancy of a light all his own, clear and silvery, glittering on the jewels of Helen's girdle, on the white foam of his yeasty waves, on the red tips of his coral islands and nests of pearl shell. But he will ever be the faithful lover of Galatea, and live as long as Henner, Doré, Laurent or Fromentin.

The Hour. Nueva York, 31 de julio de 1880

Traducción

EL DESNUDO EN EL SALÓN

El desnudo: ¡He aquí la piedra de toque de los pintores! Merece llamarse pintor el que sabe colorear un trozo considerable de piel humana sin monotonía y sin dureza, destacándola risueña y perfumada de la tela, delicada como la *Cloe* de Lefebvre; voluptuosa como "La Bañista" de

Perrault; mórbidas, redondas, resplandecientes como las mujeres de Gérôme. La carne sólo tiene un color; hay que extenderlo, plegarlo, diversificarlo, diluirlo dentro de sus propios tonos; sin cansar la vista con las viejas y coloradas carnes flamencas,—ni con aquellos blancos rostros gredosos, manchados de fresa, que eran el encanto de los pintores ingleses del siglo pasado. Estas mujeres desnudas deben de poder tentar como la de Camille de Beaumont tiente a San Antonio; ellas deben de enardecer y matar de una mirada como *La Maja* de Goya, uno de los cuadros más maravillosos que jamás ha salido de manos humanas.¹¹¹

No hay ningún cuadro de Gérôme en el último Salón, ni de Beaumont, ni de Perrault, ni de Voillemot, ni de A. Lefèvre, el creador de aquella “Hija del Océano”, que hace unos años como una nueva estatua de Galatea inspiró a muchos Pigmalion. Pero Jules Lefebvre, Henner, Gustave Moreau y otros pintores estaban representados por cuadros delicados y hermosos. Humber exhibió “Salomé”, Schwertzmeyer “Le Gorgion”, Merle “Hebe”, pero estos cuadros, aunque notables como estudios, no suplieron la falta de imaginación por alguna delicadeza o cualquier otro trazo especial. La modelo, ese rayo de luz de los estudios, ha sido convertida este año en el tema de varios buenos cuadros.

Edouard Dantan ha tenido el acierto de colocar en el rincón de un estudio a una linda mujercita, completamente desnuda, con dos diminutas zapatillas rosadas junto a ella, y dos vasos, vacíos desde luego, sobre una mesa cercana. Al otro lado del estudio está el joven escultor trabajando afanosamente, para ganar el tiempo perdido al saborear la última copita.

M. Bartlett, un pintor inglés, algo parisiense,—¿pero quién no lo es un poco hoy en día?—también ha hecho un bello cuadro del *Descanso de una modelo*. Ha querido abarcar demasiado; quizás hay exceso de figuras en el lienzo, ¡pero qué alegre es su bullicio! ¡Estos estudiantes de pintura no son precisamente pintores que compran zapaticos color de rosa! Cada uno atiende a sus asuntos; uno pinta un fondo, otro prepara su paleta, hablan, se pasean, encienden sus pipas, hasta leen un periódico.— ¡Y la pobre modelo desnuda, se calienta, callada y sola, ante la estufa con el torso envuelto en su bella cabellera larga! En este detalle se conoce al pintor inglés. M. Bompland, un buen pintor, toma el asunto más en serio. Ha colocado a una bella mujer, escrupulosamente pintada, suavemente coloreada,—seria, sola, abandonada en medio de un estudio fantástico, repleto de aquellas chucherías encantadoras y curiosas rarezas con las cuales los artistas llenan ahora sus estudios. Todo es moderno

en este apartamento, pero hay un sabor de antigüedad en esta mujer, tomada de la naturaleza, como en las mujeres de Heilbuth, el acuarelista excéntrico.

Nos faltan los cuadros grandes todavía: la Galatea resplandeciente de Moreau; un medio cuerpo fino y delicado de Jules Lefebvre; una joven de Henner, siempre casta, siempre graciosa, iluminada por la suave luz de la luna.

Posee Henner, este pintor tan admirado por la admirable Juliette Lambert, el don de pintar con mano respetuosa, con sentida y pura devoción, una mujer desnuda o medio desnuda, que a pesar de ser siempre la misma, no deja de encantar menos al presentarse cada año expresando alguna nueva idea. La belleza de la mujer es un ideal sagrado para Henner. No la mancha con el soplo del deseo. No la lanzaría al dulce abismo; la salvaría para copiarla. Por eso, sus mujeres tendrán en el futuro el encanto, inaccesible para los pintores irreverentes, de las Vírgenes de los pintores creyentes del Renacimiento. Hay que creer en lo que uno pinta. Este año la mujer pintada por Henner personifica a “La Fuente”. ¡Ve desaparecer, inclinada sobre la fuente, su blanca figura! Es otra versión del mito de Biblis, que inspiró al escultor Suchetetz su bella estatua premiada.

Pero Henner también exhibía en el Salón un busto de mujer tan valioso como su otro gran cuadro—una muchacha dormida, de húmeda piel voluptuosa, de mejillas sonrosadas, tan viva que uno apenas podía contenerse para no despertarla.

Un retrato de mujer, de medio cuerpo, es una página exquisita en la obra de Jules Lefebvre. Es la mujer cisne que él pinta siempre; y cuyo más brillante ejemplar, que se ha hecho célebre, pertenece a Alejandro Dumas; es esa criatura primaveral, graciosa e inocente, temblorosa aun en su desnudez infantil ante el primer beso cálido de la vida. Si yace sobre una piel de león rodeada de perfumes, con un abanico en la mano, de caderas salientes, desnuda la nuca—se llama Fátima. En medio del bosque, perdida, asustada—es la *Cigarra*, la menos espontánea de sus obras. Y si se yergue pura y serena, haciendo perdonable la dureza del lado derecho de la figura por la redondez y la belleza del lado izquierdo, iluminando el mundo con una antorcha, y la tela con dos grandes ojos romanos, de la Roma de Lucrecia, esa mujer-cisne se llama la Verdad. Siempre posee el encanto indefinible, la carne maciza, la piel rosada de una joven de dieciséis años. Las mujeres de Lefebvre, como

¹¹¹ Este primer párrafo está traducido del borrador en francés.

los pájaros, siempre están prestas a remontar el vuelo en el espacio azul. su verdadero hogar.

La "Galatea" de Gustave Moreau, llena de alma, a pesar de su hermoso cuerpo, es de otro estilo. ¿Cómo negarle a este pintor la fama que se le da voluntariamente a los que halagan los caprichos mezquinos de la hora presente? Sus ojos dotados del maravilloso poder de ver lo bello, no pueden hallar la tranquila y serena belleza que buscan en reproducciones triviales de caracteres variables y perecederos, que vienen y van como nubes. Moreau—a pesar del dinero que producen—rechaza las puerilidades fáciles del arte actual; y busca en los héroes legendarios, libres de vulgaridad por la distancia, o en el espacio sin límites, símbolos eternos, ideales y sueños de belleza. Ese desprecio a la pintura de moda que caracteriza la obra de Gustave Moreau es una señal de superioridad artística. El verdadero genio siempre generaliza. Se identifica con aquellos tesoros del alma, que parecen incomprendidos; con esas virtudes fecundas cuya febril inquietud tortura y mata tantos nobles corazones—sin que una mano piadosa cubra con flores al pobre muerto. Moreau pinta, en su estilo cálido, donde el exceso de imaginación no perjudica al arte, una joven de Tracia encontrando la cabeza y la lira de Orfeo, aquel gran corazón doliente. Al morir su amigo Chasseriau en el apogeo de su juventud y fuerza, pinta con líneas sombrías su "Muerte de un hombre joven". Si la sed de belleza quema sus labios ardientes y el amor al ideal inquieta sus sueños,—pinta a Galatea,—de belleza serena, coqueta, distraída, resplandeciente y juvenil. Se abandona al placer delicioso de su imaginación creativa, adorna el asunto escogido con múltiples detalles, lo rodea de aditamentos audaces y originales; pero su imaginación está refrenada por su conciencia, y en estas carreras sobre Pegaso nunca pierde el estribo, nunca pierde la lógica que debe guiar los vuelos más brillantes de la fantasía. Por eso, temiendo que su genio lo llevaría a donde su mano inexperta no podría triunfar, se escondió entre las sombras del cementerio de Pisa, todavía bajo la plena impresión de las extrañas figuras de Giotto, con pies como las raíces de viejos árboles seculares. Estudió las líneas impetuosas de Carracci; aprendió a dibujar, copiando infatigablemente las obras severas y sobresalientes de Da Vinci. Partió como poeta y regresó como pintor. Su Galatea, aun poseyendo la más suave forma femenina, no es una mujer. Se destaca rodeada de una vegetación caprichosa, que parecen las divagaciones de una fantasía poética. Se acusa a Moreau de ser algo escénico en los fondos de sus

cuadros. Ciertamente, ama el esplendor de una luz que es toda suya, clara y argentina, que brilla en las joyas del cinturón de Elena, en la blanca espuma de las ondas agitadas, en las rojas puntas de sus islas de coral y sus nidos de madre perla. Pero siempre será el fiel amante de Galatea y su fama perdurará tanto como la de Henner, Doré, Laurent o Fromentin.

The Hour. Nueva York, 31 de julio de 1880

THE STEBBINS GALLERY

Among the private collection of pictures, which, as a general thing, far surpass in interest the public exhibitions, very few are more carefully made up than that of Mr. James H. Stebbins. A long residence in Paris has given him special facilities for the selection of works of French masters, and these advantages, turned to account with tact and taste, have resulted in bringing together a veritable assortment of gems. Almost every master of the modern school is represented by a good specimen of his work: Gérôme by "Son Eminence Grise"; Fortuny by the portrait of a Spanish lady, the fair, dreamy-eyed ambassadress; Vernet by his splendid head of Judith—the only head befitting the robust shoulders of the Hebrew heroine, with its mass of luxurious black hair simply arranged, yet with a characteristic defiance all her own. This picture, with its noble outline and its calm majesty, always maintains its rank as an inspired work especially when brought in contact with some of the lighter, more superficial conceptions of the present century. In the great picture of "Son Eminence Grise," Gérôme has developed his special faculties to a wonderful degree. The subject, a serious one, is seriously treated; and the figures which illustrate it, instead of being obscured under an enamel-like coating (at times a defect with Gérôme), are in this case clear and powerful. The hated monk, Père Joseph, descends the staircase in shadow, as best befits his austere simplicity, his impassive personality; but the fawning courtiers, in brilliant plumed hats, who pay reluctant homage to the power they despise, are in a flood of sunlight. The head of the priest, with its projecting forehead, is marvellous in majestic force, and the hat, which is doffed with ironical servility by a gaily-dressed cavalier, is treated in a masterly way. Fortuny's "Spanish Lady" is the only female likeness from the brush of the great painter now extant. This bold creator dreamed at times and was perhaps at his best when he transferred these dreams to canvas. Strong draughtsman and colorist as he was, holding in his hands the secret of light to a wonderful extent, he could yield to vagaries (fatal to an artist of lesser degree), and yet ennobled and embellish

the subject which he touched. But, in dealing with the portrait of the fair ambassadress, he has found Nature too lavish in her gifts to be treated otherwise than with studied consideration. From a sombre background emerges a sweet face, flooding the dark canvas with soft, clear light—the only relief from the darkness, which belongs to the lady's dress, to her eyes and hair. A water-color by Fortuny, the "Piferrari," is also found in this collection. An Italian is seated, pipe in hand, the contour of whose form is so powerfully delineated that, under the drapery which conceals it, one divines its symmetrical lines.

"Louis XIV breakfasting with Molière" is another well-known picture by Gérôme. The poet is seated at table, smiling graciously, but with becoming humility, as though a little embarrassed at these unwonted honors. The King is vulgar in type—unjustly so—since this particular defect was not conspicuous in the great monarch. The faces of the courtiers in the background are expressive of mild contentment, save that of a cavalier who, shrouded from royal observation, indulges in derisive laughter, and that of a prelate—the only vigorous conception of the whole—whose general bearing indicates disapproval and defiance. Gérôme has treated his subject somewhat after the manner of Watteau—prettily, but not grandly—and in a work where he could have distinguished himself, he has not risen above mediocrity.

Rico, a worthy successor of Fortuny's in effects of sunlight, is represented by "An Interior Court of Granada." The white houses of Andalusia, with their narrow, high windows and flowers standing without in broken clay pots, are faithfully portrayed. Two or three handsome women sit in the doorway, busied with their knitting and a little girl, the best of the figures idly gazing completes the picture. Dead white walls are very difficult to paint. Monotony crushes out inspirations; but in this "Interior" the eaves throw a warm shade over the dull wall, crevices here and there break its uniformity, and clinging parasites are pendant from its glistening surface.

Another masterpiece of his collection is the "Temptation of St. Anthony," by Beaumont. The subject is far from uncommon; but of the many artists who have treated it after their own manner, none have so successfully coped with its difficulties as Beaumont. Few recent conceptions unite such pure coloring and transparency of light with such wild yet thoughtful fancies. The unhappy saint hides his face in terror, as evil spirits of every description dance around him. Bacchus, mounted on a wild boar, his brow encircled with vine leaves, strikes the flanks of the

animal with his knotty legs. But from this grotesque spectacle the eye turns willingly to the vision of beauty which fills the centre of the picture. The reclining form of a young and lovely woman, such as hasheesh-eaters might behold in their most entrancing dreams, is the last and worst temptation which assails the tortured man and from which he shrinks in holy horror.

Vibert gives us the benefit of his travels through Spain, in a "Scene at a Spanish Diligence Station". Spain, the land of moonlight adventures, of guitars and serenades, has evidently excited the French imagination to a degree, which causes the artist to take a somewhat distorted view of Spanish life in a diligence station. It would be unnatural to encounter so attractive a woman under such circumstances, or such carefully dressed young men, or bullfighters so richly clad. Yet could all artists dream as happily as Vibert, the world would be richer in good pictures. The hat of the priest, who sits on a stone bench calmly reading, is of a kind never used in travelling. But apart from these anachronisms and the disproportioned figure of a servant in the foreground of the picture, the work is one of the strongest, most animated and graceful in the collection.

Zamacois suffers nothing from his brilliant surroundings. His "Court Fool" is a glowing bit of color. Seated on a bed, dressed as Mephistopheles in red, the Jester plays a guitar. A sunbeam flashing through the window envelops the shabby room, the figure of the man, the bed and the carpet, in one blaze of fire. Bouguereau's picture, "Hesitating between Love and Riches," is in direct contrast with this work of Zamacois. The three figures comprising the picture are disproportionately large for the canvas. A handsome youth lays his heart and accompanying poverty at the feet of a young girl, who hesitates between love—as personified by the lad in question—and riches in the person of an elderly gentleman, somewhat too suggestive of Titian's and Da Vinci's old men, to pass for an original conception. The picture shows careful study without inspiration. It has color, but lacks proportion, action and expression. The skilled painter is visible in the work, but not the student of nature.

Meissonier, whose chief merit is individuality, is always seen at his best when he is not striving to emulate Albert Durer, or to invest a petty subject with the vigor of Michael Angelo. "The Game Lost" and "The Story of the Campaign" are both admirable achievements in respect to light and color, the consummate master of luminary effects having surpassed himself in the treatment of the soldiers in the last named picture.

Meissonier is the genius of form, not of conception. Soldiers and horses are his specialty. In "The Captain of the Guards," another of his contributions to this excellent gallery, he gives his own portrait in a soldier's dress.

Alma Tadema has a prominent place amongst these gems with his "Queen Clotilde, wife of Clovis, Instructing her Children in the Use of Arms." The figure of the Queen lacks life and vitality, her eyes are inexpressive, and the effect produced is that of a Catholic image rather than that of a woman. The coloring of the picture is yellowish and monotonous in tone.

Detaille, whose "Lancers" enjoys a world-wide reputation, has not been eminently successful in his "Scene in the Franco-German War." White clouds suggestive of cotton buds cross the sky in unpleasant proximity to the heads of the soldiers.

Troyon contributes an admirable "Castle in Normandy," and Bierstadt a magnificent "Sunset in the Yosemite Valley." In his treatment of a subject Bierstadt recalls Velasco, the Mexican painter. Blue, black, red and yellow are found strongly mingled in this sunset, but in no more dazzling confusion than is natural in such climes. The artist wields a powerful brush, and would doubtless succeed in depicting the burning sands and saffron sky of Egypt.

Jacomin's picture of "Faust and Mephistopheles", though remarkable in respect of modeling and coloring, is too commonplace in treatment to illustrate so lofty a theme. Mephistopheles, who resembles an old Heidelberg student, could hardly possess sufficient powers of seduction to move Faust's superior soul; and the Doctor himself, who seems but an easy-going, good-natured creature, is certainly not the ardent being consumed by an inextinguishable fire that Goethe has introduced to us. Lack of space forbids especial notice of all that demands attention in this delightful collection of pictures; but enough has been said to indicate to the true lover of art that no gallery is richer in valuable paintings than that of Mr. Stebbins.

The Hour. Nueva York. 17 de abril de 1880

Traducción

LA GALERÍA STEBBINS

Entre las colecciones privadas de cuadros, que generalmente suelen ser más interesantes que las exposiciones públicas, muy pocas están tan bien formadas como la del señor James H. Stebbins. Su larga residencia en París le ha dado facilidades, aprovechadas con tacto y buen gusto, que han resultado en la reunión de un verdadero surtido de joyas artísticas. Casi todos los maestros de la escuela moderna están representados por buenas muestras de su trabajo: Gérôme por "Son Eminence Grise"; Fortuny por el retrato de una dama española, bella embajadora de ojos soñadorés; Vernet por la espléndida cabeza de Judit—la única cabeza a tono con los hombros robustos de la heroína hebrea, con su mata de voluptuoso pelo negro sencillamente peinado, y sin embargo con todo su característico desafío. Este cuadro, con su noble conjunto y su serena majestad, siempre mantiene su mérito como una obra inspirada, especialmente al ponerse en contacto con algunas de las producciones más ligeras y más superficiales del siglo actual. En el gran cuadro de "Son Eminence Grise", Gérôme ha desarrollado sus facultades especiales a un grado maravilloso. El tema, serio, está tratado seriamente: y las figuras que lo ilustran, en vez de oscurecerse bajo una capa como de esmalte (que es a veces el defecto de Gérôme), en este caso están claras y fuertes. El odiado monje padre José, baja la escalera sombreada, tal cual corresponde a su austera sencillez, a su personalidad impasible; pero los cortesanos aduladores, con sus plumados sombreros multicolores, rindiendo de mala gana homenaje al poder que odian, están de pleno en el sol. La cabeza del cura, con su levantada frente, es maravillosa en su fuerza majestuosa, y el sombrero quitado con servilismo irónico por un caballero alegremente vestido, están pintados de mano maestra. La "Señora española" de Fortuny es el único retrato de mujer ahora existente del pincel del gran pintor. Este audaz creador soñaba a veces y quizás sus mejores trabajos eran cuando llevaba sus sueños al lienzo. Acabado dibujante y colorista que era, poseyendo en sus manos el secreto de luz en maravilloso extremo, podía ceder a caprichos (cosa fatal en un artista de menor categoría), y, sin embargo, ennoblecer y embellecer lo que pintaba. Pero al hacer el retrato de la bella embajadora, ha encontrado a la Naturaleza demasiado pródiga en sus dádivas para ser tratada de otro modo que con estudiado

cuidado. De un fondo sombrío sale una dulce cara, inundando el oscuro lienzo de una suave luz clara—el único contraste con la oscuridad, que pertenece al vestido, los ojos y el pelo de la dama. Una acuarela de Fortuny, “El fumador de pipa”, también se encuentra en esta colección. Un italiano está tan vigorosamente dibujado, que debajo del ropaje que lo oculta, se adivinan las líneas simétricas.

“Luis XIV desayunándose con Molière” es el otro cuadro bien conocido de Gérôme. El poeta está sentado a la mesa, sonriendo graciosamente, pero con humildad conveniente, como si estuviera algo turbado por estos honores inesperados. El rey es de tipo vulgar—injustamente—ya que el gran monarca no tuvo ese defecto. Las caras de los cortesanos al fondo expresan regular contento, con la excepción de un caballero que sin ser visto por el rey se ríe a mandíbula batiente, y la de un prelado—la única concepción vigorosa del cuadro—que en todo su porte indica desaprobación y desafío, Gérôme ha pintado la escena algo a manera de Watteau—bonitamente, pero sin grandeza—y en este cuadro donde se podría haber distinguido, no ha pasado de lo mediocre.

Rico, un digno sucesor de Fortuny en los efectos de la luz del sol, está representado por “Un patio de Granada”. Las blancas casas de Andalucía con sus estrechas ventanas altas y flores afuera en rotos jarrones de barro están fielmente retratados. Dos o tres hermosas mujeres, sentadas en la portada tejiendo, y una pequeña niña (la mejor de las figuras), mirándolas con pereza, completan el cuadro. Blancas paredes sin adorno son difíciles de pintar. La monotonía destruye la inspiración; pero en este “interior” las alas del tejado dejan caer una sombra fuerte sobre la pared desnuda, grietas aquí y allá rompen su uniformidad, y enredaderas colgantes se deslizan por la superficie resplandeciente.

Otra obra maestra de la colección es “La tentación de San Antonio”, por Beaumont. El asunto está lejos de no ser raro; pero de los muchos artistas que lo han pintado a su manera, ninguno ha vencido sus dificultades con tanto éxito como Beaumont.

Pocas obras recientes unen un colorido tan puro y tanta transparencia de luz con tan desenfadada y sin embargo pensadora imaginación. El infeliz santo, esconde su cara aterrorizada, mientras espíritus malignos de todas clases bailan a su alrededor. Baco, montado sobre un jabalí, su frente adornada de pámpanos, aprieta los flancos del animal con sus piernas nudosas. Pero de este espectáculo grotesco los ojos se dirigen gustosos a la visión de belleza que llena el centro del cuadro. La figura recostada de una joven y hermosa mujer, tal como los narcómanos

podieran contemplar en sus sueños más delirantes, es la última y la peor tentación que asalta al torturado hombre y de la cual huye con santo horror.

Vibert nos representa sus viajes por España en “Una escena en una estación de posta española”. España, la tierra de aventuras a la luz de la luna, de guitarras y serenatas, evidentemente ha despertado la imaginación francesa a tal grado, que causa que el artista interprete de una manera algo errónea la vida española en una estación de posta. Sería poco corriente encontrar una mujer tan atractiva en semejante ambiente o jóvenes vestidos tan cuidadosamente o toreros de traje tan fastuoso. Sin embargo, si todos los artistas pudieran soñar tan felizmente como Vibert, el mundo estaría más rico de buenos cuadros. El sombrero del cura que lee tranquilamente sobre un banco de piedra, es de la clase que nunca se lleva de viaje. Pero aparte de estos anacronismos y de la figura desproporcionada de un sirviente en primer término en el cuadro, la obra es una de las más fuertes, más animadas y más graciosas de la colección.

Zamacois no se perjudica en nada por esta vecindad brillante. Su “Bufón de la Corte” es un luminoso pedazo de color. Sentado sobre una cama, vestido en escarlata de Mefistófeles, el bufón toca una guitarra. Un rayo de sol cayendo por la ventana envuelve el miserable cuartucho; la figura del hombre, la cama y la alfombra son una llama de fuego. El cuadro de Bouguereau, “Vacilando entre el Amor y la Riqueza”, está en abierto contraste con la obra de Zamacois. Las tres figuras que componen este cuadro están en gran desproporción con el tamaño del lienzo. Un hermoso joven pone su corazón y su pobreza a los pies de una muchacha, que vacila entre el amor—personificado por el mozo en cuestión—y la riqueza representada por un caballero anciano, demasiado parecido a los viejos de Ticiano y de Da Vinci, para pasar por una concepción original. El cuadro revela cuidadoso estudio sin inspiración. Tiene color, pero carece de proporción, de vida y de expresión. El artista acabado, pero no el conocedor de la naturaleza, está visible en esta obra.

Meissonier, cuyo mayor mérito es la individualidad, siempre se muestra mejor cuando no busca emular a Alberto Durero, o trata de dar a un asunto pequeño el vigor de Miguel Angel. “El juego perdido” y “La historia de la campaña” son dos obras admirables en cuanto a la luz y el colorido, pues el maestro consumado de efectos de luces se ha aventajado a sí mismo al pintar a los soldados en el último cuadro mencionado. Meissonier es el genio de la forma, no de la concepción.

Soldados y caballos son su especialidad. En "El Capitán de la Guardia", otra de sus obras en esta excelente colección, presenta su propio retrato en uniforme de soldado.

Alma Tadema ocupa un puesto prominente entre estas joyas con su cuadro "La reina Clotilde, esposa de Clodoveo, enseñándoles a sus hijos cómo usar las armas". La figura de la reina carece de vida y de vitalidad, sus ojos son inexpresivos y produce más el efecto de una imagen católica que el de una mujer. El colorido del cuadro es amarillento y de tono monótono.

Detaille, cuyos "Lanceros" gozan de fama mundial, no ha sido afortunado en su cuadro "Escena de la guerra franco-prusiana". Blancas nubes que parecen bolas de algodón pasan por el cielo en proximidad desagradable sobre las cabezas de los soldados.

Troyon presenta un admirable "Castillo en la Normandía", y Bierstadt una magnífica "Puesta de sol en el valle de Yosemite". Bierstadt recuerda en su manera de pintar a Velasco, el pintor mexicano. Azul, negro, rojo y amarillo se encuentran fuertemente mezclados en esta puesta de sol, pero en una confusión no menos deslumbrante de lo corriente en tales climas. El artista maneja un vigoroso pincel y pudiera indudablemente lograr reproducir los arenales candentes y el cielo azafrán de Egipto.

El cuadro de Jacomin de "Fausto y Mefistófeles" aunque notable en cuanto al modelado y el colorido, está pintado demasiado vulgarmente para representar un asunto tan elevado. Mefistófeles, que parece un viejo estudiante de Heidelberg, apenas podría poseer los dones de seducción suficientes para mover el espíritu superior de Fausto; y "el Doctor" en sí, que parece un ser despreocupado y bondadoso, ciertamente no es el hombre exaltado, consumiéndose por el fuego inextinguible, que nos describió Goethe. Falta de espacio no nos permite hacer mención especial de todo lo que merece atención en esta preciosa colección de cuadros: pero se ha dicho bastante para indicarle al verdadero amante del arte que no hay ninguna galería más rica en cuadros valiosos que la de Mr. Stebbins.

THE OLD MASTERS AT LEAVITT'S

In this unassuming gallery there has just been sold and distributed throughout the country a collection of real treasures of painting. If all the Murillos there shown were not incontestably genuine, one at least was so, and the name of Murillo alone should have been enough to draw attention to this exhibition. There were also an undoubted Rembrandt, a probable Guido Reni, a superb Salvator Rosa, some Berruguetes, Lawrences, Albanos and Reynolds. If France and Germany were somewhat inadequately represented, England, Spain and Italy furnished masterpieces. On entering the gallery, attention was at once attracted by Salvator Rosa's powerful landscape. Its exceptional vigor and clear perspective and its vivid yellow sunlight stamped it at once as genuine. But from whose hand is this pair of lovers, drunken with the same frenzy—this horse with distended nostrils, full of ardor and fire—this graceful, slender hound, watching his mistress with an angry glance—this other dog drinking eagerly from the stream? Houndin's genius produced this picture. Its atmosphere is burning; the red of its sky makes brilliant effects of light; all its expressions are powerful.

How does it happen that so many genuine Berruguetes have been collected in New York? Berruguete was a pupil of Michael Angelo and, like this great master, wished to shine in three paths of art. If he has won renown as a painter by the bold drawing and the Spanish vigor of his faces, he had also real merit as a sculptor. He painted—nearly always on wood—the sacred subjects popular in his day. His bold and able work would be difficult to imitate, for even in its faults genius defies the forger.

If it be not difficult to find Alonso Berruguetes, it is hard to lay one's hand on a genuine Juan de Johannes (Vicente Macip), one of the glories of the Castilian school. He was represented here by a "Susannah and the Elders", a picture which shows the solid coloring, marked expression and vigorous drawing of this old Castilian master. Can the "Last Judgment" really be from the hand of Le Brun, that pompous and ostentatious

painter, friend and flatterer of Louis XIV? The catalogue, with good reason, doubts it, for here are none of the dainty, diminutive figures usually painted by this artist.

But what a superb picture this Rembrandt is! Pilate, clumsy of gesture, furtive of glance, showing plainly in this distorted face the terror which possesses him, is contrasted with an admirable Christ, of which the delicate coloring, the sublime expression of face, the heavenly glance and the traces of sorrow, so natural, so bitter and so deep, charm the artistic eye. Culpable indifference, stupid curiosity, insolent cruelty are embodied in superb heads full of virile expression, heightened by pure and even coloring. There can be no doubt that this perfect picture is from the hand of the great realist of the Netherlands, who could express the traits of the soul without misrepresenting the body which harbors it. The Rembrandt is a Rembrandt. But one cannot be as certain of the Velazque. To credit that king of painters with these three stiff, sombre and colorless faces, one must never have seen his "Drunkards", his "Surrender of Ghent," his portraits of the Kings of Spain, nor his listless "Venus". Can it be by Del Mazo, pupil and successor of Velasquez? No. The painter of "La Vega de Aragon" had a smoother touch.

It is with delight that one looks at any of Murillo's unequalled pictures. But the touch of the painter of "St. Elizabeth of Hungary" is not to be seen in the "Miracle of St. James," where a heavy hand, with little knack of coloring, has tried to depict the diseased limbs and heads of leprous children which made the "St. Elizabeth" a chef-d'oeuvre without parallel. Nor do we recognize the master of Seville in this "St. Rosa," crowned with flowers. Their smoothness and a certain sweetness in the general effect point to Murillo, but the false and distorted drawing cannot be the work of the great master. And here, too, in this very collection, is his "St. Rose," with her large Spanish eyes, full of Christian fervor, the blue of the sky reflected in their depths. There is also the child emerging from the flowery bush, and the vaporous atmosphere, full of light and almost fragrance, which surrounds the radiant figure. One cannot imagine the same subject treated by the same artist without some point of resemblance revealing his hand. The painter of this immaculate "Saint Rose" is not the painter of that other Saint of the earth, earthy. But is this "Vierge de Seville" (in spite of its robust beauty and its Andalusian characteristics) a Murillo? If the child alone were in question, there could be no doubt. The loveliness of the face, the purity of the expression, the masterful painting of the rose-colored robe, all show the painter of the

"Conception". But unless he had in a freak mingled with ethereal style another quite distinct one, he could not have painted this Madonna; his realism was never so realistic and his brightness was never without something of the celestial.

The painter of a lovely pensive Madonna, who supports in her arms a graceful infant Jesus, is unknown; the brilliant clearness of Murillo is lacking, but his blues and rose colors, his deep eyes and his high-bred women are here. The fruit pieces, praiseworthy for clever grouping and good color, are by Martel, and this other graceful and accurate pile of fruits and vegetables, signed Eunoin, and the group of robust gleaners, are also good. Not long since a young Mexican of great genius, Manuel Ocaranza, painted, beside a damp and hollow skull, a half emptied glass of absinthe, all on a greenish background. Nothing could be simpler, more moving, real and horrible. At Leavitt's there was an old painting which recalls this fancy of the Mexican, a philosophical canvas by Steynwick, the idea of which might be Bossuet's were it not universal—"Human glory ends at the grave". Goya, the great and fantastic Spaniard, was more original: "This world of egoists is a world of fools," he said, and he gathered together in a mad-house rich men, generals, kings and bishops. In Steynick's picture there is a stooping skeleton which might be alive, and on its head a happy stroke of art has placed a crown of faded laurel.

Reynolds, Lawrence and Hogarth, form the pride of England. It is rare that such a collection of great names can be recorded. By Lawrence, who is nowadays forgotten in a measure, there was in this gallery a portrait of Canning. This portrait has the vermilion coloring and the lack of expression characteristic of this other works, but also a certain originality and well-managed light. Joshua Reynolds signs the portrait of a young girl (painted with rough masses of color), watching a mouse-trap with curious eyes. Under these yellow blotches are visible strength and grace, the qualities of the master. "Venus and Adonis," seen through a limpid atmosphere, emerging from a forest on a lovely plain, give a good example of Albano. There are some pictures which, without possessing in themselves any extraordinary merit, are esteemed because they represent, though often accidentally, the tastes and characteristics of a former age. Of such it is frequently and expressively, said, "How hideous—but how fine!" This cannot be said of the picture by Lely, "An English Beauty". Atmosphere, perspective, air, surroundings which heighten and strengthen, have always been lacking in the English painters,

but precision, purity, correctness of drawing and concentrated expression in the faces, are gifts no one can deny them. Such art the qualities and the faults of "An English Beauty."

There was another portrait, signed Monoyer, of the "Unhappy Wife of Charles I", so gay before her misfortunes, so harshly dealt with afterwards. It is said that this picture was stolen in Paris at the time of the Commune. One would willingly steal it again. It is true that this dead-white paleness is not human, but what a lovely face, what merry roguish eyes, what a fresh and tempting mouth! Add to this great delicacy of tone, a remarkable management of color and draperies neither stiff nor conventional—and the Queen lives before us.

In this repentant "Magdalen," by Cereo, is seen not the Magdalen in rich robes, kissing the feet of her Saviour with a human love, but that other woman, meanly dressed, her eyes inflamed with tears, elevated by the sublime eminence of the object of her adoration. There was also another picture the merits of which it is impossible to deny. It has no signature, but it should bear one of the most honorable names. It is an "Adoration of the Magi" (No. 40). Notwithstanding the conventional faces of this subject, in spite of the stiff head of the Ethiopian, the unpardonable head of the child and the utter lack of expression of some of the other faces, the richness of the draperies, the noble face of the old man on his knees and the well-considered and varied pose of the other figures, full make this painting a notable work of art. A fine head of a pilgrim, expressive and of sorrowing love of mankind, is by an unknown hand. Near this was a head (No. 42) so beautiful, so strong, true energetic and human, that it is hard not to ascribe it to Velasquez. Those who understand Italian will easily guess why the painter of the Holy Family in this collection was called "Dolce". The "Diana Asleep after the Chase," is attributed to Guido Reni. True, the ensemble is somewhat heavy and the hounds do not suggest a good painter of animals, but the Diana really has the sickly pallor and the violet blueish tones which for a time this prolific and luxurious artist was pleased to affect. One leg is rather out of drawing, but then did not Raphael himself distort a limb in the "Spasimo"? But the voluptuous abandon, the warm summer sleep and even the fantastic color (which recalls the mythological ideal), betray a hand worthy of remembrance.

The Hour. Nueva York, 5 de junio de 1880

Traducción

LOS VIEJOS MAESTROS EN LEAVITT

En esta galería sin pretensiones se acaba de vender y distribuir por el país una colección de verdaderos tesoros de pintura. Si todos los Murillos allí exhibidos no eran indiscutiblemente genuinos, uno al menos lo era, y el solo nombre de Murillo debió ser bastante para despertar el interés hacia esta exhibición. También había un Rembrandt auténtico, un probable Guido Reni, un soberbio Salvator Rosa, algunos Berrugetes, Lawrences, Albanos y Reynolds. Si Francia y Alemania estaban algo inadecuadamente representadas, Inglaterra, España e Italia presentaban obras maestras. Al entrar en la galería, atraía la atención inmediatamente un vigoroso paisaje de Salvator Rosa. Su fuerza excepcional y su clara perspectiva y su vívida luz solar amarilla le daba en el acto el sello de autenticidad.

¿Pero a qué mano se debe esta pareja de amantes, embriagados del mismo frenesí—este caballo con las fosas nasales dilatadas, lleno de ardor y fuego—este airoso, esbelto galgo, vigilando a su dueña con una mirada brava—este otro perro, bebiendo afanosamente en el río? El genio de Houdin produjo este cuadro. Su atmósfera es quemante; lo rojo de su cielo ofrece efectos brillantes de luz; en todas sus manifestaciones es vigoroso.

¿Cómo sucede que se han coleccionado tantos Berrugetes auténticos en Nueva York? Berrugete fue alumno de Miguel Angel, y como su gran maestro, quiso brillar en las tres modalidades del arte. Si ha conquistado fama como pintor por su dibujo audaz, y el vigor español de sus rostros, también tuvo verdadero mérito como escultor. Pintó—casi siempre sobre madera—los motivos sagrados populares de su época. Sería difícil imitar su obra audaz y hábil, porque hasta en sus defectos el genio desafía al falsificador.

Si no es difícil encontrar Alonso Berrugetes, es difícil dar con un genuino Juan de Juanes (Vicente Juan Macip), una de las glorias de la Escuela Castellana. Estaba representado aquí por un "Susana y los viejos jueces", un cuadro que revela el colorido sólido, la expresión marcada y el dibujo vigoroso de este viejo maestro castellano. ¿Puede realmente ser "El Ultimo Juicio" del pincel de Le Brun, el pintor pomposo y ostentoso, amigo y adulator de Luis XIV? El catálogo, con buena razón, lo duda.

pues aquí no hay ninguna de las delicadas, diminutas figuras, generalmente pintadas por este artista.

¡Pero qué cuadro soberbio es este Rembrandt! Pilatos, de torpe ademán, de mirada furtiva, revelando claramente en su rostro contraído el terror que le posee, está en contraste con el admirable Cristo, cuyo delicado colorido, la sublime expresión de su cara, la mirada celestial y las huellas del dolor, tan naturales, tan amargas y tan hondas, encantan al ojo artístico. Cu.pable indiferencia, curiosidad estúpida, crueldad insolente están representadas en las soberbias cabezas llenas de viril expresión, realizadas por un colorido puro e igual. No puede haber duda que este cuadro perfecto es del pincel del gran realista de Holanda, que podía interpretar los rasgos del alma sin desfigurar el cuerpo que la albergaba. El Rembrandt es un Rembrandt. Pero no se puede estar tan seguro del Velázquez. Para acreditarle a este rey de pintores estas tres caras tiesas, sombrías e incoloras, hay que no haber visto nunca sus "Borrachos", su "Rendición de Gante", sus retratos de los reyes de España, ni su lánguida Venus. ¿Puede ser de Del Mazo, discípulo y sucesor de Velázquez? No. El pintor de "La Vega de Aragón" tenía una ejecución más suave.

Con positivo deleite se ve cualquiera de los cuadros sin rival de Murillo. Pero la mano del pintor de "Santa Isabel de Hungría" no se ve en "El Milagro de San Jaime", donde una mano pesada, poco diestra en el colorido, ha tratado de presentar los miembros y cabezas enfermos de niños leprosos, que hicieron del "Santa Isabel" una obra maestra sin paralelo. Ni reconocemos al maestro de Sevilla en esta "Santa Rosa" coronada de flores. Su suavidad, y cierta dulzura en todo el conjunto indican a Murillo. Pero el dibujo falso y desfigurado no puede ser la obra del gran maestro. Y aquí también, en esta misma colección, está su "Santa Rosa" con sus grandes ojos españoles, llenos de fervor cristiano y el azul del cielo reflejado en sus pupilas. Hay también un niño saliendo de un arbusto florido, y la atmósfera vaporosa, llena de luz y casi fragancia, que rodea la figura radiante. No se puede imaginar uno el mismo asunto tratado por el mismo artista sin algún punto de parecido que revele su pincel. El pintor de esta inmaculada "Santa Rosa" no es el pintor de la otra Santa de la tierra, terrenal. ¿Pero es esta "Virgen de Sevilla" (a pesar de su belleza robusta y sus características andaluzas) un Murillo? Si sólo se tratase del niño, no pudiera existir ninguna duda. El encanto del rostro, la pureza de la expresión, la pintura maestra de la túnica de color rosáceo, todo señala al pintor de "La Concepción". Pero

a no ser que en un capricho mezclase su estilo etéreo con otro muy distinto, no pudo haber pintado esta Madona; su realismo nunca fue tan realista, y su brillantez nunca dejó de tener algo de celestial.

El pintor de la encantadora madona pensativa que sostiene en sus brazos a un gracioso niño Jesús es desconocido; le falta la claridad brillante de Murillo, pero sus colores azules y rosados, sus ojos profundos y sus mujeres de alcurnia se encuentran aquí. Los cuadros de frutas, merecedores de elogios por su hábil agrupamiento y buen colorido, son de Martel, y este otro montón gracioso de frutas y vegetales, firmado por Eunoin, y el grupo de robustos buscadores también son buenos. No hace mucho, un joven mexicano de gran talento, Manuel Ocaranza, pintó, junto a un cráneo húmedo y hueco, un vaso medio vacío de ajeno, todo sobre un fondo verdoso. Nada podría ser más sencillo, más emocionante, real y horrible. En Leavitt hay un viejo cuadro, que recuerda este capricho del mexicano, un lienzo filosófico de Steynwick, la idea que pudiera ser de Bossuet, si no fuese universal—"La gloria humana termina en el sepulcro". Goya, el grande y fantástico español, fue más original: "El mundo de los egoístas es un mundo de tontos", dijo, y presentó, juntos en un manicomio, a hombres ricos, generales, reyes y obispos. En el cuadro de Steynwick hay un esqueleto encorvado que pudiese estar vivo, y, sobre su cabeza, una pincelada feliz de arte, ha colocado una corona de laurel marchito.

Reynolds, Lawrence y Hogarth son el orgullo de Inglaterra. No es común poder reunir una colección de esas grandes firmas. De Lawrence, que actualmente está olvidado hasta cierto punto, hay en esta galería un retrato de Canning. Este retrato tiene el colorido bermellón y la falta de expresión características de sus otras obras, pero también cierta originalidad, y una buena distribución de luz. Joshua Reynolds firma el retrato de una joven (pintado con borrosas manchas de color) mirando una ratonera, con ojos curiosos. Bajo estas manchas amarillas hay fuerza y gracia visibles, que son las características del Maestro. "Venus y Adonis", visto a través de una atmósfera límpida, saliendo de un bosque en un llano encantador, ofrece una buena muestra de Albano. Hay algunos cuadros que, sin poseer en sí ningún mérito extraordinario, son apreciados porque representan, aunque a menudo accidentalmente, los gustos y características de una época anterior. De ellos se dice frecuente y expresivamente: "¡Qué feos, pero qué buenos!" Esto no se puede decir del cuadro de Lely "Una beldad inglesa". Atmósfera, perspectiva y conjunto, que realzan y fortalecen, siempre le han faltado a los pintores

ingleses, pero precisión, pureza, corrección en el dibujo y expresión concentrada en los rostros son dones que nadie puede negarles. Tales son las bondades y los defectos de "Una beldad inglesa".

Había otro cuadro, firmado por Monoyer, de "La infeliz esposa de Carlos I", tan alegre antes de sus desventuras, tan duramente tratada después. Se dice que este cuadro fue robado en París durante la Comuna. Lo robaría uno gustosamente otra vez. Es cierto que esta mortecina palidez blanca no es humana, ¡pero qué rostro más encantador, qué alegres ojos pícaros, con una boca fresca y tentadora! Añádase a esto la gran delicadeza del tono, la asombrosa presentación del colorido y del ropaje, ni tieso ni convencional—y la reina vive ante nosotros.

En esta arrepentida "Magdalena", por Cereo, no se ve la Magdalena de ricas túnicas, besando los pies de su Redentor con amor humano, sino aquella otra mujer míseramente vestida, los ojos enrojecidos por las lágrimas, enaltecida por la sublime altura del objeto de su adoración. También había otro cuadro cuyos méritos es imposible negar. No lleva firma, pero debiera llevar uno de los nombres más destacados. Es una "Adorazione dei Magi" (No. 40). No obstante los rostros convencionales de este motivo, a pesar de la tiesa cabeza del etiope, la cabeza imperdonable del niño y la total falta de expresión en algunos de los otros rostros, la riqueza de los ropajes, el noble rostro del anciano de rodillas, y la acertada y variada posición de las otras figuras, hacen de este cuadro una obra de arte notable. Es de una mano desconocida una fina cabeza de un peregrino, expresivo, y de doliente amor por la humanidad. Cerca de este cuadro hay una cabeza (No. 42) tan bella, tan fuerte, veraz, enérgica y humana, que es difícil no atribuírsela a Velázquez. Aquellos que entienden italiano adivinarán fácilmente por qué el pintor de la Sagrada Familia en esta colección fue llamado "Dolce". La "Diana dormida después de la caza" se atribuye a Guido Reni. Ciertamente el conjunto es algo pesado, y que los galgos no indican un buen pintor de animales, pero la Diana realmente tiene la palidez enfermiza y los tonos violetas azulosos que durante algún tiempo le gustaba emplear este pintor fecundo y exuberante. Una pierna está algo desdibujada, pero ¿no desdibujó el propio Rafael una pierna en el "Spasimo"? Pero el voluptuoso abandono, el cálido sueño de verano, y hasta el color fantástico (que recuerda el ideal mitológico), revelan una mano digna de recordarse.

EXHIBICIÓN DE ARTE EN NEW YORK PARA EL PEDESTAL DE LA ESTATUA DE LA LIBERTAD

Francia, ardorosa y magnánima, regala a los Estados Unidos, como símbolo del mundo nuevo, la Estatua de la Libertad, más alta que el Coloso de Rodas. New York, más ocupada, o más perezosa en cosas de alma, no había colectado aún la suma necesaria para construir el pedestal rectangular de 93 pies cuadrados en que ha de erigirse la estatua sobre el fuerte en figura de estrella que adorna la isla de Bedloe, a la entrada de la bahía colosal de New York.

¡Casualidad oportuna y hermosa! ¡La Libertad naciendo de una estrella!

Apenados al fin algunos neoyorquinos prominentes, del olvido en que se parecía tener la colecta de fondos para el pedestal, decidieron, entre otros arbitrios, tomar prestados de las casas ricas objetos de arte raros y valiosos, y exhibirlos reunidos a un precio popular de entrada.—Hízose, y en quince días no se ha logrado ver vacía la sala. En un salón, encajes de hilo; en otro, encajes de bronce. En un estante, miniaturas riquísimas. En otro, antiguos y singulares abanicos.—Donde había más luz, la colección de cuadros de maestros; y de allí, por puertas escondidas bajo admirables tapices moros, a paredes donde los ojos codiciosos iban del “Caballero de la Muerte” de Alberto Durero, a la fría cabeza del “Salvador”—entre grabadores famosa—de Claudio Mellan; y del arpa de cuerdas de caña en que tocan sus sonos los malayos a un airoso violín en cuyo brazo cinceló una cabeza inquieta y viva, aquel creador gigantesco y amable, Benvenuto Cellini.—Y colgando de los techos, alrededor de todas las vastas salas, tapices viejos de Beauvais, de armoniosos colores, dibujados por Teniers, ingenuo y fecundo; acabados gobelinos; ricas sedas de España y Portugal; cortinas de los árabes, de dibujos quebrados, revueltos, osados como un sueño.

No era la colección, como pudo ser, una historia instructiva de cada arte, tal como en escultura, armería y relojería ven los viajeros con provecho en el bueno y modesto museo de Liverpool;—ni de cada arte

había lo mejor; ni de cada uno era la colección completa. El vulgo numeroso, amigo siempre de lo pequeño, como si en ello se sintiese retratado,—y de lo cual no tiene celos, porque no le lastima con superioridad visible,—se agolpaba a ver las miniaturas. De Isabey no había ninguna, el gran miniaturista de los tiempos napoleónicos; pero sí había miniaturas de Napoleón, en una caja de rapé, igual a la que existe en el museo de Kensington, aunque menos notable que otra que Napoleón mismo usaba en Santa Elena, y de manos del médico Antomarchi ha venido a las de una dama de Cuba.—Y como ésta no es tierra de emperadores, ni de cortes, gustan mucho de ellos; por lo que había siempre muchedumbre junto a los pequeños retratos en porcelana de damas y varones Bonapartes, y de Carlos I y Luis XIV,—y del conde de Orsay, que vivió en tiempos y pueblos en que un hombre tenía derecho a entretenerse en ser rey de la moda.—De él vienen los gabanes; porque se puso un día lluvioso en que volvía a caballo a Londres el chaquetón de un marinero que halló al paso; y a pocos días no había galán en Londres que no llevase el chaquetón de Orsay.

He aquí las colecciones diversas que componían la exhibición: de pinturas; de muebles; de objetos de arte indígena; de vestidos curiosos; de grabados; de misales; de abanicos; de encajes; de instrumentos músicos; de loza antigua; de artes del Oriente; de labores de metal; de tapices y bordados; de joyas y obras de plata; de armaduras.

Todavía se estaba en la puerta y ya se llevaba los ojos el poderoso cuadro de Detaille, en que el cierzo sopla, en que el suelo encharcado refleja los cascos de la caballería, en que las angustias de la derrota, sombrías e invisibles, pueblan el cielo turbio, en que unos bravos y maravillosos militares franceses saludan a los heridos alemanes. Y al lado de una Constantinopla cegadora de Passini; y unas ovejas de Díaz, que parece que se vienen a la mano; y una acuarela de Meissonier, abermelonada como todas las suyas, pero sólida, como si la hubiese pintado sobre acero o tabla; y otro cuadro de él, en que un general y su ayudante se dirigen hacia los espectadores a caballo, aquél oyendo, y contando éste, con el sol en el cenit, y la tierra amarilla, y el mar al lado, hecho todo de modo que aquello no es lienzo, sino reducción, bajo una mano de cristal, de un trozo vivo de la naturaleza.

En el salón alto de pinturas, mucho más pobre de lo que hubieran podido dar de sí las grandiosas galerías privadas de New York, muy ricas

en obras capitales de arte moderno,—se iban las miradas afanosas del “Guardián de pavos” de Millet a la “Danza de los Amores” de Corot; de las mujeres desnudas de Henner, cuyos contornos se confunden con la sombra que envuelve y el cielo que arde de manera que apagadas todas las luces, se iría uno derecho al cuadro, como a una salida al aire libre.—a los lienzos desconsolados e imponentes de Courbet doloroso.

Era casi toda la colección de obras de arte rebelde. De Corot había allí, además de la “Danza” silvestre, su “Orfeo” armonioso, que solo en vasto espacio, con un esbelto arbusto en flor a las espaldas, saluda, poniendo en alto su lira de tres cuerdas, al espíritu de la naturaleza, que de lo hondo de la selva vecina se despierta vibrante y elocuente a la primera luz del alba. Lira es el cuadro todo.

De Millet, honrado y triste, cuya alma compasiva sacó aún creces a su talento viril y sincero, había varios estudios, marcados todos por su amor, sistemático en ocasiones, a la verdad y a la fuerza. De odio al exceso de la idealidad, solió caer en el exceso de la realidad. Hay cuadros suyos que son explosiones de cólera. Odiaba a los barbilindos y a los académicos de la pintura. Para él, como para todo hombre sensato, no había academia superior a la naturaleza, y cuanto de ésta venía le pareció fragante; y cuanto de ella no había sido tomado directamente, se le figuraba pedantesco y vacío. Allí estaban, en un fondo amarillento, en posturas novísimas y burdas, sus recios canteros, desplomándose el uno sobre la palanca de que su compañero tira a tierra, a ver de alzar, apoyados en un canto, a otro que resiste. Allí había una mujer dormida, vuelta de espaldas, con la cabeza hundida, como entre dos vástagos de alas, entre los hombros alzados. Y una campesina que se seca los pies a la salida del baño, montaraz hermosura, de torso musculoso, codos puntiagudos, manos grandes, senos secos. Y el “Leñador” extraño, concebido y realizado sin duda en una hora de suprema indignación contra las lamideces de los pintores de lo pequeño y ultralindo, por lo que aquel hombre que corta troncos no parece obra de arte de ahora, acrisolado y pulido, sino de aquellas épocas raizales en que el Dante hacía versos o pintaba el Giotto.

De Manet, caudillo algún tiempo de los impresionistas, que amó lo feo, y perdió a Velázquez, y vivirá, a pesar de sus cuadros brutales, por lo que hay siempre de permanente y bello en lo verdadero, había allí

sobre un suelo gris, y en fondo negro, un niño en bragas y calzas, que carga, como quien cargaría una silla de montar, una gran espada. Y otro cuadro había abominable, pero atractivo, como todo lo personal y osado; una pobre dama fea en bata rosada, se destaca de un fondo oscuro, mirando una flor vulgar que alza en su mano; a su lado, sobre una cotorrera duerme un loro: y de la basa de lata del palo, echa su cáscara al suelo una naranja a medio mondar.

¡Cómo consolaba de este cuadro poderoso e irritante un bosquejo lleno de lágrimas, de Delacroix! Jesús está muerto: a su alrededor, como árboles caídos, hay hombres y mujeres del dolor postrados. Una pobre mujer, que ha traído los pies del justo junto a su seno, e inclina sobre ellos el llorosísimo rostro, abre las manos como preguntándose si no está ya vacía la vida: y María dolorosa, desmayada junto a la cabeza cadente de su hijo, tal parece una lámpara apagada: ¡tanto dolor, penetra!

En lugar cercano estaban las "Bailarinas" de Degas, el cuadro atrevido que levantó tormenta, y en el que unas cuantas manchas de color que parecen desleídas con el dedo, reproducen fielmente el vago y vaporoso espectáculo que en noches de fiesta presentan los bastidores de un teatro de baile. Dijérase que esta escuela, noble por lo sincera, ha cometido sólo un error de distancia, aunque no acaso de lógica. Hace sus cuadros tales como la escena representada en ellos se vería a la distancia necesaria para que los objetos tuviesen el tamaño con que se les representa; y no los hace, como es de uso y de mayor razón, en atención a la distancia en que deben ser vistos.

Y entre unos y otros cuadros, y no lejos del "Pantano de las ranas" famosísimo, que supo llenar Díaz de espacio y de luz,— extendíanse los lienzos de Courbet donde figuran como únicos personajes el cielo dilatado y sombrío, las olas hambrientas y enroscadas, la playa solitaria interminable.—Olas hay desgarradas en sus lienzos, como esas pobres almas rotas que andan en sepulturas vivas por la tierra. Entrevió aquel pintor lo que no acaba. Y llevó en sí un desierto.

Pero la muchedumbre que llenaba los salones de la exhibición gustaba más de otras colecciones que de las de pinturas. Por frente a los abanicos,—de que *La América* habla aparte,—no se podía pasar. Ante los mostradores de los encajes había muro denso, y cuchicheos de pasmo. La obra menuda y resaltante del encaje irlandés no era menos celebrada que la sutil, milagrosa y aérea labor del Valenciennes. La punta de

Alençon, de ricos bordes, ostentaba en su fondo de hilos cruzados, sus flores de fino relieve: la de Brabante sus ramas largas, de ligero trabajo y orla espesa; la de Venecia, sus anchas y revueltas rosas prendidas en el aire; el guipur de Malinas, ornamentoso,—sus ramazones pomposas y juntas, todo muy labrado.—Y vestidos enteros, de encaje flamenco, de encajería vieja española, de punto de Inglaterra.

Por entre el fantástico plumaje de cristal de un ave del Paraíso transparente, filtraba blanda luz sobre el violín en que Cellini puso mano, y sobre otros de Guarnerius, Amati y Gaspar Salo.—Guitarras japonesas de caja cubierta de piel de serpiente, acompañaban a zampoñas y tímpanos malayos.

Misales había en muy buenas copias, que enseñaban sus láminas con bordes de fina plata y oro. En marroquí de Levante lucía empastado un buen facsimile del Libro de Horas de la reina Ana de Bretaña, todo lleno de alegorías coloreadas de los meses, con sus riquísimas orillas de flores pintadas, pájaros e insectos, y en el pico de los unos o entre las hojas de los otros los nombres que les tenía puestos la ciencia de los botánicos y zoólogos de antaño. La pasta recia del Romance de la Rosa, escrito en pergamino, caía de un lado sobre un libro holandés de oraciones, encuadernado en filigrana de plata, pendiente de larga cadena,—y de otro, sobre los "Sermones Quadragesimales", enmarañada y astuta obra de Galerius.

Si se notaba veneración en un grupo de gente, era que alguno les leía en el despacho famoso en que fue originalmente recibida aquella frase que la señorita Ellsworth, que aún vive, dejó caer en el oído del profesor Morse, cuando ponía su mano convulsa sobre su rudo aparato telegráfico de madera: "What hath God wrought", primera frase enviada de Washington a Baltimore, que se comunicó por el telégrafo. ¡Aún vive la señorita Ellsworth, y a sus ojos, y al eco de sus palabras, ha cambiado ya de sitio mismo—por el acortamiento de las distancias, y como de significación—por el mayor iluminamiento de la mente, toda la tierra!

Junto a otra caja,—que no era la que enseñaba en fina obra de bronce una santa japonesa, y en una raíz de colmillo de elefante bien pintada una curiosa jarra—se agolpaban sin cesar los visitantes: era la caja de tesoros del general Grant, a quien cupo la fortuna de recoger de ciudades y de reyes los testimonios de afecto, respeto y miedo que inspiró a los hombres la guerra poémica de Norteamérica. En cajas de oro diestramente labradas, dieron a Grant, acometedor y temible, sus papeles de ciudadanía Londres, Glasgow, Edimburgo y Ayr; y del árbol

de Shakespeare, que en la plaza nueva de Stratford-on-Avon aún vive, le tallaron una extraña caja que miran las gentes con ansia menor que la más rica en que le vino al general callado el diploma de burgués del burgo de Ayr.—Grant es el espíritu norteamericano.—Por donde él va, va su pueblo. Lo concreta: por eso lo guía. —Y va a su cabeza, aun cuando como ahora, apartado en apariencia de toda faena pública, lo sacan sus criados mal confuso de entre las ruedas de su coche. Doscientas libras han dicho con ocasión de esto los diarios que pesaba:—¡pesa más!

Contar cuanto en la exposición se veía, fuera imposible. Más de 10,000 objetos eran, y todos merecían descripción.—En un cuarto, sobre una sobrepelliz de cura, un traje de dragomán y otro de torero. En otro, paisajes, marinas, escenas históricas y un león con alas, geniosa idea de una joven bordadora, trabajado en seda. Deslumbrante cerámica de Dresde, y jarras transparentes y como de ópalo de Chipre, por donde fue el arte de egipcio a griego. Entre las armas, había escudos persas, y tizonas de España, y espadones de taza, y dagas de misericordia, y hoja veneciana serpentina, y cuchillo ancho hindú, y sable de dos manos de daimio, y aquellas espingardas que por las puertas de Tanger se entran disparando, al sol que los engendra y les conversa, los moros alborotados de las fantasías: pero nada hay más digno de respeto que las pistolas que ciñó y el sable que blandió el general North en la guerra de la Independencia.

En la puerta, de sumo arte morisco, esparcía su escrutadora claridad la luz eléctrica.

La América. Nueva York, enero, 1884

LOS ABANICOS EN LA EXHIBICIÓN BARTHOLDI

La cosa más pequeña, insignificante en sí, adquiere valor sumo, como símbolo de tiempo. El espíritu de los hombres afectado de uno o de otro modo, según las influencias que en él actúan, se refleja con todos sus accidentes en cada uno de los objetos que imagina para el adorno o para el uso. El pueblo chino, replegado en sí, libre de las grandes y borrascosas ocupaciones que traen el comercio íntimo y la marcha acorde con los demás pueblos de la tierra, con tiempo sobrado, y sin fecundos fines públicos a que consagrar su actividad,—hará encaje sutil del marfil duro, y lo calará y lo bordará con arte tanta, que no habrá hoja de árbol más flexible que un abanico chino.—En los tiempos de Luis XIV y de Luis XV, en que la virtud llegó a parecer imbécil, y el crimen sólo empleo digno de las gentes de buen tono; en aquellos tiempos abominables y seductores, en que una mujer acabada de vivir, era como esos duraznos apetitosos que caen en manos de una clase en la escuela, y muestran en su piel mustia dentelladas de todos los hambrientos esco'ares; en aquellos tiempos de perfume y olvido, de hermosura y embriaguez, de infamia y gracia, no hay abanico que ya en seda, ya en papel no muestre travesuras risueñas o mitológicos deleites de amores.

Y en nuestros tiempos,—en que el abanico es acaso más bello y elegante, ya que no más rico y laboreado que en época alguna,—la vida de arrebatos y de colores, la vida de teatros y de circos, la vida de zozobras y novedades, que hace, en las cosas bellas, volver los ojos con frecuencia a lo pasado, —palpita, envuelta en luz y pintada a ráfagas, en los paisajes amplios y lujosos de los abanicos que la incitan y ocultan.

En la exhibición preparada para auxiliar a la colecta de los costos del pedestal de la estatua de Bartholdi, aunque sin concierto ni interdependencia de épocas, veíanse de una vez, en los abanicos que las retratan, las recámaras doradas de los delfines y las modernas fiestas circenses, de toros y caballos; cruzábanse, en abanicos del siglo XV, miradas de abades petimetres y sacerdotisas de la Fronda, y en seda de nuestros días,—con ocasión de un bautizo en pueblo español,—reticencias del secretario de

un ayuntamiento de lugar y serpeantes miradas de joven madre andaluza, a quien con los ojos tacha el secretario de callar verdades cuando dice que el pecador de aquel lindo pecado no es el meloso don Lucas que cree ver en el rechoncho bautizante renovados sus verdes inviernos.—Este paisaje que describimos era del pintor Borrás.

Había abanicos de varillaje de carey; por lo que, con ignorancia graciosa, como si el carey fuera sólo producto de mares de Cuba, los llamaban “cubanos”, y uno de palma fina y muy entretejida, que los visitantes buscaban mucho, porque rezaba el catálogo que era abanico “de los trópicos”, y otro del humilde camalote, que con tanta gracia tejen y con tan mal consejo descuidan las guajiras cubanas, que de esta sencilla industria pudieran sacar fruto.

Conocíanse de lejos los abanicos españoles por lo amplio del paisaje, sólido y limpio de las varillas, y alegre y convidador de los colores. Y notábase, por esa ley de analogía que en lo mínimo como en lo máximo rige a la tierra, que eran los abanicos franceses, en los tiempos galantísimos de Francia, todos de paisaje estrecho y varilla alta y ornada con floreo de plata y oro sobre marfil o nácar, como en correspondencia de los talles altos y pomposas sayas que era de uso entre aquellas fugaces marquesas. Y cuando bajaron los talles, bajaron los paisajes de los abanicos. Y cuando Fenelón escribía el *Telémaco*, que con grande' y cuasi insolente lujo se imprimía “para uso del delfín”, todo era pintar sobre pergamino a Mentor y a Telémaco, o llenar de rosas, sobre blanca seda la gruta amable de Calipso.

Entre los abanicos más curiosos, los que llaman de “Vernis de Martín” sacaban palmas, con sus escenas virgilianas o bíblicas, y sus desbordes extraños de colores, que se saltan del paisaje como si no cupieran en él,—así como el pensamiento errante se salta gozoso a cada momento de la vida,—y se tienden en guirnaldas de rosas, en olas de mar, en celajes espesos azules por sobre las varillas, por sobre las juntas, por cuanto espacio blanco ofrecen el pergamino o el hueso:—así sobre sus marcos admirables concluye ahora sus cuadros impacientes el festoso Michetti, que no ve el aire italiano, tal cual lo ven los comunes, a modo de hervoroso vapor de amantes estrellas, sino como poblado de diminutos geniecillos de colores resplandecientes y varios, encapuchonados de rojo, vestidos de verde, alados de azul, tocados de amarillo: y los toma a manadas, y los aprisiona en sus lienzos.—Así los viejos abanicos de “Vernis de Martín”.

Y había un abanico elegantísimo. Por de contado, era sencillo: sobre delgadas varillas de marfil, salpicadas de ligerísimos puntos de color, tendíase sin un relieve duro, sin una ramazón vistosa, un admirable encaje fino, sereno, exquisito, no interrumpido, candoroso, como esos velos primeros en que aparece envuelto el amor a los ojos de las niñas.

Excitaba mucho la curiosidad un ejemplar feo y notable. El paisaje es una copia dura del Vesubio en lava: todo él es sombrío. Napoleón lo llevó de Italia a Francia, para que en sus fiestas de coronación lo ostentase aquella, más que reina suya, reina y triunfo en su colosal juego de barajas,—Josefina.

Pero no se detenían mucho los visitantes ante el armario donde se enseñaban abiertas esas reliquias de arte antiguo, aquí muy celebradas, e inferiores, sin embargo, a los suntuosos abanicos de nácar, recamado de metales preciosos, que con poética piedad guardan aún, junto a escarpines diminutos y floreados mitones, nuestras fieles y abuelas.

Los abanicos estaban siempre llenos de miradas. Valla viva oponían al observador indiferente las visitantes ansiosas. Cuál preferiría un Luis Leloir; cuál un torero, de garboso vestido verde y plata, matizado de sangre; cuál unas grandes rosas, de una francesa que las pinta bien; cuál encomiaba un fogosísimo Detaille, de tal modo perfecto, que pintando una carrera de caballos, no parece paisaje de abanico, sino extenso campo: por cierto que esta joya valiosa pertenece a una dama de nuestra raza, la señora Delmonte. Se ve en él la distancia entre los postes; se toma parte en la pasión que anima a los rostros de los competidores; podía ponerse en cifra la distancia que cada un caballo saca al otro. Los caballos se van de frente, lo que aumenta la dificultad, y el triunfo; pero por arte magno del pintor, que sabe que cada ápice de una obra artística debe estar hecho en atención a su tendencia y conjunto, los caballos, que parece que arrancan de un centro común, se esparcen y abren al saltar la cerca, como se extiende al abrirse el abanico.—El genio es lo completo; está a lo sumo y a lo ínfimo, y saca grandeza de la armonía y perfección de lo pequeño. La fantasía, que tiene sus monstruos, los hermosea cuando los encadena. La buena fantasía es la que, cuando se sale del orden lógico visible a los ojos vulgares, se conserva dentro del orden lógico de más alto grado que rige al Universo en junto, y es perceptible sólo a las almas máximas.—La armonía de lo perfecto conseguida contra la misma armonía aparente, por los hijos mejores de la naturaleza,—hiere de un modo grato y satisfactorio la mente común, que por el hecho de ser natural no puede resistirse a reconocer lo que lo es.—Este es el secreto de la popularidad

de los genios sutiles y complicados como Dante a través de los tiempos diversos, poblados de masas vulgares. La fantasía desbordada, es un caballo loco,—se puede echar a volar un león; pero se ha de ir cabalgando sobre él, y se le ha de tener perennemente de la rienda.

Este y un Leloir, en que unos pintores, de joyantes y pomposos vestidos, retratan a una dama francesa en los tiempos en que no era pecado el amor,—fueron las dos bellas prendas que a aquellos armarios concurridos llevó el arte moderno.

La América. Nueva York, enero, 1884

NUEVA YORK Y EL ARTE

NUEVA EXHIBICIÓN DE LOS PINTORES IMPRESIONISTAS

Los vencidos de la luz.—Influjo de la exhibición impresionista.—Estética y tendencias de los impresionistas.—Verdad y luz.—Desórdenes de color.—El remador de Renoir

Nueva York, Julio 2 de 1886

Señor Director de *La Nación*:

Iremos adonde va todo Nueva York, a la exhibición de los pintores impresionistas, que se abrió de nuevo por demanda del público, atraído por la curiosidad que acá inspira lo osado y extravagante, o subyugado tal vez por el atrevimiento y el brillo de los nuevos pintores. Cuesta trabajo abrirse paso por las salas llenas: acá están todos, naturalistas e impresionistas, padres e hijos, Manet con sus crudezas, Renoir con sus japonismos, Pissarro con sus brumas, Monet con sus desbordamientos, Degas con sus tristezas y sus sombras.

Ninguno de ellos ha vencido todavía. La luz los vence, que es gran vencedora. Ellos la asen por las alas impalpables, la arrinconan brutalmente, la aprietan entre sus brazos, le piden sus favores; pero la enorme coqueta se escapa de sus asaltos y sus ruegos, y sólo quedan de la magnífica batalla sobre los lienzos de los impresionistas esos regueros de color ardiente que parecen la sangre viva que echa por sus heridas la luz rota: ¡ya es digno del cielo el que intenta escalarlo!

Esos son los pintores fuertes, los pintores varones, los que cansados del ideal de la Academia, frío como una copia, quieren clavar sobre el lienzo, palpitante como una esclava desnuda, a la naturaleza. ¡Sólo los que han bregado cuerpo a cuerpo con la verdad, para reducirla a la frase o al verso, saben cuánto honor hay en ser vencido por ella!

La elegancia no basta a los espíritus viriles. Cada hombre trae en sí el deber de añadir, de domar, de revelar. Son culpables las vidas empleadas en la repetición cómoda de las verdades descubiertas. Los artistas jóvenes hallan en el mundo una pintura de seda, y con su soberbia grandiosa de estudiantes, quieren un artesano de tierra y de sol. Luzbel se ha sentado ante el caballete, y en su magnífica quimera de venganza,

quiere tender sobre el lienzo, sujeto como un reo en el potro, el cielo azul de donde fue lanzado.

Al olor de la riqueza se está vaciando sobre Nueva York el arte del mundo. Los ricos para alardear de lujo; los municipios para fomentar la cultura; las casas de bebida para atraer a los curiosos, compran en grandes sumas lo que los artistas europeos producen de más fino y atrevido. Quien no conoce los cuadros de Nueva York no conoce el arte moderno. Aquí está de cada gran pintor la maravilla. De Meissonier están aquí los dos Napoleones, el mancebo olímpico de Friburgo, el hombre pétreo de la retirada de Rusia. De Fortuny está aquí "La playa de Pórtici", el cuadro no acabado donde parece que la luz misma, alada y pizpireta, sirvió al pintor de modelo complaciente: ¡parece una cesta de rayos de sol este cuadro dichoso! ¿No fue aquí la colosal venta de Morgan?

Pero toda aquella colección de obras maestras, con ser tan opulenta y varia, no dejaba en el espíritu, como deja la de los impresionistas, esa creadora inquietud y obsesión sabrosa que produce el aparecimiento súbito de lo verdadero y lo fuerte. Ríos de verde, llanos de rojo, cerros de amarillo: eso parecen, vistos en montón, los lienzos locos de estos pintores nuevos.

Parecen nubes vestidas de domingo: unas, todas azules; otras, todas violetas; hay mares cremas; hay hombres morados; hay una familia verde. Algunos lienzos subyugan al instante. Otros, a la primera ojeada, dan deseos de hundirlos de un buen puñetazo; a la segunda, de saludar con respeto al pintor que osó tanto: a la tercera, de acariciar con ternura al que luchó en vano por vaciar en el lienzo las hondas distancias y tenuidades impalpables con que suaviza el vapor de la luz la intensidad de los colores.

Los pintores impresionistas vienen ¿quién no lo sabe? de los pintores naturalistas:—de Courbet, bravío espíritu que ni en arte ni en política entendió de más autoridad que la directa de la Naturaleza; de Manet, que no quiso saber de mujeres de porcelana ni de hombres barnizados; de Corot, que puso en pintura, con vibraciones y misterios de lira, las voces veladas que pueblan el aire.

De Velázquez y Goya vienen todos,—esos dos españoles gigantesco: Velázquez creó de nuevo los hombres olvidados; Goya, que dibujaba cuando niño con toda la dulcedumbre de Rafael, bajó envuelto en una capa oscura a las entrañas del ser humano y con los colores de ellas contó

el viaje a su vuelta.—Velázquez fue el naturalista: Goya fue el impresionista: Goya ha hecho con unas manchas rojas y parduzcas una *Casa de Locos* y un *Juicio de la Inquisición* que dan fríos mortales: allí están, como sangriento y eterno retrato del hombre, el esqueleto de la vanidad y la maldad profundas. Por los ojos redondos de aquellos encapuchados se ven las escaleras que bajan al infierno. Vio la corte, el amor y la guerra y pintó naturalmente la muerte.

Los impresionistas, venidos al arte en una época sin altares, ni tienen fe en lo que no ven, ni padecen el dolor de haberla perdido. Llegan a la vida en los países adelantados donde el hombre es libre. Al amor devoto de los pintores místicos, que aun entre las rosas de las orgías se les salía del pecho como una columna de humo aromado, sucede un amor fecundo y viril de hombre, por la naturaleza de quien se va sintiendo igual. Ya se sabe que están hechos de una misma masa el polvo de la tierra, los huesos de los hombres y la luz de los astros. Lo que los pintores anhelan, faltos de creencias perdurables por que batallar, es poner en el lienzo las cosas con el mismo esplendor y realce con que aparecen en la vida. Quieren pintar en el lienzo plano con el mismo relieve con que la Naturaleza crea en el espacio profundo. Quieren obtener con artificios de pincel lo que la Naturaleza obtiene con la realidad de la distancia. Quieren reproducir los objetos con el ropaje flotante y tornasolado con que la luz fugaz los enciende y reviste. Quieren copiar las cosas, no como son en sí por su constitución y se las ve en la mente, sino como en una hora transitoria las pone con efectos caprichosos la caricia de la luz. Quieren, por la implacable sed del alma, lo nuevo y lo imposible. Quieren pintar como el sol pinta, y caen.

Pero el espíritu humano no es nunca fútil, aun en lo que no tiene voluntad o intención de ser trascendental. Es, por esencia, trascendental el espíritu humano. Toda rebelión de forma arrastra una rebelión de esencia. Y esa misma angélica fuerza con que los hijos leales de la vida, que traen en sí el duende de la luz, procuran dejar creada por la mano del hombre una naturaleza tan espléndida y viva como la que elaboran incesantemente los elementos puestos a hervir por el Creador, les lleva por irresistible simpatía con lo verdadero, por natural unión de los ángeles caídos del arte con los ángeles caídos de la existencia, a pintar con ternura fraternal, y con brutal y soberano enojo, la miseria en que viven los humildes. ¡Esas son las bailarinas hambrientas! ¡Esos son los glotones

sensuales! ¡Esos son los obreros alcoholizados! ¡Esas son las madres secas de los campesinos! ¡Esos son los hijos perversos de los infelices! ¡Esas son las mujeres del gozo! ¡Así son: descaradas, hinchadas, odiosas y brutales!

Y no surge de esas páginas de colores, incompletas y sinceras, el perfume sutil y venenoso que trasciende de tanto libro fino y cuadro elegante, donde la villanía sensual y los crímenes de alma se recomiendan con las tentaciones del ingenio; sino que de esas mozuelas abrutadas, de esas madres rudas de pescadores, de esas coristas huesudas, de esos labriegos gibosos, de esas viejecitas santas, se levanta un espíritu de humanidad ardiente y compasivo, que con saludable energía de gañán echa a un lado los falsos placeres y procura un puesto en la...

¿Cómo saldremos de estas salas, afeadas por mucha figura sin dibujo, por mucho paisaje violento, por mucha perspectiva japonesa, sin saludar una vez más a tanto cuadro de Manet, que abrió el camino con su cruda pintura a esos desbordes de aire libre, sin detenernos ante el *Organo* de Lerolle, con su sobrehumano organista, ante los cuadros resplandecientes de Renoir, ante los de Degas, profundos y lúgubres, ante aquel *Estudio* asombroso de Roll, recuerdo de la leyenda de Pasifae, de donde emerge una poesía fragante, plena y madura como las frutas en sazón?

Los Renoir lucen como una copa de borgoña al sol; son cuadros claros, relampagueantes, llenos de pensamiento y desafío. Hay un Seurat que subleva: la orilla verde corta sin sombra, bajo el sol del cenit, el río algodonoso: una mancha violeta es un bañista: otra amarilla es un perro: azules, rojos y amarillos se mezclan sin arte ni grados. Los Monet son orgías. Los Pissarro son vapores. Los Montemard ciegan de tanta luz. Los Hugué, que copian el mar árabe, inspiran amistad hacia el artista. Los Caillebote son de portentoso atrevimiento: unas niñas vestidas de blanco en un jardín, con todo el fuego del sol; una nevada deslumbrante e implacable; tres hombres arrodillados, desnudos de cintura, que cepillan un piso: al lado de uno, el vaso y la botella.

¿Cómo contar, si hay más de doscientos cuadros? Estos exasperan; aquéllos pasman; otros, como "La joven del palco", de Renoir, enamoran como una mujer viva. Este monte parece que se cae, ese río parece que nos va a venir encima. ¿No ha pintado Manet un estudio de reflejo de invernadero, tres figuras de cuerpo entero en un balcón, todo verde?

Pero de esos extravíos y fugas de color, de ese uso convencional de los efectos transitorios de la naturaleza como si fueran permanentes, de esa ausencia de sombras graduadas que hace caer la perspectiva, de esos

árboles azules, campos encarnados, ríos verdes, montes lilas, surge de los ojos, que salen de allí tristes como de una enfermedad, la figura potente del remador de Renoir, en su cuadro atrevido "Remadores del Sena".—Las mozas, abestiadas, contratan favores a un extremo de la mesa improvisada bajo el toldo, o desgranán las uvas moradas sobre el mantel en que se apilan, con luces de piedras preciosas, los restos del almuerzo.

El vigoroso remador, de pie tras ellas, oscurecido el rostro viril por un ancho sombrero de paja con una cinta azul, levanta sobre el conjunto su atlético torso, alto el pelo, desnudos los brazos, realzado el cuerpo por una camisilla de franela, a un sol abrasante.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 17 de agosto de 1886

EL ARTE EN NUEVA YORK

Venta de la famosa galería Stewart.—Los mejores cuadros.—Precios enormes.—El espectáculo

Nueva York, Abril 15 de 1887

Señor Director de *La Nación*:

El alma, es verdad, va por la vida como en la cacería la cierva acorralada, sin tiempo para despuntar los retoños jugosos, o aspirar el aire vivifico, o aquietar la sed en aquel arroyuelo del bosque que corre entre las dos riberas verdes, luz derretida, joya líquida, discurso de la naturaleza que fortifica y alecciona por donde pasa. En cuanto el alma asoma, un escopetazo la echa abajo: para vivir, hay que esconderla donde no nos la sospechen, y en las horas de soledad, en las horas de lujo, sacarla a la luz tenue, como el relicario que guarda la efigie de la mujer querida, y llorar sobre ella, acariciarle la cabellera pegada a las sienas, aquietarle la mirada ansiosa, y decirle con la voz de los desesperados: “¿cuándo acabaremos, oh alma?” Todo vivo, que debiera ser un aroma, es un cómplice; y la existencia es más feliz, mientras son más numerosas y francas las complicidades.

Pero también el alma, aun en estos corrales donde la persiguen, tiene sus días de fiesta, en que se regocija y dilata: algo se sabe entonces de la maravilla que colora el ónix en las entrañas de los montes, y de esos vapores tornasolados que, como mariposas que se despiertan lentamente, van desapareciendo de las cumbres cuando las calienta la mañana. ¿Quién que padezca de lo agrio de la vida en esta comunidad sórdida no ha de comparar a esos deleites el de ver, como hambriento sobre quien cae lluvia de frutas luminosas y aladas, una colección de cuadros soberbios, de esfuerzos del pincel de vistosisimas acumulaciones espirituales, de las batallas a cuyo fragor nació este siglo, de los tanteos y afanes con que engaña su actividad aún no madura, de la gloriosa luz y el aire alegre con que la edad nueva se prepara a reanimar, con los flancos abiertos y encendidos, la dulce religión pagana?

¿No es Fortuny, vencedor de la luz, el pintor en quien parece haberse reconocido nuestro siglo?: él, la gracia heredada: él, la fuerza discreta: él, la creación indecisa y encogida: él, el consorcio de la libertad y la academia: él, la luz armoniosa y final que corona sus ensayos y dudas, tal como del conocimiento de la naturaleza surge, ahuyentando espantos, la creencia de alas universales a cuyo abrigo crecerán en paz los hombres. Todo es simbolo y síntesis, y hay que ir a buscar la raíz de todo.

Pero ahora no: ahora veamos estas obras famosas del arte moderno: esta galería incompleta y envidiable que acumuló por vanidad de advenedizo el odioso Stewart, el rico impío que encerró viva a su mujer, privada hasta del dinero de alfileres, en un sepulcro de mármol y oro. Aquí, en sus inútiles pujos por igualar la frescura de color del maravilloso catalán están todos esos pintores elegantes y alegres: Alvarez, con sus pompas y dorados; Jiménez Aranda, que no acierta a ligar las tintas claras en el aire libre; Nittis, cuyo cielo anaranjado ya mostraba los fuegos de ocaso de su temprana muerte; Simonetti, leve y gracioso como un paisaje de abanico; Palmaroli, un sombrero de paja; Michetti un "niño sublime" de la pintura de la luz; Boldini, que pinta con el polvo esmaltado y rebelde de las alas de las mariposas.—Zamacois, sabio como su maestro Meissonier y desolado como Larra, salpica con verdes y rojos altivos sus telas que debaten, arrollan y acusan. Y Madrazo pinta mujeres, adorables, con una luz cernida por un tamiz de seda.

¿A qué contar, en esa colección desordenada, los cuadros alemanes de peluca y chupa, los paisajes rojizos y sinceros de los norteamericanos, los lienzos de asuntos domésticos que seducen las almas sencillas, los campos graves y corpulentos de los artistas franceses, los estudios académicos, famosos y exangües? Los cuadros, como los hombres que los crean, se congregan por sus cualidades comunes en grupos: uno u otro, como los magníficos caballos rebeldes en la "Feria" de Rosa Bonheur, levanta sobre el conjunto con las crines resplandecientes la cabeza. No veamos lo menor, que ése es entretenimiento grato sólo a los menores, y propio de ellos: no digamos, aunque es verdad, que en esta célebre galería de Stewart no había la ligazón y orden que da a las colecciones meritorias valor lógico e histórico. Amontonó sus cuadros Stewart en la época en que, deslumbrados por Fortuny, todos los pintores vivos, los que buscan y crean, pugnaban por encarcelar la luz y remedar el aire; y

eso es lo que tuvo de original esta galería afamada, fuera de la posesión feliz de algunas obras de empeño en que los pintores eminentes de nuestra época campean con su mayor bravura.

En el remate los veremos todos, entre los abejos de la concurrencia, las ofertas, los chistes, los aplausos, las cortinas rojas. ¿En cuánto se venderá el "Friedland" de Meissonier, su único lienzo de tamaño heroico? La "Carrera" y el "Police verso" de Gérôme, ¿se venderán en acuerdo con su fama? ¿Quién comprará la "Feria de caballos", el cuadro monumental de Rosa Bonheur? ¿Nos entenderán nuestros Fortunys, de sombra mística el uno, el otro de claridad deslumbradora?

Todo el señorío de Nueva York, para comprar o curiosear, espera pacientemente a que abran las puertas del salón de Chickering. "La Nación" está en la concurrencia al lado de Jay Gould, un millonario de cuerpo pequeño y ojos vivaces, que lleva el gabán raído. Son las ocho. La sala está llena. Los catálogos, empastados de rojo, brillan entre los vestidos negros del concurso como manchas de sangre. Un cintillo de luces de gas da sobre el escenario, en cuyo fondo aguardan los cuadros su fortuna, ocultos tras las cortinas encarnadas. Abrense las cortinas. El remate empieza.

Como neblina tachonada de globos de colores queda en la memoria esa escena que la fama de los cuadros, lo considerable de las sumas y la leyenda del dueño primitivo, han contribuido a hacer histórica. Los cuadros aparecían, oían el debate, se desvanecían detrás de la cortina. El rematador era, como suelen ser ellos, de aguada mirada: espejuelos, nariz bermeja, barba rala y comida en los arranques: frac: voz que acude con viveza de urraca donde huele a compra. No se mueve el rematador de delante de su pupitre, y se ve revolotear, cernirse, posarse en un hombro lejano, abalanzarse sobre una presa nueva, saltar, picotear, a aquella voz. El sigue el humor del público, que el que solicita ha de lisonjear. Deja reír, porque sabe que la alegría predispone a la largueza; pero no quiere que se hable: "el hablar, señoras y caballeros, déjenmelo a mí". Aquella sala de millonarios le obedece: él, como ellos, es vulgar y astuto. Fascina por la presteza con que anuncia el cuadro, con que sigue las puestas, con que excita a los rivales. Para él, un Tiziano se resume en esto: "Sí, ya sabemos que en este punto es inútil querer vender maestros antiguos". Su lenguaje es éste: aparece el cuadro: "¡Ea, párense ahí!" "Buen cuadro, muy buen cuadro." "¿Cuánto me dan?" "¿Cinco mil?" "¿Tres mil?"

“¿Dos mil?” “¿He oído mil?” “¡Mil gracias!” “Cuadro valioso, muy muy valioso.” “No volverán a ver su igual por el dinero.” El no florea, no explica, no alaba la mercancía. “¿Eh? ¿oí dos mil pesos?” “¡Dos mil!” “Ha costado mucho, ha costado mucho.” “No se equivocarán comprando esa pintura.”

De tiempo en tiempo dice un chiste, como cuando trajeron tres retratos pomposos de damas a la Dubarry, con un paje negro para realzar su blancura, con mucho pelucón, cota de peto y gran lujo de flores y de pliegues: “Vaya, no ríen tanto: alguno los necesitará para su galería de antepasados.” El sabe que estos ricos neoyorquinos prefieren a la gloria verdadera de crearse a sí propios la de parecer descendientes de algún buscamosas o guardapueñas de monarca. Pero enseguida aparece el retrato de Washington por Stuart, y las risas se cambian en un aplauso cerrado. “¡Mil!” “¡Dos mil!” “¡Tres mil pesos!” Se va el retrato ufano seguido de palmadas.

A veces el remate decae. Los cuadros con viejos, niños y animales gustan, lo mismo que los paisajes y marinas, y los de historia y costumbres inglesas. Pero cuando un cuadro notable ocupa el caballete, sostenido a uno y otro lado por dos negros de guante y librea, entonces es de ver cómo el rematador con su arte sutil enfrena al público, que susurra como colmena levantada. Descubre a los competidores, dirígese personalmente a ellos, les ruega que no dejen salir el cuadro de la ciudad, se inclina sobre el pupitre como sobre el cuello de un caballo en la carrera, recoge en el aire la puesta nueva, ordena con un gesto feliz al rival que haga una puesta mayor: las provoca, las logra, las engasta en su dedo nervioso y erguido, como el caballero del torneo antiguo engastaba las sortijas en su lanza.

Las puestas silban como si fueran balas: la una da en el aire contra la otra: a cada puesta atrevida el público aplaude. “¡Al caer, al caer! ¿Quién da más? ¿Cien pesos más? ¡Pues dado!” Las cortinas, como empujadas de adentro por elefantes invisibles, caen sobre el cuadro que se aleja bajo ellas con ruido de triunfador. A veces, por una abertura del cortinaje, se ve a los gañanes, deformados por la faena como los campesinos de Millet, forcejear con el cuadro en la sombra.

Las obras de gracia alcanzan poco precio en este país de fuerza. La yerba jugosa, el camino solemne, el celaje apretado, los árboles robustos de “El fin de Mayo” de Daubigny, obtienen más favor que las nubecillas pizpiretas que animan el cielo risueño de “Las Lavanderas” de Boldoni,

y el elegante bosque versallés que asiste al paseo alado de sus damas, cuyos rostros, pulidos como la cuenca de una concha, asoman por entre un polvo de colores.

Bajo un cielo rugoso se vienen por la sombra del camino, en la majestad de la espesa arboleda, las ovejas cansadas que sacian la sed en el arroyo pediguño con que agracia Jacque, artista potente, su oscuro paisaje; pero esa calma profunda, es preferible a “La vuelta del Bosque” de Nittis, donde desde sus sillas de alambre, menos frágiles que ellas, ven pasar las alegres de París los carruajes que vuelven del pasco, destacando sus líneas ligeras en el aire rojizo. Pinta Vallés una “Tentación” a lo Casanova, un sacristán, de puro flaco líquido, que ya no halla rincón en su banco donde libertarse de la desenvoltura de tres lozanas mozas: “Una mujer galante” de Simonetti oye, tendida en un sofá de blancas pieles, el vivo amor de un caballero barbilindo, de quien se burlan, escondidas detrás de una cancela, tres regocijadas curiosas: Michetti, desdeñando esas falsas poesías, pinta en su arrobadora “Mañana de bruma” los campesinos italianos, de vivos colores, adelantando en la neblina del crepúsculo con sus verdes melones a la cabeza, mientras rompe a lo lejos sobre la vieja muralla una luz cegadora; pero esos cuadros apenas alcanzaron el precio de un “Familia de gatos” de Lambert, que con ese ojo humano que dan a los animales los pintores que atentamente los estudian, persiguen absortos los revoleos de dos mariposas, desde su cojín de gatos ricos.

¿Cómo explicar el gusto excesivo del norteamericano por los lienzos de animales, a no ser por ese cariño de conquistador a todo lo que le ayuda a la conquista, por esa ternura con que ama el labriego su caballo y su vaca, por el amor natural de la mujer al gato, que acaricia, al perro, que acompaña, al viejo amigo del campesino, que hala del carro en el verano y en la nieve? Un caballo salvaje, atacado por un león, se vendió en más que la deliciosa “Marquesa” de Madrazo, mujer que sabe de amor, y empolvada la cabeza, agraciada la barba con el lunar, dormidos ya los ojos del sueño venidero, consulta con un espejo de mano la sabiduría de sus hechizos.

Una salva de aplausos merecida estalló cuando pusieron en el caballete unas “Vacas” de Troyon, no—como otras suyas—notables sólo por la firmeza de la copia, sino porque allí los pacientes animales, en cuyo ojo turbio se ve aún la fuerza caótica de la creación, campean con natural

beldad en el valle sereno donde dos altos chopos, quebrando la monótona llanura, realzan la majestad del horizonte.

Pero ni "La fiesta de niños" de Krauss, con tanto rostro menudo que parece moldeado sobre una manzana;—ni la "Carrera" y el "Pollice Verso" de Gérôme, más célebres que dignos de serlo, puesto que en ellos no iguala al interés del tema la decisión y sabiduría de la pintura;—ni "La vuelta de la Vendimia" de Bouguereau, grupo frío de labriegos de Italia, donde no pudo este fecundo artista lucir los nácares y gracias de la carne, que él anima con una luz de aurora;—ni el retrato de Humboldt que hizo Schreyer, donde su cuerpo, débil sostén de la cabeza inefable y gloriosa, destácase desde su asiento en la colina sobre el argentado ambiente, en cuyo fondo alzan la cana cumbre los volcanes; ni la solidez y relieve soberanos de "La visita al recién nacido" de Munckacsy, donde la madre, pálida aún del admirable dolor, sonríe desde su sitial de convaleciente a las curiosas amigas que le saludan aquella joya labrada en sus entrañas; ni los "Bufones" de Zamacois, verde uno, blanco otro, otro rojo, otros en todo el fuego de la luz, otros en un rincón sombrío, y el cuadro entero, salpicado de enanos, piernas colgantes y jorobas, hecho a una luz que acusa y quema, como el infierno de aquellas tremendas almas,—arrancaron aplausos tan ardientes como el grandioso rincón de bosque vivo por donde los lujosos caballos de Rosa Bonheur van a "La Feria". Se ven, se ven aquellos duros lomos, aquellas ancas altas y macizas, aquellas cabezas pujantes y fogosas. Uno negro, normando, se encabrita y flagela con las crines erizadas el rostro del jinete de blusa que lo doma: a paso travieso lo sigue un pony peludo por entre sus mayores, con la mordida en la mirada. Un mozo va arrogante, como si supiese que el animal que monta es el más bello. Por el recodo vienen alazanes, retintos, bayos, ruanos. Del otro lado se entran en el bosque los que abrían la magnífica cuadrilla. Un chalán vigoroso, en lo mejor del lienzo, sujeta con ambos brazos desnudos el paso orgulloso de dos sementales blancos. Llevan la cola anudada, como para que se vea el dibujo rico. La carne recia hinchaba la piel tendida. La luz cae en las ancas.

Sobre ese cuadro sí fue la batalla recia. "¡Cuarenta mil pesos!" dijo una voz vibrante. Ruedos de aplausos acogían las ofertas, que iban de mil en mil. "¡Cincuenta mil!" "¡Cincuenta y tres mil!" En cincuenta y tres mil pesos lo compró el mayor de los Vanderbilt para regalarlo al museo de Nueva York, donde servirá de modelo permanente esa obra fresca y pura.

"¡Cuarenta y cinco mil pesos!" "¡Cincuenta mil!" "¡Sesenta mil!" "¡Sesenta y seis mil!" ¿Qué cuadro es ese que obtiene el mayor precio alcanzado en los Estados Unidos por cuadro alguno?

Es el "Friedland" de Meissonier, su cuadro querido, su Napoleón en gloria, no cuando—como en aquel otro cuadro suyo "1814"—volvía de Rusia con el águila muerta a la grupa de su caballo, sino cuando la fiereza de una criminal ambición no había deslucido aún en su rostro de dominador la gracia olímpica. Desde lo alto de un cerro, rodeado de sus generales y su guardia, con los cuerpos de ejército por horizonte, saluda Napoleón a los coraceros que en heroico desfile, alzándose sobre los estribos y con los aceros fuera de la vaina, van jurando, a galope tendido, morir por su emperador. Acá la furia e ímpetu de la carrera, el choque de ferralla de vainas y corazas: la yerba arremolinada bajo la caballería, el plumero de los cascos relampagueantes, la locura de los caballos y de las espadas: los caballos flamean, los hombres juran: no hay un músculo en paz, ni en caballos ni en hombres: un corneta, vestido de amarillo, alza el clarín por sobre su cabeza, mientras exhala en una voz el alma: en el fondo del grupo, como un bosque de mástiles, se cruzan en líneas lejanas los aceros: dos espadas desnudas cortan de arriba abajo el cielo, a la cabeza de la cabalgata. Allá en el cerro, acopiando en los ojos azules cuanto deleite, penetración y misterio caben en el espíritu del hombre, mira aquel Jove nuevo a sus soldados vencedores, sentado firmemente en su orgulloso caballo blanco. Por entre la yerba, pintada hilo a hilo, baja al otro lado del lienzo, a marcha lenta, un grupo de húsares de negro morrión, cota azul con alamares amarillos, y el dolmán rojo al hombro. Un cañón desmontado está tras ellos. El cielo, un cielo claro de victoria, muestra ya en las alturas algunas nubes pardas.

¿No decíais,—preguntó Meissonier a los que lo acusaban de impotencia artística,—que yo no sé pintar el movimiento? Pues aprended como yo, recopiando la vida hebra por hebra, a pintar al animal y al hombre en el grado mayor de animación de que son capaces: aprended como yo, pintores de polvo de arroz, a componer obras nacionales y macizas."—"Si" respondió Manet, aquel perseguidor de la luz a quien ha dado Zola cuerpo inmortal en su Claudio de "L'Oeuvre"; "sí, pero en ese cuadro todo es de hierro, menos las corazas. ¿Cómo has de pintar la vida; tú, que jamás has sabido pintar una mujer?"

Ese "Friedland", como todo lo que Meissonier pinta, es un cuadro maravilloso, pero sin epidermis. Hay naturalezas ogrescas, que necesitan ver la sangre. Si habéis visto cadáveres desollados, ya conocéis ese color

cienoso que Meissonier emplea en sus cuadros. Parece el suyo ojo de trilobites, que veía en redondo, con perfección implacable. Pinta pequeño, pero ve grande. La carne le seduce a tal extremo que da su color a las sendas de sus jardines y a las paredes de las casas. Pero su composición es graciosa, a despecho de su torvedad y constante estado de ira; su invención es profundamente artística, y lleva los caracteres enérgicos de su persona; y si no acierta a cubrir con un sobrecolor ligado y definitivo las desnudeces de su análisis, acaso para lucir mejor la inimitable fuerza de éste, ha sabido pintar como no se pintaron jamás el ojo del caballo, la mirada de Napoleón, y el sonriente y festivo azul del cielo.

¿Quién sino Fortuny pudo unir sin trabajo visible la fuerza y la gracia? Dejemos en buen hora al rematador animando a su público para que le compren el "Otoño" concienzudo de Bierdstadt, unos lirios coquetuelos de Adrien Moreau, la repulida "Hermanita bondadosa" de Van Bremen, "El Hijo pródigo" de Dubufe, sabio y brillante, la deseada "Disputa de límites" en cuyos rostros iracundos ha sabido pintar Nicol las pasiones sociales que tienen roídos los cimientos de Inglaterra. Dejemos que las puestas cesen, que el remate acabe, que la concurrencia se reparta por las calles vecinas, con sus catálogos rojos brillando osadamente a la luz eléctrica sobre los vestidos negros.

¿En qué hemos de pensar, después de haberlos visto, sino en "El Encantador de serpientes" de Fortuny, un juicio de la vida, y en "La Playa de Pórtici", una tormenta de luz?

Mientras más se estudia "El Encantador", más revela ese extraño poder del genio para crear involuntariamente símbolos profundos de la naturaleza que lo inspira. Sopla el levante, que deja el aire limpio, clara la oscuridad, rastreando por la tierra la humareda: a lo lejos, llanos, cuchillas, tolderío de árabes, montes, horizontes. ¿Cómo pudo obtener estos grados de luces en la sombra, sin los contrastes y blancos de Rembrandt? Al frente del cuadro se desenvuelve en profética paz el drama eterno. ¿A qué encomiar la verdad de la alfombra donde el árabe esbelto está tendido, encantando a la serpiente; los verdes y los rojos del dibujo; la gracia del escorzo y de la perspectiva; la silla de montar caída a los pies del árabe, como su perro? La silla es como él, elegante y fina: ella es la libertad; la vida fiera, en una nube de haschisch; la carrera que inflama el corazón; el turbión de arena en que resplandece la espingarda; la amiga en el peligro y la almohada en la muerte.

Sopla el levante: azotadas las nubes trasponen los montes: endáezase sobre sus anillos, al voto de mago, la mística serpiente: el mancebo la mira sin miedo, como la juventud a lo desconocido; un derviche, envuelta la cabeza en un lienzo rojo que el viento sacude, contempla erguido en su asiento el duelo extraño con aquella poética curiosidad del árabe por la naturaleza, con el afán del viejo, curtido y desnudo, que quiere saber lo que está al otro lado de la vida. La serpiente se va desenroscando, como cuando las sacerdotisas de Lavinium le ofrecían en su templo las tortas de harina y miel de las colmenas; como cuando el eslavo la invitaba, temeroso de su poder, a tomar puesto en el festín de los hogares; como cuando el hindú arrodillado le ofrece la leche fresca en su escudilla. Nada más que el levante, que se lleva el humo, interrumpe la escena.

Acaso el encantador pregunta a la serpiente lo que ha de suceder, como le preguntaban los atenienses; acaso la riñe, la abate, cuando intenta erguirse, la castiga, porque ha mordido a alguno de los árabes del tolderío. Flota al viento el lienzo rojo que cubre la cabeza del derviche. Reclinado el pico sobre el plumón del pecho asiste a los encantos una grulla. ¿Dónde mejor que en aquel nocturno espacio están representadas la pregunta incesante del hombre y el misterio sereno de la vida?

¡Domémosla de jóvenes, y luego de bien curtidos y desnudos, volvamos a ti, naturaleza!

¿Y esa "Playa de Pórtici", el cuadro que dejó sin acabar el único pintor que pobló de aire sus telas? ¿Cómo no había de ser hermoso, si era la prueba de su libertad de artista y de su propia dicha? Ya aquella no es la vida de árabe que desató a sus ojos las gracias de la luz, y le reveló la elegancia y la sabiduría; ya ha tomado del moro el conocimiento de la paz y alegría del mundo, y la dignidad del carácter; y la admiración de los coleccionistas le ha dado fama y riqueza; ya puede pintar a la claridad del sol a su mujer y sus hijos.

El cuadro es eso, su hogar en la playa, con su mujer que cose, su cuñada que se ampara los ojos del reflejo, sus hijos que juegan sobre el verde a la sombra de un quitasol encarnado: de un lado un muro blanco, a cuyo abrigo reposa el coche de la gira, sube al centro del cuadro, donde se divisan las callejas del pueblo, por una puerta roja: del otro lado, en ángulo atrevido, baja humedeciendo la orilla un mar de azul ardiente, donde se copia y acentúa el del cielo: con la calma de estío radioso vagan por el celaje algunas nubecillas. Blanco sobre blanco, celeste sobre

marino, flor amarilla y parasol rojo entre hojas verdes: solo dos puntos negros quiebran aquel enorme lujo claro,—el coche dormido al amparo del muro, y del lado del mar la sombra de un bote. Allá en la arena triscan los bañistas, semejantes, bajo el fuego del sol, a hormigas de colores.

Y en la parte no acabada del cuadro se ve que jamás fue fácil el triunfo, y que aquella tersura del color, que es sutil aire ambiente, aquella gracia tan natural que no parece creada, aquella luz que sólo cede en esplendor a la del cielo, eran el producto sabio de una labor terca y robusta, como todo lo que perdura y resplandece. Allí se ve, cortadas impiamente por la mano mortal sus hebras de colores, la carne sana de aquella enérgica pintura.

Era una capa puesta sobre otra, un azul en el seno de un amarillo, un verde cimentado sobre un blanco, un cariño de padre cuidadoso en la manera de hacer vivir y palpitar la luz. La noble tristeza de los creadores sombreaba la frente de aquel joven glorioso: ¡Sabe el hombre de partos y agonías, antes de que le dé su primer beso de paz en la aurora!

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 22 de junio de 1887

PINTURA JAPONESA

(Traducido de Em. Bergerat, de "Les Chefs d'oeuvre de l'art, à l'Exp. Univ. 1878". Ed. Baschet. Librairie Leon Vanier, 19, Quai St. Michel, Paris)

Piérdese el origen de la pintura en el Japón en los ciclos fabulosos: consérvase, sin embargo, en el templo Hooryuji el retrato de un príncipe, que data del siglo 7º;—no existe monumento más antiguo del arte japonés.

La primera escuela oficial de pintura fue la que hoy se conoce con el nombre de Edokoro, fundada en 808, ocho años después de la coronación de Carlomagno.—“Ce n'est pas d'hier, comme on voit,—dice Bergerat— et notre Academie de Beaux Arts est une bien petite personne en comparaison de celle-lá!”

Créese en el Japón que las producciones de la escuela de Edokoro eran soberbias,—y que unian— en grado tal que no ha sido obtenido después— el vigor a la delicadeza. Nada se ha encontrado de aquel período clásico;—y a buen precio pagaría el Mikado mismo un ejemplar cualquiera si se hallase.

El célebre pintor Tsunetaka-Tosa, que vivió en el siglo 9,—inició el período romántico, del que parece haber sido el Eugenio Delacroix. Tiénesele por el fundador de la pintura japonesa moderna y sobre todo por el creador de un género que ha tomado de él el nombre de *Tosa*.— Las obras de Tsunetaka y de su escuela son casi siempre reuniones o retratos de ricos señores, con fastuosos vestidos de ceremonia, recargados de ornamentos. La escuela de Tosa tiene aún prosélitos en el Japón. Más que esto: todavía existe la descendencia de Tsunetaka, y continúan las tradiciones de su antepasado. Todos los Tosa son pintores.

Tanto sucede con los Kano,—otra familia de artistas que comparte con los Tosa el cetro de la pintura en el Japón, y, cómo los Tosa, perpetúa una serie de modelos consagrados por el gusto público. La pintura, con este nombre de *Kano* conocida, fue fundada hacia el fin del siglo XIV, por Masanobu Kano, e ilustrada enseguida por su hijo Motonobu Kano.— Señala y representa la influencia del arte chino en el japonés. Ya desde el siglo XII se había revelado esta influencia en las obras de Kanaoka-Kosé, y luego, 200 años más tarde, en las de los célebres maestros Kaó,

Meitchó, Yosetsú, Shobun, y Setsushu, el pintor sacerdote, especie de Fra Angélico japonés.—La escuela lleva, sin embargo, el nombre de Kano.—Perpetuada hasta nuestros días esta brillante raza, aún hay Kanos pintores en Tokio.

En 1570 el naturalismo, que, como se ve, es inmemorial, hizo su aparición regeneradora en la persona de Matabei Iwasa, creador de las pinturas llamadas Ukiyoé, lo que literalmente significa: pinturas de la vida. Es la pintura de costumbres, de observación personal y de actualidad. Un discípulo Moronobu Hishikawa, continuó sus estudios, y llegó a ser el fundador de la Escuela de Utagawa, que es la Academia libre del naturalismo.

Cuarto género de pintura adoptada por los japoneses es el que llaman *Sumié*, esto es pintura con tinta de China, de *é* pintura, y *sumi*, tinta. Usábanla al principio los poetas y letrados, y no era en los primeros tiempos aplicada más que a la representación de los paisajes. Los pintores que la tratan hoy, permanecen fieles a este principio, y, en recuerdo de los creadores de género tienen el hábito de completar sus dibujos con estrofas de poesía. Estos dibujos están ejecutados ampliamente, sin detalles, y de una manera casi sumaria. No hay letrado japonés que no sea capaz de trazar sobre el papel una silueta del Fujiyama, o de alguna otra montaña pintoresca. La pintura por medio de la tinta es algo como un arte de adorno y una ilustración, a un tiempo.

Son, pues, cuatro los géneros de pintura en el Japón usados:

1^a—La pintura Tosa: histórica.

2^a—La pintura Kano, que reúne todos los géneros: influencia china.

3^a—La pintura Ukiyoé: de costumbres.

4^a—La pintura Sumié: paisajes con tinta.

La más en boga es la pintura Kano, que trata todos los asuntos, y observa la perspectiva. En el siglo 19 recibió nuevo impulso de un artista chino, Chin-nam-ping, que vino a habitar Nagasaki y formó discípulos distinguidos, Busbn y Chimuneí entre otros, ambos bonzos y letrados. He aquí, además la lista de los más ilustres representantes de esta escuela popular:

Masanobu-Kano.—Siglo XIV.

Motonobu-Kano, su hijo.—Siglo XIV.

Setsushu, pintor sacerdote.—Siglo XIV.

Tanyu Kano.—Siglo XVII.

Morinobu-Kano, desc. de Mas.—Siglo XVII.

Ichiyó Hanabusa.—Siglo XVII.

Yasunobu Kano, desc. de Mas.—Siglo XVIII.

Buson y Chimuneí, sacerdotes pintores, discípulos de Chin-nam-ping.—Siglo XVIII.

El siglo XIX no ha escaseado importantes pintores al Japón, algunos de los cuales viven, rodeados del respeto de sus compatriotas.

Okio Maruyama florecía en 1840.

Rosetsu pintaba en 1850; el mismo año vio brillar los talentos de Kazan Watanabé, Bou-Tbio-Tani y de aquel Thinzan-Tsubaki, autor del dibujo de aquella maravillosa mampara, de flores de nácar sobre fondo de laca negro, expuesta por Chiojiro Minoda, y que acaba de ser comprada en 65,000 fra. por un comerciante inglés. Poco hace ha muerto el viejo profesor Yosai Kikuchi, de 91 años, maestro del actual Kiyoshi Watanabé. Yosai se había conquistado una gran reputación en la pintura histórica y en los retratos del género Tosa.

Entre los pintores japoneses que actualmente producen, los más renombrados son:

Nanmei Haruki, de 85 años, notable paisajista.

Zesin-Shibata, de 60 años, especialista en flores y pájaros.

Yiyosai Kawanabé, de 60 años, pintor de retratos.

Shota Watanabé, de 40 años, que rivaliza con Zesin Shibata, en pájaros y flores.

Con número igual de maestros cuenta la pintura de costumbres (Ukiyoé):

Su fundador, Matabei Ywasa, del siglo 16, Moronobu Hishigawa contemporáneo de Teniers.

En 1830 vivió el famoso Hokusai Katsushika, tan popular en Europa con el nombre de Hokusai, autor de los 18 álbumes que todo pintor francés posee hoy en su taller. Hokusai quiere decir: casa del Norte.

Dásele este nombre, por el aislamiento en que en su casa vivía el pintor.—Desesperado por la muerte de su esposa, a quien entrañablemente amaba Hokusai, se encerró con su hija en una casa que poseía al N. de la ciudad, y no salió ya de su encierro.—Su hija, que pintaba con él, tiene no escasa parte en los célebres álbumes del pintor. Hokusai es el Galván del Japón, poco más o menos.

Toyokuni Utagawa floreció en 1850 y Kuriyoshi Utakawa, en 1860.

Como se ve, estos dos pintores habían añadido a sus nombres el de la escuela a que pertenecían; Hiroshigne es también contemporáneo. Data del 60.

Entre los vivos, débese sobre todo nombrar a Kunichika Utagawa, pintor de retratos cómicos, y a su rival, Yoshitoshi Taiso.

Sobre cerámica y bronce, el ne. 18 de 1^o Chef d'oeuvre.&

Japonizantes: amigos de las cosas japonesas.

Teyssier: gran joyista y poseedor de magníficas perlas, en París.—
Rue Lepelletier.—

CRÓNICAS

L E T R A S

IDILIOS DE NORUEGA

POESÍA Y CIENCIA

Un poeta del Norte, que vive en New York, y se llama Hjalmar Hjorth Boyesen, ha escrito un libro, un verdadero libro, nuevo y profundo, en verso. Como cada pasión trae su lenguaje, cada época trae sus poetas. La época nueva se está determinando, y la nueva poesía—creyente, resplandeciente, serena y amante,—anuncia ya su tono definitivo. No es, por cierto, pedagogía en verso, ni traducción a lengua rimada de viajes de Flammarton y Julio Verne, ni techumbres de luz boreal sustentada por pilares de nieve;—sino la expresión satisfecha y dichosa de una generación que sabe que ha empezado a vencer a la Naturaleza. ¡Cuánto más bello es el perfume de las nuevas rosas que en los campos de Africa, o en las selvas de América, a la par de las vértebras del antiguo mundo, se descubren,—que la esencia perdida de aquellas flores de Aspasia y Friné que de vaso en vaso han venido bebiendo siglo tras siglo los poetas sumisos!

Boyesen ha entendido, con sus atributos y majestades nuevas, la actual naturaleza:—rodar la siente sobre ejes más firmes,—y pone la mano sobre ellos, y entona sus alabanzas. Su poesía no es ciencia indigesta, sino vapor de naturaleza, que es ciencia. Un poeta es una lira puesta al viento, donde el universo canta. A nuevo universo, nuevos cantos.

“El mar”, “El aire”, “Evolución”: así, o con títulos semejantes, se llaman los luminosos y serenos poemas de Boyesen. Y el libro, tallado con buril de temple reciente en oro virgen, se llama “Los Idilios de Noruega”;—y resplandece, como aquellas costas perpetuamente cubiertas de nieve sobre que vuelan los hombres fantásticos, con velas, como los barcos, a la espalda.

ITN VIAJE A MÉXICO

*Excursión de un pintor yanqui.—Interesante reseña.—A través del país
y de las costumbres*

Nueva York, 25 de abril de 1889

Señor Director de *La Nación*:

Hay libros en que parece que va acuñado el corazón, y hecho páginas y letras, donde se ve agonizar la esperanza y sangrar la vida. Hay libros semejantes a los pantalones que suele usar el pueblo español, en que están compuestos con retazos de pantalones que fueron, zurcidos en la hora de la necesidad, para que hagan oficio de tela corrida. Hay libros que es un dolor el verlos; donde las ideas francesas o alemanas andan vestidas de castellano de Commelerán, con la concordancia muy enmoñada y el régimen lleno de pingajos y abalorios, y la gorra de Francia haciendo piruetas debajo de la mantilla. Hay libros de gala, escritos con el corazón: que excusan con su sinceridad las ligerezas del juicio; libros como acuarelas, con un color que tiene algo de rosa y de miel, y una gracia como de pluma de ave blanca; libros de perla, leche y oro, como la cubierta del "Quitasol Blanco en México", del pintor elegante F. Hopkinson Smith. Es un americano de bigotes de punta, que calza guante cuando pinta como cuando escribe, y no deja salir de su estudio un cuadro que no tenga reflejos de moaré, ni de su pluma una frase sin ala de pájaro, y elegancia de jardín, ni de sus prensas un libro que no lleve papel de rey y cubierta caprichosa. Este libro no es mucho: lo que cabe debajo de un quitasol, unas cuantas jarras, un zarape, una cruz de filigrana, una mantilla, un retazo de tisú, un ramo de flores. Calla lo que no debe, y juzga a medias lo que no ha logrado entender bien: pero ¿quién se enoja con un extranjero bien criado porque al empezar a hacer pininos en la lengua les cambie los acentos a las palabras?

Lo que importa es que el floretista tenga alma leal, aunque yerre en un quite o ponga demasiada mano en un pase. Lo que encanta es la ternura con que este fino caballero, criado entre sedas y joyas, compadece

a la raza india como si fuera una hermana en desgracia, y llega de puro generoso a ser injusto, de puro lamentar la desdicha de Juan Diego a no ver el triunfo de Juárez. Lo que agrada es que este caminante, que ha andado, con su quitasol abierto, copiando cielos y visitando palacios, por toda Holanda, España e Italia, por la Selva Negra, Suiza y Palestina; este artista mimado que vende sus libros de papel japonés a cincuenta pesos, y es árbitro del gusto a quien la ciudad pide consejo para sus festivales y adornos; este entusiasta que ha dado la vuelta al mundo en busca de la gracia y el carácter, de la energía y los colores, escribe sobre México un libro que es un ramo de rosas, de rosas plenas que se salen del vaso, y donde dice que "México es la tierra más maravillosamente pintoresca de cuantas ilumina el sol". "Hay dos paisajes que evoca siempre mi memoria cuando me veo de súbito ante un cuadro grandioso de la naturaleza; uno es el pico de la Sierra Nevada granadina, donde Boabdil se volvió llorando a mirar por última vez el valle de la Vega: otro es la soberbia llanura de México y la lejana serranía, con toda su opulencia de palmeras, naranjales y olivos; la línea de plata de los lagos distantes, y la hermosa ciudad, la Tenochtitlán de los antiguos. El Eldorado de Cortés, centelleando como una joya en medio de aquella vasta extensión de verde y oro."

Jamás podrá olvidar "esta tierra" de bondadosos saludos, de esmerada cortesía, de hospitalidad franca y abierta.

No fue Hopkinson-Smith a México a ver lo que se levanta, sino lo que muere; no visitó las escuelas, sino las sacristías, ni estudió instituciones, sino cuadros. España le selló la mente, y a Venecia, como todo el que la ha visto, la tiene sonrosada y perezosa, delante de los ojos; de modo que, sin ver que en el maíz molido del indio oaxaqueño hay médula para una nación, sin notar como una juventud entre francesa y griega, hecha por igual a la plomada y al toro, sucede a la generación de patriarcas que sacó de entre las serpientes el arca de la libertad, y desaparece en la vejez, por la virtud del heroísmo, con la gracia y el fuego de los jóvenes; sin reparar cómo, mordida de adentro y acechada de afuera, va levantándose, con sus venás de hierro y sus palacios de porcelanas, la nación a quien no ha dado aún bastante sosiego la fortuna para convertir el veneno heredado en savia trabajadora, y despertar de su espanto a la gran raza dormida;—dice que México es "como una Venecia tropical, y España semibárbara". Pero eso es lunar del juicio, y no de la voluntad, en quien no es de aquella especie fea de hombres que no tienen ojos para las rosas, sino para los gusanos, y van al rosal para ver donde es la

mancha, y pregonarla con clarines, en vez de aquietarse calladamente el alma con su aroma. El fue a México para ver hermosuras y vejezas pintorescas, la calle donde crece la yerba, el muro donde se aloja el lagarto místico, el indio hiératico y cortés, la iglesia polvorienta, descascarada, dormida, el celaje carmesí y el suntuoso horizonte. En México no visita los talleres, donde el mexicano inventa máquinas, sino los paseos, donde un caballero de mano de mujer para de una lazada el caballo huido. Va al canal de Santa Anita, a pintar, cómo vienen de las chinampas, cantando y charlando, en sus canoas de frutas, las indias coronadas de flores, pero no a las escuelas donde el blanco aprende, porque ya llegó la hora tranquila de enseñar con amor, la lengua en que ha de invitar a vivir al hombre estancado, al indio: no ve que hay otros conventos ahora, que son los de los profesores.

Lo nuevo no tiene encanto para este artista curioso, que se enoja cuando un plumero irreverente sacude el polvo de la sacristía; cuando deslucen con mojjangas de teatro, y cales y cortinones, una iglesia mohosa; cuando blanquean una cerca vieja, y le quitan con tijera brutal sus amapolas y sus lianas.

Los indios se le entran por el corazón, a los que él llama peones, en lo que van juntos indios y mestizos, que le parecen "raza desinteresada, paciente y sensible, de gran belleza personal, valor y refinamiento, capaz de la mayor cultura y digna del estudio más profundo". Les halla "habilidad y gusto innatos", y "una etiqueta y cortesanía en sus costumbres que sorprende en una raza tiranizada". No ve el indio médico, el indio pintor, el indio comerciante, el indio juez, el indio presidente, el indio triunfante, el indio libre: no ve más que "la pobreza desesperada y la miseria y sufrimientos diarios de esta gente infeliz, y la injusticia y la crueldad de todo": lo dice como si se le oprimiera el corazón, y cerrara los ojos para no ver aquella "pobre raza mansa, sentada inmóvil durante horas enteras, arrebujada en el zarape, mirando enfrente de sí, humillada, degradada, esclavizada, desde Cortés hasta ahora, por una casta social tan rígida como las castas hindús". Cita lo del cónsul Strother: "que los trabajadores de México se pasan la vida buscando el pan y la diversión, sin esperanza alguna, ni deseo de mejorar el futuro"; cita lo de Welis, el del "Estudio de México", cuando contrasta "el ocio de los ricos que abandonan a manos mercenarias el cuidado y adelanto de sus haciendas, con la industria y habilidad de los indígenas que todo lo saben hacer con una tira de cuero". No busca compañeros de casaca y ponche este artista trabajador, amigo de la naturaleza y de la gente humilde. El

peón, el jardinero, el soldado, es su amigo. Sus amigos son Matías, "el pobre Matías" que no tiene nada que hacer, "ni de día ni de noche", la viejecita que vende rosarios a la puerta de la iglesia; la niña india, de pelo de cascada que cose en la ventana, con su collar de cinta roja al cuello, el viejo de la plaza, que le regala un ramo de azaleas. El sabe cómo hacerse de amigos en las tierras donde se habla castellano: "un poco de cortesía y unas gotas de ceremonia". Le falta el castellano, como cuando traduce el "beso a Ud. la mano" de una india cortés, por "bese Ud. mis manos" y "la ley fuga" por "la ley fuego"; pero habla bien en pueblo extraño quien sabe sentarse en la plaza con un muchacho pobre a comer "naranjas, pan y café". Y no es el pintor vagabundo despeinado, con el pantalón comido y los becerros sin embetunar, sino bien criado y bien puesto, como parece que debe ser el que anda con el arte: viaja de calzón corto, según es moda ahora para las excursiones campestres entre los yanquis jóvenes, y en el saco suelto le asoma un pañuelo de seda de color: el sombrero lo tiene más a menudo en la mano que en la cabeza, como conviene en país extraño: ni se le ve más bohemia que la que le retoza debajo de la mirada cortés, como niña traviesa que espera permiso para escaparse de la sala a saltar cercos y cazar mariposas.

Su estilo no va colgado de metáforas y adjetivos antepuestos, con cien cuentas de vidrio para un hilo de seda, sino suelto como un traje de viajar, sin que sobre palabra ni falte color, y tan notable, por su limpieza como por su desembarazo. La frase no tropieza, ni lleva al cuello tres collares, ni es como el Luis XIV, de Thackeray, todo peluca y bastón, que se quedaba en maniquí en cuanto le quitaban la pompa del adorno. Viene de adentro la hermosura del estilo, que llega a menudo a la elocuencia y solemnidad, como cuando, penetrado de involuntaria veneración, saluda en Chapultepec, los restos melancólicos de la civilización azteca; o cuando describe el interior de la catedral zacatecana, con las baldosas a medio arrancar, las paredes desnudas de su antigua riqueza, las mujeres sentadas por tierra, con el rebozo a los lados; uno que se confiesa con la cara clavada a los agujeros; un indio que se prosterna ante el altar mayor y toca con la frente el último peldaño; una anciana que sale moviendo los labios y pasando las cuentas; otra que se arrodilla reverente ante "las imágenes rudas de los santos". Y todo eso lo cuenta a la vez con la pluma y el lápiz, y repite en los finos dibujos del libro sus acuarelas mexicanas, su "Patio de mi bienhechor", su "Parque" y "Jardín" de Guanajuato, su predilecta "Alameda" de Morelia, su fogoso estudio de la "Tierra Caliente", sus "ahuehuetes" augustos, su "Orizaba" magnífico, arrebujado

en nubes, su "Playa de Pátzcuaro", donde se yerguen en la arena resplandeciente dos palmas solitarias. Dibuja con esmero el pulcro maguey, los cántaros queretanos, las azaleas del jardín, el sitial de la sacristía, el banco del paseo, el quitasol con que hace el viaje por esta tierra "de sol italiano" "que no ha sondeado mucho". por esta "nueva tierra santa".

Por Guanajuato empieza el viaje que acaba en Tzintzuntzan. Guanajuato le parece "abigarrada y singular", sin nada tan bello como la iglesia de la parroquia, y la bondad de sus habitantes; ¡con qué nobleza le permite el "caballero rico, minero, agricultor, bienhechor", que pinte desde su portal la verja de la iglesia, le ofrece su casa, le insta a que comparta su almuerzo, le lleva a ver la pajarera, el jardín, la vista de la azotea, todo lo que imagina que puede ser grato al extranjero curioso!

La madre y la hija se asoman a ver el cuadro, y le mandan una taza de café al "señor pintor, que debe estar muy fatigado": "todo esto,—dice Hopkinson-Smith,—¡a un vagabundo, descubierto en el portal algunas horas antes!" Hay algo de clavellinas en el aire, y es que es jueves santo. Matías, "el pobre Matías", lo lleva a la Alhóndiga de Granaditas, el gran edificio donde está la pica en que colgaron la cabeza de Hidalgo; a la iglesia de San Diego, llena de señores y peones, porque "hoy ningún señor anda a caballo, y en las minas no se trabaja": a la "lindísima" plaza de Mejía Mora, donde oye música "excelente", entre palmas y flores, y "señoritas de belleza mucho más viva que la de las españolas": la que pasa riéndose de él es la misma que en la sombra de la iglesia envía luego mensajes a un caballero medio oculto detrás de una columna; pasa por entre las luces y las procesiones, entra en la sacristía mientras cantan afuera los oficios, y allí ve a cuatro padres felices, charlando y comiendo, cada cual con su botella al lado. "Cada santo padre, dice, tenía a su plato una botella de vino tinto, y llevaban larga y alegre la conversación, sin cuidarse de nada, ni bajar las voces más que cuando cesaba el canto afuera". Se despide de Matías, sin querer pensar, cuando le llena la mano de centavos y reales, en lo que "su raza ha sufrido por siglos, aunque bien sé que bajo este encanto del aire, del color y de la cortesía, acecha, como el miasma mortífero del pantano, adormecido mientras luce el sol, mucho de degradación, injusticia y crimen".

Al salir de Guanajuato, "no ve más que la ciudad de púrpura nadando en la luz de oro".

Llega a Silao de noche, Silao de casa bajas, muros de adobe, calles vetustas, peones errantes, ancianos arrodillados vigilando las ollas, campo

seco cubierto de cruces. Un amigo inglés no lo deja ir sin armas desde la estación del ferrocarril hasta la catedral que centellea en la sombra, porque "salen del suelo esos demonios de ladrones"; "y la culpa no es del gobierno" dice el inglés: "hace cuanto puede por limpiar el país": "¡dos días en capilla, para ejemplo, y adiós al mundo!" Es un ascua la catedral, con sus millares de bujías colgando del techo, y sus papeles de oro en hilos de seda, y en los estantes corridos de la pared hileras de vasos, cristales de botellas, por donde pasan las luces de detrás con mil caprichos y juegos de colores: flotan con el aire de la puerta las bujías y los papelillos: los peones besan las llagas del Señor, y dejan caer unos cuantos centavos en la fuente: "Esa puerta,—dice el inglés al salir,—se traga todo el dinero suelto de México". En la plaza no se puede andar, de tanta gente que compra en los puestos, levas y dulces, santos y flores: las antorchas clavadas en tierra humean por sobre el gentío: pasan los novios aparejados, los ancianos diciéndose urbanidades, los muchachos corriendo por entre las piernas, dos novios, que eran dos y parecían uno, fumaban el mismo cigarro en un banco muy estrecho.

Querétaro se le aparece envuelta en polvo: todo se lo lleva el remolino del vendaval, los hombres como las hojas, aunque enseguida se serena el cielo y queda el aire balsámico, las flores como con barniz, y como luz líquida el agua de las fuentes. No quiere comprar ópalos. ¡No hay quien no lleve una carga de ópalos en el bolsillo! Gran iglesia la de Santa Cruz. "El acueducto es el mejor de México", con su agua fresca de la montaña. Le gustan de Querétaro las calles de plátano y palmas, las plazas llenas de árboles y fuentes, las vendedoras de agua de las esquinas, que con el gusto delicado de estos indios en todo lo que tocan llenan de amapolas y yerba menuda los bordes de la jarra por donde el agua sabrosa corre a hilos.

Chispean por detrás de las persianas los ojos negros; se asoman a los balcones muy peinadas las niñas; se ven por entre las rejas de la puerta los patios enjardinados, con sillones y hamacas; por el parque pasean en grupos, damiselas de blanco y rosa y tacón rojo, que el viajero toma por nobles señoritas: conversa con uno de estos caballeros de la alpargata, de lengua lista y zarape de seda, de estos sábelotodo y convidame a pulque: "¡pero este zarape no se vende señor; este era de mi padre, y es para mi hijo!"

Lo que de todo le parece más bello es la iglesia de Santa Clara, sombría y húmeda, comidas las cortinas y gastados los suelos, con una puerta coronada de estrias, volutas y encastres que llevan al techo sus canales

y rosetas de oro, como sin orden, pero con otro orden superior, cuelgan de una pared lienzos de maestros y banderas: rodean el altar de candelabros gigantescos dos hileras de sillas talladas, como centinela, con el terciopelo en el hilo. Son "exquisitas" las arañas, y pulidos del uso aquellos bancos cojos: en un rincón, amontonados, santos viejos y arcones: "¡no hay en el mundo entero interior de iglesia más deliciosamente pintoresco que el de Santa Clara!"

Lo que no quiere el pintor es que deje "un don viejo una pila de plata" para que la hermoseen, como a la catedral, con tapices verdes y rojos, y lámparas de kerosene, en vez de arañas.

Sale de la ciudad, cuyas cúpulas resaltan en el cielo de la noche, por entre hileras de peones dormidos.

Quema el suelo cuando entre en Aguas Calientes. La sombra retorcida de los troncos de árboles se pega a la tierra humeante, como culebras: el aire es rosado, violeta y verde azulado: a lo lejos se destaca en el cielo la torre de la iglesia, señora de aquella ciudad que parece un joyero, con sus techos rojos y amarillos, sus naranjales y sus patios. Por entre el polvo pasan los burros, cargados de pasto; las indias, de sombrero y trenzas, con el hijo a la espalda; los indios, con el huacal lleno de pollos o vasijas; en las termas se bañan al sol centenares de hombres, mujeres y niños, sin que se vea deshonestidad, ni haya más pared que el aire puro. Del zarape hacen tienda: bajo él desaparecen los vestidos, y, ¡al agua caliente!

Allí se pone a pintar Hopkinson-Smith, y cree ver dioses aztecas, mudos e infelices, en tres mozos de zarape que se encucillan a verle poner en colores el cuadro del baño, por más que, salvo lo del encucillarse es lícito creer que no tendría menos público si abriese el caballete en una plaza de Nueva York. Les conversa: les da cigarros: cree que se asombran de su cortesía, que se dicen entre sí con los ojos "¡es un blanco, es un blanco y no nos desprecia!" Dos jinetes de silla alta se bajaron a tomar un pulque. Unos muchachos juegan al toro. ¡Qué hermoso el jardín de San Marcos! ¡Qué afable el jardinero, que le llena la mano de azaleas, y lo acompaña hasta la esquina para que no pierda el camino de la catedral!

En los mercados abundantísimos, lo más notable son los trabajos de alfarería, los cantaros, las botellas, las ollas, los tiestos de flores: dicen que son "muy despreciados" los alfareros, los plateros, los talabarteros, los artifices en madera y en pluma.

Celebra la variedad y belleza de la cerámica mexicana; la loza de Guadalajara, blanda y gris, bruñida y decorada con grecas y gargantillas de plata y oro; la dura y bruñida de Zacatecas, que parece caoba de piano reluciente; la laca japonesa de Uruápan; la loza de iris de Pátzcuaro, que tiene el secreto de la loza mora; la de Puebla que es casi porcelana; y el cristal de Venecia que hacen en Puebla, que “no se diferencia de un Salviata”. ¿Cómo se ha de ir de Aguas Calientes sin ver la iglesia de San Diego, con su pavimento de mosaico y su puerta labrada? A la espalda de la iglesia tocan el arpa, triángulo y tamboril, rodeados de gente, unos indios que le parecen de “independencia y dignidad”, con un cantor “esbelto y de ojos grandes, hermoso, como un dios griego, con dientes como carreras de maíz”.

En Zacatecas ve la escena admirable del mercado: no existe escena igual en cuanto ha visto del mundo este pintor: la luz ciega; los grupos de colores, ellos de jarano y zarape bermellón, ellas de rebozo azul y pañoleta roja; los mineros con calzoneras de botón de plata; los burros cargados de mineral; los jinetes con espuelas de “estrellas asesinas”; los rebaños empolvados, que van de un pastel a otro; los presidiarios que pasan en hilera, con sacos a la espalda, guardados por soldados de a caballo. Ve el “patio de los Arcades”, con sus perezosos y sus ventorrillos. Ve la capilla de Guadalupe; una “exquisita capilla moderna”, con un jardín de que se quieren salir las flores, y unas pinturas de santos que parecen “beefsteaks quemados en las parrillas.”

Ve el gentío que viene detrás de dos indias penitentes, que van descalzas, hasta la capilla de los Remedios, cantando con dulcísima voz, pisando los zarapes que les tienden delante, para que no se lastimen los pies, tres peones generosos, recién salidos de la pulquería. Sin acordarse de que una cuchara de plata *christofle* cuesta en New York setenta y cinco por ciento más que en Europa, por proteger la plata americana, se asombra de que una botella de cerveza *Bass* cueste caro en “El Zacatecano” por proteger la cerveza de México.

Pero lo que le importa más en Zacatecas es una silla de la catedral, con el forro en la hilaza, y dos brazos como para obispo, tallada desde los dos portaluces dorados del espaldar hasta los cuatro globos en que clavan las garras “grotescas” los cuatro pies-combos.

Da unos pesos, y el pretexto de llevar la reliquia a un tío devoto de Nueva York, y compra la silla al “padre Ignacio”, con la ayuda de un sacristán que tiene el doble oficio de atender al vestuario y dar a las niñas que frecuentan la iglesia cartas amorosas. La vida de las calles

y la hermosura del paseo es lo que de la ciudad de México le llamó más la atención. No entra en políticas ni sociologías; pero ve un síntoma feliz en que en lo que fue monasterio de San Hipólito haya ahora una imprenta, una escuela en lo que fue convento de la Concepción, una biblioteca en la iglesia de San Agustín, y avenidas llenas de gente laboriosa en los que eran ayer jardines secretos o claustros emparedados.

En San Francisco, donde oyó misa Cortés, y se cantó el primer tedeum por la independencia, tienen ahora los protestantes su templo, “un horror de soledad y de cal”: en la enfermería está un hotel, y en el refectorio un establo. Por la cúpula de San Antonio echa humo el tubo de una chimenea de cocina.

A la iglesia de San Hipólito “va tan poca gente que la yerba crece entre las baldosas” del vestíbulo; pero “es muy bueno” el padre que viene a saludarle con dos niños de la mano, que lo lleva a casa de su hermana viuda, a enseñarle una tela rica de las que usaba antes la Iglesia, que “no pensaba más que en pompa, en el esplendor, en el bien que solía hacer la religión, sin ver la degradación de los tiempos que lamentaba”.

Le han informado mal, como que dice que el *dogcart* inglés y la gorra francesa acaban de invadir la mejor sociedad mexicana con los ferrocarriles”; ¡y qué lástima, que corran peligro de desaparecer por las modas yanquis o parisienas los vestidos de la gente del país, el de la hermosa que realza el negro de sus ojos con el de la mantilla, el del galán que sin salir de la silla levanta del polvo del paseo el pañuelo que se le cae del coche a su novia, el del elegante, ágil como el jinete campesino, que de una vuelta de la muñeca, sin dejar de sonreír, enlaza y para el caballo desbocado.

Le parecen en Puebla muy bien las calles anchas y limpias, los mercados brillantes y bulliciosos, los dos centinelas coronados de nieve, la leyenda de los dos ángeles que vio el padre Julián Garcés cuando quiso fundar un asilo para los caminantes, y soñó que bajaban del cielo, al lugar mismo donde hoy se levanta Puebla, dos agrimensores alados. Llegó el pintor en domingo de Ramos, cuando la ciudad parecía iglesia en triunfo, los niños y las madres adornando con palmas los balcones, la gente por las calles, con palmas en las manos, los asnos sesteando, con el bello de uno en las ancas de otro, el sol claro y contento. Va, como en todas las iglesias, a la magnífica sacristía, con sus gavetas henchidas de casullas de oro, y sobrepellices como espumas, y albas como la flor de la mostaza, que la deshace el viento: con sus vasos de Imari: el obispo escucha un cuento: los padres se sacan la sotana por la cabeza: los acólitos

se visten de blanco y de rojo: un cuadro de Vibert: ¿a qué se va a Padua, a Verona, cuando se tiene tan cerca la capitular de Puebla, con las sillas que le regaló Carlos V., su mesa colosal de onix, sus tapices flamencos? Un sacerdote le hace un cumplimiento tan fino que no se atreve a proponerle la compra de una de las sillas del emperador.

El confesonario lo fascina, el confesor, "pletórico", la dama rica que viene a contarle el pecado, la vieja descalza que se va golpeándose el pecho, el criminal rechoncho que con el zarape a los ojos, arrastrándose como un caracol, se pega a la reja y cuenta su crimen: tiembla el padre y se cubre la cara con la manga: impone su mano en la cabeza del pecador: el pecador fuera de sí, le acaba la confesión en el oído.

Y así pasa los días, pereceando por el mercado, lleno de grupos pintorescos, quitasoles de estera, cerros de fruta y alfarería, ventorrillos de colores alegres, colmados de rebozos y pañuelos; o en la plazuela, donde no se ve el cielo por lo tupido del ramaje, y vuelve el infeliz a saber lo que es dicha o en la "deliciosa" iglesia vieja de San Francisco, con la fachada de azulejos, estatuas y torres, o pintando al sol, rodeado de militares cortesés, que no le dejan moverse para llenar la taza, y mandan al soldado, al asistente de "aquel comandante con ojos de acero".

De allí vuelve por México a Toluca, y el camino le parecía tan grandioso como Toluca limpia y bella, con sus casas como rosadas, sus tejados rojos, su cielo azul ardiente.

Se mofa de que la iglesia de San Francisco esté sin acabar: "para el fin del siglo que viene le estarán echando el techo!" ¡Mercados deliciosos! "gran" plaza de toros, dos teatros "ricos": "Toluca muy digna de verse".

En Toluca se entra por sus queridas sacristías, y halla en una, rodeado de Quijotes y Alarcones con cubierta de pergamino, a un sacerdote joven que se sube en una silla para enseñarle mejor un Murillo de veras, una "Fuga a Egipto", y vuelve a poner con cuidado una rosa marchita que se cae de un vaso de agua clara: "Le gustan a U. las flores viejas, como los libros": "Hay flores que no son viejas nunca".

A la puerta de la iglesia le habla del sacerdote a un amigo neorleanés que se le ha aparecido, como una providencia, sin corbata en el viaje, y tiene pronta siempre la limosna y el chiste, la mano y el buen consejo, la extravagancia y la cesta de sandwiches; que anda por el medio de la calle y es "el amigo de todos", que trata a desvergüenzas a los que más quiere, y se esconde para dar dinero a un indio ciego, que no lleva equipaje consigo porque en todas partes lo conocen, y a él le está bien la ropa de "todo el mundo".

El está hoy en Aguas Calientes y en Michoacán mañana. Ha padecido y es bueno. Lo sabe todo. "¿Su sacerdote, su sacerdote de Ud?" Ese es Gerónimo: de seguro que es Gerónimo. La historia de siempre. El amanecer. Gente embozada. Criada cómplice. Fuga en diligencia. El padre a caballo. La muchacha al encierro. El estudiante, a padre cura. Cosas raras suceden en México, amigo pintor, raras y crueles!

Y ahora, a Morelia, con "este amigo pirata", a Morelia en el ferrocarril, por entre haciendas ricas, por junto a los lagos repletos donde "el que sale a buscar el desayuno vuelve con un pelícano y media docena de flamencos, bien lleve escopeta, bien cace como los indios, con la cuchilla que atan al extremo de una vara, para lacear el pájaro al levantarse: lo mismo que cuando pescan, que engañan al pez aficionado a la sombra, tendiéndole ramajes sobre un recodo de la orilla, donde con una red de hojas de maguey lo recogen a montones. Llegan a Morelia, y el amigo pide "¡una buena comida, magnífica!: pescado asado en paja de maíz, pimientos rellenos con tomate y chile, higos y una taza de café de Uruápan, el mejor del mundo". A la alameda.

¡Oh, la Alameda de Morelia! Las enredaderas en flor se arrastran por la tierra, se abrazan a los bancos, se encaraman por los troncos, se hombrean con los álamos los rosales: los arbustos, como Romeos, miran de abajo a las amapolas y los lirios que se asoman por sobre la cerca, cual si tuvieran alma, mirando al que pasa como si se lo quisiesen llevar a su retiro, a su retrete, donde se elabora el color de los pétalos, con nácar fundido y una gota de sangre: "sobre todo,—dice Hopkinson-Smith—,derramaba el sol de la tarde sus torrentes de oro". Bella es la noche, llena de amor y de misterio, en la plaza de La Paz, con sus parejas de novios y su música; curiosa la misa de catedral después de desayunarse en el mercado con frutas y café; venerable San Nicolás, el seminario donde estudió Gerónimo el de Toluca; hospitalaria la casa del gobernador, que invita a un concierto al artista vagabundo: mil y una las delicias de Morelia; "la más encantadora de todas las ciudades mexicanas"; pero ¡la Alameda es lo más bello!

Allí se pasaría el pintor la vida si no tuviera que ir a Pátzcuaro, la ciudad dormida, la del lago a los pies y su cinta de colinas de verdor espeso, y sus islas de indios pescadores.

De la estación de Pátzcuaro lo lleva al hotel una diligencia fragorosa con rodaje de artillería y barandas y sendas en el interior, como una biblioteca. Café, tortilla de pimientos, fruta. Las casas, como árabes;

los colgadizos, con toldos y flores, los faroles colgando de cadenas, de un lado a otro de las calles; las puertas y ventanas con arcos como en las tierras de encaje de la morería. Al pie del muro, el plátano, la caña, el jazmín de malabar: en la iglesia de la Compañía, debajo del altar, "los huesos del obispo, envueltos en seda". Compra café, loza laqueada, trabajos de pluma, y se embarca con el amigo en la más curiosa nave que vio el lago de Pátzcuaro, que era a la vez balsa y canoa, con la proa, en punta y la popa cuadrada, y un timón que tendía por el puente a los remeros cada vez que se le escapaba al timonel, y una vela que no quería andar, pegada al mástil tambaleante. Durante el viaje divisan a Xamicho, con sus ruinas de los jesuitas, ya mohosas, a Xarácuaro, con su convento mudo, señor de la aldea de adobe de los pescadores; a Ignatzi, con su teocalli santo, que se levanta, vigilado por los carros verdes, de entre su cerco de muros, ceñida de peldaños la pirámide de piedra, y allá en lo alto el templo en un rincón cubierto por las lianas compasivas: ¿se le acariciaría como a un anciano! Hasta que a caballo en dos indios desembarcan en Tzintzuntzan, la del convento sin puertas, las tiendas sin vendedores, el campanario sin campanas, las calles sin más transeúntes que las indias que van a sus rezos o los indios que bajan a la pesca: en el borde de los muros agrietados duermen al sol, entre sus flores amarillas, los melones.

Pero en aquel pueblo desierto, en aquella aldea que tiene el "padre" por rey, en aquel convento, donde el pintor ve al pasar, arrastrándose de rodillas o mesándose el cabello, los grupos de penitentas, chupadas del hambre, con los ojos vidriosos, asiendo en vano la sotana del padre ceñudo; en aquella sacristía, encajado de pared a pared sobre la hilera de gavetas, resplandece "¡tan fresco, puro y rico de color como si estuviera pintado de ayer!" el cuadro famoso, motivo y objeto del viaje del pintor. "El Santo Entierro" del Tiziano.

Mucho costó al viajero y a sus amigos llegar a la sacristía. Al padre se le pusieron como lanzas las cerdas de las cejas. Que es día santo, y no se puede entrar en la alcoba del Señor. "Justo, padre, muy justo: aquí le hemos traído estas finezas de comer, para que las goce cuando se acabe el ayuno".

Que si el pintor da cinco pesos para los pobres, se le puede dejar ver el cuadro: "Aquí están, padre, aquí están en plata pura: bien puede hincarles el diente, que son buenos". Que el otro sacristán, que tiene la llave, se fue en el único burro del pueblo, y no hay quien abra la sacristía: "¡Oh! padre; nosotros abriremos, nosotros pagaremos por el cerrajero!"

Que la puerta es sagrada, y no se puede romper: pero si el pintor da otros cinco pesos para los pobres...: "Aquí están, padre, aquí están". Y al fin se abre la puerta, "que no tenía cerrojo, ni llave, ni lo ha tenido en siglos".

¿Quién sino el Tiziano, pudo componer ese grupo inefable con su Cristo amortajado del que parece salir una claridad celeste con aquella luz sabia que cae sobre el brazo realzado de Jesús y la cabeza de María, con las túnicas pardas y azules que se destacan sin crudeza, calladas y vivas, de la sombra armoniosa del fondo, en aquel aire de oro, como flotante y musical, en que el Tiziano envuelve sus pinturas? Ni ¿qué menos que un Tiziano le había de regalar para su iglesia al obispo Quiroga, al que se atrajo por el afecto los indios que Nuño de Guzmán espantó con su crueldad, el fanático Felipe, que contaba con la misma mano seca, mano fría de garduña, el sueldo del traidor que espía a su hijo hereje, y la pensión que desde los tiempos de Carlos V. se pagaba a aquel otro rey, al gran Tiziano?

El pintor se llena de júbilo; arma su caballete; copia las manchas de color; el rincón de cielo azul que era en Tiziano como marca personal, el grupo elocuente, las líneas finas; salta sobre la mesa de las gavetas para ver mejor aquel barniz, en que parece estar presa la luz; se le va la mano hasta palpar la figura de Cristo.

Y entonces oye detrás de sí un grito que le hiela los huesos: "¡Cuidado, extranjero, que eso es muerte!": un indio sale de la sombra llamando al padre a voces: otro se le viene encima: se llena de los indios del padre, del vigilante amigo la sacristía. "¡Ah, zopenco!" le dice el amigo: "¡arrodíllate y saluda tres veces la pintura!" "Padre", sigue diciendo el amigo, sombrero en mano: "este pintor es un cristiano fiel que perdió la habilidad, y no pudo pintar; pero oyó en sueño que debía venir en peregrinación hasta ver el Señor de Tzintzuntzan, tocarle la mano y que le volviera el poder. ¡Y aquí está, padre, la prueba del milagro!" Y levanta entre las manos el boceto triunfante. El pintor sale, con el amigo detrás, entre los indios que cuchichean, llenos de asombro.

Y aquí se cierra el "Quitasol Blanco" de Hopkinson-Smith. Del México moderno sabe poco, como que vio "hidalgos" y oyó "castañuelas", y en Toluca fue a ver la iglesia en vez del instituto, y en México prefirió el patio de San Hipólito a la escuela de minas; el Sagrario a la preparatoria, el canal al museo. No se paró a ver lo que México ha vencido, ni a medir el esfuerzo por los obstáculos que se le ponían, ni a calcular lo que va a vencer con el empuje acumulado. No vio el trabajo titánico de

sus hombres nuevos para sacar los brazos con la libertad en salvo, por encima de las torres de las iglesias; ni la fatiga heroica de la generación liberal que lleva a cuestras el país resucitado, sin detenerse más que para apartar de sí las manos que se le asen desde la sombra a la chaqueta de cuero. Ese es el pecado del libro: pero ¿qué pecado no puede perdonarse al que, aún después de haber estado en México, de haber visto de cerca los ojos negros de la mujer española, los ojos caritativos de la india, empieza su libro con esta dedicatoria?: “Dedico este libro a la más encantadora de todas las señoritas que conozco: a aquella cuyo rostro veo con más claridad cuando estoy lejos, y cuyos brazos se me abren más anchos a mi vuelta; a la que me oye con más paciencia y me critica con más generosidad, a mi hijita Marion”.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 1 de junio de 1889

JUICIOS

FILOSOFÍA

EMERSON¹¹⁸

¹¹⁸ Estos fragmentos están escritos a máquina.

Las ideas no se presentaban a Emerson en ramazón, ni en quietud lineal, ni en su dependencia menuda y ordinaria: las veía a trozos, cual suele en días oscuros aparecer el sol entre las nubes. Tenía siempre los ojos abiertos, acaparando analogías. Saltaba de su cama, a tomar en su molde caliente la idea pasajera, en medio de la noche aparecida, en la fecunda soledad aparecida. Cuando las ideas están maduras para expresión, vienen de sí mismas a los labios, cuando el que ha de ser vehículo de ellas no las espera. Son personas vivas, con voluntad de manifestarse, veleidades y rencores. Surgen de súbito ante los ojos, como un letrero de fuego escrito en la sombra. El que las ve, se encorva, como quien recibe orden, y escribe. Y le queda luego, como un placer de padre, como si aún le temblara, del placer de crear, la mano.

Las ideas saltaban de súbito ante él, cual manantial herido de repente por el pie del caminante. Otras veces, las ideas le venían en tropel y de junto, pero como secuela de una mayor, que con su altura escondía las más pequeñas, y recorrida la cual, quedaban descubiertas las que venían tras ella. Y como entonces eran tantas, no se detenía a segar las menores, sino que tomaba nota, como primer diseño de artista que en el pulimento suele perder su gracia y vigor, con rasgos largos y breves—nerviosos—de aquellas culminantes.

Los que ven mucho de súbito parecen confusos cuando cuentan lo que ven, y es que porque descuentan lo pequeño, en que no hallan placer sus ojos; y como ellos ven la trabazón, no conciben que los demás no vean lo que ven ellos. Es hiperia, no miopía. Y hacen bien en tomar de súbito las ideas aparecidas, sin darse a aquel trabajo de copia de sus junturas que daría a las ideas tiempo de fatigarse y de volar: porque las ideas son de vapor y de ala, y no gustan de estar quietas, ni de visitar durante mucho tiempo a una mente sola, a una misma persona, ni de emplear mucho tiempo en una sola visita, y se irritan de no verse obsequiadas, cual dama que no halla fuego en el amante que escoge, y parte airada, acaso para no volver jamás. ¿Y quién que halla águila a

mano, se entretendrá en coger gorriones? Sólo que los que de gorriones hacen caza, porque sus trampas y habilidades no alcanzan a más, y es esa su natural ceterería, tienen a mal, a muy mal, se enojan de ver que haya cazadores de águilas.

O como blanca luz que apareciese por breve momento en el seno del aire; y las escribía a su resplandor.

No ponía la mente a producir, como tantos desventurados pensadores de oficio, de genio a mano, a orden, y maravillas a hora fija, sino que aguardaba a que produjese de suyo, con lo cual tienen sus pensamientos esa potencia y sanidad nutritiva de las frutas que maduran en su propia rama, y no apiñadas, ni entre lanas. Su pensamiento era casto, como su vida. No despertaba a deshora sus ideas, como esposo inoportuno a hablar de penas domésticas a la esposa fatigada, sino que aguardaba serenamente a que la esposa, reparadas las fuerzas en un sólido sueño, extendiera la se ¹¹⁴ sonriendo, como para dejar volar de su seno las mariposas ¹¹⁵ mañana.

Las horas no deben perderse en vana angustia, sino plantar nuevas semillas.

...y su dulce fe en tiempos más claros y mejores.

...original consuelo del dolor buscando otro mayor y ajeno que consolar, real consuelo. Ha hallado un consuelo nuevo, y éste es el oficio de la poesía, no decir discursos parlamentarios, ni acobardar a los hombres, ni hacer extractos o color de descripciones de artículos científicos, sino elevar, iluminar y consolar.

...estrofas sólidas, y como hechas por quien está acostumbrado a manejar el mármol.

...demasiado aristocrático para el vulgo, aun para el vulgo literario, que ahora no quiere águilas, que pesan mucho y ocupan demasiado espacio, sino mariposas.

No se contenta con estudiar las pequeñas enfermedades del alma en la tierra, sino que se sienta con derecho natural para el examen, a examinar la organización y presentir los destinos finales del alma humana. Una especie de Jasones, salidos a conquistar otro vellocino de oro. Y la mujer, la mujer, fue quien lo condujo a él. Qué es eso, más que un delicadísimo poema. El significado es claro: la mujer explica, da la llave de la vida, ayuda, da su sangre con su fe al que ama. El hombre se alimenta de ella,

¹¹⁴ Roto el papel.

¹¹⁵ Idem.

y la abandona, como un guerrero sediento bebe de un arroyo humilde que queda luego detrás de él.

Lo abstracto, lo universal, lo absoluto.

Una irreprochable armonía a una virilidad de pensamiento.

Es una mujer que habla, pero como matrona.

Cada poesía es un poema en breve: compuesto después de entendido, como una seria obra de arte.

Siente el gigantesco y armónico espíritu de la Naturaleza. En el secreto de la Naturaleza ha recordado Emerson, algo de la poesía colosal que se desprende como de una flor del tamaño de un monte, de la Naturaleza. Hay la poesía del espíritu humano, la de los amores de la Naturaleza, la de sus horrores, la de ley, la de la Naturaleza en su conjunto.

Ve en la Naturaleza como un templo inmenso, solemnes ritos.

Propiedad en los adjetivos, novedad.

Verdaderamente majestuosa la oda al Valor, generosa.

Castidad de expresión y sinceridad de pensamiento. El pensamiento no se infla, extiende y diluye como en tantos otros y en casi todos, sino que expira leal y por tanto solemnemente en el momento en que se siente exhausto, de lo que le viene vigor.

Una serena gravedad, y esa hermosá tristezza de quien ha conocido la vida, no encuentra en ella mucho por qué amarla, y la ama sin embargo generosamente como un padre a su hija, como una...

Ha conseguido dar pasión y color de drama humano al drama lógico de la Naturaleza.

Ya se ha hablado bastante de la fe de ciego y de la fe en la duda, que la ha sustituido; ahora es tiempo de hablar de la fe nueva. ¹¹⁶

De vez en cuando caen en generalizaciones. La duda está siendo ahora una ridícula generalización. No existe la duda sistemática. Todos los que hacen profesión de ella, creen. Y hacen mal, porque en Literatura, lo falso puede deslumbrar, pero vivir sólo puede lo sincero. Y como las inteligencias menores vuelan a las ideas de las reconocidas como mayores, o que pasan por tales, como cuando se yergue un paral en un páramo, los pajarillos van a posarse en él, importa que se sepa que en este paral, que está para venirse a tierra, no se ha de parar nadie. El hombre necesitado de mitos, ha creado éste, ahora que no ajustan a su razón los que existían: pero éste no es más racional que los otros. Existe el desconsuelo desgarrador de ir con el deseo y con la visión a una patria

¹¹⁶ Escrito a mano.

a que no se puede ir con la vista. Existe la necesidad racional de dudar, pero sobre ella está la más imponente y viva y victoriosa de creer. Existe la duda de esto o de aquello, y en algún alma desolada, y poco enérgica, la duda de todo. Pero esa duda compacta, destenzada, rotas las vestiduras por los giros de manos convulsas que se entran por ellas como garras, ese viento secante, que toma forma de mujer como la toma siempre en manos de los hombres todo aquello que éstos quieren hacer bello, esa viajera enorme que con los pies descalzos y los labios secos, que con la sombra que proyecta a su paso va oscureciendo en su camino, va cubriendo de tinieblas en su camino los prados risueños, los ríos habladores, los cerros alegres, las selvas floridas, y las cavernas mismas, esa andariega desdeñosa que de labios ¹¹⁷ pies descalzos y de labios secos, que sobre toda flor se inclina y en vez de aspirarla la estruja, y la echa a un lado aun con desdén y anda sobre ella, esa duda universal, es falsa, porque a ningún hombre honrado y sensato el Universo se la inspira. Al más adolorido, al más desconsolado, al más padecedor, al que más en estéril conflicto se vea con el Universo colosal que no da empleo apropiado a su actividad y a su ternura, al que más haya probado lo que hay, al que más haya visto de cerca lo que hay de quebradizo y ocasional y fantástico en el amor de las mujeres, y de andar con un muerto en el pecho vaya dando traspies por la tierra como un ebrio, y enseñando el puño a todo lo que vive, como un loco, al alma más devastada y afligida la Naturaleza reanima y fortifica, con la razón enseña y convence, la razón puebla de nuevo los dioses que la imaginación le ha echado abajo, y la Naturaleza lo reanima y fortalece con las formas múltiples, bellas, crecientes y armónicas de la existencia. Piensa sobre casi todas las cosas después de tener conocimiento de casi todos los mitos. Y como éstos en poesía no son sino expresiones de aquéllas en la Naturaleza, se van ambas ajustando sin esfuerzo en este libro, y cada imagen viene a la idea a que se ajusta, como un ave cercana a un dueño amado que la conoce bien y la domestica. Escribe, como rodeado de búcaros de flores, de las letras de Escandinavia uno, otro de las de Italia, de las del Danubio otros, y las de grandes rosas amarillas de la literatura ¹¹⁸.

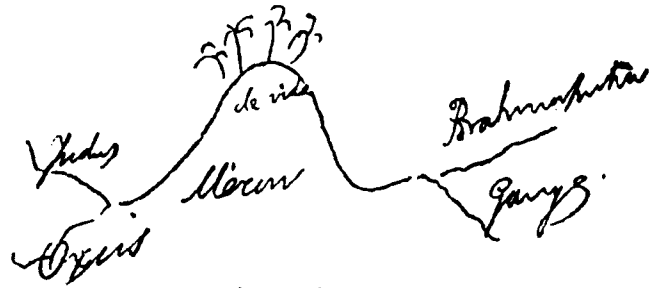
JUICIOS

FILOSOFÍA ¹¹⁹

¹¹⁷ Falta evidentemente alguna palabra. Véase más adelante la repetición "labios secos".

¹¹⁸ Al dorso se encuentran escritas a mano varias frases ininteligibles.

¹¹⁹ Distintos fragmentos, en hojas sueltas, o en los cuadernos de apuntes de Martí.



fuentes. —

Los Vedas
 Manawa Dharma Sastra. — Manou
 Purana
 Ramayana, Mahabarata
 Brahmin — Suprema ley —

Filosofía es el conocimiento de
 las causas de los seres, de sus distin-
 ciones, de sus analogías y de
 sus relaciones, de sus causas y de
 sus efectos, de sus relaciones
 de sus causas y de sus efectos.

- El Oriente invade el Occidente.
- Gnosticismo.—Herejías.
- Antes se comenzaba con Thales.
- ¿Cuál es el principio elemental o material del mundo físico?
- India.—China.—Persia.—Egipto.—
- Asia Occidental: Caldea, Fenicia, Siria, Asia Menor, Palestina.
- Pueblos del Norte.—Eslavos, Escytas, Celtas, Asgar y Germanos.
- Antigüedad.—Bourgeat.—Arboles.
- ¿Cómo se volvió a la India?—
- Siglo pasado.—Anquetil Duperron.
- Volney, Sacy, Siria.
- Champollion.—Egipto.
- Ramayana—su naturaleza.
- La India comprende el Himalaya, el Indus, el Océano y el Ganges.
- La filosofía de la India debe dividirse en tres periodos:
- Teológico-filosófico
- Sistema filosófico
- Budhismo y Sectas.¹²⁰
- Fuentes.—
- Los Vedas.
- Manawa Dharma Sastra.—Manou
- Purana
- Ramayana, Mahabarata
- Brahin—Suprema ley.—
- Filosofía es el conocimiento de las causas de los seres, de sus distin-
 ciones, de sus analogías y de sus relaciones.

¹²⁰ A continuación se encuentra el dibujo que se halla reproducido en la página de enfrente.

Historia es el conocimiento de la manera con que estas causas se han ido desarrollando.

Las doctrinas de Oriente, ora puras, ora con las griegas, ora con las cristianas, invaden el Occidente.

Puedo hacer dos libros: uno dando a entender que sé lo que han escrito los demás:—placer a nadie útil, y no especial mío.

Otro, estudiándome a mí por mí, placer original, e independiente. Redención mía por mí, que gustaría a los que quieran redimirse.

Prescindo, pues, de cuanto sé, y entro en mi Ser.

¿Que qué somos? ¿Que qué éramos? ¿Que qué podemos ser?

ASGARTHA

Jodah y Scandah: Xchatria de Himarat: nos llevan la miel de nuestras colmenas, los frutos de nuestros árboles, nuestras doncellas; vamos a tomar la ciudad de sol. ¹²¹

De Scandah—Escandinavia

Los Vedas—Eddas.—¹²²

Thales.—

Duguetil.—

Ramayana.—

2

La naturaleza observable es la única fuente filosófica.

El hombre observador es el único agente de la Filosofía.

Pero hay dos clases de seres: los que se tocan y los que no se pueden tocar. Yo puedo separar las capas que han entrado a formar una montaña, y exhibirlas en un museo: yo no puedo separar los elementos que han entrado a formar, y siguen perpetuamente y tal vez seguirán eternamente formando mi pensamiento y sentimiento.

Lo que puede tocarse se llama tangible, y lo que puede probarse por la vista, evidente. Lo que no se puede tocar ni ver es invisible e intangible.

Así, pues, hay en nosotros mismos una parte de naturaleza tangible, como el brazo, y una intangible; como la simpatía.—

¹²¹ Hay una palabra, que parece ser "Huyeron".

¹²² A continuación, debajo, dos palabras ininteligibles.

Al estudio del mundo tangible, se ha llamado física; y al estudio del mundo intangible, metafísica.

La exageración de aquella escuela se llama materialismo; y corre con el nombre de espiritualismo, aunque no debe llamarse así, la exageración de la segunda.

Todas las escuelas filosóficas pueden concretarse en estas dos. Aristóteles dio el medio científico que ha elevado tanto, dos veces ya en la gran historia del mundo, a la escuela física. Platón, y el divino Jesús, tuvieron el purísimo espíritu y fe en otra vida que hacen tan poética, durable, la escuela metafísica.

Las dos unidas son la verdad: cada una aislada es sólo una parte de la verdad, que cae cuando no se ayuda de la otra.—No es necesario fingir a Dios desde que se le puede probar.—Por medio de la ciencia se llega a Dios.—No Dios, como hombre productor; sino Dios como inmenso mar de espíritus, adonde han de ir a confundirse, ya resueltas, todas las soberbias inconformidades de los hombres.—Lo cual tal vez pueda afirmarlo la Poesía, intuitiva, pero no debe apresurarse a afirmarlo la Filosofía, experimental.

Invisible, pues Dios; contradictorios los juicios de los hombres, y permanente y solemne la Naturaleza, el testimonio de aquél no es aducible, ni su existencia detallable; a los juicios de los hombres no es cuerdo acudir, porque existen de procurar destruirse; acerquémonos a la gran Madre; abramos el gran libro, cuyas páginas han escrito los siglos, cuyos actos y hechos son océanos, cuyo conocimiento augusto se pierde en lo intangible e invisible.

¡Cuánto mundo después del mundo aéreo—al que he alcanzado, lloro mezquindades nuestras, el ¹²³ de los aeróstatas!

Repitamos, para esclarecer, una parte de la naturaleza es tangible, y por tanto material: la Filosofía que lo estudia se llama Filosofía Física. Otra es inmaterial, y versa sobre lo que se llama generalmente—para combatirlo o para aceptarlo—espíritu: la Filosofía que la estudia, se llama Metafísica.

¿Deben darse leyes para el mundo real y palpable por las intuiciones del individuo, ente antilógico?

Es irracional, puesto que las leyes de las cosas deben deducirse de la observación de las cosas: he aquí el error de la Metafísica.

¹²³ Dos palabras ininteligibles.

Deben subordinarse los altivos movimientos del impalpable y extraordinario ser humano, distinto por su esencia excelsa, de cuanto le rodea, a causas mezquinas cuya manera de obrar no está ¹²⁴.

Es irracional también; porque la hipótesis no está premeditada a la ciencia de las pruebas: he ahí el error de la escuela física, que en sus extravagancias ha llegado a negar todo fenómeno espiritual.

Tenemos que para conocer es necesario examinar: que la fuente más creíble de verdad es nuestro propio examen; que el examen; medio seguro de conocer la aplicación de nuestra aptitud de conocer a la cosa conocible: observación,—y el pensamiento sobre lo observado: reflexión.—

Hay, pues, en Filosofía sujeto que conoce, y que aislado, produce la Filosofía subjetiva alemana: objeto conocible, que aislado, produce la Filosofía naturalista moderna, y medios de conocer.

Dedúcese que la Filosofía debe estudiar al hombre que observa, los medios con que observa y lo que observa: Filosofía interna, Filosofía externa y Filosofía de relación.—

Filosofía es la ciencia de las causas.—

Conocer las causas posibles, y usar los medios libres y correctos para investigar las no conocidas, es ser filósofo.—Pensar constantemente con elementos de ciencia, nacidos de la observación, en todo lo que cae bajo el dominio de nuestra razón, y en su causa:—he ahí los elementos para ser filósofo.

Luego estos elementos son: observación y reflexión.

Cualquier otro elemento ayuda a averiguar, pero no es una base firme de filosofía. No debemos afirmar lo que no podemos probar.—La intuición es un auxilio, muchas veces poderoso, pero no es una vía científica e indudable para llegar al conocimiento.

Yo no afirmaré que debo existir superiormente a como existo yo, si no tuviese en mí razones prácticas para comprobarlo.—

Razón práctica no quiere decir razón material, sino razón experimental.

Yo no afirmaré la relación constante y armónica del espíritu y el cuerpo, si yo mismo no fuese su confirmación.

Yo no asentaré que, en caso de necesidad de empleo de fuerza, los móviles morales,—voluntad, dignidad, orgullo patrio, educación,—son superiores a los medios materiales—fuerza, costumbre, musculatura,—si no fuese de esta verdad ejemplo vivo.

Tendemos involuntariamente a darnos cuenta de todo. Unos, los de espíritu manso, siguen el impulso ajeno. Otros, los de espíritu rebelde,

¹²⁴ Palabra ininteligible.

examinan el ajeno y tienden a emplear el propio.—Richelieu decía de Corneille que no tenía *esprit de suite*, espíritu de obediencia.—Ningún gran hombre, digno de Dios, lo tiene.—

No podemos conocer las causas de las cosas en sí mismas. Las causas no se revelan a nosotros directamente. Tenemos siempre delante la obra de la Creación, y siempre en nosotros el deseo de saber cómo obró. ¿A quién lo podemos preguntar?

¿A Dios?—¡Ay! No responde, porque nos han enseñado a creer en un Dios que no es el verdadero.—El verdadero impone el trabajo como medio de llegar al reposo, la investigación como medio de llegar a la verdad, la honradez como medio de llegar a la pureza. ¡Qué alegre muere un mártir! ¡Qué satisfecho vive un sabio! Cumple su deber, lo cual, si no es el fin, es el medio.

¿A quién preguntaremos? ¿A la fe?—¡Ay! No basta. En nombre de la fe se ha mentado mucho. Se debe tener fe en la existencia superior, conforme a nuestras soberbias agitaciones internas,—en el inmenso poder creador, que consuela,—en amor, que salva y une,—en la vida que empieza con la muerte. Una voz interior y natural, la primera voz que los pueblos primitivos oyeron, y el hombre de siempre oye, clama por todo esto.—Pero la fe mística, la fe en la palabra cósmica de los Brahmanes, en la palabra exclusivista de los Magos, en la palabra tradicional, metafísica e inmóvil de los Sacerdotes, la fe, que enfrente del movimiento en la tierra, dice que se mueve de otra manera; la fe, que enfrente del mecánico de Valencia, lo aherra y lo ciega; la fe, que condena por brujos al Marqués de Villena, a Bacon y Galileo; la fe, que niega primero lo que luego se ha visto obligada a aceptar;—esa fe no es un medio para llegar a la verdad, sino para oscurecerla y detenerla; no ayuda al hombre, sino que lo detiene; no le responde, sino que lo castiga; no le satisface, sino que lo irrita.—Los hombres libres tenemos ya una fe diversa. Su fe es la eterna sabiduría. Pero su medio es la prueba.

Y con esta fe científica, se puede ser un excelente cristiano, un deísta amante, un perfecto espiritualista. Para creer en el cielo, que nuestra alma necesita, no es necesario creer en el infierno, que nuestra razón reprueba.—

¿A quién preguntaremos, pues? A la naturaleza. Los seres luminosos están en el cielo; los seres opacos están en la tierra. La inquietud permanente, sin peso, sin color, sin forma, está—viva como una luz—en el pensamiento de cada hombre. ¿Quién o qué mueve a los astros?

¿Quién o qué formó a la tierra? ¿Quién o qué es este ser curioso, infatigable, melancólico y rebelde que tenemos en nosotros mismos?—

¿Preguntaremos a los libros? Una escuela nos dice que los movimientos del alma son movimientos nerviosos, y como esa escuela no nos dice en qué nervio residen el honor de los hombres, el pudor de las mujeres, el amor de madre, el amor patrio,—rechazamos por falta de pruebas a esa filosofía que no ha sabido probar lo que pretende.—Otra escuela nos dice que el espíritu es señor del cuerpo, y como con nuestros ojos vemos que, si bien es verdad que un dolor, como fenómeno espiritual, perturba a veces el cuerpo, también es verdad que, un veneno, un dolor de cuerpo, una maldad, perturban a veces la razón,—rechazamos esta segunda escuela, como la otra, por exclusivista, teorizante y pretenciosa.

Puesto que a esta confusión nos lleva el examen ajeno ¿qué hemos de hacer para saber? Examinar con nuestro criterio el examen que ha hecho el criterio ajeno, o, lo que es más seguro, examinar por nosotros mismos.

No se puede ver una cosa sin mirarla. No se puede entender una cosa sin examinarla. El examen es el ojo de la razón.—

Luego nosotros mismos somos el primer medio del conocimiento de las cosas, el medio natural de investigación, el medio natural filosófico.

¿Qué es la Naturaleza? El pino agreste, el viejo roble, el bravo mar, los ríos que van al mar como a la Eternidad vamos los hombres: la Naturaleza es el rayo de luz que penetra las nubes y se hace arco iris; el espíritu humano que se acerca y eleva con las ¹²⁵ nubes del alma, y se hace bienaventurado. Naturaleza es todo lo que existe, en toda forma,—espíritus y cuerpos; corrientes esclavas en su cauce; raíces esclavas en la tierra; pies, esclavos como las raíces; almas, menos esclavas que los pies. El misterioso mundo íntimo, el maravilloso mundo externo, cuanto es, deforme o luminoso u oscuro, cercano o lejano, vasto o raquíto, licuoso o terroso, regular todo, medido todo menos el cielo y el alma de los hombres ¹²⁶ es Naturaleza.

3

Método bueno filosófico es aquel que, al juzgar al hombre; lo toma en todas las manifestaciones de su ser; y no deja en la observación por secundario y desdeñable lo que, siendo tal vez por su confusa y difícil esencia primaria no le es dado fácilmente observar. Debilidad científica,

¹²⁵ Palabra ininteligible.

¹²⁶ Idem.

filosófico raquitismo, censurable anemia voluntaria de todos esos, en la forma severos y marmóreos, y en el fondo incompletos y arenosos sistemas de accidentes.

Debe tomar el hombre la Filosofía, no como el cristal frío que refleja las imágenes que cruzan ante él; sino, como el animado seno en que palpita, como objeto inmediato y presente, la posible acomodación de lo real de lo que el alma guarda como ideal anterior, posterior y perpetuo—al objeto en la vida se dedican todos estos realistas objetivos.—Pero todavía, cumplido ese objeto, tiene el humano poderosas ansias que como quien abre tenacísima reja, se revelan en la última sonrisa de los que saben morir bien.—¡Oh; cuán hermoso! se deben decir los que bien mueren.—Y se debe llorar en la última hora, de dolor por los amados que se dejan, de inmenso regocijo por la libertad que tal vez se entra a disfrutar.—

4¹²⁷

¿Qué será, pues, Historia de la Filosofía? Ciencia moderna, debe conformarse a la acepción moderna de la Historia. Antes se asignaban hechos; ahora se encadenan y razonan. Antes se narraba; ahora se traba, se funde, se engranan los sucesos y explican.—

Comentando esta acepción de la Historia a mi misión en esta cátedra, Historia de la Filosofía no querrá decir exposición de los diversos sistemas filosóficos, porque eso, dicho de ésta, lleva exposición y no es historia. Quiere decir estudio de los orígenes, desarrollo, estado actual, porque el probable venidero no me compete; de los conocimientos filosóficos, enumerando sus accidentes, sus adelantos, sus reacciones, las razones que ha habido para cada una de estas variantes y el espíritu sucesivo que los ha ido determinando y modificando.

Historia de la Filosofía es pues el examen crítico del origen, estados distintos y estados transitorios que ha tenido, por que ha llegado la Filosofía a su estado actual.

Y digo pensador generalizado, y no pensador sólo, porque el pensador que no generaliza, que no universaliza, no es creador de un sistema filosófico.

¹²⁷ Este fragmento parece corresponder a la época en que fue catedrático de la Escuela Normal Central de Guatemala.

Examen crítico, que vale como ejercicio unido de la atención y del criterio. Porque lo escribía: no la crítica francesa, sino la alemana; no la de Ste. Beuve, sino la de Krause, Fischer; no la exhibición del que censura, sin el desapasionado y analizador estudio de una obra de cuyo autor, como de nuestra simpatía o antipatía, prescindimos. La crítica no es la censura; es sencillamente y hasta en su acepción formal—en su etimología—es eso, el ejercicio del criterio.

Se dice por los hombres perezosos, se dice por los espíritus temerosos, que no convienen a pueblos nacientes conocimientos de este género, que podrían llamarse de acabamiento y perfilamiento del espíritu.

Esto, dicen, no es una droga y no se vende: no es, pues, útil como la Farmacia. No es una yerba, y no sana: no es, pues, útil como la Medicina: no es una ley, no se dice en latín, no se aplica el tiempo de Alfonso el Sabio a los pueblos de Bolívar; no es útil, pues, como nuestro Derecho. ¡Ah! de manera que esta avaricia de cultura, esta inquietud de cosas nuevas, ese dolor de no saber las cosas que otros hombres saben, que a mí me ha hecho verter muchas veces llanto amargo, ese anhelo de conocerse a sí mismo, esa plenitud y brío de espíritu que se alcanzan con la cultura de la educación; ¡todo ese mundo, invisible sí, pero creador, pasa como inútil, y hasta pernicioso para los hombres mismos cuyo primer artículo de fe es la invisibilidad de un Creador! ¡Niegan al Dios que creen en cuanto no les aprovecha!—

No, no se es—se es mejor, se sabe más, se empuja con más fuerza, se goza más en el amor, en la paternidad, en el trabajo, mientras más conciencia se tiene de todas esas excelsitudes de la vida. La frecuencia de los grandes hombres da un deseo invencible de imitarlos. Si no se les ve de cerca, ni se les sospecha, ¿cómo ha de nacer en el alma el andar que sólo despierta el estímulo? Estudiándolos, no sólo se tiene el deseo vago, que esto sería funesto si no se diera enseguida el medio de satisfacerlo; estudiándolo se ve el lugar a que llegaron y la manera con que llegaron a él. Así, dueños de sus mismas alas.

5128

...subjetiva de éste, al renacimiento del principio griego de que todo lo que existe es examinable.

Luego Condillac, el filósofo de las sensaciones.

¹²⁸ Falta el principio de estos apuntes.

Leibnitz, Platonismo.—

Europedistas, duda.—

Kant.—Idealista platoniano.—Se dedicó a estudiar la elaboración del conocimiento.

En él comienzan dos filosofías: la subjetiva, Fichte; la objetiva y pesimista, Schopenhauer:—

Fichte estudia el hombre en sí, como sujeto de cuanto piensa, y se queda en él.

Schelling ve al hombre análogo a lo que le rodea, y confunde el Sujeto y el Objeto.

Hegel, el grande, los pone en relación y Krause, más grande, los estudia en el Sujeto, en el Objeto, y en la manera subjetiva individual a que la Relación lleva el sujeto que examina al objeto examinado.—Yo tuve gran placer cuando hallé en Krause esa filosofía intermedia, secreto de los dos extremos, que yo había pensado en llamar Filosofía de relación.

Relaciones.

Aristóteles y Bacon

Descartes, y Platón.—

Metafísicos y espiritualistas

Físicos y materialistas,

Elea y Darwin.—

Naturalismo filosófico—Empédocles y Heráclito.

Estamos, pues, reacios a los copistas, y luego, fatigados de esta menudez, volverá a reinar la moral pura, que consistirá otra, y como consistió en Sócrates, la reunión del espíritu y del cuerpo: sólo que esta de hoy, más estudiada, perecerá más; así como la Roma de hoy, más enseñada, tardará más que la Roma vieja en perecer.

6

Kant.—Idealista platoniano—quiso el ciudadano universal.—Elaboración del conocimiento.

Fichte examina el sujeto y se detiene en él.

Schelling lo identifica con el objeto.

Hegel—y esto es grande—lo pone en relación.

Krause—y esto es más grande y completo, estudia al sujeto, al objeto, y a la manera con que se unen: relación:

Tiberghien:

El Naturalismo filosófico, el escolasticismo que Abelardo creó, como la única forma de la libertad del pensamiento en la Edad Media, y que fue después la cárcel y el azote de la facultad libre de pensar.

Escolasticismo.—

Subordinación de la Filosofía a la Teología.

Alianza de la Filosofía y la Teología.—

Separación gradual.

7

Lo único que en Filosofía no he podido llegar a ser, es desesperado como Leopardi, más sincero que cuantos por moda, o por su natural maligno y frío lo imitan.

¡Novedad el positivismo! ¡pues si lo ha habido en toda la Filosofía, aun en las más remotas, como sana reacción de la inteligencia libre del hombre contra las imposturas o soberbias sacerdotales! Es un método permanente en la historia del hombre. Lo único que varía, y le da aire de novedad cada vez que aparece, es el mayor saber acumulado con el tiempo.

8

SCHOPENHAUER

“Que el dolor es perenne”—Schopenhauer.

Lo que es perenne es la causa del dolor. El dolor es el resultado de la inconformidad de la naturaleza sentidora—alma—con la existencia real.—O la inconformidad del deseo con el logro. Aquél es el dolor de los pensadores y poetas,—ultrahombre.—Este es el dolor de los hombres. Aquel es el dolor filosófico. Sobre aquél debe recaer exclusivamente mi examen. La inconformidad es constante; pero no incesante. El conocimiento de sí mismo no puede llegar hasta desposeernos del conocimiento de los demás.

Si sufrimos por la falta de analogía entre el mundo adivinado posterior, y el mundo actual sufrido ¿hemos de ser acaso los únicos que suframos de esta manera? La relación entre los mismos afligidos disminuye la aflicción. La soledad nos abruma, y cuando hallamos un hermano de la pena ya no estamos solos. Cesa el dolor, porque cesa instantáneamente uno de sus motivos: Se encuentra algo de lo que se busca,—y como el ser humano, volante, sentidor y queredor, tiende siempre a concentrar, cree hallado todo en la porción que ha hallado. *Por ficción y exaltación, el dolor cesa,—y ése es el placer.*

Son orígenes tan puros de placer las dos formas de esta relación consoladora: la amistad y el amor.

9

KANT Y SPENCER

La perfección de un órgano no puede estar más que en su adecuación al objeto para que existe. ¿En qué otra cosa puede ser perfecto un órgano? Es verdad que la forma primitiva del corazón es una simple vejiga de pulsaciones, una dilatación de la gran arteria: pero esa forma primitiva del corazón es tan perfecta, propia y útil en el animal que la posee, como sería imperfecta, impropia e inútil en un animal más complicado, que requiriese otro instrumento más vasto para la circulación, o como la de este instrumento más vasto sería imperfecta, impropia e inútil en el animal de forma primitiva.

Si el desarrollo espiritual depende del cuerpo, lo que hay que probar es que conforme se va desarrollando el cuerpo, se va desarrollando el espíritu.

El ver de nada me sirve, si no está la explicación de lo que veo, si mi entendimiento no convierte en elemento de juicio la visión. El objeto está fuera de mí; pero la inteligencia del objeto está en mí. Yo me comunico con él. El conocimiento del orden de las comunicaciones es la filosofía, en cuanto al hombre.

A esto se reduce toda la investigación filosófica:—“Yo, lo que no es yo”, y “cómo yo me comunico con lo que no es yo”,—son los tres objetos de la filosofía.—Y en el Yo, lo que hay de propio individual, y lo que hay de adquirido y puesto.

Lo imperfecto de esta existencia se conoce en que en toda ella apenas hay unos cuantos momentos de dicha absoluta, dicha pura, que son los

de pleno desinterés, los de confusión del hombre con la naturaleza. (Emerson. La tarde de Emerson: cuando pierde el hombre el sentido de sí, y se transfunde en el mundo.)

¡La novedad de Spencer!—Y Eickhorn?

Y Brotteneck?

10

Lo que hay que ver es si espíritu y cuerpo se desarrollan al mismo tiempo; si, por ejemplo, entre el amor maternal de la gallina y el de la mujer hay una diferencia correspondiente a la diferencia física entre la estructura corporal de la gallina y la de la mujer.

La resignación sincera en la desdicha produce la misma hermosura interior y majestad, la misma calma y “espíritu tranquilo” que en los católicos produce la “sumisión a la voluntad de Dios”. La calma está, no en creer que es Dios quien nos envía la pena, y sabe para qué, y será para nuestro bien,—sino en llevarla dignamente, aun cuando no veamos bien posible de ella. Más mérito hay mil veces en la resignación filosófica que en la resignación cristiana.

11

¿Y por qué no ha de ser todo el mundo como Emerson, que escribió en un lugar: *The world is mind precipitated*, y en otro,—como para probar que no veía contradicción entre que el mundo fuese espíritu, y el espíritu tomase formas graduadas y crecientes.—

Mounts and striving to be man the worm through all the spires of form.

JUICIOS

EDUCACIÓN

EDUCACIÓN POPULAR

I.—Instrucción no es lo mismo que educación: aquélla se refiere al pensamiento, y ésta principalmente a los sentimientos. Sin embargo, no hay buena educación sin instrucción. Las cualidades morales suben de precio cuando están realzadas por las cualidades inteligentes.

II.—Educación popular no quiere decir exclusivamente educación de la clase pobre; sino que todas las clases de la nación, que es lo mismo que el pueblo, sean bien educadas. Así como no hay ninguna razón para que el rico se eduque, y el pobre no, ¿qué razón hay para que se eduque el pobre, y no el rico? Todos son iguales.

III.—El que sabe más, vale más. Saber es tener. La moneda se funde, y el saber no. Los bonos, o papel moneda, valen más, o menos, o nada: el saber siempre vale lo mismo, y siempre mucho. Un rico necesita de sus monedas para vivir, y pueden perdersele, y ya no tiene modos de vida. Un hombre instruido vive de su ciencia, y como la lleva en sí, no se le pierde, y su existencia es fácil y segura.

IV.—El pueblo más feliz es el que tenga mejor educados a sus hijos, en la instrucción del pensamiento, y en la dirección de los sentimientos. Un pueblo instruido ama el trabajo y sabe sacar provecho de él. Un pueblo virtuoso vivirá más feliz y más rico que otro lleno de vicios, y se defenderá mejor de todo ataque.

V.—Al venir a la tierra, todo hombre tiene derecho a que se le eduque, y después, en pago, el deber de contribuir a la educación de los demás.

VI.—A un pueblo ignorante puede engañársele con la superstición, y hacérsele servil. Un pueblo instruido será siempre fuerte y libre. Un hombre ignorante está en camino de ser bestia, y un hombre instruido en la ciencia y en la conciencia, ya está en camino de ser Dios. No hay que dudar entre un pueblo de Dioses y un pueblo de bestias. El mejor modo de defender nuestros derechos, es conocerlos bien; así se tiene fe

y fuerza: toda nación será infeliz en tanto que no eduque a todos sus hijos. Un pueblo de hombres educados será siempre un pueblo de hombres libres.—La educación es el único medio de salvarse de la esclavitud. Tan repugnante es un pueblo que es esclavo de hombres de otro pueblo, como esclavo de hombres de sí mismo.

JUICIOS

RELIGIÓN

HOMBRE DEL CAMPO

Hombre del campo:

No vayas a enseñar este libro al cura de tu pueblo: porque a él le interesa mantenerte en la oscuridad; para que todo tengas que ir a preguntárselo a él.

Y como él te cobra por echar agua en la cabeza de tu hijo, por decir que eres el marido de tu mujer, cosa que ya tú sabes desde que la quieres y te quiere ella; como él te cobra por nacer, por darte la unción, por casarte, por rogar por tu alma, por morir; como te niega hasta el derecho de sepultura si no le das dinero por él, él no querrá nunca que tú sepas que todo eso que has hecho hasta aquí es innecesario, porque ese día dejará él de cobrar dinero por todo eso.

Y como es una injusticia que se explote así tu ignorancia, yo, que no te cobro nada por mi libro, quiero, hombre del campo, hablar contigo para decirte la verdad.

No te exijo que creas como yo creo. Lee lo que digo, y créelo si te parece justo. El primer deber de un hombre es pensar por sí mismo. Por eso no quiero que quieras al cura; porque él no te deja pensar.

Vamos, pues, buen campesino: reúne a tu mujer y a tus hijos, y léeles despacio y claro, y muchas veces, lo que aquí digo de buena voluntad.

¿Para qué llevas a bautizar a tu hijo?

Tú me respondes: "Para que sea cristiano". Cristiano quiere decir semejante a Cristo. Yo te voy a decir quien fue Cristo.

Fue un hombre sumamente pobre, que quería que los hombres se quisiesen entre sí, que el que tuviera ayudara al que no tuviera, que los hijos respetasen a los padres, siempre que los padres cuidasen a los hijos; que cada uno trabajase, porque nadie tiene derecho a lo que no trabaja; que se hiciese bien a todo el mundo y que no se quisiera mal a nadie.

Cristo estaba lleno de amor para los hombres. Y como él venía a decir a los esclavos que no debían ser más que esclavos de Dios, y como los pueblos le tomaron un gran cariño, y por donde iba diciendo estas

cosas, se iban tras él, los déspotas que gobernaban entonces le tuvieron miedo y lo hicieron morir en una cruz.—

De manera, buen campesino, que el acto de bautizar a tu hijo quiere decir tu voluntad de hacerlo semejante a aquel gran hombre.

Es claro que tú has de querer que él lo sea, porque Cristo fue un hombre admirable. Pero dime, amigo, ¿se consigue todo eso con que echen agua en la cabeza de tu hijo? Si se consiguiera todo eso con ese poco de agua, todos los que se han bautizado serían buenos. Tú ves que no lo son.

Además de esto, aunque esa virtud del agua fuese verdad ¿por qué confías a manos extrañas la cabeza de tu hijo? ¿Por qué no le echas el agua tú mismo? ¿El agua que eche en la cabeza de su hijo un hombre honrado, será peor que la que eche un casi siempre vicioso, que te obliga a tener mujer teniendo él querida, que quiere que tus hijos sean legítimos teniéndolos él naturales, que te dice que debes dar tu nombre a tus hijos y no da él su nombre a los suyos?

No haces bien si crees que un hombre semejante es superior a ti. El hombre que vale más no es el que sabe más latín, ni el que tiene una coronilla en la cabeza. Porque si un ladrón se hace coronilla, vale siempre menos que un hombre honrado que no se la haga. El que vale más es el más honrado, luego la coronilla no da valer ninguno.

El que más trabaja es el que es menos vicioso, el que vive amorosamente con su mujer y sus hijos. Porque un hombre no es una bestia hecha para gozar, como el toro y el cerdo; sino una criatura de naturaleza superior, que si no cultiva la tierra, ama a su esposa, y educa a sus hijuelos, volverá a vivir indudablemente como el cerdo y como el toro.

Aunque tú seas un criminal, cuando tienes un hijo te haces bueno. Por él te arrepientes; por él sientes haber sido malo; por él te prometes a ti mismo seguir siendo honrado: ¿no te acuerdas de lo que sucedió en tu alma cuando tuviste el primer hijo? Estabas muy contento; entrabas y salías precipitadamente; temblabas por la vida de tu mujer; hablabas poco, porque no te han enseñado a hablar mucho y es necesario que aprendas; pero, te morías de alegría y de angustia.—Y cuando lo viste salir vivo del seno de su madre, sentiste que se te llenaban de lágrimas los ojos, abrazaste a tu mujer, y te creíste por algunos instantes claro como un sol y fuerte como un mundo. Un hijo es el mejor premio que un hombre puede recibir sobre la tierra.

Dime, amigo ¿un cura puede querer a tu hijo más que tú? ¿Por qué lo ha de querer más que tú? Si alguien ha de desearle bien al hijo

de tu sangre y de tu amor ¿quién se lo deseará mejor que tú? ¿Si el bautismo no quiere decir más que tu deseo de que tu hijo se parezca a Cristo, para esto has de exponerlo a una enfermedad, robándolo algunas horas a su madre, montar a caballo y llevarlo a que lo bendiga un hombre extraño? Bendícelo tú, que lo harás mejor que él, puesto que lo quieres más que él. Dale un beso y abrázalo. Un beso fuerte: un abrazo fuerte. Y ése es el bautismo.—

El cura dice también que te lo bautiza para que entre en el reino de los cielos. Pero él bautiza al recién nacido si le pagas dinero, o granos, o huevos, o animales: si no le pagas, si no le regalas, no te lo bautiza. De manera que ese reino de los cielos de que él te habla vale unos cuantos reales, o granos, o huevos, o palomas.

¿Qué necesidad hay, ni qué interés puedes tú tener en que tu hijo entre en un reino semejante? ¿Qué juicio debes de formar de un hombre que dice que te va a hacer un gran bien, que lo tiene en su mano, que sin él te condenas, que de él depende tu salvación, y por unas monedas de plata te niega ese inmenso beneficio? ¿No es ese hombre un malvado, un egoísta, un avaricioso? ¿Qué idea te haces de Dios, si fuera Dios de veras quien enviase semejantes mensajeros?

Ese Dios que regatea, que vende la salvación, que todo lo hace en cambio de dinero, que manda las gentes al infierno si no le pagan, y si le pagan las manda al cielo, ese Dios es una especie de prestamista, de usurero, de tendero.

¡No, amigo mío, hay otro Dios!

LOS RUIDOS HUMANOS

Los ruidos humanos,—como olas parleras, baten a mi puerta. De la tragedia de Jesús se ha hecho comedia,—y no altar sino mercados, son las calles. ¡Oh! Jesús, los que te amamos, lo callamos como culpa; y sufrimos; ¡oh hermano! por lo que tú sufriste, y nos preguntamos a nuestra alma llagada y azotada como tu cuerpo,—cuál de entre nosotros ha sido más heroico, si tú, que llevado de un objeto, moriste como a ti cumplía, adorado y odiado,—o nosotros que sin objeto que nos guíe, no tenemos el derecho de morir. ¡Oh! dejar la cruz para morir clavado en ella—¡es mejor que llevar, en esta noche de las almas en que forcejamos vanamente, la grave cruz al hombro!—Ni se nos ve morir, ni se nos ve vivir.—Lo grande está hecho: lo pequeño debe ser abandonado a los pequeños: ¿qué hacen los grandes? ¡Oh, que venturoso egoísta—el que vive y muere brillantemente, atento sólo a sí, en pro de una alta idea! ¡Qué augusto y venerable mártir el que en esta soledad de las almas, caiga oscuramente, roto el pecho por el aleteo de todas las águilas, con los deberes vulgares de la vida!—Servir absolutamente a una idea grande da a lo menos derecho de morir. ¿Fuiste egoísta o héroe? ¿O fuiste en tanto grado superior a los hombres que no sentiste sus pasiones? ¿Fuiste más meritorio librándote de trabas para tu trabajo, o lo hubieras sido más levantando obstáculos a tu labor para hacer la prueba más gloriosa? Más se engrandece la idea a que servimos mientras más se sacrifica a ella.—El venturoso vagabundo que cruza, enamorado de una estrella, la tierra inapetecible, y se da sonriendo al hacha que rompiéndole el cuerpo, dará paso por la herida al amante querrelloso que vuela libre a aposentarse en las alas de oro de su amada—no es más heroico que el que adolorido de amor por la alta estrella, acepta resignado, plegando blandamente los labios pálidos a cada nueva angustia, todas las trabas que la tierra indiferente ata a sus pies. Pues ¿hay mayor ventura que morir? ¡Pues es morir más que deleitísimo premio; ansiado punto, sabroso puerto, estación nueva en viaje largo; objeto de amor al alma poética, braceo feliz del náufrago, y aligeramiento del peso carnal, y adelgazamiento de la veste

corpórea en beneficio de la esencia! Pues ¿no es morir el mejor derecho,— y nuestra vida entera el ejercicio cruento que para adquirir el gran derecho hacemos!

Yerra por eso el que, sin ver en si mismo, rompe su molde. La eternidad no recibe en su seno sino al que es digno de ella. Se es como un círculo. A aquel punto de que se sale, a aquél se vuelve. Pero así como la máquina humana rechaza la fruta verde, aunque mano de niño, ansiosa de gustar el jugo dulce, la haya mondado antes de sazón—así, en el sumo albergue no entran sino los frutos madurados. Cuando la fruta madura, las mieles que la hinchan quiebran en grietas la dorada piel,—y juntos caen, corteza y carne, en la eterna nutrición del hombre por la planta, o en la eterna obra de amor de la simiente y de la tierra. ¿A qué, pues, mondar la fruta verde? ¿A qué, por golpe violento, paralizarse el corazón, dar salida a la sangre, henderse el cráneo? No se conquista la muerte sino con la vida.—

FRAGMENTOS

1. HAY EN EL HOMBRE...
2. QUE EL PAPA VIENE...
3. LA IGLESIA ES ASTUTA...

HAY EN EL HOMBRE...

Hay en el hombre un conocimiento íntimo, vago, pero constante e imponente, de UN GRAN SER CREADOR: Este conocimiento es el sentimiento religioso, y su forma, su expresión, la manera con que cada agrupación de hombres concibe este Dios y lo adora, es lo que se llama religión. Por eso, en lo antiguo, hubo tantas religiones como pueblos originales hubo; pero ni un sólo pueblo dejó de sentir a Dios y tributarle culto. La religión está, pues, en la esencia de nuestra naturaleza. Aunque las formas varíen, el gran sentimiento de amor, de firme creencia y de respeto, es siempre el mismo. Dios existe y se le adora.

Entre las numerosas religiones, la de Cristo ha ocupado más tiempo que otra alguna los pueblos y los siglos: esto se explica por la pureza de su doctrina moral, por el desprendimiento de sus evangelistas de los cinco primeros siglos, por la entereza de sus mártires, por la extraordinaria superioridad del hombre celestial que la fundó. Pero la razón primera está en la sencillez de su predicación que tanto contrastaba con las indignas argucias, nimios dioses y pueriles argumentos con que se entretenía la razón pagana de aquel tiempo, y a más de esto, en la pura severidad de su moral tan olvidada ya y tan necesaria para contener los indignos desenfrenos a que se habían entregado las pasiones en Roma y sus dominios.

Pura, desinteresada, perseguida, martirizada, poética y sencilla, la religión del Nazareno sedujo a todos los hombres honrados, airados del vicio ajeno y ansiosos de aires de virtud; y sedujo a las mujeres, dispuestas siempre a lo maravilloso, a lo tierno y a lo bello. Las exageraciones cometidas cuando la religión cristiana, que como todas las religiones, se ha desfigurado por sus malos sectarios; la opresión de la inteligencia ejercida en nombre del que predicaba precisamente el derecho natural

de la inteligencia a libertarse de tanto error y combatirlo, y los olvidos de la caridad cristiana a que, para afirmar un poder que han comprometido, se han abandonado los hijos extraviados del gran Cristo, no deben inculparse a la religión de Jesús, toda grandeza, pureza y verdad de amor. El fundador de la familia no es responsable de los delitos que cometen los hijos de sus hijos.

Todo pueblo necesita ser religioso. No sólo lo es esencialmente, sino que por su propia utilidad debe serlo. Es innata la reflexión del espíritu en un ser superior; aunque no hubiera ninguna religión todo hombre sería capaz de inventar una, porque todo hombre la siente. Es útil concebir un GRAN SER ALTO; porque así procuramos llegar, por *natural ambición*, a su perfección, y para los pueblos es imprescindible afirmar la creencia natural en los premios y castigos y en la existencia de otra vida, porque esto sirve de estímulo a nuestras buenas obras, y de freno a las malas. La moral es la base de una buena religión. La religión es la forma de la creencia natural en Dios y la tendencia natural a investigarlo y reverenciarlo. El ser religioso está entrañado en el ser humano. Un pueblo irreligioso morirá, porque nada en él alimenta la virtud. Las injusticias humanas disgustan de ella; es necesario que la justicia celeste la garantice.

2

QUE EL PAPA VIENE...

Que el Papa viene a América. ¡Ah! la Iglesia, que está siempre del lado de los que pueden y triunfan, entiende que los monarcas van ya de vencida, y como no les bastan sus fuerzas para defenderse y sustentarse a sí propios, no pueden ya comprometerse a sustentarla, sino que, por el contrario, para hacerse agradables a su pueblo, cometen veleidades antipapales, aunque sean papistas, por lo cual la Iglesia está mudando de auxillares, y con habilidad suma, al ver que la monarquía ahora, y el gobierno, está pasando de los reyes a las clases conservadoras, en quienes por la superioridad de la inteligencia, y hábitos, está cayendo en algunos lugares y en otros ha caído el mando,—se está poniendo del lado de las clases conservadoras. A América viene a eso, y puede decirse que viene llamado. Las clases altas sienten de sobra que el país no puede constituirse en una aristocracia, y aunque lo desean, no lo intentan: pero quieren ir organizando las fuerzas que deban resistir el empuje creciente de las

muchedumbres, que parecen determinadas a curar sus miserias, y mejorar, con amenaza de los actuales gozadores, su condición aflictiva. Sin ver que fue siempre la Iglesia aliada excelente de los poderosos.

3

LA IGLESIA ES ASTUTA...

La Iglesia es astuta,—y como se sabe batida en sus antiguas fortalezas, se viene al campo moderno, evoluciona con la humanidad, toma una forma y actitud adecuada a la situación presente, y en el campo moderno presente toma puesto y presenta batalla. De modo que para vencerla en esta astuta actitud no basta probar que erró en otros tiempos, de que ella con gran sabiduría no parece ahora querer acordarse,—sino que yerra en lo que ahora dice, en que la sociedad pelagra, en que los matrimonios se deshacen, en que el animalismo está rigiendo el matrimonio, en que sin la fe en una vida posterior de justicia, los hombres descontentos, que en la tierra serán siempre los más, se tomarán siempre la justicia por su mano. Al mismo tiempo que se levanta una parte de la sociedad temerosa, alarmada, y dando todas esas voces, la Iglesia se presenta con ese programa que tiene la fortuna y el ingenio de sacarlo al público, cuando los del país todavía se lo callaban, de manera que cuando la Iglesia no ha hecho más que adivinar lo que las clases acomodadas estaban temiendo y atreverse a darle forma, sabiendo que caía en terreno preparado, aparece a los ojos de las clases acomodadas como una formidable previsora, como la portadora del nuevo estandarte de la conservación social,—y se agrupan a su lado con presteza.

**LA LIBERTAD RELIGIOSA
EN LOS ESTADOS UNIDOS**

Hay derechos esenciales, que arrancan de la naturaleza misma del hombre y le son más caros que la vida, pues ésta viene sin ellos a serle peso y remordimiento, en vez del goce y taller que es, cuando con el patrón del deber y la fuerza de su derecho templea en la lucha de cada día el alma que vislumbra moradas mejores: nada ayuda más eficazmente que la libertad a la verdadera religión: ni el que la religión mude de forma en nuestros tiempos, como muda a ojos vistas, quiere decir que la religión, que es esencial e inmortal, se acabe, sino que está ahora en una de sus crisis de acomodamiento, y la primera acaso que se resolverá, por el beneficio de la libertad, sin catástrofe ni sangre. El hombre se ensancha, y la religión con él. Lo que sucede con la religión es que está a punto de comenzar a ser más divina que humana, y más durable en su forma nueva que en la antigua, porque se derivará de la naturaleza del hombre, en vez de negarla e ir contra ella.

De esta reforma religiosa y de la persistente demanda de un cambio que ponga a la religión sobre bases racionales, tenemos buena prueba, por lo que hace al país vecino, en la censura con que los mismos diarios que defienden disimuladamente el catolicismo, castigaron, temerosos de divorciarse de la opinión, la tenacidad con que los presbiterianos viejos se opusieron en la última asamblea de la secta a revisar, como obra humana que es, el dogma innatural y violento de Juan Calvino, que de lógica en lógica vino a parar, partiendo del absurdo de la autoridad absoluta de una Iglesia en un mundo de varias Iglesias, en que el que desconoce, por no estar donde impere la doctrina presbiteriana, está destinado, como los niños recién nacidos, que son semillas de inmundicia, a las llamas infernales.

¡Con razón dijo en plena asamblea uno de los sacerdotes presbiterianos del partido joven, que ya los hombres eran “demasiado caballeros para creer en iniquidades semejantes!” La pelea por la revisión del credo de Calvino es un paso más hacia esa religión venidera que ha de fundarse,

con belleza profunda y sin misterios pueriles, en la naturaleza divina y reverente del hombre.

Y en cuanto a los límites del derecho de las sectas religiosas en la vida nacional, no ha habido desde hace algún tiempo nada tan juicioso y explícito como la sentencia definitiva del Tribunal Supremo de los Estados Unidos sobre el derecho innegable y necesario del Congreso de la nación para impedir que, so pretexto de religión, se profesen en los dominios de la república prácticas contrarias a las que el universo considera de derecho natural en el hombre, y conducentes a su mejoramiento y dicha. So capa de religión, y con la Biblia por sobre su cabeza, defienden los mormones su derecho a la poligamia: negó el Congreso, por ley formal, el derecho de un grupo de hombres a imitar las instituciones reconocidas, y tratadas como naturales en la Biblia: apelaron los mormones contra la ley del Congreso: y el Tribunal Supremo, por la voz del juez Field, acaba de declarar que el artículo de la Constitución norteamericana que manda que “el Congreso no haga ley alguna sobre el establecimiento de religiones, o prohibiendo el ejercicio libre de ellas”, no está de ningún modo violado por la ley antimormónica del Congreso, puesto que “nunca pudo suponerse que el mandato constitucional hubiera de invocarse como amparo contra las leyes encaminadas al castigo de actos contrarios a la paz, orden y moral de la sociedad”. Lo que la Constitución quiso, según el juez Field, fue garantizar para siempre el derecho del hombre a creer lo que le parezca cierto sobre las relaciones entre él y su Creador, y rendirle la especie de culto con que según ellas quiera venerarlo; pero “por libre que el derecho al culto sea, está por la naturaleza de las sociedades subordinado a las leyes criminales con que el país castiga los actos que tiene por perniciosos y punibles”.

NOTAS

LICEO DE GUANABACOA

NOTA PRELIMINAR

Al firmarse la Paz del Zanjón, Martí regresó a Cuba desde Guatemala en 1878, destacándose una vez más su recia personalidad patriótica e intelectual. El 15 de diciembre de 1878 fue elegido secretario de la Sección de Literatura del Liceo Artístico y Literario de Guanabacoa, siendo nombrado miembro de la Sección de Instrucción el 29 de enero de 1879, después de su conmovedor discurso en el sepelio del poeta Alfredo Torroella, también destacado socio del citado Liceo.

El 28 de febrero del mismo año pronunció en el Liceo de Guanabacoa su notable discurso en la velada fúnebre en honor del bardo fallecido.¹²⁹

Luego toma parte brillantísima, en marzo, en las veladas dedicadas al debate sobre El Idealismo y el Realismo en el Arte. Martí defiende ardorosamente el Idealismo, y, en la primera velada, su contrincante, a favor del Realismo, es José Ramón Leal (El Triunfo, marzo 8, 1879.)

En la segunda velada-debate, Martí y el joven Lorenzo Ponce de León se pronuncian a favor del Idealismo; Luis Victoriano Betancourt presenta "un remanso humorístico" sobre el tema, y Diego Vicente Tejera recita unos versos, también a favor del Idealismo. Enrique José Varona defiende al Realismo. Pronuncia unas palabras, a ruego de Nicolás Azcárate, el tribuno Rafael Montoro (Diego,¹³⁰ en El Triunfo, marzo 15, 1879.)

En la tercera velada-debate Martí continúa sus argumentos a favor del Idealismo, y refuta al joven reglano Juan A. Dorbecker. Lee, además, una poesía original de Mercedes Matamoros. Mar-

¹²⁹ Véase el tomo 5, págs. 83-89 de estas Obras Completas.

¹³⁰ Diego Vicente Tejera.

tina Pierra de Poo glorifica en una poesía el progreso, y se leen también poemas de Saturnino Martínez, José E. Triay, Justo José de Cárdenas y Fernando Urzais (Diego, en *El Triunfo*, abril 6, 1879.)

El 21 de junio, Martí ofrece un brillante estudio sobre las obras del dramaturgo español José Echegaray, sobre las cuales ya había escrito en la *Revista Universal*, de México.¹³¹ Florencio Suzarte habla y lee "La selva oscura" de Núñez de Arce. Y Manuel Costales, con motivo del 17 aniversario de la muerte de José de la Luz y Caballero, lee la "Elegía" de Luaces. Termina la velada con unos versos de Miguel Ulloa. (Diego, en *El Triunfo*, junio 29, 1879.)

De trascendental importancia fue el vibrante discurso de Martí, pronunciado el 27 de abril de 1879 en el homenaje tributado por el Liceo de Guanabacoa al notable violinista Rafael Díaz Albertini, que motivó que el general Blanco exclamara: "Quiero no recordar lo que yo he oído y no concebí nunca se dijera delante de mí, representante del Gobierno español; voy a pensar que Martí es un loco... pero un loco peligroso."

Este audaz discurso, y el brindis de Martí contra el autonomismo, el 21 de abril, en el banquete al periodista Adolfo Márquez Sterling, en los altos de El Louvre, en La Habana,¹³² junto con sus actividades conspiratorias a favor de la independencia de Cuba, trajeron como consecuencia su segunda deportación a España el 25 de septiembre de 1879.¹³³

¹³¹ Véanse las notas y trabajos de Martí sobre Echegaray en el tomo 15. págs. 77-106 de estas *Obras Completas*.

¹³² Véase tomo 4, págs. 177-179, de estas *Obras Completas*.

¹³³ Véase el trabajo "Martí y el Liceo de Guanabacoa", en el folleto *Alrededor de la acción en Dos Ríos*, por Gonzalo de Quesada y Miranda. La Habana, 1942.

I

FRAGMENTOS DEL DISCURSO
PRONUNCIADO EN EL SEPELIO
DEL POETA ALFREDO TORROELLA ¹³⁴

¹³⁴ Fragmentos del discurso pronunciado por Martí en el sepelio del poeta Alfredo Torroella, el 22 de enero de 1879. Tomados del *Diario de Matanzas*, que dirigía Rafael María de Mendive, maestro de Martí, correspondiente al 25 de enero de 1879.

Antes de ser conducidos los restos de Torroella al cementerio de Guanabacoa, fueron tendidos en el zaguán del Liceo de Guanabacoa, y fue ahí, y no en el cementerio, donde Martí pronunció estas palabras.

Torroella había sido miembro de la Sección de Literatura del citado Liceo.

Véase el discurso "Al margen de nuestra historia" por el doctor Elías Entralgo, en el folleto *Liceo Artístico y Literario de Guanabacoa, Crónica del Certamen Histórico-Literario celebrado en 1921*. La Habana, 1925.

El pudor del dolor es el silencio. Ante la tumba de los poetas, no deben bautizarse los oradores, pero lo que no sabe mi pobre voz de peregrino levantar dignamente hasta tu tumba, te lo dicen en tono solemnisimo ese rumor de pueblo agradecido, esos niños que miran medrosos tu cadáver, esos ojos de mujeres cubanas que te lloran.

Si aún vive en ti algo de aquella alma pura de paloma que supo trocarse en alma de águila para cantar los males de la patria:—si no vaga ya tu espíritu, como todos nuestros espíritus, por entre las pencas gemidoras de nuestras palmas, como para amparar de cerca nuestros campos, llenos más que de yerba, de querellas;—si aún queda en ti algo de aquella ánima amantísima que te hizo buscar con mano trémula en tu hora de agonía las manos de tus hijos y la cabeza honrada de tu padre, conmueve tu humana vestidura, surge de tu flaca carne, asoma a tus ojos algo de aquella vívida mirada que tantas veces te hizo resplandecer radiante de entusiasmo, hermoso de pasión, bello de cólera; mira a tu alrededor esos niños que aprenderán mañana tus versos, esas mujeres que los guardan en el corazón, esos hombres que no los olvidarán jamás.

Cuando, como rocío de amóres, vertía versos sobre las bellísimas cabezas que esmaltaban los salones del hombre vigoroso a quien amaste,¹⁸⁵ cuando abrazado al gran indio de México entre aclamaciones, entre hurras, entre vivas frenéticos y bravos, arrancabas de aquella estatua de la justicia para un hombre condenado a morir, lágrimas y palabras de perdón, cuando en noche por todos recordada, soberbio, atlético, magnífico, con tus heroicos versos encrespaste, y con tu calma espléndida domaste las olas de la cólera irritada, cuando, con el dolor, con la oración, con el

¹⁸⁵ Martí señaló a Nicolás Azcárate, aludiendo a sus noches literarias en Guanabacoa.

suspiro, llevabas a otras tierras, el perfume y el fuego de la nuestra, lleno de flores, el seno de la patria agradecida, tejía con ellas la corona que va a aromar ahora tus nobles sienes pálidas y frías.

Algo nace, poeta, cuando mueres. Tú trajiste lo que tú te llevaste. Vuelven por ti las cuerdas a las liras mudas, vuelve por ti la inspiración a los oradores silenciosos. Por ti, todo lo trémulo se vivifica. Por ti, todo lo escondido sale a plaza. ¿Por quién mejor que por ti? Tú te vas orando de la tierra, nõ con las manos manchadas de sangre, crispadas por el miedo, mordidas por el odio, sino blancas y puras como tu alma, blandamente unidas, en demanda de amor para los hombres. ¡Plega, plega poeta, ante el Dios de los buenos, tus manos siempre honradas! Y con tus labios, que nunca dijeron palabras de odio, con tus versos que no tiñó nunca la hiel, pide piedad para los que sufren, fuerza para los que esperan, energía para los que trabajan. ¡Ora mucho, hermano mío, por tu pobre tierra! ¡Ora por ella!

II

APUNTES PARA LOS DEBATES SOBRE
“EL IDEALISMO Y EL REALISMO
EN EL ARTE”

Vengo para vindicar mis doctrinas que de una manera muy poco real han presentado los realistas: indudablemente es siempre más fácil combatir a las espumas de las olas, que a las olas hirvientes que arrancan, azotadas por contraria tormenta, de lo íntimo del alma, pero ¿cómo exigir realidad a oradores realistas que, como el señor Dorbecker, cuando abogaban porque el arte fuera, no la creación espontánea, sino el ajuste de las impresiones de lo que se veía, con lo cual era el arte una especie de oficial instructor de pobres quintos, nos decía con voz elocuentísima, que traía, con la comunicación de su doctrina, en la mano que con oratorio ademán blandía, la antorcha de la verdad, mágica antorcha sin duda, antorcha de duende del Danubio, puesto que en la mano, por buena que fuera nuestra vista, no se la vio nadie? Si el arte viene de lo que vé, ¿existe palpablemente, o cómo usaba la antorcha? ¡Realista invasor, idealista impenitente, ardoroso dardo mal envuelto entre los pliegues del castaño sayal del peregrino!—¡Espigador que corta la miés que tuvo fruto de mal trigo en campo ajeno!—

El positivismo, que esgrimido con tino es útil, pero esgrimido por mano apasionada e inexperta, pretende clavarse en las entrañas de lo que tenemos de más caro; no de los cultos de que los pensadores curan poco: no de las aberraciones místicas, aquellas de San Bernardo que azotó Abelardo felicísimo, no temo a la abstrusa, profundísima poesía, sin embargo sí a los que se erigen en dominadores violentos a manos de sus intérpretes codiciosos;—sino esas eternidades sin medida a las que tiende incontrastablemente este león aherrojado que se mueve en el pecho que lo contiene y lo encarcela.

SOBRE LOS LIBROS

Y ¿por qué no se ha de usar de la tribuna para decir en ella una verdad útil, aunque no sea estrechamente pertinente al objeto del debate.—Es tan ineficiente nuestra educación, y tan llena de teorías vagas y fórmulas abstractas, que la razón, enamorada de lo sólido, apenas halla algo de lo que buscaba, la ve con avidez, se halla en lo que lee y cree que es toda verdad, lo que no es más que una faz de la verdad, así es como llega para el corazón la arrulladora edad de los amores; así vemos una esbelta criatura y la primera que vemos es la que nos parece llamada a llenar el corazón: crecer parece la predestinación, calentarse a la luz de los relámpagos.

El positivismo tiene dos valores: el absoluto y el relativo.—El absoluto es el de su método.—El relativo es el extremo opuesto al ideologismo exagerado.—Aquí, qué tiene que hacer lo relativo, aquí donde la pasión aleja al libre espíritu del conocimiento.

2

Hay artes plásticas, y artes subjetivas.

¿Qué sensación de objeto ha podido producir esa música varia, que tan diversas impresiones ejerce en nuestras almas?—A las veces, a la mitad del día, he sentido al lado de un piano el crepúsculo dentro de mi alma:—¿Qué tocaban? Beethoven, Schubert, Mendelssohn. Jamás olvidaré una bella frase a bien que me la dijeron labios muy bellos.—Tocaban junto a mí La Serenata—no la juzgue quien no la conozca— y se volvió a mí la artista, y me dijo con frase arrebatada: ¡si me parece que veo al amante, debajo de la ventana, tocando en el laúd, con el pelo suelto al viento, con el cuello desnudo, la mano curvada, y la camisa entreabierta!— ¡Oh, potencia admirable de lo vago: crear un alma y un cuerpo de hombre con sonidos!—

positivismo que se detiene en el fenómeno:
materialismo: positivismo dogmático.—
positivismo que reconoce algo más que el fenómeno,
la relación que los mueve, positivismo crítico.

Lo feo iniciado en la estética por Platón, reivindicado en lo estético por los románticos, ¿no es bello a pesar de ser feo? ¿no es bello por su expresión, a pesar de ser feo por su esencia? ¿No es él feo en sí y, presentado por la personalidad artística, es bello? Luego, ¿de dónde nace aquí su belleza sino de la personalidad?

La Estética de Herbart hace consistir lo bello en la forma,—o relaciones que agradan por sí mismas, causando al alma placeres desinteresados.

Los discípulos de Hegel, Schopenhauer.—

Weisse coloca lo feo entre lo trágico y lo sublime.

Si el realismo fuera el ideal del arte, y su modo, el tipo de la escultura sería la estatua egipcia de Raemké, con sus párpados de bronce, con sus ojos de cuarzo, con su niña de cristal de roca,—con el punto visual representado por un clavo.—¡Oh, potencia de copia, veríamos asombrados, ante Raemké! ¡qué gran tono! ¡qué prodigiosa cabeza! Pero, tú, hombre como todos, copiado de uno igual a todos, qué nobleza despiertas, qué pasión desencadenas, qué osadía alimentas en mi corazón!—

Grande fue el Egipto, por sus reyes, por sus sacerdotes, por sus desgracias,—por sus sabios:—de él bebieron ciencia los griegos, leyes los astrónomos, grandeza la arquitectura; variedad asombrosa el pensamiento.

Uno es el arte! “Que tus enemigos sean el escabel de tus pies”, dijo el Salmista,—y sobre los pueblos vencidos realza en las soledades imponentes, aquellos de amarilla tierra, profético y generoso río, rojo cielo azafranado, la estatua misteriosa de Memnón,—y en Inglaterra, sobre lagunas de siglos, viene la idea vanidosa a ingerirse soberbia en la obra artística, y en Liverpool se alza el general inglés, y a su alrededor, brutalmente aherrojados, como pedestal de su figura, por la opresión y la

dominación odiosa, los pobres pueblos vencidos.—¡Indigno sentimiento de venganza, vergonzosa lepra del espíritu, que eterno mal, como es eterno el bien, enlaza en común y repugnante idea a los comerciantes de Liverpool con los escultores y bardos del Egipto!—

MONUMENTOS DEL ARTE

El arte decorativo de los etruscos, el arte brutal y mitológico de los asirios;—el arte dobliforme de los egipcios, con sus aberraciones míticas, con sus imitaciones infructuosas, viene al fin el arte griego.—¿Cuándo es más grande el arte griego, cuando representa a Cástor y Pólux con dos vigas unidas por un travesaño; o cuando pinta en Niobe el más bello de los dolores resignados, de esos dignos dolores que no se prostituyen con el alarde, que no se afeminan con la lamentación, que no se desfiguran con las manifestaciones convencionales del dolor.—

las rígidas esculturas metálicas, ficciónicas, los estatuarios e imperfectos monumentos de la escuela eginética.

Hoy mismo, ante mis ojos, en tierra americana, se ha iniciado este doble espectáculo:—la lucha perpetua entre el que mira a la tierra y el que mira al cielo.—Fernández, la cabrita.—El grupo de los huérfanos.—

Y en el Toro Farnesio, en ese grupo admirable en que el arrepentimiento detiene los furios de la cólera; qué es más bello, el toro, tomado de la llanura, o la bella figura que el escultor no vio, sino se vio obligado a adivinar.

¿Cuál es la naturaleza, la esencia, el elemento productor de la arquitectura? Si es la imitación, la arquitectura es realista.—Si es la creación la arquitectura, que nació imitando y obedeciendo.

3

dolor humano, el más tenaz y el más torturador de todos los dolores, el dolor de la inconformidad con la existencia.

Lessing el realista del teatro alemán.—Halagaba pasiones políticas o adoraba la realidad estrecha; en la ciencia, en la forma.—Y díganmelo los hombres de letras, los que aquí me combaten, los que a mi redor me oyen, ¿qué obras han salvado la frontera de la generación en que se produjeran? ¿Lessing? ¿Schiller?—¿Qué conocen más, la Mina de Barnhelm, la Emilia Gallotti?—Y era realista puro; no lo hay hoy más neto.—Y lo mejor suyo, aquello que todo el mundo conoce, Nathan el sabio, es producción idealista.

No es que desdeñamos la ciencia; nos abrazamos con fervor a ella; con activa admiración la perseguimos; aprendemos lo que nos dice; veneración nos inspiran sus esfuerzos; pero cuando, sobre lo que nos es ya conocido, le pedimos razón de lo que no conocemos aún, entonces, como quien se aparta de un guía glorioso, que no quiere comprometer su existencia acompañándonos en nuestro viaje,—desde la escala que nos lleva a la tierra de inmensidad, que presentimos, nos volvemos hacia la respetable amiga querida, que impotente nos ve desde la playa, y la saludamos con tristeza.

Pero, si olvidando la verdadera dignidad científica, se revuelve airada contra lo que no acierta a explicar; y trata con sus dudas sistemáticas aquello que no puede conocer; y viene a negar a mi corazón la fuerza con que se mueve y el vigor y la trascendencia ultrahumana de las pasiones por que late; entonces, como a loca matrona a quien descomponen una vieja vanidad, la rechazamos con blandura, pero con energía.

4

al invisible espíritu que nos anima, amada que nos requiere, gloriosa vencedora que nos corona.

Liza: cartel: guantes por el suelo.—

Lo de la antorcha.

Se me confunde con idealismo metafísico; teoría antropocéntrica.—
Devuelvo la lanza por inoportuna.

Anatema por no amar a la humanidad.—Cristo murió.—

¡Conq. es necesario ser positivista para ser abnegado!—Infiernos!—
positivistas.

Servicios del positivismo.—Método.—
Absoluto y relativo:—Espada que se quiebra.—

Que estamos divididos los idealistas.—Feuerbach.—

Cobarde: ve desde la playa.

Yo he afirmado que es personal el arte.—Idealismo: superioridad del
arte en q. domina la personalidad.—

Prueba de esencia; por inducción.—Histórica, por inducción.—
O vemos, o sentimos.

Nace el arte de ver e imitar.—
De sentir y decir.—

Se copia lo que se ve; realismo,—el realismo dice que todo viene de
fuera, y no hacemos más que ajustar, y la poesía, y la música: y la
hermosa rebelde.

Se mejora lo q. se ve:—idealista.—

Se adivina lo que no se conoce: idealista.—

Dos clases de artes, que suelen unirse en el medio,—no provienen de
un origen,—ni tienen un mismo objeto,—reflejos,—personal.—

Se copia pa. q. digan q. se ha copiado bien.—

Se siente, sin pensar en lo q. dirán.

Artes plásticas:—artes habladas,—por el verso, poesía;—por la nota,
música.—

Siendo el arte personal, no puede ser realista, puesto q. ellos sostienen
q. el arte es ajustar lo que se ve.—

No cambia la personalidad; no cambia el origen, no cambia el objeto,
del arte.—Arte uno.—Lo de Nelson y Memnón: y la resurrección—de los
grandes tipos?—

¿Qué es el genio si la belleza está en los objetos?—

Los objetos son los bellos: y lo feo?—Dorbecker.—

Pruebas de historia.—

Arquitectura: Parthenon que resucita.—Arte Romántico.—Arte gótico.

Escultura: Raemké—realismo—que nos dice.—Toro de Farnesio.—

Música:—¿Qué objeto la inspiró?—De la onomatopeya a la fanta-
sía.—Serenata. Crepúsculo en el día.—

Poesía:—la poesía no es arte, sino esencia.—

Pero en dar carácter, y agrupar caracteres, ya hay un modo de hacer,
ya hay reglas, ya hay arte.

Eschylo.—Eurípides.—

Shakesp.—conocimiento del corazón: personalismo:—Cede a veces: ingenio: damas.—Dante del alma.—

Lessing—Schiller.

- 1.— No desdenamos la ciencia.—
- 2.— Pero sí, olvidando la verdadera dignidad científica:—
- 3.— Ya que supera—
- 4.— Pero lo q. sienta atrevidos y artificiosos dogmas,—blumerista.
—Fantasía.
—Lo que yo dije:—
—Errores, dice que dije: que el positivismo no niega.
—Dice infinito lo que no sabe.—
—Lo de la columna; ha tenido tiempo para prepararse.¹³⁷

5

Una clase de belleza, la objetiva, la refleja, viene de los seres a nosotros.—

Otra, la subjetiva, la ideal, va de nosotros a los seres.—

Se nace imitando para el arte; en las artes objetivas, escultura, pintura.

Brotando armonías rimadas o rebeldes; poesía, música.

Y ¿queda aquí la obra humana?—¿Qué hace en sus manos el pincel esclavo?—Si ama la forma, crea una forma tan bella que ni ejemplo ni rival tiene en lo humano.

Hay una diferencia esencialísima entre las artes: unas, realizan la belleza copiando objetos;—otras, reduciendo a formas de lenguaje sentimientos que los objetos no pueden expresar.—¿Quién me dijo a mí, cuando niño aún, y por serlo, osado, intenté pintar en verso la energía imponente de Régulo? Y recuerdo que en mis atrevimientos infantiles, volaba hasta él mi espíritu, y llegaba en el vuelo a imaginarme que tenía de vez en cuando alma romana.—

¹³⁷ A continuación varias palabras ininteligibles; pero que parecen decir: "Dice que es extrema metafísica: mi viaje al Polo: ¿a qué metafísica pertenece? Creo más honrado sacrificarse."

El hombre, descontento de lo que ve, aspira a hacerlo más bello: arte idealista.

El reduce a fórmulas y a síntesis bellezas intelectuales y morales, que no vienen de la realidad externa: arte idealista.

Y bien: yo no pido más que el método Kantiano para observar la producción de la obra artística, examinarla en el sujeto: Adúltera.—¹³⁸

La belleza, dice Véron;—la belleza, piensa Varona; la belleza, repite Dorbecker, está en los objetos.—¿Nada más? ¿Sólo es bello lo que la sensación trae a nosotros? Y ¿lo que surge de nosotros?—Y la emoción íntima que siente hervor de vida por las venas, que en larguísima meditación nos sumerge, que rompe en misteriosas lágrimas en arrebatados versos?—¿Y la adivinación de los afectos no sentidos?—¿Y la propiedad de los afectos en su expresión?

Para hallar la belleza, dicen, bastaría comparar los objetos bellos a los feos.—Y ¿de qué depende, pregunto yo, su fealdad o su belleza?—¿Qué es lo bello?—Y me responden de esta manera peregrina:—Lo bello está en el objeto. Lo bello es la impresión que hace en ti.—

En la creación de la obra artística hay un hecho innegable: lo bello se produce sin que el que lo produce sepa en qué consiste.—No analiza su obra; la hace.—

6

Tiene—

Como eterna verdad se quiere ser lo que no se es.

—Ponce. Se aspira

—Varona.—

—La razón sobre la elocuencia.

Por qué tengo yo que desmentir a un hombre tan simpático como el señor Martí!—

—Límites vagos y flotantes.—

—Doctrina general e irreflexiva; imaginativa. ¡Ay—cuando otra cosa no puede crecer, crece la imaginación!

¹³⁸ Se refiere seguramente a su drama pasional-filosófico "Adúltera".

—Vacío lo eterno, y mi pecho, ¿de qué está lleno? Y cuando se sacrifican, q: se hace,—

—Se vale de Proteo, idealismo.

—Fuerza que evoluciona.—

—Se trata de saber si la ciencia, filosofía y arte modernos son guías o quimeras.—

—Arte intencional proyección a lo exterior de toda emoción de alma con tal energía que comunique la conciencia.—

Internacional.—Esta tribuna es bello arte.—

Acomodarse al prototipo.—¿Cuál es el prototipo?

Todo ha girado en los primeros días alrededor del antropomorfismo.—

Se deshace de sí y va al todo.—

Abdicación de la personalidad.—

Esta pasión es algo de las doctrinas idealistas.—Y Rama.

Platón—soñador—no filósofo:—quimérico.—Herederó de los faquires.—Retórico.

—El hombre por los sentidos recibe impresiones,—y la razón—que lo comunica con el mundo real.—

—¿Por qué hilo misterioso entra en nosotros lo suprasensible?—

Para algo sirve la metempsicosis.—Tenemos en el alma dormidas las imágenes.—Pintar la vida—no conformarse con ella.—

—Artistas.—Rememorantes del ideal, lo aman y realizan.—

—Tipo absoluto, se acerca a él.—Que todo está dicho porque hay Homero: y sólo queda la imitación.—¿Cuándo ha dicho el idealismo que con Homero murió todo Arte?—base falsa.

Ya no se reconocen los Homeros en este mundo vacío.—

—Muy grande debió ser Platón cuando por tantos y hermosos siglos, tan grandes y rudos ataques sufre todavía.

—A más sentimientos, a más ideas, responde *más arte*.

Pero no hay más sentimientos, porque son unos. ¿*Más arte* quiere decir distinto arte?

7139

La discusión ha llegado a este punto; en qué se diferencian concretamente realistas e idealistas? Los idealistas creen que el arte es eterno, como expresión de una fuerza eterna.—Los realistas creen que el arte es el reflejo de los accidentes de una época y es por tanto accidental y cambiante.

La cuestión es pues ésta, o el arte es esencial o secundario en la naturaleza humana?—¿Se ha prescindido alguna vez de sus manifestaciones? ¿O los pueblos que han tenido poco arte o arte realista son los pueblos más grandes? Roma y Cartago y E. U. Cuando no hay arte nada queda. A gran arte gran importancia. Grecia.

¿Cambia con la época la esencia del espíritu humano?

Nacimiento del realismo. Descripción de la Francia moderna. Dumas. Traviata es de¹⁴⁰ Dumas no ha hecho más que el poeta Meneclides, llorando a la generosa Hetera Buceihis. Nacimiento de la música: Onomatopeya. No cabe en la imitación y entra en la creación. De la esclavitud de la poesía lírica, viene al íntimo pensamiento de Mener. Música realista, la música china *La Tige Briséc*.

Y deseamos el positivismo como espada de mal acero que se quiebra en el fragor de la pelea.

8

¿Cómo se explica el genio?

La belleza no está en los objetos.

Si está en ellos, cómo es bello lo feo?—Quasimodo, radiante de dolor: y el Kobold alemán, como es tan bello?—¿Y Calibán?—¿Y Diógenes pintado?

¹³⁹ En papel timbrado de la "Sección de Literatura del Liceo de Guanabacoa".

¹⁴⁰ Palabras ininteligibles.

El arte tiene un mismo elemento; y sin saberlo. va siempre al mismo objeto.—Parte siempre de los hombres;—va siempre a mejorar a los hombres por la emoción, sin sentir que mejora.—El arte, dicen—replegándose en sus trincheras: es una idealización de la realidad.

Esas son pruebas de sujeto.—Hagamos prueba de historia.—

Arquitectura.—Korsabad.—Chitcheu; el pozo de los buenos y los sabios.—

Arte romántico: Spira, Couture, Manes.
al invisible espíritu que a todos nos anima; a la invisible amada que a todos nos requiere; a la gloriosa vencedora que a todos nos corona:—

Guantes por el suelo.

Lo de la antorcha.

Se me confunde con idealismo metafísico; teorías antropocéntricas, cotejo de los que oponen a la ciencia la personalidad humana!—

Y devuelvo la lanza, pujo *inoportuno*.

Tono profético de anatema por lo de amor a la humanidad.—Cristo murió en una cruz a pesar etc.

¡Con q. es necesario ser positivista. para ser abnegado? Volved, desterrados: alzaos. muertos: salid. soldados:—venid a registrar vuestros espíritus en el libro fulminador y sancionador de las aduanas positivistas.

Servicios del positivismo.—Pero, libre del método. espada que se quiebra.—

Invoca para sí las divisiones de los idealistas: y ¿los suyos? Dogmático, crítico, experimentalismo, monismo y psicologismo.—Feuerbach.—

Contrario al arte; porque niega lo esencial en el arte, o lo debilita: la personalidad.—

Ve desde la playa.—

Pero yo he afirmado que es personal el arte; y a la superioridad del arte personal es a lo que llamo idealismo.—

Cómo nace el arte: cuál es su elemento: cuál es su objeto.—

Nace de ver e imitar.—

Nace de sentir y decir.—

Se mejora lo que se ve: idealista.

Se adivina lo que no se conoce, y se agrada y conmueve con ello: idealista.

El arte no puede, lo afirmo en término absoluto, ser realista.

Pierde lo más bello: lo personal.

Queda obligado a lo imitativo: lo reflejo.

De aquí, dos clases de arte, que ninguna Estética separe, y que no deben andar unidas, porque aunque suelen reunirse en el medio, no provienen del mismo origen, ni tienen el mismo objeto.—

Artes plásticas: que reproducen.

Artes personalísimas:—que crean.

El arte es personal: ¿puede tener cada época su arte? No; porque no cambia la personalidad.—

9¹⁴¹

Que el sentimiento depende de la sensación! Que el musulmán no sentiría a Bellini, como si por no ser musulmán, no sentiría yo todas las fantásticas imaginaciones del Korán.

Que en Hegel nació el realismo.

A la muerte en Dios. Ese Brahma no es el Cristo!

Platón.—

Divagador, melancólico. — Se le exige que hable como a ciencia! ¿acaso por sí pudo Aristóteles? ¡Qué no pudo librar a Siracusa? Nos lo falsea la juglar.

¡Adivino de la estética! — en oposición a Platón llama a Aristóteles! — ¿Qué semilla en los transportes? La conversación de la virtud.

Que la arquitectura es realista.

¿Y la arquitectura árabe y los encajes de piedra de la Alhambra? ¿y la literatura indostánica? Que no hay arquitectura. — ¡Bien se conoce que no ha estado el Sr. Leal en Indostán!

Los genios están dentro del realismo. —

M. Angel.

Cervantes.

Shakespeare. —

Calderón. —

Quijote, dos representaciones, ideales eternos: errores de hecho; verdades de idea, según Vico.

Calderón, la décima de Segismundo. —

10

La belleza está en los objetos exteriores? —

¿Y cómo se conoce su belleza?

¿Cómo se explica el genio?

El arte es una idealización de la realidad. —

El arte es reflejo, o personal. —

Es más trascendental cuando es personal. —

División de las artes. —

La teoría de Dorbecker excluye la Estética de lo feo; si no belleza; si la belleza está en los objetos bellos, cuando los objetos no son bellos, no tienen belleza. — Y sí la tienen, y ella tiene en Estética sus reglas. —

El arte tiene un tipo eterno. — Pruebas de sujeto, por la personalidad. — Pruebas históricas. —

¹⁴¹ En papel timbrado del "Liceo Artístico y Literario de Guanabacoa."

Resurrección de lo bello antiguo.
Imitación de lo antiguo.

11

El arte, se dice, es siempre una idealización de la realidad.—Sí, siempre lo es, pero yo vindico para el arte una denominación que lo ennoblece.— Si se inspira siempre en realidades: una es, la de los seres externos, arte realista, en cuanto se limita a la copia simple, o a la agrupación de los seres copiados:—otra es, la de la noble alma humana, esta hermosa rebelde que si se pliega como cera a la blandura y al amor, como colérica leona se revuelve cuando las contrariedades se le oponen, y a las veces, sobre tenacidades de padres tercios, sobre dificultades de orden grave, sobre obstáculos amontonados, como para probar bien su energía, surge rebelde, creando tipos, esparciendo ideas, vivificando sentimientos, imprimiendo su matiz personal a cuanto toca:—esto, en la poesía, en la música, en la poesía da matices, arte idealista.

El arte tiene dos fases:

Arte reflejado.

Arte personal.

¿De quién es la clasificación? Me preguntará algún filósofo asombrado. Mía, humildemente mía, nada más que mía.—

Si la belleza está en los objetos exteriores, ¿en qué consiste el genio? Si no estuviera en el espíritu humano, como excelsa dote, la excelencia artística; si no fuera don augusto de la personalidad, no cualidad pasiva del objeto, en qué consistiría siendo siempre bellos los objetos que lo fuesen la mayor o menor grandeza del artista.—El mexicano Miranda no pinta las Vírgenes como Murillo; y el tipo católico es idéntico: ¿de qué depende la desigualdad de la pintura, la desigualdad del grado de belleza? De la desigualdad del grado de personalidad. El ser copiado es el mismo.— La facultad copiadora es lo que varía.— Y he aquí prueba nueva, y entiendo que bastante real, y precisa y terminante, y ni estrellada ni espumosa;—de cómo el arte depende, puesto que en grados varía, sin variar el objeto que lo inspira, de los grados de la personalidad que lo realiza.—El arte es eminente, principal, gloriosamente personal.

12

Pero, cualesquiera que sean los temores—y no habrá qn. no los tenga, que con Talma, con ser Talma,—confesaba que jamás. al pisar el teatro en cada escena dejó de latirle apresuradamente el corazón,—cualquiera que sean los temores que a los que aquí venimos nos acallen, hay algo que los contiene, y los vence, y nos los trueca en cariñosa ofrenda al invisible ser que a todos nos anima, a la invisible amada que a todos nos requiere, a la gloriosa vencedora que a todos nos conmueve. porque. sean quienes quieran aquí los triunfadores, venzan los realistas, venzan los idealistas, quien vence en realidad: es nuestra patria.—

Y bajo su maternal advocación, entremos en la lid.—Hora parece, de que—no, como en otras noches precipitado a la tribuna en horas tal vez de graves preocupaciones perturbadoras, bien para llenar una hora de la discusión, bien para responder a inculpaciones cariñosas, venga yo al fin a decir, sin la forzosa exaltación de la respuesta, neto y preciso, mi verdadero sentir propio en la cuestión que se debate.—Pero como acuden tantos espectadores al torneo y se han levantado aquí contra mí lanzas vigorosas, y ha traído un joven mantenedor en la punta de la lanza un cartel de desafío, antes de llegar al centro de la arena a lo firme del debate, opongamos a la lanza la cota, vengan ya las alusiones culminantes:—que no es de buenos justadores dejar guantes tendidos por el suelo.

De grave manera se han desfigurado aquí mis ideas sobre el asunto debatido.—Tomando el señor Dorbecker por pretexto para exponer la doctrina filosófica a que pertenece, y de que es Jefe antiguo reconocido, e ilustre en nuestro país, un sabio médico, vencedor de la muerte y honra de mi patria, Joaquín García Lebrado,—se ha confundido aquí la superioridad de la obra personal en el arte, que con el nombre de idealismo aquí mantengo, con todas las vulgaridades metafísicas, idealizaciones teológicas, religiosas, y teorías antropocéntricas que forman el cortejo de los que, en vez de templar para la vida los fuegos de la fantasía con los hielos de la razón, niegan soberbios la visible obra orgánica y progresiva de los mundos, escasa altura de una rebelde personalidad humana.

Y devuelvo esa lanza al justador, porque no perteneciendo yo a la doctrina que combate, era contra mí inoportuno su ataque brillantísimo.— ¿A qué fingirme indignado contra tan grave inculpación? Me fingiría yo, en vez de esto sectario de doctrinas que no profeso, por dar al sañudo orador positivista el juvenil placer del encarnizamiento.—

Pero podré parar en silencio aquel tono de profético anatema con que, aludiendo a las doctrinas que a su parecer yo profesaba,—las condenaba rudamente y exaltaba las suyas, como las únicas que en la tierra viven enamoradas del sacrificio por la humanidad.

Cristo murió en una cruz, a pesar de que no había conocido a Augusto Comte.

¡Oh mártires de todas las ideas!—

El positivismo daña el arte por cuanto niega lo que lo constituye especialmente,—y si no lo niega terminante, como el positivismo dogmático.

¿Conque es necesario ser positivista para ser abnegado, para ser noble, para ser bueno, para ser héroe, para ser mártir!—¡Conque el positivismo, fulmina anatemas, decreta excomuniones, flagela a los déspotas, y crea un nuevo infierno!—¡conque, en nombre de la libertad del pensamiento se condena a los que tienen la osadía de pensar de un modo distinto al del fundador de la filosofía positivista!—¡Oh, mártires de todos los derechos, soldados de todas las libertades, desterrados que habéis comido pan amargo,—alzaos de vuestras tumbas, salid de vuestros hitos, venid de nuestras playas, a registrar nuestros espíritus en el libro fulminador y sancionador de los adversarios positivistas.—

Así desfiguran las más puras ideas: así se comprometen las mejores hazañas científicas; así se crean realistas exagerados, creando exagerados positivistas. Así no se sirve a la evolución que se solicita: el amor es lo único fructífero, el de la templanza el único lenguaje; nunca ha sido el otro curador de llagas, ni imparcial juez, ni útil acercador de las escuelas.

13¹⁴²

se arrastraban imitando y exagerando la caducidad. Reduce sus héroes a propiedades humanas, y los cubre de harapos. No era discípulo de Sócrates sino de Anaxágoras. Zola, en "L'Assommoir" no dice de fijo nada más vigoroso en punto a desvarios amorosos que Hécuba en sus lamentaciones a Agamennón.

Mucho se habla hoy de terribles penas menos reales; ¿cuál que iguale en lo terrible a Phedra y a Medea, terriblemente reales? ¡Porque yo he visto mujer amante lanzar al viento en espantoso exceso de pasión, al hijo del traidor!—

142 En papel timbrado de la "Sección de Literatura del Liceo de Guanabacoa".

El espíritu realista hizo nacer la parodia.

¿Qué eleva más: Prometeo o Harpagón. Harpagón existe ¿a cuántos no nos ha de lanzar de algunas simas? Prometeo también ¿quién no se siente un poco devorado por el teatro?

Harpagón, ser copiado, nos hace cambiar de objeto y mirar a otro. Prometeo—personificación idealista—nos hace mirar a lo hondo de montes y llevar luego los ojos a lo hondo de los negros cielos. ¡Oh! Rían los hechos para reír: y copien los que sólo saben copiar; ¡que yo amo más ver un hombre en lucha con el cielo, como Ismael de Grecia, que ver apagar una luz para que no se consuman dos, vulgar usurero de todas partes!

Lo sensual mezclado a lo moral: o lo que llama Schlegel el *ideal serio*.

Observar para pintar y dirigir, con el ejemplo de los peligros del mundo, a los que no los conozcan: ¿es éste el objeto del realismo? Pues nada nuevo nos trae: ése era el objeto de la comedia griega.

A qué viene el realismo: ¡a hacernos conocer nuestros deberes! ¡Ay de nosotros el día en que el conocimiento de los deberes no parta de nosotros,

14

Una funesta analogía, que nos ha de pesar y constreñir, ha transportado al Norte de la América el espíritu utilitario e invasor de los sajones, que tal vez sacrifique, si a estorbarlo no nos damos prisa, el generoso, caballeroso y descuidado espíritu de los pueblos ex-hispanos, separados de su caduca y torpe madre por todo género de justas soberbias, justos desprecios, y de desemejanzas radicales.—No sé qué tienen las tierras que saturan a los que en ellas nacen de un espíritu que les es completamente propio; como que la sangre de los indios sacrificados y de los mártires ahorcados, atados a las colas de los caballos y descuartizados, nos crea;—y como que al nacer entinta nuestros pañales de este color de repulsión y de justicia.—En tanto que no nos desliguemos de todo precedente de la conquista, flotará matador sobre nuestros hombros este insufrible manto de cadenas.

Mal curado de sus heridas, infestado todavía del dogmático y soberbio espíritu español, mal manejado el corazón heroico por una cabeza iufecta, a sí mismo abandonado e infantil, nace a orillas del Bravo y se extiende hasta la ribera cis-latina un mundo confusamente nuevo, interrumpido por una inversión de carácter odioso en su hora de propio desenvolvi-

miento, en que las artes, las costumbres cívicas y las delicadezas industriales habían llegado a un alto y original grado de esplendor.—Y quien lo dude, vaya al Palenque, vea vencer a Xicotencatl, vea morir a Cuauhtemotzin,— asista al viejo reinado de Teaxcatlán, recorra en la imperial Tenoxtilán las limpias calles, y estudie en su torre de Meditación de misterio la imponente y platónica figura de Netzahualcóyotl, triunfador como el Vara Vara de los Hindous, y cristiana y mística como el gran pensador casi divino.

15¹⁴³

del pobre esclavo a quien llama la hora del trabajo, vida y luz nueva.—

Y si los incrédulos sonríen, y los venturosos no lo creen, no basta la carencia de fuerzas en muchos para negar a los demás las fuerzas. Si nadie ha sentido rugir la vida dentro el cráneo, como si águila encadenada latiera en él las alas, yo lo [he] sentido!

En arte, no hay verdades reales, ni accidentales. Lo que es, es eterno. Si el realismo es doctrina artística y esencial en el arte, siempre lo ha sido. ¿Qué ha producido el realismo en la pintura? No es ciertamente la Virgen de la Silla; ni la Madonna de los Ufficii.—Nadie tiene en la tierra esas torres de cielo: las aureolas, entiéndelas el genio: y acátalas la multitud, porque no [hay] corazón tan sin ventura que no tenga algo de cielo allá en lo hondo.—

¿Cuál fue el cuadro más bello? El de Rafael, de fijo; ¿cuál fue la mejor estatua? Moisés, la obra menos real de la escultura: barba de sierpes; frente diminuta; manos monumentales; pies y piernas de relieve montañoso. Y ¿qué es Moisés? ¿Sábese acaso? No el difunto del...¹⁴⁴ imagen del Creador, allá en la mente oscura del ceñudo güelfo.—

Y cuáles son las maravillas de lo real en la escultura. El ¹⁴⁵ de los egipcios, en lo antiguo; y en lo moderno las vírgenes barnizadas de Guatemala y Barcelona.—¿Quién ha visto semejar el mármol en el grupo de un triste mexicano, fuente escondida de lágrimas!—Pedía para aquel mármol.—

¹⁴³ En papel timbrado de la "Sección de Literatura del Liceo de Guanabacoa".

¹⁴⁴ Palabra ininteligible.

¹⁴⁵ Idem.

Eurípides, con su pintura de caracteres, con su rebajamiento del destino, con sus bocetos de crímenes, fue el realista griego.—Inferior a Sófocles, en juicio definitivo. Sus viejos...

16¹⁴⁶

Brahma—sacrificio heroico y ¿si se desconoce? Lo sacerdotal fue lo inicial, y no lo primitivo.

La manifestación pa. del hombre es la imaginación, madre del idealismo: luego es natural.

El ocultismo los ha sumergido en la barbarie.—Es el producto genuino del sensualismo.—

Esclavos faraones.

Pueblos de Oriente: ¿como si siempre hubieran sido esclavos!

Es el 1er. despertar de la vida en Grecia. ¡No!

¡Que Grecia nació realista!—¡No así!—Y la Escuela Física y Metafísica.—

La poesía nació con los

Es realista la Venus de Milo y sensual.

¡Que las fábulas son errores de hechos, pero verdades de ideas:— Pues eso hace el idealismo: grandes ideas.—

17¹⁴⁷

No sé si soy un loco, puesto que soy un idealista tan completo. El realismo santo maravilloso, milagroso, es la lógica de la naturaleza.

El arte, cráneo donde pienso donde siento.

Brotan de la razón la conciencia

¹⁴⁶ En papel timbrado de la "Sección de Literatura del Liceo de Guanabacoa".

¹⁴⁷ En papel timbrado de la "Sección de Literatura del Liceo de Guanabacoa".

¿De la razón? —la aspiración
—de lo infinito
—el sentimiento de lo bello.—

El hombre sólo alcanza a fantasear lo positivo—
La pagoda—

Al Partenón: ¿por qué es más bello, por lo que es, por lo que recuerda?

Cantón Partenón Rafael.

Nos lo decía en un párrafo idealista.

El señor Leal ha invadido el campo.

¿Quién concentró los dioses en los ídolos? Luego los ídolos son lo ideal, ni los Dioses son tan bellos sin los ídolos. Pero los Dioses son realistas.

El Mahabarata, ley de lo moral, mar de leche. ¿Qué timbre tenía el realismo que ostentó encantar y la ley de la familia?

18¹⁴⁸

La pintura del hombre ennoblecido era la esencia de la tragedia griega.

¿Es el hombre perfecto? ¿A nada aspira? ¿Disuélvese en su amarillo polvo la misteriosa esencia sentidora? ¿No dice nada ese mundo de esperanza, de confianza celeste, de halagüeñas promesas, que antes de tenerlas en este trance humano animan la última mirada de los vivos? ¿Es el ser humano ajeno a cuanto ha de ser? Si no lo es ¿a qué su confianza? No la ha menester puesto que a nada le guía.—Si no lo es ¿qué gana con el frío espectáculo de sus impotencias e innoblezas?

Y luego ¿qué doctrina literaria es ésa, que no ha sabido tratar aún más que de una sola pasión: para resucitar ¡oh, maravilla! un precepto del Fuero, de los godos. ¡Mata o tiraniza! ¿A qué que nos lo dijera,

Dumas hijo, si ya nos lo había dicho Chindasvinto?—Este es el tema culminante.

Dos elementos han entrado a componer el realismo: el gusto por la verdad en unos, el gusto por la novedad en otros. Para detener a los pueblos que corren, fuerza es que se haga oír el estampido del cañón. Poco importan la bala y su calibre. El ruido, la explosión, el escándalo es lo que importa.

Entre el abismo y la cumbre, yo no amo al abismo que sepulta, sino la cumbre que me acerca al sol.

¿No creyó Lessing que Aristóteles quiso someter la tragedia a la exactitud del cálculo?

Y ¡la necesidad de lo maravilloso! ¡Ah! Ansia de lo grande, causa de tantas almas sepultadas bajo el pecho, de tantas sierpes escondidas, de tantas frentes caídas, de cuantas mujeres engañadas!—Ganosos de aire para el alma saltamos a veces del estrecho lecho, y con rápido paso, devorador del tiempo perezoso seguimos el vuelo de nuestro espíritu que por entre el primoroso encaje, con que bordan las hojas de los árboles el cielo en noches de luna, bebe de estrella en estrella, con la pura...

III

APUNTES DE MARTÍ PARA SU DISCURSO
EN EL HOMENAJE AL VIOLINISTA
RAFAEL DÍAZ ALBERTINI ¹⁴⁰

¹⁴⁰ De todas las hojas halladas, con apuntes de Martí relacionados con sus actividades culturales en el *Licco de Guanabacoa*, éstos pueden considerarse los más importantes desde el punto de vista histórico por no existir hasta ahora ninguna referencia textual de sus palabras. En estos apuntes se pone claramente de manifiesto cómo Martí aprovechaba sus discursos para despertar de nuevo entre los cubanos su amor a la patria y su aspiración a liberarse de España. No es extraño, pues, que sorprendiera al gobernador Blanco, y que este discurso contribuyera también a la detención y segunda deportación de Martí a la Península, meses más tarde.

¡Qué atmósfera tan suave y perfumada! Palpitan en el aire las brisas, los suspiros y los besos; nadie piensa en el odio ni en la cólera: todos sienten la gloria y el amor: ¡bien haya el arte ilustre que arranca las ortigas del espíritu, que desata las férreas ligaduras, que convierte las penas—espinosos zarzales— en flores de olor: bien haya el arte ilustre, generador de sueños y energías, ahuyentador de malos pensamientos, en este férvido instante movedor de tantos bravos y de tantos enamorados corazones!—

¡Oh! ¿quién es dueño de estas potentes águilas dormidas?—Como en sombría noche, a modo de quien busca cárcel más fresca y sombra amiga, repliéganse y se esconden en el alma, envueltos en las alas majestuosas, teñidas del color de las tinieblas; pero cuando, como nuncios redentores, como heraldos perpetuos de la eterna y deleitosa vida prometida, vienen al espíritu desdeñoso las glorias de la patria, la fúlgida elocuencia, la remembranza de los buenos, el alma en rimas, que se llama verso;—el alma en espacios, que se llama música;—los lamentos y la bravura, la pasión y la mansedumbre, la majestad y la ternura; ese combate de ondas y de perlas que se libra potentísimamente en las cuerdas de ese mágico violín, como si de súbito se abrieran en rosales cuajados de rosa todos los jardines;—todos como si a un gesto airado se secasen las aguas azules, y dejaran ver allá en el fondo de los mares perlados matices, nelumbios de nácar, azucenas gigantescas, blondas de piedra, encajes de colores;—como si amasen a una vez—¡oh vívido certamen!—todas las mujeres de mi patria, como si de súbito a un tiempo mismo surgiese la pasión en todos los cubanos—pasmosa maravilla—por nadie concebida, ni soñada, porque para los mismos Dioses fuese merecida expresión a sus merecimientos;—como si de súbito iluminase los negros abismos un perpetuo y magnífico relámpago, así al calor de esa gloria, así al poder de ese arco, así al resplandor de esa corona, sobradamente merecida,—sacúdense el espíritu rebelde, despiértanse las aves cautivas, irradia fulgor vivísimo la sombra, y en la espléndida atmósfera encendida—con las

alas abiertas y potentes, cortan el aire luminoso—como viajeros rápidos de oro, las redimidas águilas soberbias. Yo había oído a Rafael Díaz Albertini.

Gracias ¡oh genio modesto!—¡Gracias, oh joven coronado!—¡gracias con todo el corazón, en nombre de todos los que sufren, de todos los que aman, de todos los que esperan!

Yo lo sabía: sabía que iba a honrar a un verdadero mérito; pagaba a una familia ilustre deudas que nunca habré pagado bastante;—sabía que mi pobre Patria iba a tener un día de fiesta:—¡cómo yo, hijo amantísimo, había de negárselo a mi pobre Patria! Por eso lo acepté con júbilo—nunca con confianza—porque no ha de llegar el rumor de mis palabras adonde alcanza ese raudal de notas—por eso acepté con júbilo el glorioso encargo de decir a una legítima gloria—cómo no hay aquí un corazón que no palpite entusiasmado, cómo no hay una mano que no se sienta conmovida a estrechar su mano; cómo no hay un cubano que—en esta confusión mística y unificación calurosa que hace un pueblo, no tome como suya esa honorísima gloria y no ostente con orgullo una hoja de ese laurel, por el genio merecido, por el Liceo ofrecido: para Cuba ganado.—

Los hijos trabajan para la madre. Para su Patria deben trabajar todos los hombres.—

Yo había oído—así como se recoge una perla escondida entre su doble ala de brillante concha—yo había oído en su risueña casa, perfumada, más que con jazmines del Cerro, con el amor vehemente de su madre,—yo había oído a ese tímido joven, de ancha frente, porque las frentes destinadas a llevar coronas son siempre anchas, yo le había oído en noche íntima que evoco con placer, haciendo resbalar como el eco de un beso, como...

IV

APUNTES VARIOS ¹⁵⁰

¹⁵⁰ Todos estos apuntes de Martí corresponden también a sus actividades culturales en el Liceo de Guanabacoa, aunque ha resultado imposible fijar a qué momento corresponden. Tanto el papel, como la tinta e incluso la letra, son iguales a los de 1879.

¡No sé por qué, más que de goces, tengo lleno de lágrimas el pecho!
 ¡Es la primera vez que hablo de mi patria! No fue hablar sollozar ante
 un muerto.¹⁵¹

Irredimibles pérdidas, gimientes voces, augustas sombras me pueblan
 el espíritu: ¡pobres labios que no saben decir, ni pueden decir, lo que
 dirían!—Y rendido el tributo silencioso, tan elocuente cuanto mudo.
 deme calma el dolor, ya que no quiere dárme la el recuerdo.—

Lentamente se agrupan las palabras; lentas son las ideas de la tristeza;
 pero a medida que se puebla este aire de himnos, que van llenando el
 alma de mujer y de delicias de música; que el espectáculo de la vida va
 sucediendo a la soledad de las memorias, la seguridad de lo que se
 prepara comienza a consolar, la fe intrépida viene a ocupar el lugar del
 desconsuelo; y el placer de crear reemplaza siquiera a la inútil desgracia
 de llorar.—¡Trabajemos, aunque sea llorando!

Y no en vano inician los trabajos de este lado de La Habana, porque
 corresponde a los más bravos el derecho de llevar al combate la bandera.
 Yo no sé qué tienen estos pequeños pueblos, hogares permanentes de
 todo lo constante y lo bravo. Ellos truecan en días de fiesta los días del
 corazón y del talento; merman sus haberes para levantar este arrogante
 templo al arte; levantan sobre sus hombros la tribuna responsable y
 grave.

Pero no son voces de pena las que este aire de regocijo y de esperanza
 exhala. Estos, que ha poco eran escombros, se han alzado en teatro
 elegantísimo; las paredes, antes agrietadas, senos son hoy de luz que
 enciende y purifica los espíritus. De las ruinas han levantado los
 cimientos. Del silencio vergonzoso, la palabra viril. De la indiferencia
 criminal, la obra patriótica. No sé qué tiene este pequeño pueblo, que
 parece más cubano que otros pueblos. Corre aquí aire de frutos, aire

¹⁵¹ Se refiere a su discurso en el entierro del poeta Alfredo Torroella.

de buenos, aire de bravos. Mi espíritu se inflama con su espíritu, y ante la artística obra, desátase de sus arreos de luto mi alma y entona con voz firme el himno del trabajo, timbre único con que se salvarán los míos de los tremendos juicios con que me juzgarán los grandes muertos. Dicen que han sido estos días, días de goce infantil para este pueblo que retrata la alegría; que ha habido como fiebre de trabajo; que el artesano miraba inquieto la hora que le permitiría ver de nuevo las obras del Liceo; que las madres aderezaban con especial amor las galas que habían de realzar los encantos de sus hijas; que los ancianos se han sentido jóvenes, que los niños se han sentido hombres; que todo el mundo se han sentido digno; ¡venturosa la fiesta en que la dignidad dormida se recobra! ¡Benditos los hogares donde no ha muerto el fuego todavía! ¡Benditos estos pueblos, hijos mimados de la patria, que conservan puros y sin mancha, todas las glorias del recuerdo, todos...

2

Mucho hemos de hacer nosotros los hombres para merecer a estas mujeres: mucho han de hacer ellas para complacer a la patria que las contempla.—

Porque entre ellas y nosotros—es necesario mantener vivos el culto a las grandes ideas, el amor a los grandes hechos, esa pasión por las grandes osadías. No tiene límites el alma, y en su deseo glorioso y férvido aspira siempre y llega siempre a la realización de los más arraigados ideales. Porque se llega a todo lo noble; todas las montañas se trasponen con la firmeza de la voluntad.

Volvamos los ojos nuestros, rotos hoy y maltrechos, a aquellos enérgicos varones, a aquellos hombres jóvenes de otros tiempos.—De cada, de todo cadáver palpita el germen que ha de sucederle. Allá en la vieja India, hubo un pueblo indomable y soberbio, de designios profundos como los ríos, maravillosos, de hijos numerosos, como las hojas de un bosque de baobab. Cazador, impetuoso, rebelde, amenazante, ágil cayó sobre los hombres de los pueblos, los que se roban las mujeres a la grupa de sus caballos, los que se llevan para los palacios de los príncipes los más ricos tocados y las más fastuosas pedrerías, de las hermosas de la mañana; los que esquilan las ovejas; los que montan los corceles; los que marchitan todos los labios con sus besos, y los que manchan todas las arcas con sus manos. Guerra al hombre del Asgar declaró el hombre del Himalaya.

Se luchó, de manera que el musgo quedó rojo. Todas las almas se quebraron, todas las albas se rompieron; todos los soldados fueron heridos; volaban los crueles fugitivos, de manera que se perdían de la vista sin que hubieran visto en la carrera el cáliz de una flor.—Pero huía un pueblo y cuando los de Argartha celebraban en la India la muerte y destrucción de los de Himalaya, los de Himalaya, fortalecidos, robustecidos, mejores, alzaron nuevos altares, forjaron nuevos amos, y resucitados y juveniles, adoraron a sus viejos Dioses, a sus Dioses resucitados allá en las frías costas de Noruega, donde es fama que la tierra no vio jamás el Sol.—Resucitó aquel pueblo muerto: que no hay nieve bastante a apagar el fuego del alma de los hombres,—¿qué nieve, leales trabajadores, sería bastante a apagar el fuego de la nuestra?

Así, si tantos bellos ojos no se rindieron ya al cansancio; ni la hora más benévola para mí, no me amenazase con la fatiga de los que me oyen, así surgirían ejemplos de inusitadas resurrecciones como pensamientos de cartas amorosas pudieran recogerse ahora en bellísimas cabezas que adornan el salón. Porque si tal muerte hubiera, de la que no se pudiese renacer jamás, en la presencia surgiría de esta mujer cubana, tan bella, tan heroica, tan abnegada, flor para amar, estrella para mirar, coraza para resistir!—

3

Invitado para ocupar esta tribuna, de qué pudiera hablar yo mejor que de ella misma? Ella es un derecho, un consuelo, una amenidad, un sacerdocio. Aquí se viene, como yo vengo hoy, inquieto y débil, y de aquí se sale, como yo saldré hoy, útil, es decir, contento; amoroso, es decir, fuerte. La conquista fue el carácter de la edad pasada; tolerancia es el carácter de la edad presente; el amor será el símbolo de la edad venidera. Yo me anticipo a ella, porque los que suben a esta eminencia, tienen el deber de anticiparse; preveo, predico y amo!

Y así, llegada la hora, creo que podré tenderme satisfecho de mí mismo en la tierra.—Dejaré estas ataduras que he ennoblecido, y tenderá sereno el vuelo el águila de mi alma.

La vida individual es un resumen breve de la vida histórica; estudiando con espíritu analógico, de maravillosos efectos, se entiende el monismo de Platón y las Mónadas de Leibnitz.—Todo, ascendiendo, se generaliza.—Todo, descendiendo, se hace múltiple. Reducir, concretar, es ascender. Y como la vida de un hombre copia la vida de una

nacionalidad, y como son unas mismas las pasiones, en el hombre individuales y en los pueblos colectivas, que a pueblos y hombres mueven, así copian naciones e individuos la selva confusa en su nacimiento, el arroyo tranquilo en su curso, el llano en sus edades de paz, el torrente en sus horas de inquietud, la montaña en sus horas de revolución.

Uno soñó demasiado, y otro materializó demasiado.

La concreción es la divinidad.

4

Allá se alza, en prueba minuciosa de lo que ojos curiosos me demanda el ruinoso Palenque; vea, vencer el que lo dude a Xicotencatl, vea morir a Cuauhtémoc, vea defenderse a Sicoleo, vea luchar al bravo rey Copan, asista al viejo Senado de Tlaxcálan; recorra en la imperial Tenoxtitlan las limpias calles; álcese en armas con el belicoso Linacam y estudie en su torre de meditación aquel severo, aquel magnánimo, aquel astrónomo, aquel poeta, a aquel amado rey Netzahualcoyotl—que con trocar la flecha por el arado y el pedernal agudo por la oda, parecía anunciar a aquel que luego había de deponer ante la Asamblea de los nobles el sable brillante de los libertadores.—

Y vino a tierra toda aquella grandeza. Y cayó todo aquel mundo antiguo con estrépito.—Viniéronse abajo los templos de anchas naves; quebráronse las armas de Tecum-Unam: murieron en Texcuco los últimos Maxitis; gimió muy tristemente el lago de Granada!—

¿A quién pedir ahora memorias de aquel tiempo? ¿Cómo dar claramente con los orígenes de los constructores de aquellos acueductos,—con aquellos lapidarios y plateadores, con los que con larga y firme guía atravesaron los hermosos Andes? ¿En qué creyeron? ¿A quién amaron? ¿Qué cosa conocieron? ¿De dónde vinieron?

Todo lo ha recorrido en este extremo el humano capricho. En sagaces letras funda religiones; y no hay hipótesis fantástica que no haya sido creada desde Marco Polo que hace a Moctezuma nieto de un Mogol de Tangut hasta Humboldt que supone que los Toltecas invasores vienen de los hunos.—Hállanse huesos, que revelan moradores: compárense órdenes distintas de arquitectura, acomodados a diversos bustós, que parecen acusar diversos pueblos;—encuéntrense a la falda del Ajusco los moluscos primeros, y en el país de los aruacas brota la tierra abovedados cráneos, como si al coronar al hombre primitivo con su aguda bóveda, hubiera

querido revelarles cómo han de llevarle perpetuamente su pensamiento al amor y conquista de lo alto.

Pero ¿aquellos libros que guardaban los indios de Huehuetan? Y aquellos manuscritos en que los Mayas contaban el poder del pisan, el espíritu creador y sentidor, las emociones del puctzikal, el generoso corazón, las magnificencias brahmánicas de su veraz y poderoso Hãhalyum, señor de la verdad—y aquellas pinturas de Texcuco, reveladoras, rigurosas de los altos hechos de la dinastía de Huitzilopolti. En ninguna parte se hallará que los Obispos en aquellos tiempos desarmaron los leños de la Cruz para hacer con ellos teas con que quemar las memorias vivas y elocuentes de la civilización más original, genuina y autóctona que ha alcanzado pueblo alguno de la tierra. ¡Criminal incienso de aquellas sacrílegas ofertas!—¡Idolos, libros, altares, vasos y maravillas del arte hierático, todo vino a los pies del asolador Diego de Landa, y así en Chiapas, y así en Texcuco. Pero de aquella absorción cruenta algo quedó de la vencida raza: el espíritu, que resiste siempre al acero, al hierro y al fuego.

Y así en Cholula.—Pero soberbia y vengadora acaba de erguirse, allá del fondo de intrincada selva, la estatua de Chac-Mool, y el pozo de los sabios de Chitchen, y las pinturas murales de Uxmal, y ya manos activas arrancan sus techos de tierra y árboles a los labrados edificios, libros magníficos, de piedra, reseña digna, única, de aquellos pueblos ciclópeos y titánicos, mercantiles, creyentes, luchadores, agrícolas, y artistas. Vivas están aquellas remembranzas, en aquella vigorosa arquitectura, la de menudos detalles, la de inacabables curvas, la de bordadas piedras, tan fastuosa y varia, tan caprichosa y atrevida, que tal parecen sus creaciones sorprendidas en la embriaguez adormecedora de la somnífera marihuana;—o luminosos y revueltos giros del haschisch arábigo,—o revelaciones sutiles arrancadas a las entrañas del tabaco, en sus azules y brumosas curvas, o en sus flexibles ondas nacaradas.—

5

Viejas memorias, nuevos descubrimientos, personales impresiones, arte americano, letras americanas, glorias americanas: esa será la materia de mis conferencias. Y cuando tales fuesen las glorias que no pudiesen ser honradas dignamente,—díjelo ya—los honraré con el silencio; que cuando las palabras no pueden elevarse a la altura de los sentimientos, los sentimientos se deslustran y rebajan descendiendo al nivel de las palabras.

¡Fragor del Tequendama, palmas del Río Dulce, rumor de las cañadas!—clamor de los sepulcros,—palabras que no se oyen, graves sombras que pasan; razas muertas tan viejas que sobre vuestras ruinas se levantan caobales seculares;—selva anímica, arrebatado río! ¡amparado en la demandadora liza a vuestro hijo, orgulloso de sus padres, enamorado de sus tierras, sangrando de sus dolores,—como si cupieran en una sola alma todos los males de las almas todas que la poblaron y la pueblan! ¡Abridme vuestros bosques, reveladme vuestras entrañas, prestadme vuestras voces majestuosas,—por cuanto fue locura anunciar.

6

y viva el alma en la soñada tierra de redentores y de buenos,—siento en el pecho aromada, y rota, una hora al menos, la cárcel de la vida.

Y a estas presentes glorias, mezcladas con amargos dejos de pasados tiempos; a estas luchas de pueblos que se arrancan una daga tan bien hundida en su pecho que con la húmeda sangre, el acero matador echó raíces;—a la firme fe que, en el seguro porvenir de esos pueblos nacientes me alienta, únese en mi memoria—y con decir que hablaré de mi inmensa madre América digo que hablaré de ellos—los dolores sin cuento, de la olvidada y triste raza india, que con su apatía y silencio protesta de la propia vida de que se les privó. Ellos son hoy miserables, fanáticos, y tercos, y fueron, en otros tiempos, artistas, gobernantes, guerreros, arquitectos y poetas.—

Allá andan, por valles y montañas, esos hombres sumisos e infelices, esas mujeres informes, en quienes las labores varoniles desfiguran las líneas de belleza;—ahí andan con el triste rostro oscuro, más que por natural triste de su tez, porque en él llevan la vergüenza de 400 años; ¡allá van con las espaldas dobladas! ¡allá van con los espíritus dormidos! Ellos son los herederos de caudillos valerosos, de propietarios opulentos. Ellos sabían la lengua de las estrellas, escribían su historia, pintaban sus hazañas, tejían sus vestidos, bajaban a los senos de la tierra, pulían el oro que les arrancaban, discutían sus leyes, elegían sus jefes, daban voto a los padres de familia, labraban la piedra, estrechaban area inmensa en el circo soberbio de Copan, y con las ruinas de su cueva, pudieran hacerse en los costados de la más ancha plaza Catedrales.—

Iban los guerreros risueños al combate; cantaban los poetas belicosas trovas; de su recto espíritu da muestra su exacta geometría; oía el pueblo

atento la sabia y justa palabra de los ancianos Nahuales, y cuando el Zeus amarillo trocaba de oro vivo el musco de los montes, corrían los pequeñuelos, cantando alegres rimas, a escuelas anchurosas y ordenadas,—por la mañana, todo amanece

7

El hombre desaloja las montañas, y se pone en lugar de ellas.

Descubre la luz de los astros.

Detener lo que anda parece intento humano.—

En el movimiento político ¡cuán viejo es esto como todo lo nuevo!—es necesario que haya quienes empujen y quienes refrenen.

Todo partido conservador ha de ser liberal. Todo partido liberal ha de ser conservador. Todo partido ha de ser generoso. Lo que no es generoso es odioso.

¿Que no se debe forzar a un padre a pagar una escuela donde no se enseña a su hijo la religión que desea? ¡Ah! y se debe forzar a un padre, que no es católico, a pagar a una escuela en que le enseñen a sus hijos el catolicismo?—Pues, como hay dos lugares en que enseñan religión, la iglesia y el hogar, las escuelas religiosas que pudieran fundarse para cada religión, de las cuales conocer es natural, en lucha igual sobreviviría, no por presión, sino por triunfo inmarcesible, la más justa,—lo único que concilia estos extremos es no enseñar religión alguna en las escuelas de instrucción,—sino aquellos conceptos de bondad, honradez y justicia que en el fondo de todas las religiones están y a todas convienen.

NOTAS

SOBRE LA ORATORIA

Orador sin instrucción es palmera sin aire. ¿De qué le sirven las hojas a la palma si benévolo alisio no las mueve? ¿De qué le sirve el cauce al río si no tiene agua que rodar por él? ¿De qué le sirve la fluidez al orador si no tiene nutrición en el intelecto que corresponda a las facilidades de los labios?

No hablo yo de condición empalagosa, que corta el vuelo a la palabra; pone pies de hierro al ibis aligero; confunde inútilmente a los oyentes, que no han de contagiarse de erudición en un instante, y quita la grandeza de la naturalidad y la brillantez del arrebato al orador. Hablo de la fuerza de doctrina, de esa definición de sistema, de esa hondez de pensamiento, de esa seguridad del asunto hablado, misterio y resorte del éxito e influencia verdadera de un discurso. Cuando no se piensa claro no se habla claro. Ni basta conocer una materia sola; porque cuando se asciende a la tribuna,—que la tribuna es una iluminada majestad—no se miden los rayos de este sol, no se cuentan las ondas de este mar; tiende el alma su vuelo poderoso, lo único que pesa se hace ave que vuela; calienta la lengua una especie de fuego sibilítico; truécase el hombre en numen, y anonada, convence, reivindica, destruye, reconstruye, exalta, quema.

El orador necesita un conocimiento general de la Historia que prueba, de la Literatura que ameniza, de las artes que embellecen, de las ciencias políticas que fundan.

Así, en todos los instantes, tendrá todos los argumentos necesarios; su fuerza no estará fatalmente ligada a su memoria, su réplica no será menos viva que su discurso fundamental, y su influencia, que va con él, será constante y duradera. La Oratoria es la ardiente manera de expresar: la expresión no es posible sin la materia expresable.

La Oratoria es la forma exaltada y convincente del pensamiento y sentimiento. Siéntase, pues, y piénsese. Séase bueno y séase instruido. No es buena, pues, la definición cartesiana, ni basta para ser orador ser

hombre bueno, perito en el decir. Orador es varón justo, generalmente instruido, que habla con palabras no nacidas de la Retórica, ni del estudio de los labios. El hombre virtuoso instruido que expresa ardientemente la pasión.

¡Oh! ¡La Retórica, hermana fría de la Escolástica! Vale tanto como amarrar a un águila las alas, y ¡ponerle en lugar de ellas disciplinas! Bien está que se ejerciten las fuerzas pero no que se las encadene.

El águila no tiene más que una ley: el espacio, el alma inflamada, que esto es la Oratoria, no tiene más que una regla: la inmortalidad. No la mezquina de los hombres, voluble como su memoria, sino ese eco que quedará después de la vida, como queda en la onda el sonido después de la suave nota armónica. El rumor de la palma anda mucho más lejos que la palma.

Si el hombre hubiera llegado ya a ser Dios, que por esto tengo el ir purificando su conducta, y generalizando sus facultades hasta confundirse con la inmensidad, generadora y generalizadora, si a esto hubiese llegado el hombre: ¿qué es el hablar? me preguntaría. Y yo le diría: volar. Pero como no somos todavía más que desventurados pavos reales, y el plumaje variado del alma no alcanza a cubrir la deformidad de nuestros pies, que nos atan a la tierra, analogía inmensa, como las raíces a los árboles, las orillas al mar y las márgenes al río, si se me pregunta qué es hablar, yo diré: es una función divina que se cumple hermosamente. Es una fuerza superior que se expresa con fuerzas humanas. Es una celestialidad imperfecta que necesita, para obrar sobre los hombres, amoldarse a ellos y estudiarse en ellos. De aquí el profundo estudio necesario. El modo de dominar a los espíritus, el más seguro y honrado, es el de hacerse entender que se les conoce. Se tiene un involuntario respeto hacia el que penetra en nuestra alma. Y el respeto va aparejado a la obediencia, inferioridad todavía necesaria para el buen gobierno de estos imperfectos mundos.

Esa, y no las puerilidades del lenguaje, debe ser la ciencia del hombre elocuente. El espíritu humano es la única Retórica que debe estudiar el orador. Estúdielo en sus debilidades vergonzosas, en sus impulsos de grandeza, en su nacimiento de zafiro, en su curso de río, en sus tumultos de ciudadanía, en su tendencia al crecimiento, en su probable fin de mar. Sorprende en la Historia sus matices, en las nacionalidades sus evoluciones, su tremenda manera de inquietarse, su individualidad heroica, su volubilidad colectiva,—y hágase así dueño de un

mundo en sus antecedentes y objetos, para ser digno de él. El orador que al hablar convence, está en los rayos del sol; el manto que le cabe, en los pliegues volcánicos de la montaña. Los oradores deben ser como los faros: visibles a muy larga distancia.

NOTAS

FRAGMENTOS DE UN DISCURSO ¹⁵²

¹⁵² Este borrador parece corresponder a algún discurso de Martí, pronunciado en la Sociedad Literaria Hispano-Americana de Nueva York.

Y este encargo es más grato, para mí,—y aun ha venido a mí, por la secreta ley de gravedad que rige los hechos del espíritu como los de los demás poderes y factores de la naturaleza, en respuesta a mi oculto deseo,—porque con él tengo ocasión de publicar la viva simpatía, que, por razones de americano y por la luz de sus hechos, siento por los compañeros y huéspedes que vienen a sentarse hoy a la derecha de nuestro corazón. No hay júbilo más grande que el de abrir los brazos; ni palabras más dulces que las que proclaman el mérito ajeno, y hacen a la virtud de los demás cordial justicia.

Porque ¿para quién de entre nosotros son nuevos, ni qué celebración necesitan de nosotros, estos caballeros de la libertad, estos ministros de la verdad, estos mantenedores de la poesía, que alegran hoy, con aires de pueblos azules, nuestras casas? Por la bravura y la elegancia de su elocuencia conocíamos al uno, al otro por su poesía dramática y sus aciertos de médico cariñoso y trabajador,—al otro por su empeño en reducir a la justicia a los malvados, con las palabras del rebelde sublime que, con la fuerza de su patriotismo, dio empuje de humanidad, y alcance de Universo, a la vía en que le encendía la opresión romana en Galilea.

Tengo yo especial gusto en ver entre nosotros al señor Silvera, porque sé de él por cierto amigo mío, que ni olvida ni miente, y sabe que Silvera lleva su biblia por encima de los odios y de los dogmas, y no va de visita a casa de los pudientes del mundo, a que le pongan el hombro a cambio del hombro que les ofrece él, para ir salvando de los de la razón humana creciente a las autoridades, sino se va del lado de los pobres, del lado de los de la razón, y empuja con ellos. Y mi amigo me cuenta cómo conoció al señor Silvera. Lo tenían preso a mi amigo los dueños de un país vecino, de *cuyo nombre no quiero acordarme*, lo tenían preso en un cuarto de paredes verdes: un soldado clemente le dio, en las puntas de los dedos, un libro, el Quijote.

Y el que llamaba a aquella prisión, no estaba seguro de salir de ella. Un día, entre los que llamaron, iba, de levita talar y corbata blanca, un

joven de ojos leales y palabra ardiente. “No lo conozco, a Vd., señor, le dije al preso; pero desdeño el peligro, amo a la tierra porque V. sufre y conozco a la justicia. Mi puesto, señor, está con los que padecen por ella. Y se sentó, fiel como un hermano, al lado del preso. Verdad que no podemos apeteecer huésped mejor para que dé honra y ejemplo.

Y al hermano de la otra Isla,—al que recoge de la mano de Gautier, que es una mano que manda desde la sepultura, el laurel borinqueño, el señor Zeno y Gandia, que con su verso de empuñadura de filigranas llega a la conciencia, y la echa de sus rincones, y la persigue, ¿qué le dirá, en nombre de nuestra sociedad, que le agrade más que la grata sorpresa con que lo veo en sus años de hombre tan fino, honrado y caballeresco como le conocí antes de la vida, en que se prueba el carácter y se pervierte, cuando éramos niños los dos, desterrados los dos, y los dos, tristes? Muchos eran entonces, cuando el esfuerzo incompleto de los únicos americanos que no son aún libres, los puertorriqueños y cubanos que vivían en Madrid, unos apretándose el cinto para peleas mayores, otros poniendo la bandera invencible en lo más alto de las Universidades, otros curándose las heridas del campo de batalla o la enfermedad de la prisión, otros negándose a la gloria de hablar en público con los prohombres elocuentes de la abolición de la esclavitud “porque en su patria ya no había esclavitud que abolir”,—otros sacando con manos arrepentidas de manos de los actores el drama de la juventud, porque les parecía vergüenza que cuando morían en su patria los últimos americanos en defensa de su libertad, les aplaudiesen el verso vanidoso y pueril, los perseguidores de los americanos. Unos vivían menos contentos que otros; los más eran honor de su país; éste se ensayaba en la prosa, y en el verso aquél; de una novia se hablaba entre todos, porque todos adoraban a una misma novia; y cuando tenían bailes, que los solían tener, los tenían en la calle del Desengaño.

Allí, entre todos aquellos jóvenes, había uno que no lo parecía, siempre comedido, y como temeroso, más cerca del amigo enfermo que del que no necesitaba de él,—escribiendo el verso sentido en los márgenes del texto de materia médica,—de guante a toda hora, en las manos y en el alma,—pálido cuando los demás palidecían.

Ni a la libertad ni a la amistad le volvió nunca Zeno y Gandia la espalda. La poesía era entonces en su mano y ha sido desde entonces, ramillete o látigo. Ha escrito sus versos, y ha sido verso él.

Manuel Zeno y Gandia tiene sin duda puesto propio y de honor en esta casa donde se admiran, y cultivan, las artes de las letras, y las más difíciles, y más¹⁵³ las artes del corazón.

De la Isla querida, vanguardia y pórtico de los pueblos de nuestra América, ha venido a ocupar en nuestros vacíos el asiento que solo él pudiera llenar con tanto brillo, el orador fogoso que no emplea la juventud en el regalo y la ociosidad que la deshonoran, sino que con toda la nobleza de ella toma puesto de peligro, y lleva bandera alta, entre los que, sin miedo al león, defienden en un pueblo inseguro la justicia.

Estudiantes de las letras somos en esta casa, y nada más que estudiantes de las letras; pero la historia de todas ellas nos manda recibir con honores a quien las usa, según le aconseje su juicio libre y honrado, para conquistar a sus compatriotas los derechos de hombre, y respetar en alta voz a los que murieron por conquistárselos. Y más se le ha de aplaudir en esta casa de estudiantes, si a estos méritos de hijo fiel de una patria necesitada, se juntan los del artista cuidadoso que pone en lenguaje de solidez y belleza el fuego de su corazón, como aquellas joyas de Nápoles, duraderas y finas, en que el lapidario hábil, al Vesubio esculpe alas y flores en la lava.

¡Bienvenidos sean, pues, aquí donde nosotros trabajamos, los que trabajan tanto como nosotros, y valen más que nosotros! Estamos en la obra, y es bueno que ellos nos vean en la obra, para que cuenten, si alguna vez nos dicen adios, que en Nueva York hay un rincón amigo, donde al que se sienta una vez, y trae el alma limpia, se le guarda su asiento,—donde no hay gusto mayor, como el que ve venir en playa ajena el barco del país, que abrir lugar, y ceder el lugar de preferencia, a los que dan lustre y crédito a la patria, a la raza, y al nombre de hombre,—donde se prevé y se prepara, para que ¹⁵⁴ donde la nieve que guarda las plantas en el invierno, para que en la primavera florezcan mejor, guarda también, para una primavera futura, los corazones. Pero las flores, rompiendo la nieve, se abren, como si fuera la primavera, cuando llegan.

¹⁵³ Hay cuatro palabras ininteligibles, que quizás pudieran decir “duras de la poesía”.

¹⁵⁴ Varias palabras ininteligibles.